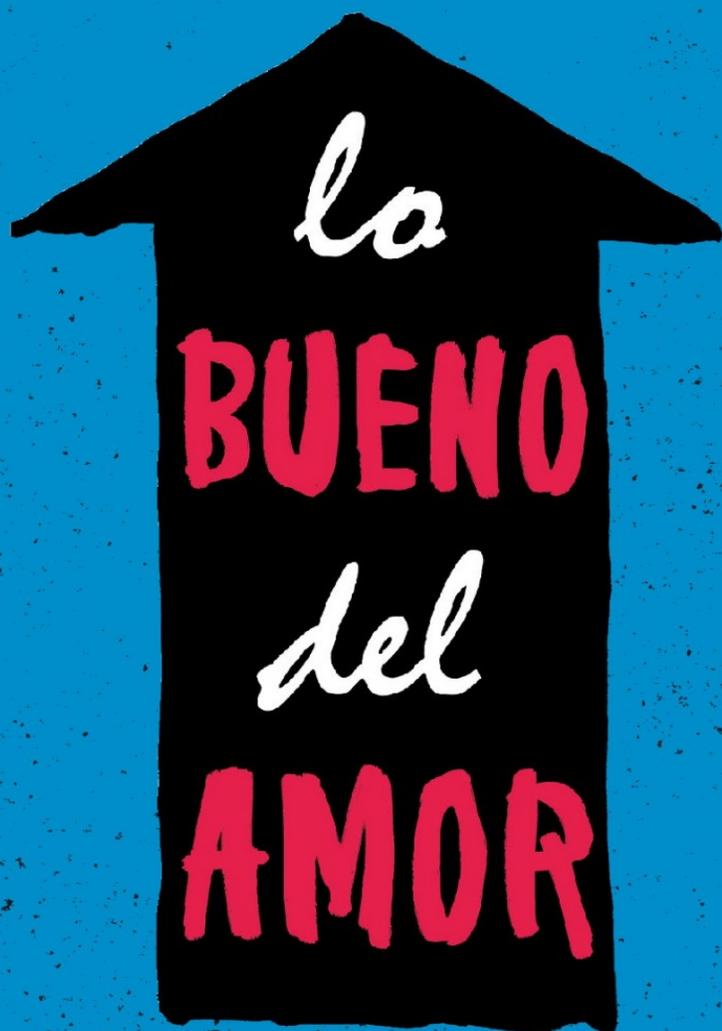


AMBIENTADO EN EL MUNDO DE
CON AMOR, SIMON



Becky
Albertalli:

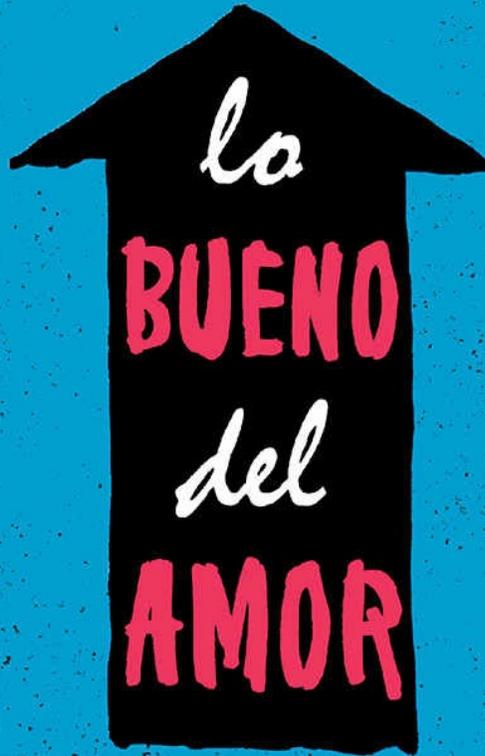


Traducción de Teresa Lanero

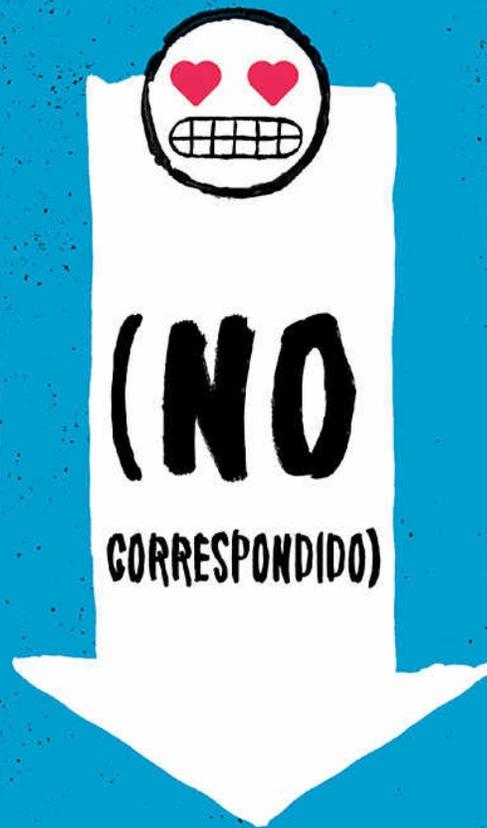


NOCTURNA
EDICIONES

AMBIENTADO EN EL MUNDO DE
CON AMOR, SIMON



Becky
Albertalli:



Traducción de Teresa Lanero

 NOCTURNA
EDICIONES

Becky Albertalli:



Traducción del inglés
Teresa Lanero

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original inglés: *The Upside of Unrequited*

© de la obra: Becky Albertalli, 2017

Publicado por acuerdo con Lennart Sane Agency AB

© de la traducción: Teresa Lanero, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: febrero de 2019

Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-13-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para las mujeres que me conocen de sobra:
Caroline Goldstein, Eileen Thomas, Adele Thomas,
Gini Albertalli y Donna Bray.
En memoria de Molly Godstein, con amor y nostalgia.
Este es para ti.*

LO BUENO DEL AMOR
(NO CORRESPONDIDO)

1

Estoy en el baño del 9:30 Club y me pregunto cómo harán pis las sirenas.

Y no es casualidad: resulta que hay una Barbie sirena pegada en la puerta. Vaya mascota de váter más extraña, suponiendo que tal cosa exista. Mascotas de váter.

La puerta se abre y entra un torrente de música. A este baño no se puede entrar con discreción. Uno de los compartimentos se cierra mientras yo abro el mío. Salgo.

Hay espejos encima de todos los lavabos. Me muerdo las mejillas para que parezca que tengo los pómulos prominentes. Y vaya cambio. A veces pienso que podría quedarme así, pasarme el resto de la vida mordiéndome el interior de las mejillas con suavidad. Pero mis labios tienen una pinta rara. Además, si te muerdes, no puedes hablar bien, como es lógico, y eso es un poquito engorroso incluso para mí. Aunque sea a cambio de unos pómulos prominentes.

—Mierda. —Se oye una vocecita femenina algo ronca dentro del compartimento—. Oye, ¿me pasas el papel?

Me habla a mí. Tardo un momento en darme cuenta.

—Ah, claro.

Cojo un rollo y se lo paso por debajo de la puerta. Al agarrarlo, la chica me roza la mano.

—Qué bien, me has salvado la vida.

He salvado una vida. Aquí, en el baño del 9:30 Club.

Tira de la cisterna y sale. En lo primero que me fijo es en su camiseta: es roja, de algodón y tiene dibujadas las letras G y J de una manera muy artística. De hecho, no creo que casi nadie advierta que son letras.

Pero yo sí.

—Esa camiseta es de Georgie James.

La chica levanta las cejas y sonrío.

—¿Los conoces?

—Sí. —También sonrío.

Georgie James. Era un grupo local de Washington que se separó hace años. No es de esperar que alguien de nuestra edad los conozca, aunque mi hermana estaba obsesionada con ellos.

La chica sacude la cabeza.

—Qué guay.

—Sí, muy guay —contesto, y ella se echa a reír con una de esas risas serenas que brotan de la garganta. Entonces la miro. Y oh.

Es guapa.

La chica.

Bajita, delgada, asiática, con el pelo de un tono morado tan oscuro que casi no parece morado. Gafas de pasta. Hay algo especial en la forma de sus labios; están muy perfilados.

A Cassie le encantaría. Sobre todo por las gafas. Y por la camiseta de Georgie James.

—Bueno, gracias por salvarme el culo, literalmente. —Sacude la cabeza—. Aunque en realidad no era el culo.

Suelto una risita.

—De nada.

—Gracias por salvarme la vulva.

Me encojo de hombros y le devuelvo la sonrisa. Estos momentos tienen algo único, un pequeño hilo que me conecta con alguien totalmente desconocido. Cosas como estas hacen que el universo parezca más pequeño. Me encanta.

Regreso a la sala de conciertos y dejo que la música me envuelva. Toca un grupo local del que nunca había oído hablar, pero la pista está a rebosar; a la gente parece gustarle que la batería suene tan fuerte. Me encuentro rodeada de cuerpos que bailan y se mueven, de rostros a media luz, de cabezas que se alzan hacia el escenario. De pronto, todo vuelve a resultar enorme e imposible, creo que porque hay demasiadas parejas riéndose, agarrándose, enrollándose con fervor.

Es la sensación que tengo cuando veo a la gente besándose. Me convierto en otra forma de materia, como si ellos fueran agua y yo, un cubito de hielo. Como si estuviese más sola que nadie en el mundo.

—¡Molly! —grita Cassie mientras gesticula con las manos. Ella y Olivia están cerca de los altavoces. Olivia tiene cara de disgusto; no es del tipo de chicas que vienen al 9:30 Club. Tampoco estoy segura de que yo lo sea, pero Cassie puede llegar a ser muy persuasiva.

Hay algo que debo aclarar: mi hermana melliza y yo no nos parecemos en nada.

Ni siquiera en lo físico. Ambas somos blancas y de estatura media. Pero en todo lo demás somos opuestas. Cassie es rubia, esbelta y tiene los ojos verdes.

Yo no. Yo tengo el pelo castaño, los ojos marrones y disto mucho de ser esbelta.

—Acabo de conocer a la chica de tus sueños —le digo a Cassie de inmediato.

—¿Qué?

—Me he hecho amiga de una chica en el baño que es muy mona. Creo que deberíais enamoraros, casaros y tener niños.

Cassie hace su gesto típico de levantar y arrugar una ceja. Es una de esas rubias con cejas oscuras. Qué bien le quedan.

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible el amor?

—No, cómo es posible que te hagas amiga de alguien en el baño.

—Cass, eso es lo de menos. Estamos hablando de la chica perfecta.

—Espera. —Me sacude el brazo—. ¿Es otro Molly-flechazo? ¿El flechazo número veintisiete?

—¿Qué? No. —Me sonrojo.

—Oh, Dios. Tu primer flechazo con una chica. Qué orgullosa estoy de ti.

—¿Ya vamos por el veintisiete? —pregunta Olivia. Interpreto que está impresionada.

En fin, soy de flechazo fácil. Eso no es malo. Pero esto *no* se trata de un Molly-flechazo.

Sacudo la cabeza y me tapo los ojos. Es como si tuviera la cabeza llena de helio. Quizás estar borracho sea algo parecido. Mi prima Abby me contó que cuando te emborrachas sientes como si flotaras. Me pregunto si es posible emborracharse sin beber.

—Oye. —Cassie me aparta las manos de la cara—. Ya sabes que mi trabajo consiste en meterme contigo.

Antes de que me dé tiempo a responder, Olivia saca su teléfono.

—Uy, son las doce menos cuarto. ¿No deberíamos ir hacia el metro?

—¡Oh! —exclamo.

El metro cierra a medianoche. Además, mañana empiezo a trabajar. Me ha salido un trabajo para el verano, lo que significa que debería dormir algo para no desmayarme en la caja. Según dicen, no queda muy profesional.

Nos dirigimos a la salida y es un verdadero alivio llegar a la calle. Hace fresco para ser junio; da gusto notar el aire en las piernas. Llevo un vestido negro de algodón; era liso cuando lo compré, aunque le he cosido un cuello Peter Pan de encaje y una puntilla en el bajo que lo han mejorado mucho.

Cassie y Olivia escriben mensajes mientras caminan y ni siquiera se tropiezan con el bordillo. Las admiro. Me retraso un poco para observarlas. Les pega estar

aquí, en U Street. Cassie lleva una coleta despeinada perfecta y va vestida como si se hubiera plantado lo primero que ha pillado en el armario; lo más probable es que haya sido así, pero a ella le queda bien. Consigue que a todos los demás se nos vea demasiado arreglados. Olivia es alta, tiene una belleza dulce y radiante, salvo por el pendiente en la nariz y las mechas azules del pelo, que llaman la atención. Y supongo que se la podría considerar rellenita, aunque no tanto como yo.

A veces me pregunto qué pensará la gente cuando me ve.

Es raro sentirse cohibido con personas que conoces de toda la vida. Literalmente. Conocemos a Olivia desde que nuestras madres estaban en La Liga de la Leche, y llevamos diecisiete años juntas las cuatro: Cassie, Olivia, mi prima Abby y yo. Pero Abby se mudó a Georgia el verano pasado y desde entonces Cassie nos lleva a rastras a los sitios donde antes iba con ella: noches de micrófono abierto, conciertos o paseos sin rumbo por H Street.

Hace un año, Olivia y yo estábamos en el sofá de su salón viendo *Steven Universe* con *Titania*, un cruce de schnauzer y beagle. Sin embargo, ahora me encuentro rodeada de gente que es mucho más guay que yo. En este instante, en U Street todo el mundo hace una de estas tres cosas: reír, fumar o enrollarse con alguien.

Al girar hacia la parada del metro, veo a la chica perfecta a lo lejos.

—¡Cass, está ahí! —Le tiro de la camiseta—. La de rojo. Mira.

La chica se inclina hacia delante mientras hurga en su bolso. A su lado hay dos tíos *hipster* blancos ensimismados con el móvil: un pelirrojo con pantalones pitillo y un moreno con un llamativo flequillo.

—No nos has contado por qué es la chica perfecta para Cassie —dice Olivia.

La chica levanta la vista del bolso y Olivia se da la vuelta a toda prisa.

Pero me ve. La chica perfecta me saluda con la mano y yo le devuelvo el gesto.

—Ah, es mona —susurra Cassie.

—Te lo dije. —Sonrío.

—Viene hacia acá.

Cierto. La chica perfecta se acerca hacia nosotras sonriendo. Y ahora Cassie sonrío. Aunque está mirando al suelo, se lo noto en las mejillas.

—Hola otra vez —saluda.

Sonrío.

—Hola.

—Mi salvadora.

Pues sí que debe de odiar no limpiarse después de hacer pis.

—No me he presentado. Me llamo Mina.

—Y yo, Molly.

—Tu camiseta —comenta Cassie— es lo más alucinante que he visto en toda mi vida. En plan... —Sacude la cabeza.

Mina se echa a reír.

—Gracias.

—Soy Cassie, por cierto. Nunca he conocido a nadie que conociese a los Georgie James.

Mentira cochina. Que estoy delante...

—¿Sabes? Tiene gracia... —comienza Mina, pero el chico del flequillazo le da un toqucito en un brazo.

—Mina Minina, vamos. —Levanta la vista y me pilla mirándolo por encima del hombro de Cassie—. Hola. Encantado de conoceros, chicas, pero el nuestro es el siguiente.

—Jo, mierda —dice Mina—. Bueno...

—¡El nuestro también! —suelta Cassie rápidamente.

Y sin saber muy bien cómo, sucede: los dos grupos se mezclan. Cassie y Mina echan a andar a la par y Olivia las sigue mientras se pone a escribir en el móvil, a su bola. Subo la escalera mecánica apoyada en el pasamanos e intento no parecer una oveja que se ha perdido del rebaño. Molly Peskin-Suso: introvertida, desubicada, sola en el mundo hostil. Hasta que levanto la vista y veo que no estoy sola. Los dos *hipsters* >están a mi lado. Cruzo la mirada por accidente con el pelirrojo, que me pregunta:

—¿De qué me suena tu cara?

—No sé.

—Bueno, soy Will.

—Molly.

—Anda, como la droga.

Como la droga. Como si yo fuera el tipo de persona que asocias con drogas.

El tren llega justo cuando salimos de la escalera, así que tenemos que correr para no perderlo. Cojo un sitio y le guardo otro a Cassie, pero ella se sienta junto a Mina.

Olivia se pone a mi lado y, poco después, se nos acercan los *hipsters*. El Flequi está leyendo algo en el móvil; sin embargo, el pelirrojo se agarra a la barra del techo y nos sonrío.

Lo miro.

—Will, ¿verdad?

Vale, pues es mono. De hecho, es bastante mono. Monísimo.

—¡Qué memoria! —exclama.

Entonces Olivia se presenta y se produce uno de esos silencios raros. Ojalá yo fuera del tipo de personas que saben cómo llenarlos.

Pero no. Y Olivia menos.

—Ah, y este es Max —añade Will tras unos instantes.

El Flequi levanta la vista de la pantalla con una sonrisilla.

—¿Qué tal?

Uy..., también es mono. Bueno, no. Más bien diría que está bueno. Uno de esos tíos que está tan bueno que ni siquiera es mono. Aunque debería cortarse un poco con el flequillo.

—Oye, ¿a quién se parece Molly? —pregunta Will mientras me mira desde arriba—. Perdona, pero es que no dejo de darle vueltas.

Max me pasa revista con los labios apretados.

—Ni idea.

—En serio, se parece a alguien.

Me sucede muy a menudo. Debo de tener una cara supercomún. Por extraño que parezca, tres personas que no tienen nada que ver entre ellas me han dicho que me parezco a una actriz adolescente de los setenta, y puede que así sea, pero en gorda. Además, siempre hay desconocidos que me dicen que me parezco a su prima o a alguien del campamento. Me asusta un poco. En plan: ¿tendré algún parentesco con esas primas y amigas?

Llegados a este punto, debería mencionar que Cassie y yo somos hijas de un donante de esperma. Así que esta es una constante en mi vida: la idea, remota pero recurrente, de que cualquiera podría ser mi hermano.

—Pues voy a observarte hasta que caiga en la cuenta —asegura Will.

Al otro lado del pasillo, Cassie suelta un bufido, y de pronto reparo en que Mina y ella nos observan. Y parecen muy entretenidas.

Siento calor en las mejillas.

—Eh..., bueno —digo, pestañeando.

El tren llega a una parada y Olivia se levanta.

—Esta es Chinatown.

—También es la nuestra —dice Will.

Supongo que no es de extrañar, aquí se baja la mitad de la gente para hacer transbordo. Se abren las puertas. Cassie y Mina nos siguen cuando bajamos. Cassie está tecleando algo en el móvil.

—¿Hacia dónde vais? —pregunta Will sin dejar de escrutarme con insistencia.

—A Takoma Park. La línea roja.

—Ah, vale. En dirección opuesta. Nosotros vamos a Bethesda. Creo que aquí nos despedimos.

Nunca sé cuál es el protocolo en estos casos. Es como cuando estás esperando en la cola de una tienda y una abuela se pone a contarte cosas de sus nietos o de su artritis y tú le sonríes y asientes con la cabeza. Pero te toca pagar, así que es como «vale, guay, hasta siempre».

Lo cual es un poco trágico si te pones a pensarlo.

Un pequeño panel electrónico indica cuánto tiempo falta para que llegue el próximo tren. El nuestro, que va hacia Glemont, pasa dentro de diez minutos. El que va hacia Shady Grove está prácticamente aquí. Will, Max y Mina suben corriendo por las escaleras mecánicas para cogerlo.

Cuando llegamos a nuestro andén, su tren ya se ha ido.

Eso es todo.

2

Cassie se ha quedado con el número de Mina. No debería sorprenderme, es una máquina consiguiendo números de chicas. A veces le dan uno y se olvida al instante. O queda con una chica una vez y pierde su número a propósito. Cassie puede ser despiadada.

Olivia me da un empujoncito.

—Al tal Will le gustas.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Típico: pone la excusa de que le recuerdas a alguien para hablar contigo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Internet. —Hace un gesto muy serio con la cabeza.

Olivia es muy seria en general. Para ser sincera, creo que hay dos tipos de personas tranquilas: las que son como yo, que ocultan un montón de tormentas y engranajes en secreto, y las que son como Olivia, que es la personificación del mar en un día soleado. No me refiero a que sea una simple, sino a que tiene algo apacible; siempre lo ha tenido. Le gustan los dragones, observar las estrellas y los calendarios con dibujos de hadas. Y sale con el mismo chico desde que teníamos trece años. Evan Schulmeister. Lo conoció en un campamento de verano.

—Anda, mira por dónde. —Cassie se vuelve hacia mí desde el asiento de delante—. Tu chico está soltero.

—¿De qué hablas?

—Tu pelirrojo. Míster culito de melocotón con pantalón *hipster*. Está soltero y sin compromiso. —Me enseña el teléfono—. Mina me lo acaba de confirmar.

—¡Cassie!

Sonríe.

—De nada. Mina va a mover el asunto.

Me quedo petrificada.

—¿Qué?

—Te parece mono, ¿a que sí? —No contesto, sólo la miro boquiabierta. Olivia se ríe por lo bajo—. Se te veía muy entusiasmada hablando con él. —Me da un golpecito en el brazo—. Oye, que conozco la cara que pones cuando

alguien te gusta.

Joder. ¿Pongo una cara determinada cuando alguien me gusta? ¿Cada vez que un chico me parece mono se entera todo el mundo?

Doy un respingo al oír que me suena el teléfono en el bolsillo. Un mensaje de Abby.

¡¡Molly!! ¡Cuéntame lo del pelirrojo buenorro!

—¿Estás de coña? —Le paso el móvil a Cassie—. ¿Se lo has contado ya a Abby?

—Puede.

Me siento mal. De hecho, podría vomitar, preferiblemente encima de Cassie, que *otra vez* está escribiendo en el móvil; es probable que sean cosas sobre mí y mi supuesto superflechazo con un chico al que conozco de cinco minutos. Siempre cree que me conoce mejor que yo misma.

A ver, que sí, joder, que Will es muy mono.

Olivia me lanza una de sus sonrisitas.

—Ahora mismo pareces horrorizada, Molly. —Me encojo de hombros, incapaz de decir nada—. Pensé que querías un novio.

—Exacto —interrumpe Cassie, que se dirige de nuevo a nosotras—. Y el rollo este de los amores secretos de Molly que no llegan a nada... Qué hartura.

—Ah, ¿estás harta? —Se me hace un nudo en la garganta—. Pues siento mucho no gustarle a ninguno.

—Menuda chorrada, Molly. Si ni siquiera hablas con ellos.

Ya estamos.

La cantinela de Cassie: que he tenido veintiséis flechazos y que no me he besado con ninguno. Según parece, porque tengo que ser más decidida. Si me gusta un chico, se supone que debo decírselo. Tal vez en el mundo de Cassie se puede hacer eso y acabar enrollándote con esa persona. Pero no estoy tan segura de que funcione con las chicas gordas.

No sé, es que me gusta ser precavida.

Cassie se acerca a mí por encima del respaldo y relaja la expresión.

—Oye, no voy a dejarte en ridículo. Confías en mí, ¿no? —Me encojo de hombros—. Entonces, adelante. Te voy a conseguir un novio.

Me aparto el flequillo de la cara.

—Pues... no creo que sea tan fácil. —Le lanzo uno de esos gestos míos que mis madres denominan «una Molly-cara», donde participan las cejas y un rictus especial de la boca que expresa un escepticismo infinito, eterno.

—Te digo yo a ti que sí.

Pero no lo es. Creo que no se entera. Existe una razón por la que me han gustado veintiséis chicos y no me ha besado ninguno. No termino de entender cómo se consigue un novio. O una novia. Me parece que las probabilidades son casi imposibles. Tiene que gustarte la persona correcta en el momento correcto. Y a esa persona también le tienes que gustar tú. Una alineación perfecta de sentimientos y circunstancias. Es un misterio inexplicable que suceda tan a menudo.

No sé por qué me late tan deprisa el corazón.

Cuando el tren llega a Takoma, Cassie se levanta de golpe.

—Y necesito saber si Mina es *queer*.

—Ooh... —digo—. Mira quién tiene ahora cara de enamorada.

—¿Y por qué no se lo preguntas sin más? —inquire Olivia.

—Ah, no. —Mi hermana sacude la cabeza—. Bueno, veamos si tiene Facebook. —Teclea mientras camina—. ¿Cómo se busca a alguien aquí?

—¿Estás de broma? —suelto.

Esta es la mayor diferencia entre nosotras. Se podría decir que yo sé espiar a la gente en las redes sociales desde que nací; supongo que Cassie es más bien de las que son espiadas.

—¿Quieres que se lo pregunte a Will, dado que es mi futuro novio?

—Calla. —Sigue mirando el teléfono.

Vamos, seguro que es una casualidad que Cassie quiera que este chico sea mi novio. Que no tiene nada que ver con que sea amigo de la chica perfecta.

Cassie baja de la escalera mecánica con un saltito mientras Olivia y yo la seguimos por los tornos. Hay una pareja enrollándose contra la máquina de billetes, que, como todo el mundo sabe, sirve para otra cosa. Aparto la vista al instante.

—¿Sigues escribiendo a Mina? —pregunto.

Sonríe.

—No voy a decírtelo.

Pero me lo cuenta. Porque, claro, cuando has compartido útero, no existen los secretos.

Por supuesto, duermo fatal. Me paso horas despierta mirando el techo.

No dejo de recordar algunos momentos de la noche. Es como si el cerebro no parara de darme vueltas. Will examinándome para intentar saber a quién le recuerdo. El pelo con mechas azules de Olivia reluciendo bajo las luces del metro. La sonrisita de Cassie cada vez que le sonaba el teléfono.

Algunas noches albergan esa electricidad. Algunas noches te llevan a un lugar distinto del punto de partida. Esta ha sido una noche especial..., aunque no sé explicar por qué.

Y es extraño.

Por fin me quedo dormida, y parece que sólo hubieran pasado unos segundos cuando suena una notificación de mensaje:

¿Estás despierta? —*Emoji* sonriente. Es Cassie.

Tengo un terrible sabor de boca y los ojos irritados y legañosos. Supongo que es lógico: anoche conseguí emborracharme sin probar una gota de alcohol. Ahora tengo una resaca abstemia.

Miro la pantalla.

Me suena de nuevo el teléfono.

MOLLY, ¡¡¡DESPIERTA!!! ¡¡¡ES TU PRIMER DÍA DE TRABAJO!!!

¡Ya voy! —contesto. Añado un *emoji* somnoliento.

Me responde con ese tan horrible de los ojos como platos.

Envío una carita triste. Tengo la cabeza pegada a la almohada; siento que peso mil kilos, pero me obligo a levantarme y a ponerme el vestido con volantes de ModCloth y unos *leggings*. Y me tomo la pastilla. Llevo cuatro años tomando Zoloft porque me daban ataques de ansiedad en medio de la cafetería del instituto.

Una larga historia.

Pues nada, cuando salgo al pasillo, el aire huele a mantequilla y beicon; sí, somos de esos judíos que comen beicon.

—¿Dónde está la joven trabajadora? —pregunta Patty, una de mis madres. Sale de pronto de la cocina vestida con una túnica batik ancha—. Ven, lleva esto a la mesa. —Y me pasa un plato lleno de tortitas.

—Vale...

—Pareces un poco ida, cielo. ¿Estás bien?

—Sí, yo... —Miro las tortitas—. ¿Qué se supone que son?

—Corazones —titubea. Tiene harina en la barbilla.

—Aah.

—Pero a lo mejor parecen penes.

—Ajá.

—Y escrotos —añade.

—Mamá, tienen buena pinta.

A decir verdad, no es la primera vez que Patty hace referencia a una comida con la palabra «escroto». Es matrona, quizá por eso estoy tan acostumbrada a

que hable con esos términos. En una ocasión, se pasó todo el trayecto hasta el centro comercial explicándonos a Cassie y a mí que lo que tienen los perros parecido a un pintalabios es en realidad el pene fuera del prepucio. Parecía conocer muy bien los detalles anatómicos.

No creo que ninguna de las dos volvamos a preguntar por el pintalabios.

—Guarda una para que tu hermano las pruebe —me dice.

Asiento.

—A Xav le encantan los escrotos.

Patty arquea las cejas. Luego agarra de nuevo el plato mientras echo una ojeada al comedor. Todo el mundo se ha levantado ya. Nadine es profesora, por eso está acostumbrada a ponerse en marcha «tempra-culo», como ella dice, incluso en verano. A veces declara que es tempra-culo de cojones. Y Xavier se despierta tempra-culo porque es un bebé tempra-culo en general.

—No tires eso —le espeta Nadine con una de sus miradas maléficas.

Xavier me dedica una sonrisa gigante desde la trona y me llama «Momo», que significa «Molly».

Y esta es mi familia en una caja de cerillas. Patty nos concibió a Cassie y a mí con el espermatozoide de un donante, y Nadine se sirvió de ese mismo donante hace dos años para quedarse embarazada de Xavier. A la gente le cuesta entender el concepto. Algunos disfrutaban diciéndome que Xavier es mi hermanastro, no mi hermano. Son los mismos que me aseguran que Abby en realidad no es mi prima. Que Nadine no es mi madre. Estoy casi convencida de que no se plantearían nada de eso si Nadine, Abby y Xavier fueran blancos.

Ni que decir tiene que odio a esa gente.

Xavier tira un trozo de plátano al suelo y empieza a lloriquear.

—No, chico —le reprende Nadine—. Se acabó el plátano. Ya está bien de tanto LOL.

—¿Acaso sabes lo que significa LOL? —pregunta Cassie desde la otra punta de la mesa.

—No me subestimes. —Nadine sonrío.

Entonces Xavier suelta otro gemidito quejumbroso. Ella se acerca y lo besa en la frente.

—Ay, mi Xavor Xav, sé bueno, anda.

Lo de Xavor Xav viene de Flavor Flav, el cantante de Public Enemy. Así es Nadine.

Patty aparece con un plato de beicon tapado con papel de cocina.

—Espero que estés preparada —le dice a Cassie.

La pasión de Cassie por el beicon es conocida en el mundo entero. Sin embargo, se aparta de la mesa con una sonrisa.

—La verdad es que no tengo hambre.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hija? —inquire Nadine con cara de sospecha.

Cassie se echa a reír y se encoge de hombros. Me fijo en que no ha tocado la comida. Ni un bocado. Lo cual es sorprendente. Por lo general, Cassie es la típica chica delgada que come como si estuviera a punto de entrar en estado de hibernación.

—En serio, Kitty Cat. ¿Qué ocurre?

—Nada. No tengo... —Se queda callada y esconde las manos por debajo de la mesa. Al instante, baja la mirada.

Está leyendo un mensaje.

De Mina, me juego el cuello. Es probable que estén tramando cómo liarnos a Will y a mí. Me pongo como un tomate sólo de pensarlo.

—Bueno, Molly, ¿cómo te encuentras? —me pregunta Nadine—. ¿Estás nerviosa? ¿Asustada?

—¿Por qué?

—Por tu gran día. Hoy entras en el mercado laboral.

Frunzo el ceño.

—Sabes que no es un puesto de neurocirujana, ¿verdad? Voy a trabajar en una tienda.

—¡Momomomo! —interrumpe Xavier—. ¡Cacacacaca!

Cassie le lanza una mirada de odio.

—Eh, a mí no me llames así.

—No dejes nunca de llamarla así —dice Nadine.

Cassie hace una mueca y desliza el pie por debajo de la mesa para colocarlo junto al mío; su talón a la altura de mis dedos y viceversa. Tenemos los pies del mismo tamaño, casi al milímetro. Supongo que crecemos exactamente al mismo ritmo.

—Oye, ¿cuándo te vas? —Cassie se apoya en los puños y sonrío.

—Dentro de poco... —empiezo, pero me lanza una miradita elocuente. Pruebo otra vez—: ¿Ahora?

—¡Estupendo! Pues te acompaño al trabajo. —Y se levanta de un brinco mientras se guarda el móvil en el bolsillo trasero—. Vamos.

—Anoche Mina y yo nos estuvimos mandando mensajes durante cuatro horas —

dice en cuanto salimos a la calle. Me lo suelta como si fuera a reventar.

—Guau.

—Ya.

Siento que se queda mirándome; quiere que añada algo más. O que pregunte algo. Quizá se trate de telepatía entre mellizas, pero noto sus nervios. Es como si latieran.

Por alguna razón, creo que esto no va de buscarme novio.

—¿De qué hablasteis?

—Bueno, ya sabes... —Se ríe—. La verdad es que ni siquiera sé de qué hablamos. De música. De fotografía; ella hace fotos. De todo un poco.

—Durante cuatro horas.

—Claro. —Sonríe.

—Qué bien. —Hago una pausa—. ¿Has averiguado si le gustan las chicas?

—Molly, no lo sé.

Noto un tono en su voz que me desconcierta.

—Vale —susurro.

Durante un minuto, nos quedamos tan calladas que se oye cantar a los pajarillos.

Debo decir que Takoma Park está precioso. La mayor parte del tiempo no eres consciente de ello, pero a veces te choca tanta belleza. Por ejemplo, cuando son las ocho y cuarto de una mañana de verano y la suavidad del sol se filtra a través de las ramas de los árboles y las casas están pintadas de colores, con sus columpios en el porche, sus campanillas colgantes y sus escaleras bordeadas de flores.

Lo único que quiero es contemplar las flores. Quiero caminar por Tulip Avenue y sentir hambre y sueño. Quiero que Cassie no esté molesta conmigo. Supongo que ha sido un error preguntarle por Mina. Aunque, si se va a poner quisquillosa con su vida amorosa, también a mí me molesta que se entrometa en la mía.

—En fin —dice al cabo de un momento—, esta tarde hemos quedado con Mina en el FroZenYo para hablar de la estrategia.

—¿Qué estrategia?

—Para seducir al pelirrojo. Operación Novio. Operación Un Rollo para Molly.

Dios mío. Es en serio.

Sacudo la cabeza.

—Muy bien, tenemos que...

—Molly, sé que tienes trabajo. Pero sales a las tres y hemos quedado a las tres y media.

—No quiero estorbar. No me gustaría cortaros el rollo...

—Molly. —Cassie se echa a reír—. No puedes estorbar en una heladería de yogur. La propia heladería de yogur ya es un estorbo en sí misma.

—Eso es verdad.

—Ahora en serio. —Me mira—. Necesito que vengas.

Parece sincera.

—De acuerdo —acepto por fin.

—¡Toma ya! —Extiende la mano para que se la choque—. Esto marcha, colega.

3

Vale, tal vez sea culpa mía por ser tan arrogante, pero sí que estoy algo nerviosa por empezar a trabajar, aunque no se trate de un puesto de neurocirujana. De hecho, me alegro de que no se trate de un puesto de neurocirujana; no creo que nadie quiera que le opere el cerebro, ni ahora ni nunca. Más que nada porque en estos momentos me tiemblan un poco las manos sobre el tirador de la puerta.

La tienda parece la misma de siempre; o sea, que está como si la actriz Zooey Deschanel hubiera explotado y se hubiera convertido en cinco mil manteles, platos decorados y tarjetas estampadas. Se llama Bissel. No como la marca de aspiradoras, sino como la palabra yidis que significa «un poco». En plan: «qué suerte, cuando vienes a Bissel sólo te gastas un poco de dinero y no te dejas el sueldo entero».

Me parece increíble que esté entrando en Bissel como empleada.

Soy una *empleada*.

Deborah y Ari Wertheim, los propietarios, esperan tras el mostrador. Siento una ráfaga de timidez.

—Hola —digo, y mi voz se vuelve tan aguda que resulta cómica. Molly la chillona. Superprofesional.

Deborah levanta la vista de la caja registradora.

—¡Molly, hola! ¡Qué bien que estés aquí! —Apoya las manos en la mesa con una sonrisa de oreja a oreja—. Estamos encantados de que trabajes con nosotros.

Es muy amable. Ambos lo son. Es lo que mejor recuerdo de la entrevista con los Wertheim. Son agradables como terapeutas, o sea, que dan la impresión de estar dispuestos a oír tus pensamientos sobre la vida y la humanidad. Están casados y forman la pareja perfecta: altos, corpulentos, con gafas de pasta. Ari es calvo y Deborah tiene una de esas melenas negras y revueltas que se recogen en un moño deshecho. A veces incluso se hace dos moñitos a lo Sailor Moon, pese a que ya debe de rondar los cuarenta. Me encanta. Además, ambos llevan unos complejísimos tatuajes de colores por todo el brazo. Sin duda, son los dos humanos adultos más guais del planeta, o por lo menos de Maryland.

—Ya comentamos la mayoría de las cosas durante la entrevista. ¿Recuerdas cómo funciona la caja?

Asiento, aunque no recuerdo absolutamente nada.

—Genial. Aunque la caja hoy está siendo aburrida, así que igual te mando al almacén con Reid. Él te enseñará algunas cosas. ¿Lo conoces?

—Creo que no.

—Ah, pues te lo presento. —Deborah me aprieta ligeramente el hombro—. Un momento.

Mientras se dirige hacia la parte de atrás de la tienda a través de la sección de bebés, intento actuar de un modo natural. Hay música, algo suave e *indie*. Cassie sabría de qué grupo se trata. Justo detrás de mí hay un surtido de tazas con forma de ballena. Sí, esas cosas existen. No me cabe en la cabeza cómo hay gente que entra en esta tienda y no se enamora.

Al cabo de un minuto, Deborah regresa con un chico que ya he visto por aquí alguna vez. Es alto y más bien grandote, lo que la gente suele llamar un tío fornido. Lleva una camiseta con un mapa de la Tierra Media, y sus zapatillas blancas están tan relucientes que o son nuevas o las lava en la lavadora.

—Molly, este es Reid. Reid, Molly.

—Hola —saluda él con una sonrisa tímida.

—Hola. —Sonrío yo también.

Deborah se dirige a mí.

—Molly, tú ya pasas al último curso del instituto, ¿verdad? —Asiento—. ¡Perfecto! Entonces tenéis la misma edad. Seguro que tenéis mucho en común.

La típica lógica de los adultos. Reid y yo tenemos una edad parecida; por lo tanto, somos almas gemelas. Como con los horóscopos. Se supone que debo creer que tengo un parecido significativo con todas las personas que han nacido el día de mi cumpleaños. O con todos los sagitario. A ver, si apenas tengo nada que ver con Cassie, y eso que nacimos con seis minutos de diferencia.

Pues lo siento, pero este chico ha optado por hacer publicidad de *El señor de los anillos* con su cuerpo. No sé si vamos a tener mucho en común.

Atravesamos la sección de bebés. Me da la impresión de que está pensando en qué decir. Me vienen a la cabeza las palabras sin sentido que suelta la gente, del tipo «pues sí», «bueno», «en fin»...

Pero Reid no dice nada de eso, sino que es en sí mismo la personificación de esas palabras. Ojalá hubiera una señal secreta que sirviera para comunicar: «HOLA. ME ENCUENTRO A GUSTO EN SILENCIO».

Tampoco es que me sienta tan cómoda en silencio, pero eso le ayudaría a relajarse.

Por un momento, nos quedamos en la puerta del almacén, rodeados de cajas de cartón y muebles rústicos de madera. Me muerdo el labio con una sensación

de incomodidad e inquietud.

—Bienvenida a tu primer día —dice por fin.

—Gracias.

Sonrío y lo miro. Es tan alto que tengo que levantar la cabeza. No es feo. Y tiene un buen pelo. Esa clase de pelo de chico perfecto y despeinado, castaño, suave y ondulado. Y lleva gafas. Y tiene una boca dulce. Siempre me fijo en la boca de la gente.

—Llevas varios años trabajando aquí, ¿verdad? —comento—. Te he visto varias veces.

En cuanto lo digo, me sonrojo. No quiero que piense que ME HE FIJADO en él. A ver, en realidad sí me he fijado en él, pero no de ese modo. Me he fijado porque desentona. No parece encajar aquí. Considero que Bissel es un sitio donde la gente se preocupa por los pequeños detalles, como la textura de un salvamantel de rafia o el motivo ornamental del mango de una cuchara de servir.

Reid no tiene pinta de preocuparse demasiado por los motivos ornamentales de las cucharas de servir.

—Sí, llevo aquí desde siempre. Qué remedio. —Se encoge de hombros—. Son mis padres.

—¿Tus padres?

—Ari y Deborah.

Me llevo una mano a la boca.

—¿Ari y Deborah son tus padres?

—¿No lo sabías? —Parece que le divierte.

Sacudo la cabeza despacio.

—Jo, pues acabas de dejarme alucinada.

—¿De verdad? —Se ríe—. ¿Y eso?

—¡Porque sí! No sé. Deborah y Ari parecen tan... —Tan punkis, tan molones, tan ajenos a *El señor de los anillos*—. Llevan tatuajes —sentencio al fin.

Asiente.

—Sí.

Me quedo embobada.

Se echa a reír de nuevo.

—Pareces muy sorprendida.

—No, es que... —Sacudo otra vez la cabeza—. No sé.

Se produce uno de esos silencios.

—Hum, bueno, ¿quieres desempaquetar artículos de bebé? —pregunta Reid

mientras empuja una caja de cartón con la punta de la zapatilla. Nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas al lado de la caja—. Hay que marcar el precio de todo esto con pegatinas —añade—. ¿Sabes cómo se hace?

—Sé poner pegatinas.

—Es complicadísimo —explica. Ambos sonreímos.

Agarro un pelele.

—Esto es muy de Takoma Park.

Está hecho con algodón sin blanquear, es unisex y tiene un estampado con dibujos de verduras. Tal cual. Aquí obligan a los bebés a declarar lealtad a la verdura antes de que crezcan lo suficiente como para decir: «Que te den, mamá, yo quiero helado».

—De hecho, es un nuevo pedido porque los vendimos todos la semana pasada —explica Reid.

—Y para colmo es un nuevo pedido.

—La verdura es muy popular en los tiempos que corren. —Mira hacia abajo y sonrío.

Trabajamos en silencio, colocando las pegatinas con los precios en las etiquetas y doblando de nuevo los peleles.

—Creo que también hay unos saquitos para bebé —comenta cuando terminamos.

Cojo uno y leo la etiqueta.

—Cáñamo orgánico —dice.

—Sí.

—¿En serio? —Lo miro.

Se echa a reír.

—En serio.

Entonces supongo que habrá padres a quienes les guste enrollar a sus hijos como si fueran porros.

Es divertido ver trabajar a Reid el de la Tierra Media; la persona menos delicada que he conocido en mi vida entre todos estos artículos tan delicados. Le cuesta enrollar de nuevo los saquitos; creo que tiene las manos demasiado grandes.

Quizá por eso me han contratado: por mis manos más bien pequeñas y mi supuesta habilidad para liar canutos.

De repente, me mira.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Sólo por curiosidad, ¿por qué te sorprende que mis padres lleven tatuajes?

Pues porque estáis emparentados.

—¿Porque son judíos? —añade.

—Oh, no. No es por eso. Ya sabía que son judíos. Quiero decir, la tienda se llama Bissel. Y su apellido es Wertheim.

Se ríe.

—El mío también. Me llamo Reid Wertheim. —Se inclina hacia mí y me tiende la mano para que se la estreche. Cuando lo hago, me sorprende su seguridad al apretar.

—Molly Peskin-Suso.

—¡Peskin! —exclama—. ¿Tú también eres judía?

—Sí.

—¿De verdad? —Se le iluminan los ojos y entonces sé lo que está pensando. No me considero una superjudía ni nada por el estilo, y nunca voy a la sinagoga. Pero tengo esa misma sensación cuando conozco a otro judío. Es como si chocáramos una mano invisible en el aire.

Y tiene gracia. Por lo general, me quedo muy cortada cuando conozco a un chico (así es como alguien acaba teniendo veintiséis flechazos y cero besos). Pero con Reid el de la Tierra Media me siento igual de nerviosa que con cualquier persona que acabo de conocer. Ni más ni menos.

Lo cual es maravilloso.

Cuando dan las tres, ya hemos desembalado, marcado y colocado seis cajas de artículos de bebé. Y hemos hablado. Hemos tenido tiempo para hablar. De momento, sé que le encantan los huevitos de chocolate de Cadbury. Cuando le pregunté si era apropiado comer huevitos en junio, me contestó que siempre lo es. Según parece, los compra a mansalva después de Pascua y así se abastece durante el resto del año.

Para ser sincera: lo respeto.

Salgo del trabajo justo a las tres y, como el metro es puntual, llego pronto a Silver Spring. Bajo por Ellsworth Drive y me quedo cerca de la puerta del FroZenYo. En esta zona hay cincuenta millones de restaurantes y todo está abarrotado de gente incluso entre semana: hay padres con sillas de bebé y chicas que, aunque parecen de mi edad, van vestidas como si trabajaran en un banco. Mis madres suelen decir que Silver Spring estaba mejor antes de la gentrificación. Da pena pensarlo. Es un rollo que los cambios sean a peor.

Me apoyo contra la fachada del edificio para jugar con el móvil. Las redes sociales son lo peor que tenemos en la actualidad. Hoy es uno de esos días en los

que Facebook e Instagram están plagados de *selfies* que intentan aparentar que no son *selfies*, donde la persona aparece como mirando a lo lejos con aire desinteresado. Necesito un botón de no me gusta. En realidad no lo usaría, pero aun así lo necesito.

Empiezo a preguntarme dónde estarán Cassie y Mina. Cassie no suele llegar tarde, y ya han pasado diez minutos de la hora acordada. No sé si mosquearme o preocuparme. Pero por fin, a las 15:45, las veo aparecer: vienen juntas, riéndose por algo y con bolsas de H&M. Tan tranquilas.

No me gusta.

—Hola —saluda Cassie. Sonríe al verme—. Te acuerdas de Mina, ¿verdad?

—Del baño. Lo de la vulva —dice Mina.

No puedo contener la risa.

Tengo una faceta muy frustrante: si todo el mundo está contento, soy incapaz de seguir cabreada. Mi humor es conformista. Y es un fastidio, porque a veces quiero estar enfadada.

—Oh, cielos, me encanta tu colgante —añade Mina.

Me pongo colorada.

—Ah, lo hice yo.

—¿En serio?

—Sí, es fácil. ¿Ves? Es una cremallera vieja. —Me acerco un poco para enseñárselo—. Sólo tienes que cortar, abrir la cremallera y hacer la forma del corazón. Luego coses los extremos.

—Molly hace porquerías así todo el tiempo —explica Cassie, aunque lo dice como con orgullo.

Ambas colocan las bolsas encima de una mesa. Supongo que se han ido de compras. Lo cual me parece una actividad grupal espantosa, qué quieres que te diga. Aunque tal vez sea distinto para la gente con talla de una sola letra. Es probable que hayan posado la una para la otra. Quizás hasta se han comprado modelitos a juego.

Cojo un vaso de yogur vacío. Este es uno de esos sitios donde te lo sirves tú. Puedes ponerte todos los sabores de yogur que quieras y, después, hay miles de salsas y aderezos para añadir encima. Hay gente que no aguanta tanta libertad. Pero yo sí, y se me da muy bien. Es cuestión de conocer los gustos propios.

Pago y me siento. Mina se coloca a mi lado y mira mi vaso.

—¿Qué te has puesto?

—Chocolate con galleta.

Lo que decía.

Se me da bien.

Mina me enseña su vaso y, cómo no, ella es una de esas personas confusas en esencia que mezclan las gominolas con el chocolate.

—Cassie me contó que estás en el Georgetown Day. —No sé muy bien qué decir.

—Sí. Este será mi último año.

—El nuestro también. ¿Y haces fotos?

—¡Lo sabes todo! —exclama.

Cosa que me sonroja. No sé. Me siento un bicho raro. Es como si siempre supiera más cosas de la gente que la gente de mí.

Noto que brota un silencio incómodo. Tengo que salir del paso.

—Nuestra amiga Olivia también hace fotos —digo enseguida.

—¡Ah, qué guay! —exclama Mina—. Bueno, llevo muy poco tiempo. Will, el chico que conociste, el pelirrojo..., es muy buen fotógrafo y me está enseñando lo básico. Tiene un programa de esos para alterar la luz y el color cuando subes las fotos, y me va a enseñar a poner destellos solares. —Mina hace una pausa—. Estoy hablando mucho, ¿no?

—No, tú...

—Hablo mucho cuando me pongo nerviosa.

—¿Estás nerviosa? —pregunto.

Se encoge de hombros con una sonrisa.

—No sé. Es todo muy formal, ¿no? O sea, ¿no es raro tanto esfuerzo para ser amigas?

—Supongo que sí.

—Mis amigos y yo nunca nos pusimos en plan «Oye, vamos a ser amigos», sino que fue más «Ah, vale. Estás ahí y me caes bien».

—Eso fue justo lo que le dije a Cassie en el útero.

Ella se ríe y se rasca el brazo. Al hacerlo, la manga se le sube un poco y muestra el borde de un tatuaje. No logro distinguir qué representa. Pero vaya, que tiene un tatuaje. Y está en el instituto. Me siento algo mojigata.

Cassie se sienta enfrente.

—Cuánto has tardado.

—Sí, ya sabes. Las decisiones.

Así es Cassie. Cuando venimos a este sitio, se toma súper en serio la elección de su sabor, pero siempre acaba tomando lo mismo: yogur de vainilla con algún tipo de gominola. NOTA PARA CASSIE: todas las gominolas saben igual. De verdad.

—Bueno, tengo que terminar de contarte mi teoría —dice. Se lleva a la boca una cucharada de yogur—. Molly, tú no estabas, pero hemos hablado de nuestros ancestros.

—Eh, ¿de qué?

—Ya sabes, nuestros antepasados. Los parientes que murieron antes de que nosotras naciéramos.

—¿Y por qué hablabais de eso?

Cassie se queda callada con la cuchara en el aire.

—Oh, no me acuerdo.

—Bueno, primero hablamos de la donación de esperma —comenta Mina— y de si tus parientes por donación de esperma son parientes de verdad o no.

—Sí —dice Cassie—. Bueno, lo mío es una teoría. Cada uno tiene sus antepasados, que están en el cielo o en el infierno. Por cierto, no creas que es un rollo dogmático de rabinos.

—Entiendo. —Sonrío ligeramente.

—Bien, pues lo que pienso es que ellos están ahí pasando el rato, bebiendo ambrosía y tal.

—Se nota que no es un rollo dogmático de rabinos.

Pero me ignora.

—Entonces uno de sus descendientes tiene un bebé, ¡y esa eres tú! Desde que naces y durante toda tu vida, tus antepasados tienen que vigilarlo todo. Te apoyan, hablan de ti entre ellos, pero no les está permitido intervenir. Sólo observan. Como un *reality*.

—Un *reality* aburridísimo —apunto.

—Sí, pero para ellos no es aburrido, ¿sabes? Porque tú eres su descendiente. —Da una palmada—. Y les incumbe.

Mina arruga los labios alrededor de su cuchara y asiente.

—Y cuando al final te haces vieja y te mueres —continúa—, apareces en el cielo, donde básicamente eres la jefa. Y claro, tus antepasados te hablan en plan «sí, te envié con esa otra chica, pero estuvo guay. Siento que te hicieras vieja y te murieras, ¿sabes?». Y tú respondes: «Ya, una mierda, pero qué le vamos a hacer». —Cassie se encoge de hombros—. Y entonces tú te conviertes en uno de esos antepasados y luego, la próxima vez que nace un bebé, tienes que observarlo todo. Y así continúa el ciclo.

—Qué horror —dice Mina.

Cassie inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué?

—Mmm..., ¿por tener a un montón de muertos observándote? No sé, viendo cómo haces pis, cómo tienes relaciones sexuales, cómo te masturbas... O cuando discutes con los demás.

—Uy, no. —Cassie sacude la cabeza con rapidez—. No son tan mirones. No observan esa clase de cosas. Ten en cuenta que tienen un millón de descendientes que seguir, así que no pueden observar a nadie tan de cerca. Es más como si cambiaran de canal continuamente.

—Vale, pero eso no es lo que dijiste antes —argumenta Mina, blandiendo la cuchara en el aire. Y me gusta, me gusta que le lleven la contraria a Cassie. Y creo que a Cassie también le gusta.

—Bueno, estoy perfeccionando mi teoría —se justifica Cassie, sonriendo.

—Vale, pero asegúrate de que no haya muertos observándome mientras meo —dice Mina. Entonces me mira y gruñe mientras se tapa la cara—. Jolín, Molly, tienes que pensar que no hablo más que de hacer pis y de vulvas.

—Es que es verdad —digo.

Me saca la lengua.

Y en ese momento me doy cuenta de que tal vez me esté haciendo amiga de esta chica. Ya llevo dos nuevos amigos legítimos, y sólo son las cuatro y media. Mina la de la Vulva y Reid el de la Tierra Media. Un día muy productivo. Sé que estoy sonriendo.

Cassie asiente.

—Bueno, entonces podemos suponer que hay varias cosas censuradas. No está permitido que te vean en el baño ni teniendo relaciones sexuales ni nada por el estilo.

—Pero eso no lo decides tú —dice Mina—. Esto no es un *reality*. Es una teoría metafísica.

—Pero es *mi* teoría metafísica. —Cassie resopla.

Le doy vueltas a la idea por un momento. Tiene su gracia... De hecho, creo que me convence. La encuentro extrañamente reconfortante. Supongo que es agradable imaginar una sala llena de gente que se preocupa de lo que te pasa. Que está a favor de tu felicidad. Que se molesta si alguien te hace la puñeta. Que quiere que al chico que te gusta le gustes tú también. Que quiere que les gustes a los veintiséis chicos que te han gustado.

Que le importas. Ahí está el tema. A veces tengo la extraña sensación de que me preocupa importar a los demás. Nunca se lo he contado a nadie, ni a mis madres ni a Cassie, pero es lo que más me asusta. No importarle a nadie. Existir en un mundo al que le da igual quién soy.

Es otro nivel de soledad completamente distinto.

Quizá se trata de un asunto propio de los mellizos: nunca he estado sola en el mundo. Creo que por eso me da miedo estarlo.

—Ahora mismo nos están observando —comenta Cassie. Mira hacia el techo—. Hola, antepasados. Deberíais probar el yogur helado. Es lo mejor. —Levanta los pulgares hacia ellos.

Mina se tapa la cara con los brazos y se echa a reír.

Como era de esperar, durante el resto de la semana Cassie sólo quiere hablar de Mina cada vez que nos quedamos solas y no están cerca nuestras madres. El viernes, se echa a mi lado en el sofá cuando me estoy acomodando para ver *Madre adolescente*.

—¿Sabías que Mina es coreana? —me pregunta—. Bueno, coreana americana.

—Sí, me lo dijiste.

—O sea, sus padres nacieron aquí, pero tiene parientes en Corea del Sur, y viajará allí en agosto. Creo que va a hacer un proyecto de fotografía.

Soy de esas personas que soportan los comentarios durante los programas de la tele, siempre y cuando sean comentarios *sobre* el programa. Por ejemplo, me parece estupendo que Nadine despotriquee de los papás «cararrata, me-sacan-de-quicio-esos tíos-tan-viriles, no-entiendo-cómo-puedes-ver-esto».

Cassie se echa hacia atrás con las piernas cruzadas.

—Y le encantan los pingüinos.

Pingüinos. Nadie respeta a los padres jóvenes.

—Pues me alegro de que le gusten los pingüinos.

Me recuerda a Abby cuando empezó a salir con su primer novio de verdad. Teníamos quince años y ellos iban juntos a clase de Matemáticas. Abby no hablaba de otra cosa que no fuera Darrell. Darrell odia la compota de manzana. Darrell baila muy bien. Darrell estuvo hace tiempo en Florida. Como si le fascinara pronunciar su nombre.

—Además —dice Cassie como quien no quiere la cosa—, Mina es pansexual.

Pulso el mando de la tele para parar el programa y me incorporo como un resorte.

—Espera, ¿qué has dicho?

Cassie se tapa la cara con un cojín.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado y me lo ha dicho.

—¡Cassie! —Me llevo la mano a la boca—. ¿Estás de broma? ¡Eso es estupendo!

—Sí, bueno. Tampoco significa que yo le guste.

Me giro por completo para mirarla.

—No pasa nada —añade con una leve sonrisa. Abraza el cojín y suspira.

—Cass.

Creo que es la primera vez que la veo así. Cassie tontea con chicas todo el tiempo. A veces se muestra encantadora; otras, pasota; otras, muy interesada; pero nunca, jamás, es vulnerable. Nunca la he visto nerviosa.

—Sí que pasa —digo con suavidad.

—Es decir, sí, es una tía alucinante. Y sí, me quiero enrollar con ella —gimotea con el cojín en la cara.

—Oh, cielos. Te gusta. Te gusta de verdad.

—En fin, qué más da.

Pero sus mejillas no mienten, y ahora mismo parecen radiactivas.

Normalmente soy yo quien se sonroja, quien desfallece, quien representa el papel de la heroína de novela romántica, aunque con un cien por cien menos de besos. Pero ¿Cassie? Ella nunca.

Hasta ahora. Y es fascinante.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

Se me crispa la boca.

—No te miro.

—Te odio.

Está sonriendo, y yo le devuelvo la sonrisa. Cassie ha besado a un buen número de chicas y, créeme, me ha contado con pelos y señales cada una de esas transacciones, hasta la última molécula de saliva. Y mírala ahora.

Con Mina es distinto.

El sábado me despierto con un mensaje de Abby.

Tampoco es raro; Abby no es sólo mi prima. Aparte de Cassie, es mi mejor amiga. Más incluso que Olivia. Tiene gracia, porque Cassie y Abby son las atrevidas, mientras que Olivia y yo somos más paraditas, pero a la hora de emparejarnos, solemos unirnos Cassie y yo, y Abby y Olivia; o Abby y yo, y Cassie y Olivia. La amistad es así. Supongo que no siempre consiste en tenerlo todo en común.

En cualquier caso, Abby antes vivía a dos manzanas de distancia, pero se mudó a Georgia hace un año. Es un rollo, pero hablamos todas las semanas y nos mandamos muchos mensajes, como en una conversación constante.

Cuando pulso el teléfono, veo que en realidad hay dos mensajes. El primero dice:

Tenemos que hablar lo antes posible.

El segundo es un *emoji* guiñando un ojo.

En ciertos contextos el guiño es un claro mensaje codificado que significa «sexo».

Así que supongo que Abby se acostó anoche con su novio. Debo aclarar que tiene un novio en Georgia que se llama Nick y que parece bastante guapo en fotos. Para Abby, lo de los novios no entraña mucha dificultad. A decir verdad, en ella nada parece entrañar demasiada dificultad. Pero como es mi prima y es una pasada, me alegro por ella y no siento celos; eso sería muy mezquino por mi parte.

Y no quiero ser mezquina.

Bostezo y me froto los ojos. Luego tecleo mi respuesta:

¡Pero bueno! Hola, carita guiñando. ¿Qué pasa?

Al cabo de un momento, su respuesta: un *emoji* sonrojado.

Sexo, sin duda.

La llamo.

—Enhorabuena —digo en cuanto coge el teléfono.

Se echa a reír.

—Perdona, pero ¿cómo sabes lo que voy a decirte?

—Porque se te nota a la legua. —Me pongo de lado sin despegarme el móvil de la oreja—. Aunque prefiero que me lo cuentes.

—Ahora me da vergüenza.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¡No sé! —Suelta una risita—. Uff... Bueno, voy a asegurarme de que mi padre no está por el pasillo.

—Buena idea.

Mi tío Albert es un demente con el tema. Una vez pilló a Abby de la mano de un chico y la castigó durante una semana.

—Ya está —confirma al momento.

—¿Todo despejado?

—Sí. —Oigo que coge aire—. Pues...

Lo raro es que noto cierta sensación de tensión, casi de náusea, y no sé por qué. No me gusta el novio de Abby, ni siquiera lo conozco, y tampoco es que sienta una intriga tremenda, porque ya sé lo que me va a contar.

Me va a contar que se ha acostado con Nick.

—Me he acostado con Nick —susurra.

—¡Lo sabía!

Se ríe.

—¡Dios! Me siento rarísima hablando de esto.

Me la imagino desplomada en la cama tapándose la cara con las manos. Abby no se sonroja —en eso se parece a Cassie—, aunque como tiene la piel oscura es difícil saberlo. Pero se le forma una arruguita rara en las comisuras de los labios cuando está avergonzada, incómoda u orgullosa de sí misma.

Ya no la oigo. Lo único que percibo es esa arruguita de la boca en su voz.

—¿Cómo fue? —pregunto.

—Pues... ya sabes. Bien.

No sé. Esto se me da mal. Nunca sé qué preguntar.

—¿Mejor que con Darrell?

Se queda callada.

—Sí —responde por fin—. Sin duda.

—Bueno, pues guay.

—No soy una zorra, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No!

—Sólo llevamos juntos cinco meses. Es un poco de zorra.

—Que no. Para nada.

—Ya, pero, uff. Es que conozco a una chica aquí que es lo peor. Una de esas que están todo el día hablando de su metabolismo, que, según parece, es superrápido y todos nos tenemos que enterar. De hecho, no sé ni por qué la escucho, pero bueno. El caso es que el otro día dijo en el instituto que las parejas no deberían acostarse hasta que llevaran un año saliendo, y ahora no me puedo quitar ese comentario de la cabeza. ¿Me entiendes?

—Jo, Abby. Lo siento.

—No, no pasa nada. Bueno, ella no dijo la palabra «zorra», pero creo que se sobreentendía. Y ahora yo estoy pensando: genial, soy una zorra.

Su voz se corta y no sé qué decir. No soy precisamente una experta.

Y hay una cosa que jamás en la vida admitiré: una parte de mí siempre ha pensado que el hecho de que te llamaran zorra es una especie de halago encubierto. Significa que te has acostado con alguien; vamos, y que alguien ha querido acostarse contigo. Ser una zorra sólo significa ser normal.

Igual estoy equivocada. Puede que mucho.

—Abby, tú no eres una zorra —digo tajante—. ¿Quién es esa chica? Lo que dice son chorradas.

—Lo sé, lo sé. Soy boba.

—Olivia ha tenido relaciones. Cassie ha tenido relaciones de todo tipo. No

pasa nada y no es asunto de nadie.

—Ya, tienes razón.

—Bueno, cuéntame cómo sucedió. Desde el principio.

—Vale. —Oigo un crujido e imagino que se está sentando—. Estuvimos en un concierto. Vimos a los Weepies, cuéntaselo a Cassie. El caso es que después nos pasamos por casa de Simon, nos pusimos a ver la tele y Nick recibió un mensaje de su madre.

—Pues no sé cómo puede acabar en sexo toda esa historia.

—Ja. Le escribió para contarle que la habían llamado para trabajar en el hospital.

—Ooh.

Oigo a Abby sonriendo.

—Síp. Así que nos fuimos...

—Y os quedasteis en su casa solos... ¿Y?

—¡Y eso!

—Ah, pues muy bien.

—Bueno, gracias. —Bosteza con alegría—. ¿Y tú?

—¿Si me acosté con alguien anoche?

—¡No! —exclama—. A no ser... ¿Te acostaste con alguien anoche?

Si Abby estuviera delante de mí ahora mismo, sería víctima de una de mis miradas mortíferas. No sabe hasta qué punto.

—Ah, cómo no —suelto—. Ya me conoces.

—¡Molly! Quiero saber cómo te va. ¿Qué pasó con el chico de las patillas?

—¿El de las clases para el examen de acceso a la universidad?

—¡Sí!

Ese fue el flechazo veinticinco. Quinn el del Curso de Repaso. Nunca he cruzado una palabra con él, pero estoy segura al ochenta por ciento de que ese era su nombre. En una ocasión compartimos un momento potencialmente significativo de contacto visual después de terminar un examen de Matemáticas.

—Ni idea. Espero que le fuera bien.

—¿Bien en qué?

—Pues en el examen de acceso.

—Qué boba.

Me encojo de hombros como si ella me viera a través de las ondas del móvil.

—¿Y cómo es que ya no me hablas de ningún chico?

—Porque no tengo nada que contar.

Colgamos y me echo sobre los cojines con una sensación de abatimiento. Así que Abby se ha acostado con Nick; eso significa que ya se ha acostado con dos chicos. Y yo ni siquiera he besado a dos chicos. De hecho, no he besado a ninguno. Sé que no se trata de una competición, pero no puedo evitar sentir que me quedo cada vez más atrás.

De nosotras cuatro —Cassie, Abby, Olivia y yo—, soy la única virgen. Tampoco es nada nuevo, no sé por qué me preocupa ahora. Aunque no es exactamente por el sexo en sí.

Se trata más bien de otra cosa. Me lo imagino: Abby y Nick juntos en casa de alguien después del concierto, cansados y contentos, rodeados de amigos. Los pies de ella sobre las rodillas de él. El mensaje que llega. Las burlas de los amigos cuando se marchan tan de repente. Seguro que parecían avergonzados. Seguro que se agarraron de la mano en cuanto salieron a la calle.

Creo que eso es lo que me pone celosa. Me pone celosa el momento en que Nick introduce la llave en la cerradura, y no es un eufemismo, sólo una llave en la cerradura de una casa vacía. Aquel momento previo tan dulce. Me pregunto qué pensaría y sentiría Abby en ese instante. Yo habría sentido mil mariposas en el estómago.

Las cosas como son: me muero de ganas. Hasta el punto de que a veces me duele.

Quiero tener las conversaciones en voz baja de Olivia con Evan Schulmeister cuando se aleja tres metros de nosotras para contestar el teléfono. Para estar a solas con él. Quiero sentir las ondas de energía eléctrica, casi palpables, que irradia Cassie estos días. Quiero saber qué se siente cuando te gusta alguien que *puede que tal vez un día* llegue a ser tu novio.

Quiero todo eso.

Saco el móvil. La cabeza me da vueltas. Necesito distraerme con BuzzFeed, por ejemplo. Sé que no soy la única, pero adoro Internet. Lo adoro. Creo que lo que siento por Internet es lo mismo que algunas personas sienten por el mar. Es tan grande e inescrutable, y a la vez tan predecible. Tecleas una línea de símbolos, pulsas una tecla y todo lo que quieres que suceda, sucede.

No como en la vida real, donde todo el deseo del mundo no puede hacer que algo exista. Ni siquiera creo que Cassie tenga la habilidad de hacerlo real para mí. El concepto «Molly con novio» es bastante poco creíble.

Sobre todo si es un novio guapo y *hipster*. Sobre todo si es Will.

Pero sí que quiero. El deseo es casi irrefrenable.

Las cosas parecen más razonables por la mañana. No sé si es por el sol, por el Zoloft o porque hoy me toca trabajar, pero me siento revitalizada. Es más, estoy un poco de subidón.

En cuanto llego a Bissel, Deborah me pone a montar un expositor de cestas alrededor de una mesita de madera de cedro. Aquí va una cosa certera sobre mí: se me da estupendamente colocar trastos *vintage* de un modo rústico y artístico. Abby me llama «Reina de Pinterest», lo que es un cumplido. Creo. Supongo que es mi única habilidad.

La puerta del almacén se abre con un empujón y aparece Reid con una caja de cartón. La coloca en el mostrador y habla un momento con Ari.

Luego me mira, sonrío y se acerca.

—Hola, Molly.

—¡Ay, hola! No sabía dónde estabas.

Dios, no sé por qué hago esto. El noventa y nueve por ciento de las veces soy estupenda callándome, pero de vez en cuando es como si perdiera el filtro. Y normalmente me sucede sin previo aviso.

«No sabía dónde estabas». Una manera estupenda de quedar como una pequeña acosadora feliz el segundo día de trabajo, Molly. Pero Reid sonrío y agarra una cesta.

—¿Qué estás haciendo?

—Ah, Deborah quiere que arregle este expositor.

—Guay.

Se revuelve el pelo, lo que me parece bastante adorable en un chico, y se queda ahí de pie. Parece que no sabe qué decir.

Pobre Reid de la Tierra Media, tan incómodo socialmente.

Aunque hoy lleva lo que parece una camiseta de *Juego de tronos*, así que supongo que ahora es Reid de la Casa Lannister.

El silencio es algo cortante. Tiene gracia; siempre se piensa que, cuando conoces a alguien, lo más difícil es el primer día. Pero no. Lo difícil viene el segundo día, porque ya has tocado todos los temas de conversación y, si no lo has hecho, a esas alturas resulta extraño y torpe sacar temas aleatorios. «Hola, Reid, toquemos temas de conversación. ¿CUÁNTOS HERMANOS TIENES?»

¿QUÉ LIBROS TE GUSTAN?».

Vamos, creo que sé cuál es su libro favorito.

—¿Cuál es tu artículo favorito de la tienda? —suelto sin pensar.

Un tema de conversación excelente, Molly.

—Ah, te lo enseño. —Se dirige hacia la sección de papelería y mira hacia atrás para comprobar si lo sigo, así que lo hago. Va derecho hacia las tarjetas de felicitación y saca una del expositor.

Una tarjeta de felicitación. Esta tienda es, por definirla de algún modo, la hermana mayor, buenorra y guay de la marca Anthropologie, y el objeto predilecto de Reid es una tarjeta de felicitación.

Me la pasa y la cojo con cuidado. Tengo que admitirlo: es bastante chula. Está hecha de cartulina gruesa y tiene un dibujo muy elaborado de —estoy casi segura— la reina Isabel I. Lleva las típicas mangas abullonadas y un cuello que parece un sol, básicamente, pero en la cara tiene una tremenda expresión de no-me-toques-los-huevos. Debajo del retrato aparece la leyenda «Observo y permanezco callada». La leo en voz alta.

—Es Isabel I —comenta Reid.

—Sí, lo suponía. —Lo miro—. ¿La cita es de ella?

Asiente muy serio.

—Sí, que yo sepa.

—Pues resulta muy amenazadora para enviársela a alguien.

—¿Qué? —Se echa a reír.

—Es como: «observo cada uno de tus movimientos, pero prefiero no decir nada... de momento». Mira qué cara tiene. —Levanto la tarjeta.

—¡Noooooo! —Aparece un levísimo hoyuelo en su mejilla—. No. No me fastidies a Isabel, que es perfecta.

—¿Perfecta, Reid? —Le lanzo una de mis Molly-miradas. Escepticismo infinito.

—Sí, perfecta. Isabel es perfecta.

Ahora me mira y tengo que reconocerlo: sus ojos tienen un ligero tono avellana muy guay. No sé si lo había pasado por alto por culpa de sus gafas, pero ahora me doy cuenta.

—De acuerdo —acepto, porque necesito decir algo—. Entonces, ¿es una cosa romántica o algo por el estilo?

Vuelve la cabeza hacia mí.

—¿El qué?

Levanto la tarjeta.

—Lo tuyo con Isabel.

—Muy graciosa. —Me la arrebató con una sonrisa.

—¿Eso significa que sí?

Esto sí que es raro, porque yo no soy así. Es decir, soy así con mi familia, pero no con los chicos. Nunca he bromeado de este modo con un chico, y mucho menos si soy yo quien gasta las bromas. Pero creo que me gusta.

—Deberíamos parecer ocupados —dice Reid de pronto mientras mira hacia atrás. Sigo su mirada y veo que Deborah nos observa.

Sonríe y saluda con la mano, y yo noto que me suben los colores.

Mierda. Sí. Trabajo. A currar.

—Podemos recolocar los artículos de la sección de bebé —sugiere.

—De acuerdo.

—Es que... —Baja la voz y mira de reojo a Deborah—: No siempre hay mucho que hacer. Depende del día, supongo.

—Ajá.

Vamos juntos hacia esa sección, que en esencia es como Pinte-rest, pero en la vida real. El techo está cubierto de banderitas estampadas en color pastel, hay adornos hechos con globos (no a la venta) y animales de peluche muy suaves (sí a la venta). Todo ecológico.

Reid se gira de repente hacia mí.

—No vas a dejar el trabajo, ¿verdad?

—¿Qué?

—No tendría que haberte dicho nada.

—¿Sobre que no hay mucho que hacer?

Se muerde el labio.

—Me encanta no tener mucho que hacer —le aseguro. Y es verdad. No tener mucho que hacer es una de las cosas que más me gustan del mundo. Las otras son: merodear alrededor de una enorme cantidad de botes de cristal, arreglar expositores de mesa y burlarme de la afición de los frikis por las reinas históricas.

—Ah, bueno.

Sonrío.

—Si no, te sobornaría con huevitos de chocolate —añade.

—¿Sí? ¿En serio?

—Claro. Pero ya es tarde. Qué lástima.

Lo miro y le aparece el hoyuelo. Oye, pues parece que Reid el de la Casa Lannister entiende de bromas, después de todo.

Lo más gracioso es que me paso todo el camino a casa repasando mentalmente la conversación con Reid. No me doy cuenta hasta que llego a la puerta.

A decir verdad, estas son las cosas que sería capaz de hacer alguien que se aproxima a su flechazo número veintisiete. Hipotéticamente hablando.

Aunque no es un flechazo. No sé cómo explicarlo, pero para mí un flechazo es algo muy particular. Como el número ocho: Sean el Pestañas. Fue la penúltima noche de campamento, en el verano de octavo, y como llovía, nos pusimos a ver *Wet Hot American Summer* en recepción. Dio la casualidad (o fue el destino, quiero creer) de que Sean estaba sentado a mi lado. Me pareció tremendamente mono: tirando a bajito, con el pelo de punta oscuro y los ojos azules. Y qué pestañas. Al menos el setenta y cinco por ciento de su peso corporal correspondía a las pestañas. Estaba sentado en una de esas sillas plegables de *camping* y, en un momento dado, se acercó a mí de improviso para comentarme: «Esta peli mola».

Le di la razón. Y entonces todo fue muy significativo desde un punto de vista cósmico.

Durante el resto de la película apenas puede recuperar el aliento mientras mi ritmo cardíaco trazaba enormes zigzags. Dedicué toda mi energía mental a inventar algo ingenioso y despreocupado que decirle a aquel chico —un chico perfecto al que había echado el ojo semanas atrás, que ahora estaba milagrosamente sentado a mi lado y que, para mayor milagro, me había dirigido la palabra—. Pero me quedé petrificada y muerta de vergüenza. Mis muslos me parecían enormes y era muy consciente de que la cinturilla del pantalón me marcaba los michelines. Y pensé que Sean —porque, claro, yo sabía su nombre — no me habría hablado si hubiera sabido lo de la cinturilla y los michelines.

Así que me quedé mirando la pantalla sin verla en realidad.

Cuando la peli terminó, Sean me dio un empujoncito y me dijo: «Ha estado muy guay, ¿verdad?». Sonreí y asentí con la cabeza, rauda y veloz.

Jamás volví a hablar con él. Ni siquiera había vuelto a pensar en él. Pero ahora, mientras subo la escalera hacia mi cuarto, veo su cara de un modo muy nítido, y su imagen mental todavía me pone el corazón a mil.

Molly Peskin-Suso: enamorada del recuerdo de un chico de octavo. ¿No soy la más pava del universo? (Elige entre «sí» o «claro que sí»).

Me dejo caer en la cama. Pues ese fue Sean. Y también estuvo Julian Portillo, el hermano mayor de mi amiga Elena. El flechazo número once: Julian el de los Desayunos Experimentales. Lo que mejor recuerdo es el modo en que nos preparaba aquellos desayunos tan sofisticados por la mañana cuando me quedaba

a dormir en su casa. Supongo que por alguna razón aquello me parecía encantador, a pesar de que no soy una persona que experimente con el desayuno.

En cualquier caso, Julian estaba en el último curso, Elena y yo estábamos en primero, y sus padres eran de El Salvador. Ambos tenían unos hoyuelos gigantes en las mejillas y Julian, una risa explosiva. Por entonces yo escribía un diario y apuntaba cada una de las veces que me hablaba, cosa que no sucedía muy a menudo. Sobre todo porque perdí la capacidad de hablar cuando él estaba cerca, y supongo que a los chicos guapos de último curso no les gusta hablar con el muro de silencio de una chica de primero. Al final, Julian terminó el instituto, a Elena le dieron una beca en un colegio privado y, como ninguno de los dos tiene Facebook, les perdí la pista.

El quid de la cuestión está en que no puedo hablar con los chicos que me gustan. Es imposible. El cuerpo me traiciona. Y como con cada uno hay algo diferente, me cuesta establecer un patrón común. Si tuviera que describir lo que siento cuando me gusta un chico, diría que es como si acabara de correr una carrera y tuviese ganas de vomitar: estoy hambrienta, pero no me apetece comer; se me nubla el cerebro y encima tengo ganas de hacer pis. Tan insoportable como eso. Y pese a todo, me gusta.

Es más, lo ansío.

Porque, aunque están las náuseas y la niebla, también hay una sensación profunda de que algo maravilloso va a pasar. Esa es la parte que no logro explicar. Por improbable que parezca, siempre guardo un resquicio secreto de esperanza. Y, en lo que respecta a las emociones, esta es bastante adictiva.

6

A las seis de la mañana, Cassie irrumpe en mi habitación sin llamar:

—Tú, lirona, ¿dónde está el cachivache de las ristras? Olivia necesita terapia de cuentas.

La miro incrédula.

—¿Ahora?

—Viene para acá. Otra putadita de Evan.

Bueno, pues ahí va una confesión: nunca he terminado de entender el atractivo de Evan Schulmeister. No es que yo esté celosa de que Olivia tenga novio; imagino que a Evan se le pilla el gusto con el tiempo, pero yo no se lo pillo.

—¿Me visto?

Cassie se echa a reír.

—¿Por Olivia?

Me quedo en pijama.

Veinte minutos más tarde estamos sentadas con las piernas cruzadas en el porche delantero, rodeadas de revistas, recortes y tijeras. Sigo adormilada, pero hace fresco y corre una ligera brisa que resulta agradable. Creo que todo el barrio duerme.

—¿Qué ha hecho ahora ese capullo? —pregunta Cassie.

—No es un capullo. —Olivia juguetea con una cuenta, empujándola de un lado a otro del hilo.

Se trata de algo en lo que ambas llevamos años trabajando: nuestras ristras de cuentas. La mía mide unos tres metros y tal vez tenga miles de cuentas. Y cada una de esas cuentas está hecha a mano con papel de revista. Lo único que hay que hacer es cortar triangulitos de papel y enrollarlos con firmeza alrededor de una pajita desde la parte más ancha. Lo sellas con cola y, si quieres, lo cubres con una capa de esmalte de uñas transparente. Luego introduces el hilo y repites la operación. Mi ristra tiene una tonalidad degradada que comienza por el rojo, aunque he ido virando hacia el añil y ya casi estoy lista para el violeta. Cuando acabe, la pondré en la parte alta de la pared de mi cuarto para que cuelgue haciendo ondas.

—Bueno, no es para tanto —continúa Olivia—. Es que ha dicho algo que me

ha molestado.

—¿Que no es para tanto? —pregunta Cassie.

Olivia se encoge de hombros mientras extiende un poco de cola en el extremo de una cuenta.

Cassie sonrío.

—Me has escrito a las cinco y media de la mañana.

—Uff, lo siento. Se me va la olla.

—Livvy, no se te va la olla. —Cassie se apresura a ponerse a su lado para abrazarla—. Es que no me gusta verte triste.

—No estoy triste. Sólo que... —Olivia mira la cuenta acabada sobre la palma de su mano.

—Qué bonita —intervengo.

—Gracias. Sí. En fin, ha sido uno de los desvaríos de Evan. Ha empezado a preguntarme cosas sobre depilación...

—¿Qué?

—Cosas sobre las ingles brasileñas.

—Ajá. —Cassie encarca las cejas.

—Sí. Me preguntó sin venir a cuento y luego dijo que era simple curiosidad, pero yo me puse en plan: «¿Intentas decirme algo?». —Hace una pausa para colocar bien la cuenta—. Y va y me dice: «Claro que no. ¿Por qué?».

Cassie suspira.

—Joder.

—Yo qué sé. —Olivia sonrío de manera forzada—. Seguro que era simple curiosidad.

—Pues a mí me da que pretende controlarte la vagina.

—A ver, tampoco me dijo: «Hazte la cera».

Cassie se echa a reír.

—Yo diría que la indirecta es obvia. Pero vamos, que le den. Eso no lo decide él.

De pronto me doy cuenta de que llevo cinco minutos mirando la misma página de la revista. Y ni siquiera es del color que necesito. Me siento tensa.

Sinceramente, odio este tipo de conversaciones. No es que lo de las ingles brasileñas me resulte chocante, pero... En fin, supongo que en parte sí lo es. Representa una costumbre femenina tan ajena a mí que me hace sentir de otra especie. ¿Los chicos quieren vaginas sin vello? ¿Es algo sabido por todos?

Por supuesto, la revista que tengo en la mano me hace pensar que sí. No porque haya una vagina gigante delante de mis narices, sino porque muestra a

una de esas modelos con el canalillo perfecto. ¿Cómo consiguen tener ese escote? Yo tengo las tetas tan separadas que en medio podría navegar un transatlántico. En secreto pienso que todo mi cuerpo está mal; es decir, que cualquier chico que dé por hecho que soy normal fliparía si nos desnudáramos. «Uff. Espera. Esto no es lo que yo firmé».

Por eso no quiero estar desnuda. Tampoco es que sea como Tobias Fünke, el de la serie *Arrested Development*. Ni siquiera me gustan los *shorts* vaqueros.

—... ¿Tengo o no tengo razón? —pregunta Cassie.

Levanto la vista y me doy cuenta de que ambas me miran.

—Sí. —Es una respuesta infalible, ya que Cassie suele tener razón siempre.

—Uy, no sé. —Olivia sacude la cabeza—. Es que en realidad me da igual, qué quieres que te diga. No tengo ganas de historias. Odio la confrontación.

—Ya, obvio.

Olivia sonrío con timidez.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, acabas de confirmar que preferirías que te arrancaran los pelos de alrededor de la vagina antes que lidiar con la confrontación.

—Ah. Sí, supongo.

—Muy bien... Pues de eso nada. Dame tu móvil. —Cassie lo agarra.

—¡Cassie!

—¿Le estás escribiendo? —pregunto.

—Sólo le estoy informando —dice mientras teclea— de que Olivia estará encantada de hacerse la cera siempre que él esté dispuesto a depilarse su microscópica pililla...

—¿QUÉ? —Olivia se lanza con violencia hacia el teléfono—. No te atrevas a mandarlo.

Cassie se echa hacia atrás y se apoya en los codos muerta de risa.

—Ahí está ese espíritu de lucha.

—Vete a la mierda —suelta Olivia, mirando el móvil con una sonrisa.

Al momento, me suena el teléfono en el bolsillo.

Olivia:

Adoro mis pelos!! Viva mi chocho peludo!!! prfv, depílate tú el culo, schulmeister.

Me río y le paso el teléfono a Olivia.

—Ups, creo que este mensaje era para Evan. ¿Se lo reenvió?

—Os odio —dice Olivia entre riéndose y gruñendo.

Al cabo de una hora o así nos hartamos de las ristas de cuentas o, mejor dicho, es Cassie quien se harta y comienza a meter las revistas en las bolsas reutilizables. Creo con firmeza que la terapia de las cuentas ha surtido efecto. Cuando Olivia se va, vuelve a ser una persona serena, a pesar de que la situación sigue enervando a Cassie.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Nadine cuando entramos en el salón. Está en el sofá dándole el pecho a Xav.

Cassie se desploma a su lado.

—Mejor no te lo cuento.

—¿Cómo está Olivia? He hablado hace un rato con su madre. Parece que está buscando alguna carrera de artes.

—No estábamos hablando de nada de eso —responde Cassie.

—Evan está un poquito tocapelotas otra vez —digo. A Cassie se le ilumina la cara al mirarme, como un padre orgulloso. Supongo que por la palabra «tocapelotas». Le encantan las palabras ordinarias compuestas.

—¿Schulmeister? —pregunta Nadine—. ¿Qué ha hecho ese comemierda ahora?

Ahora que lo pienso, a Nadine también le encantan las palabras ordinarias compuestas.

Cassie se lo cuenta y Nadine parece disfrutar de lo lindo. Creo que no hay nada en la tierra que le provoque más alegría que meterse con Evan Schulmeister. A ella nunca le ha gustado, y menos desde que preguntó si Cassie era *queer* de verdad o si intentaba emular a nuestras madres. Y usó la palabra «emular». No quiero ni recordar el rato de silencio incómodo posterior.

En realidad sí que quiero recordarlo. Fue increíble.

Pero no dejo de pensar en cómo me he sentido esta mañana en el porche. Hay muchas cosas que no sé y que todo el mundo parece saber de nacimiento. Cosas como la depilación. O los métodos anticonceptivos. Sé lo más básico, claro, pero ¿cómo sucede en la vida real? ¿Quién trae el condón? ¿Cualquiera puede comprar condones? ¿Se pueden pagar en una caja de autoservicio con escáner para evitar el contacto visual? Oh, siempre y cuando la máquina no anuncie en voz alta lo que estás comprando.

«¡CONDONES! ¡Doce con noventa y nueve! Por favor, coloque su CAJA EXTRAGRANDE DE CONDONES EN LA BOLSA. Lo sentimos, el PAQUETE DE CONDONES DE OFERTA es demasiado grande para nuestros sensores. Espere, por favor, uno de nuestros empleados le atenderá lo antes posible».

—¿Por qué estás tan colorada, Momo? —me pregunta Nadine.

Uff. Molly. Ya vale. Céntrate de una puñetera vez.

Supongo que no debería preocuparme de estas cosas hasta que..., ya sabes, hasta que bese a algún chico.

El miércoles, sin saber muy bien cómo, acabo en el asiento de atrás del viejo pero immaculado Lexus de Mina.

—No puedo creer que este sea tu coche —dice Cassie—. Que tengas coche ya es una pasada en sí.

—Era de mi abuela —explica ella.

—Se supone que nuestra abuela ya no puede conducir. Atropelló a un tío.

Mina da un grito ahogado.

—¿En serio?

—Y tanto. Yo iba con ella. A ver, iba muy despacio y al chico no le pasó nada. Pero ella lo puso a parir y lo llamó cabrón.

Mina se echa a reír.

—Tengo que conocer a esa mujer.

—Viene a vernos la próxima semana —comento—. Puedes venir a conocerla.

—De eso nada —suelta Cassie—. Mina no tiene por qué conocer a la abuela.

Me niego.

Sonríe y, cuando la miro, veo que está acurrucada en el asiento del copiloto con el cuerpo girado hacia Mina. Es como una flor que se orienta hacia el sol.

—Oye, Molly, ¿puedo hacerte una pregunta? —me dice Mina después de un momento. Levanta los ojos para encontrarse con los míos a través del espejo retrovisor.

—Claro.

—Cass dice que te han gustado veinticinco chicos.

—Veintiséis —corrige Cassie de inmediato.

—¿Y no has salido con ninguno? —sigue Mina.

—No —contesto. Siento el típico pinchazo de vergüenza.

Cuando Mina me mira de nuevo, su expresión encierra una amable curiosidad.

—¿Y hay alguna historia detrás de eso?

—No, ninguna. Sólo que nunca... —Me apoyo contra el respaldo con los ojos apretados.

Me viene un recuerdo repentino de cuando estaba en secundaria. En la cafetería había una mesa llena de chicos que gritaban cosas relacionadas con la

erección cada vez que pasaba una chica. Menos cuando pasé yo, que hicieron un sonido de «ploooof», como si se les pusiera floja.

Recuerdo que me quedé petrificada. Cassie les chilló, pero yo no podía respirar. Pensaba que me moría.

Mi primer ataque de ansiedad.

Por otro lado, hay algo que se me escapa. ¿Cómo espera la gente que el flechazo sea recíproco? ¿Cómo lo dan por sentado?

—Bueno, digamos que no ha tenido oportunidad —añade Cassie—. Es decir, ella no se expone, de manera que nunca la han rechazado.

—Y no tengo ningún problema —aclaro.

Cassie resopla.

Miro por la ventana. Bethesda parece muy distinta de Takoma Park. Todo es más silencioso y sofisticado, y no hay tantas instalaciones artísticas de técnica mixta en los jardines de la gente. Aun así, es bonito. Algunas casas son enormes.

—Bueno, ¿y qué clase de chicos te gustan? —pregunta Mina mientras se para en un *stop*—. Además de Will.

Joder. Will el *Hipster*. Nunca he dicho que me guste. Es más, ni siquiera sé si me gusta. Sólo lo he visto *una vez*.

—Ay, pues le gustan todos. Molly es una crack —asegura mi hermana—. A ver: Noah Bates, Jacob Schneider, Jorge Gutierrez, aquel chico, Brent, el de la escuela de Hebreo, el de las pestañas del campamento, Josh Baker, Julian Portillo, el bajito de Álgebra, el profesor de prácticas, Vihaan Gupta y el primo pequeño de Olivia.

—Vale, no sabía que tenía trece años.

Cassie sonrío.

—Ah, y el cineasta Lin-Manuel Miranda. Ese es importante.

—Anda, ¿en serio? —Mina me lanza una mirada por el retrovisor—. ¡A mí también me encanta!

—Sí, bueno. Sólo para que lo sepas, es el flechazo veintiséis de Molly, así que esto puede acabar en pelea.

Me estiro para darle una torta a Cassie, tal vez más fuerte de lo necesario.

—O en duelo —musita, y Mina suelta una carcajada.

Cierro los ojos de nuevo. Ahora Mina y Cassie están hablando en voz baja sobre algo que no tiene que ver con el páramo de mi vida amorosa. Está bien. Dejo que mi mente divague, aunque sigue atascándose en el mismo punto.

«A Molly nunca la han rechazado».

No me lo había planteado desde ese punto de vista, aunque es verdad. Nunca

me han rechazado. Al menos de manera directa. Nunca le he dado a nadie la oportunidad.

Tampoco he rechazado nunca a nadie.

Y quizás eso sea aún más raro que el hecho de no haber besado a otra persona. Al menos, estoy bastante segura de que las dos cosas están relacionadas.

Cassie me da un empujoncito.

—Eh, estamos aquí.

Abro los ojos despacio.

La casa de Mina es de ladrillo y de un tamaño medio, con un patio delantero muy bonito. Se ve que planearon bien la colocación de los arbustos antes de plantarlos. Mina aparca en el carril de acceso. Cassie y yo la seguimos por un pequeño camino hasta la puerta principal. Sus padres están trabajando fuera. Introduce la llave en la cerradura.

Primeras impresiones inmediatas: todo lo que hay parece estar en el lugar apropiado. Las paredes son blancas y están decoradas con fotos familiares casi simétricas. Las ventanas son enormes y están tan limpias que todo queda bañado por el sol. Además, hay obras de arte por doquier: cuadros y esculturas, incluso las lámparas. Un montón de animales, sobre todo tigres, algunos realistas, aunque la mayoría estilizados, constituyen una mezcla perfecta entre lo adorable y lo salvaje.

Me dan ganas de guardar la casa entera en mi tablero de diseño.

Me llama la atención un cuadro del recibidor; creo que es mi favorito hasta ahora.

—Sí que les gustan los tigres a tus padres, ¿no? —digo.

—Ah, es algo típico de Corea.

—Oh, perdona.

—¿Por qué?

—Bueno, esta foto es muy chula —interrumpe Cassie. Toca el borde de un lienzo hecho a partir de una foto en la que Mina está abrazando con todas sus fuerzas a una especie de cabra en una granja-escuela.

—Dios mío —dice Mina.

—Me encanta. —Cassie se acerca y, en ese momento, sus dedos casi se tocan. Casi.

Y me da que pensar.

Mina carraspea.

—Ejem... Bueno, los chicos están de camino, pero podemos bajar ya al sótano. Les dejaré la puerta abierta.

—¿Los chicos?

Me lanza una sonrisilla cómplice.

—Will y Max.

—Ah. —Me sonrojo.

La seguimos por las escaleras. El sótano es enorme. No creo que en Takoma Park haya sótanos como este. Ocupa la planta entera de la casa, tiene una habitación con baño, una minicocina y una sauna de verdad. Pero la estancia más grande es una sala con una pantalla plana gigante y unos sofás de tela vaquera que no pueden ser más mullidos. En cuanto me siento, noto que el trasero se queda marcado en la superficie. No quiero volver a levantarme.

—¿Queréis beber algo, chicas? —Mina se aparta un mechón de cabello y se sube las gafas, cosa que, sinceramente, le da un aire nervioso. Quizá le resulte extraño vernos aquí.

Ambas decimos que no, así que se sienta en el reposabrazos del sofá de dos plazas, al lado de Cassie, y se produce una pausa interminable.

Practico una de esas respiraciones purificadoras que tanto obsesionan a Patty: inhalo despacio por la nariz y exhalo de manera controlada por la boca. Se supone que sirve para ayudar en el parto, pero ahora mismo me viene de maravilla.

Objetivo: no sentirme rara e incómoda.

—¿Y de qué conoces a Will y Max? —pregunta Cassie—. ¿Son ex o...?

—Ay, no, por favor. Nada de eso. Los conozco de toda la vida.

—Como nosotras y Olivia —digo.

—¡Sí, eso! Es la chica alta del pelo azul, ¿verdad? Así mona, rellenita...

—Sí —dice Cassie, pero yo no puedo evitar poner cara de dolor.

Vale, Olivia está rellenita y Mina no lo ha dicho con mala intención. Sé que no es un insulto, pero odio que la gente hable del cuerpo de los demás. Si Mina cree que Olivia está rellenita a simple vista, me gustaría saber qué piensa de mí.

—Por cierto —añade Cassie—, Olivia quería que te dijera que siente no poder venir. Está trabajando.

—Vaya. ¿Dónde trabaja?

—En uno de esos sitios donde pintan cerámica. Típico de Olivia —explica Cassie.

Mina asiente.

Oigo que a lo lejos se abre la puerta principal y alguien grita:

—¿Hola?

—¡Estamos en el sótano! —chilla Mina.

La puerta se cierra de golpe y se oyen pasos por las escaleras. Me pone muy nerviosa volver a ver a los chicos. Y *no* porque me guste Will, sino porque son tan inaccesiblemente guais... Cuando entran en la habitación, se confirman mis ideas. Hay algo que en ellos que parece *ideal*, como si estuvieran en el cuerpo correcto. Max es musculoso de una forma sutil, y su flequillo de chico anime tiene hoy mejor aspecto, creo. De Will básicamente podría decirse que ha nacido en una tienda de American Apparel. Lleva una vieja camiseta del restaurante Ben's Chili Bowl y unos vaqueros; aun así, consigue tener una pinta absurdamente perfecta. Creo que eso es lo que me gustaría: tener una pinta absurdamente perfecta con una camiseta cualquiera.

Además, Will lleva una cerveza en la mano.

Detrás de mí hay un cojín. Lo cojo y lo agarro con fuerza.

—Chicos, os acordáis de los demás, ¿verdad? Will Haley, Max McCone... Y estas son Cassie y Molly Peskin-Suso.

—¿Peskin qué?

—Es un apellido compuesto —explica Cassie. Los mira—. ¿Habéis traído cerveza?

—La hemos robado —corrige Will. E imagino que debo de parecer escandalizada, porque se vuelve hacia mí y me guiña un ojo—. De la planta de arriba. El padre de Mina tiene una nevera de cerveza en el garaje.

—No me creo que tus padres te dejen coger cerveza cuando te dé la gana.

—Uy, no. Mi padre es despistadísimo, así que...

—Pues yo quiero unos padres despistadísimos con una nevera de cerveza —suspira Cassie.

Mina sonríe.

—En realidad es una nevera para el kimchi.

—Y la comida normal está en la cocina —añade Max.

—¿Ah, sí? —pregunta Mina—. ¿Y me puedes explicar por qué el kimchi no es comida normal?

—Max es el equivalente verbal a un elefante en una cacharrería —declara Will mientras se coloca a mi lado en el sofá.

No puedo evitar lanzarle una mirada furtiva: su pelo revuelto pelirrojo, sus ojos azules adormilados. Se estira hacia atrás y se le sube la camiseta, que deja atisbar un vientre blanco y plano salpicado de un vello fino. Bueno, a ver si dejo de ponerme colorada, sobre todo porque Max y Will están intercambiando una

miradita cómplice, o eso parece.

Y si esa mirada tiene algo que ver conmigo, me muero. «Qué graciosa esta chica rechoncha y triste, tan ensimismada con nuestra belleza *hipster*».

En serio, me muero.

Es probable que sean paranoias mías, pero no puedo dejar de pensarlo. A veces entro en ese bucle. Desarrollo réplicas mentales. «La verdad, caballeros, es que no estoy ensimismada, sino que siento curiosidad. Y no soy triste, lo que pasa es que tengo ansiedad. Y aunque os creáis *hipsters*, ¿sabéis qué? Que no lo sois».

También es posible que la miradita cómplice fuera por la cerveza.

Cassie se pone recta.

—Will, me han dicho que eres artista.

—Bueno, hago fotos.

—Por eso mismo —Cassie sonrío—. Molly también es artista.

Jodeeeer.

—Ah, qué guay. ¿Y qué haces? —Se deja caer por el sofá hasta sentarse con las piernas cruzadas en la alfombra y me sonrío. Me siento como una profesora de infantil, si los niños de infantil bebieran cerveza.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—¿Qué tipo de arte?

Sacudo la cabeza con rapidez.

—No, no soy artista, sólo me gusta la artesanía.

—Hace bisutería —menciona Mina.

Bueno, ya está bien. Este suplicio es demasiado transparente. «OYE, WILL, MIRA CUÁNTAS COSAS TIENE MOLLY EN CÓMUN CONTIGO. BUENO, EN REALIDAD NO TENÉIS NADA EN COMÚN, PERO PIENSA QUE ESTÁS MUY BUENO».

—Eso no es arte... —murmuro mientras escondo la cara detrás del cojín.

—El mes pasado hizo un huevo de cosas tipo Pinterest para el primer cumpleaños de nuestro hermano —explica Cassie—. Chulísimo. Y siempre se encarga de la decoración de nuestras fiestas de cumpleaños. También hizo los centros de mesa de nuestro no-bat mitzvá.

—¿Eso es como el bat mitzvá? —inquire Mina.

—Sí, como un doble bat mitzvá. En nuestro caso, fue un pota-mitzvá.

Mina se ríe.

—¿Cómo?

—Uuh, me gustaría oír eso —dice Will.

Cassie me busca con la mirada y parece avergonzada. Como si hubiera caído de pronto en que compartir los detalles gástricos de mi pasado no me va a ayudar lo más mínimo. Algo me dice que Will no lo considerará muy excitante.

Ya es demasiado tarde. Will la mira fijamente con mucha atención.

—Molly, ¿quieres contarlo tú?

—Yo no lo voy a contar. —Me abrazo las rodillas.

Cassie se encoge de hombros.

—Vale. Pues resulta que estamos en la bimá y el rabino está sosteniendo la Torá. Se supone que Molly y yo tenemos que desvestir la Torá en ese momento.

—¡Guau! —exclama Will. Max y él se sonríen.

—¿Qué?

—¿Así lo llaman? ¿Desvestir la Torá?

—Joder, chicos, parad ya. —Mina sacude la cabeza—. Es una falta de respeto.

—¡Es sólo una pregunta!

—El caso es —continúa mi hermana— que el rabino comienza a retirar la pechera y el resto de chismes mientras Molly está allí de pie, blanca como un muerto. Como el vampiro ese, ¿cómo se llama?

—Edward Cullen —apunto.

—Eso, Edward Cullen. Voy yo y le susurro: «Molly, se supone que hay que desvestir la Torá». Y me suelta: «No me siento bien».

—Ay, no —dice Mina con la mano en el corazón.

—Pero yo estoy allí en plan: «vale, tía, este es nuestro bat mitzvá, literalmente, así que te lo tienes que comer con patatas». Le paso el puntero y...

Lo recuerdo a la perfección. El extremo del yad parecía una mano con un pequeño dedo señalador. Yo pensaba que el yad era un objeto precioso, pero, cuando Cassie me lo tendió, parecía que me acusaba. «TÚ, MOLLY, TÚ». Me acuerdo de la sensación repentina de la bilis abrasándome la garganta, el oleaje de mi estómago.

—En aquel momento empieza a... —Cassie se agarra la barriga y comienza a emitir ruidos de arcadas—. Y echa a correr. Baja la escalera a toda pastilla y sale por la puerta lateral. Todo el mundo se queda como: «hostia puta». Silencio sepulcral. Y lo único que se oye son los ruidos de Molly echando la pota durante veinte minutos.

—No fueron veinte minutos.

En serio. Ya. ¿Así es como Cassie va a convencer a Will para que se enrolle conmigo?

—Fueron veinte minutos, Molly. Al principio estábamos como «joder, ha potado en el vestíbulo de la sinagoga». Porque, claro, la estábamos oyendo.

—Ostras...

—Pero entonces —levanta un dedo— me acuerdo de una cosa. —Se toca la clavícula—. Llevábamos micrófonos.

—No. Pobre Molly. —Mina me mira—. Dios, qué faena. Perdona, es que... ¿Te puedo abrazar?

Asiento. Ella se deja caer desde el reposabrazos del sofá de dos plazas y me abraza de verdad.

—Qué mierda. Lo siento mucho.

—Así que yo me puse a cantar mi parte de la Torá sin olvidar una sola sílaba —anuncia Cassie con aires de superioridad.

—Sí, bueno. —La miro y arrugo la nariz.

—¿Sabes lo que me gusta de los judíos? —dice Max. Parece otro cuando sonrío. La cara se le ilumina por completo.

Mina lo mira con los ojos como platos.

—¿Qué?

—Me encanta que tengáis vuestro bat mitvá delante de vuestros padres y vuestros abuelos y toda la gente, y que esa sea la versión judía de «hacerse mujer». —Se inclina hacia delante sonriendo—. Pero en *mi* religión...

—Tú no eres religioso —interrumpe Mina.

—*En mi religión* —repite con énfasis— te haces mujer cuando... —Forma un círculo con la mano izquierda y mete y saca el índice derecho una y otra vez.

—Joder, Max. Para, en serio. —Mina se levanta.

—Sí, es una visión discutible, ¿no? —dice Cassie con calma.

—¿El qué? —Él parece herido—. ¿Qué es discutible? ¿Lo de los judíos?

—Bueno. Para empezar, esa conclusión tuya de que hacerse mujer tiene que ver con mantener relaciones sexuales.

Tengo que admitir que mi hermana es genial. No se deja intimidar por nadie. No sé cómo lo consigue.

—Ooooh, Dios. Vale. Estaba de coña. —Suspira.

—¿Y sabes qué? Estoy harta de ese concepto de «virginidad» —Cassie dibuja las comillas en el aire— que seguro que sólo aplicas al sexo hetero y vaginal.

—¿Crees que se puede perder la virginidad mediante sexo oral?

—Sí.

—Max, en serio. —Mina lo mira con furia.

—Vale, pero ¿no crees que dependerá de la pareja? —Will mete baza—.

Dependiendo del caso. Es decir, si para una pareja el juego acaba con lo oral, pues guay. Pero, si es una pareja hetero, un chico y una chica, tendría que haber penetración.

—¿Por qué? —Cassie se incorpora en el sofá—. ¿Por qué se considera eso más íntimo que el sexo oral? ¿Y quién eres tú para decidir qué es más íntimo?

Me apoyo contra los cojines del respaldo y coloco los pies debajo de los muslos. Esto es peor incluso que la conversación sobre depilación. Siento que juego en otra liga. No sé, no es el tipo de conversación sobre sexo al que estoy acostumbrada. Tampoco es que los conceptos sean nuevos para mí: como Patty es matrona, suele ser muy precisa con los detalles. Pero en ese caso, se trata de una información que te da tu madre. Y cuando Abby habla de sexo, se centra en los sentimientos, no en los orificios. Ahora, sin embargo, es como si nos estuviéramos metiendo directamente en los orificios.

Will me da un empujoncito.

—¿Tú qué piensas?

Toda la habitación guarda silencio, o esa impresión me da a mí.

Vamos, tiene que saber que soy la última persona a quien consultarle algo así. A grandes rasgos, soy uno de los últimos iconos de la pureza adolescente que existen más allá de las películas de Judd Apatow. La única penetración de mi vida tiene que ver con un hilo de nailon y cuentas de papel.

Para ser sincera, soy la reina Isabel. La reina virgen. Y creo que sé cómo manejaría ella esta conversación.

Observaría. Y permanecería callada.

Lo más probable es que Isabel no estuviera en una habitación rodeada de dioses *hipster* del sexo que la mirasen fijamente.

—Lo que quiero decir es que la gente tiene la idea de que el sexo sólo es real si hay un pene de por medio —sentencia Cassie.

—Ay, por fin. —Mina suspira—. Gracias. Es como si hablara yo. —Ella y Cassie se miran con cara de satisfacción.

—Y con esto último —anuncia Will en voz alta—, me voy a por otra cerveza.

Cuando se levanta de la alfombra, Mina le dice algo a Cassie por lo bajo; esta se ríe y contesta con otro susurro. Durante unos instantes, me encuentro ahí sentada enfrente de Max, que me observa un segundo antes de decidir que su teléfono es más interesante. Quizá Max sea uno de esos chicos que sólo quieren hacerse amigos de las chicas que están buenas (véase: chicos que llevan sombrero de fieltro; véase también: chicos que indican en su perfil «GORDAS NO»).

Aunque tal vez yo sea demasiado susceptible, es lo que Cassie me dice siempre.

En cualquier caso, me siento algo mejor cuando Will regresa al sofá, se sienta a mi lado y arrima los labios al borde de su botella de cerveza como si la besara. Le da un sorbito rápido y vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Y no has pensado nunca en hacer fotos?

—Oh. Mmm..., en realidad, no.

—¡Pues deberías, Molly! —interviene Cassie—. ¿Sabéis qué? Deberíais quedar y organizar algún proyecto juntos o algo.

Cielos.

Me encuentro mal. Me encuentro mal de verdad. Mi hermana es la persona menos discreta del planeta. Esto es mucho peor que la historia del pota-mitzvá. Al fin y al cabo, paso de esa historia, pero esto...

Va a pensar que quiero liarme con él. Que estoy enamorada de él. Que estoy obsesionada con él.

Y lo siento en el alma, pero tengo razones para ser tan precavida. A los chicos como Will no les gustan las chicas como yo. Y si se enteran de que nos gustan, siempre son crueles. Siempre.

Necesito respirar. Inhalo por la nariz. Exhalo por la boca.

—Oye, tenéis que oír el nuevo disco de Florence and the Machine —dice Mina—. Lo tengo arriba, en el portátil. Es fantástico.

Max levanta la vista y se vuelve hacia Will.

—Tío, tenemos que irnos. Vamos.

—Espera, ¿qué dices? Quiero oír ese disco.

—Seguro que está en YouTube. Además, te tengo que llevar a casa, así que...

—Eres un coñazo, McCone.

Max sacude las llaves y, para mi sorpresa, se gira hacia mí con una de sus sonrisas luminosas.

—¿Quieres que te lleve al metro, Molly?

Puede que me equivocara con lo del sombrero de fieltro y lo de «gordas no».

—Eh, vale. Gracias. Me vendría muy bien. —Miro a Cassie—. Cass, ¿nos vamos?

Una pausa.

—Uy. Yo me quedo para oír el disco. ¿Te parece?

Siento un ligero pinchazo dentro del pecho.

—¡Ah, sí, claro! —Me quedo callada—. Entonces..., ¿quieres que me quede o...?

—No, no, no pasa nada —se apresura a decir—. Puedes irte.

Mina asiente.

—Yo puedo acercarme a Cassie a casa más tarde.

Oh.

Creo que así es como se liga.

—¡Vale, perfecto! —digo, intentando parecer espontánea.

De pronto, siento esa presión detrás de los ojos, aunque es probable que sólo sean los nervios o la adrenalina, porque no soy una persona mezquina. Si mi hermana quiere enrollarse con esta chica, me gustaría que todo saliera como está previsto. Y si eso requiere que me lleven al metro dos chicos guapos, pues nada.

Debería estar entusiasmada con la idea, ¿no? No uno, sino DOS. Dos chicos guapos *hipsters*.

Cuando Max comienza a subir las escaleras, ya sé cómo será el trayecto en coche. Bromearán con complicidad y camaradería, y yo me sumergiré en mi timidez. Seré el cubito de hielo del grupo.

Will no está borracho, no exactamente, aunque se le ve relajado y contento. Se mete con Max porque le obliga a irse, pero no parece molesto. Max, en cambio, parece divertirse mientras entramos en el coche.

—Bueno, ¿y adónde tienes que ir con tanta maldita prisa? —pregunta Will mientras se acomoda en el asiento del copiloto.

Yo me coloco detrás y cierro la puerta sin hacer ruido. En parte me pregunto si se acordarán de que estoy aquí.

—El cinturón —recuerda Max. Will se lo abrocha—. De aquí no nos movemos hasta que todo el mundo esté atado. —Se vuelve hacia mí para comprobarlo.

Lo tengo puesto. Se lo enseño. Resulta gracioso y adorable, en realidad. Max es la última persona que uno espera que se preocupe por el cinturón de seguridad. No termino de entender a este chico. Lo que no me entra en la cabeza es el dúo que forman. Al principio pensé que Will era el macho alfa, dado que es el más hablador, pero ahora no estoy tan segura. Max posee una intensidad que me pone algo nerviosa.

—No has contestado a mi pregunta —dice Will, y le da un toque en el brazo a Max.

—No tengo que ir a ningún sitio. Sólo sigo órdenes. —Le pasa el teléfono a Will.

—Oh, mierda.

Max se ríe. Me estoy perdiendo algo.

—¿Están... ligando? —pregunto despacio.

—Bueno, Mina nos ha pedido que nos largáramos, así que... —explica Max. Enciende el motor y me mira por el espejo—. La línea roja, ¿verdad?

—Eso es. Gracias. —La cabeza me da vueltas.

De modo que Mina lo tenía planeado. Supongo que le habrá mandado un mensaje a Max cuando estábamos en el salón. Y ahora nos han echado a los chicos y a mí.

Ella y Cassie se estarán enrollando en este momento. Justo ahora.

Y como no soy una mezquina, estoy emocionada al cien por cien.

Cassie se pone enigmática y es una auténtica rayada.

Por lo general, cuando se enrolla con alguien lo cuenta con todo lujo de detalles. Es una bocazas. Por horrible que parezca, para ella es parte del proceso. Una vez me dijo que un beso no era un beso hasta que no lo contaba; en concreto, hasta que no me lo contaba a mí.

Me encantó oír eso.

Supongo que me pasa algo parecido cuando me gusta alguien. Al contárselo a Cassie, se vuelve más real.

Pero esta vez pasa algo raro; juro que no son imaginaciones mías. Desde el miércoles tiene un aspecto radiante, una sonrisa que no viene a cuento, y no para de escuchar el disco de Florence. Sin embargo, no ha mencionado a Mina. Ni una sola vez. Y me resulta inoportuno preguntar por los detalles, ya que nunca he tenido que hacerlo.

El viernes me despierto con la cara de Cassie encima.

—Joder —suelto mientras me incorporo de golpe.

—Levántate. Vamos a preparar el desayuno.

Me froto los ojos y me aparto el pelo de la cara.

—Un segundo.

Y cuenta hasta uno. Si no fuera mi hermana melliza, diría que tiene nueve años.

Nunca en la vida la he visto con tanta energía. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza y un pantalón rosa de pijama. De Abby sí me esperaría este nivel de buen rollo, pero de Cassie... es raro.

La sigo a la cocina, tratando de no hacer ruido por las escaleras. La casa tiene ciento dos años y, cuando intentas no despertar a tus madres, se convierte en una tremenda emboscada: puertas que chirrían, escalones que crujen... Todo hace ruido. Y encima tengo un hermano que es de poco dormir y que tiene un oído finísimo.

Cassie es una pésima cocinera, así que yo llevo la voz cantante. Lo admito: me gusta que me necesiten. Mi hermana conecta su teléfono a un pequeño altavoz, y ahí está otra vez: el dichoso disco de Florence and the Machine.

Pero a Mina, ni mencionarla.

Sigue abriendo y cerrando armarios, trasteando entre la cocina y el comedor, colocando platos y doblando servilletas, sumida en esa especie de aturdimiento feliz. Y sí, es muy tempran-culo y a lo mejor está en Babia, sin más. Aun así, no debería dejarme en ascuas de esta manera. Es una flagrante violación de todos los códigos entre mellizas.

Cuando estoy a punto de tragarme mi orgullo y convertirme en lo que Abby denomina la «Miss Brasas Indiscreta», se despierta Xavier con un estallido de balbuceos a todo volumen que echa por tierra mi plan. La habitación de nuestras madres está encima del comedor. Oímos pasos, murmullos y la puerta del baño que se cierra. Nadine siempre comienza el día dándole el pecho a Xav, así que Patty es la primera en bajar.

Y tiene gracia: Patty se ha levantado con la misma cara de loca que Cassie. Por un momento me planteo si Cassie le habrá contado algo. Pero no. Nunca lo haría. Cuando se trata de ligues, con quien habla en conmigo. Soy la única persona a la que le cuenta todo.

Creo.

—Qué bien huele —dice Patty, y me acaricia el pelo.

Nadine aparece después con Xavier.

—Madre santa de todas las delicias. ¿Eso qué es?

—La prueba de que tenemos las mejores niñas del mundo.

Nadine le pasa el niño a Patty con una sonrisa.

—Bueno, chicas, ¡ya habréis visto las noticias!

Cassie y yo nos miramos.

—No... —admito por fin.

—¿Qué? —grita Nadine—. Menudas adolescentes de pacotilla. Mirad *ahora mismo* Internet.

Sonríe con tantas ganas que no puedo evitar hacerlo yo también. Pasa algo. Cassie se pone a buscar en el móvil y lanza un gritito ahogado.

Tengo el teléfono cargándose en el enchufe de la pared. Tiro del cable y desbloqueo la pantalla.

—¿Dónde miro?

—En cualquier sitio. —Patty sonríe.

—¡Entra en Facebook! —exclama Cassie.

Entro en la aplicación y me da un vuelco el corazón. Al bajar por la pantalla, todo son arcoíris. Todos y cada uno de mis contactos están hablando de lo mismo.

—¿Esto es verdad? —pregunto en voz baja.

—¡Sí! —Nadine me sonríe desde el otro lado de la mesa—. Alucinante, ¿no?
Claro, sabía que el Tribunal Supremo iba a votar sobre los matrimonios del mismo sexo, pero lo había apartado de mi mente. Supongo que no esperaba que la cosa saliera bien.

Pero..., joder. Ha salido bien.

—Ya es legal en todas partes. No me lo creo.

—¡Lo sabía! —dice Patty. Mira a Nadine—. Así que, chicas, tenemos noticias.

—Oh, cielos. —Cassie se pone a aplaudir.

Patty y Nadine se miran de nuevo y, cuando se sonríen, parece que tuvieran nuestra edad. Imagino cómo debieron de mirarse por primera vez, hace ya muchísimos años, cuando Patty era estudiante de posgrado en Maryland y Nadine empezaba la carrera. Resulta raro pensarlo. Es decir, no hay nada más raro que imaginar a tus padres enamorándose. Patty y Nadine siguen sonr ndose.

—Nos casamos —anuncia Nadine.

—¡ESTÁS DE COÑA! —Cassie se levanta de un salto con una sonrisa tan grande que parece que se le va a desencajar la cara.

—¿Os cas is? —repito. Tengo un nudo en la garganta. Miro a Patty, que tiene la cara casi hundida en el pelo de Xavier. Creo que est  a punto de llorar.

—Y queremos que se is nuestras damas de honor —añade Nadine.

—Joder —suelta Cassie—. Dios, es una pasada. ¿Y habrá boda?

—La boda más genial que haya habido jams —declara Nadine—. Momo, te encargarás de la decoración, ¿verdad?

—¿Habéis elegido fecha? —pregunta Cassie—. ¿Y dónde lo vamos a hacer?

—Este verano. En el patio. Donde sea. —Nadine da una palmada—. Por fin.

—Por fin —coincido.

Tiene gracia. Nunca pens  que se casar an, supongo que porque ya tuvieron la oportunidad en Maryland hace dos años. Nadine estaba embarazada por aquel entonces y Patty estaba cambiando de trabajo, así que ni siquiera se lo plantearon.

—Chicas, ¿est is preparadas para ser las damas de honor? Es una gran responsabilidad —dice Nadine—, porque ya os advierto que vamos a ser novias-Godzilla.

—Juerguistas-Godzilla —corrige Patty.

—Jo, qué nervios —exclama Cassie—. Vuestros hijos bastardos se alegran mucho por vosotras.

—¡Cielos! ¡Ya no seremos bastardos nunca más! —observo.

—Ooh, cariño, vosotros siempre seréis nuestros bastardos.

—¡Pues ya no tengo ganas de ir a trabajar! —exclamo—. Deberíamos celebrarlo.

—No, tú ve a trabajar; tienes que traer guita a casa. Y esta noche cenamos todos juntos —propone Nadine.

—Te acompaño —se ofrece Cassie.

No puedo evitar sonreír. Quizás esté a punto de contármelo todo. Quizá las cosas sean normales, después de todo.

Quizá sean mejor que normales.

Fuera hace bueno. El calor del verano todavía no aprieta, pero el sol resplandece junto a algunas nubes blancas. Aunque es aún temprano, hay mucha gente levantada. Veo al vecino de enfrente clavando una bandera de arcoíris gigante y, más abajo, alguien ha puesto la canción «Uptown Funk». Parece un día festivo.

—Bueno, ¿estás nerviosa? —pregunta Cassie, y se pone a saltar de puntillas—. Yo estoy atacada.

—¡Lo sé!

—Es que no pensaba que me fuera a importar tanto, porque hace dos días no eran menos pareja que ahora. Pero estoy feliz, ¿sabes?

Me río y asiento con la cabeza.

—Ha sido una semana increíble —suspira. Cosa que parece indicar que se está abriendo la puerta.

—Sí, respecto a eso... —Siento que mis labios se curvan hacia arriba.

—Ajá... —Ella sonríe.

—No es por nada, pero me encantaría saber algo sobre las otras cosas increíbles que han pasado esta semana.

Se echa a reír.

—Sí... —Pero no dice nada más.

Le doy un codazo y por fin lo suelto:

—¿En serio no me vas a contar qué pasó con Mina?

—¿Con Mina? —contesta con calma.

Con mucha, muchísima calma.

Y ahora ya estoy hecha un lío. Tal vez lo interpreté de una forma equivocada. Tal vez Cassie y Mina no se enrollaron ni nada. Tal vez esté siendo una idiota al dar por sentado que sí. Como si las chicas a quienes les gustan otras chicas no pudieran ser amigas sin más.

Pero es que parecía que se gustaban.

—Si estuvieses enamorada, me lo contarías, ¿verdad?

—¿Enamorada? —Se vuelve a reír—. Oye, ¿no nos estamos pasando?

Me quedo mirándola. Arruga la nariz y me sonrío, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Es que me gusta vivir a través de tu experiencia.

—Pero este es el comienzo de una nueva era —responde—. Ahora vivimos a través de la experiencia de Nadine y Patty.

—Lo cual es raro y triste.

—Ya, pero se van a *casar*. —Cassie suspira otra vez—. Es lo más increíble que nos ha pasado jamás.

Cuando llego al trabajo, noto cierta energía en el ambiente, a pesar de que la tienda todavía no está abierta al público. Deborah y Ari están a tope.

—¡Molly! —me grita la mujer por encima de la música, que está tres veces más fuerte de lo habitual—. ¡Ven aquí! ¿Has oído las noticias? —Se encuentra junto a la caja con los brazos apoyados en el mostrador y muy sonriente.

Tengo la sensación de tener chocolate caliente en el estómago: calorcito y satisfacción. Me encanta el día de hoy y adoro este trabajo. Y Reid debería aparecer en cualquier momento.

—Qué emocionante, ¿eh? —dice Ari cuando llego hasta ellos.

—¡Sí! —Les sonrío—. Mis madres se han prometido.

—Ay, preciosa, ¡pero qué alegría! Guau, no tenía ni idea... Deberías tomarte el día libre para celebrarlo. —Deborah me aprieta la mano.

—No pasa nada. ¡Me gusta estar aquí!

—Qué encanto eres. ¿Seguro?

—Claro. —Asiento rápidamente.

Deborah sonrío.

—Bueno, en realidad es mucho mejor así, porque Reid tiene hoy una cita en el médico y nos viene muy bien que te quedes.

Me siento extrañamente decepcionada. Pero Deborah y Ari me piden que monte un expositor de arcoíris en la parte delantera de la tienda, que es la tarea más gratificante que me podían encargar. Cojo algunas cosas de otros expositores y los coloco bajo un nuevo prisma: una tetera vintage roja, un búho de cerámica naranja, un mantel amarillo, unos tarros verdes, un marco de fotos de color azul y, por supuesto, un pelele morado de la sección de bebé.

—De verdad, Molly, qué ojo tienes para esto. ¿No te han encargado tus

madres que te ocupes de la decoración de la boda?

Me echo a reír.

—Pues sí.

—Qué listas —sentencia—. Ya me dirás si hay algo de la tienda que os sirva o, si lo prefieres, vente un día a casa para que te ayude con las manualidades. Siempre y cuando no seas alérgica a los gatos, claro.

—¡Me encantan los gatos!

Deborah se ríe.

—Bueno, es que tenemos cinco.

Lo que significa que Reid tiene cinco gatos. En cierto modo no me sorprende.

Vale, a lo mejor lo que voy a contar no tiene nada que ver, pero una vez me empezó a gustar un chico por culpa de los gatos. Mi flechazo número veinte: Vihaan el Contrabandista Tierno. Era un chico trans del Club Spectrum al que acudíamos Cassie y yo que siempre llevaba una de esas sudaderas con un bolsillo delante. En realidad nunca me planteé por qué. Pero un día vi que llevaba un gatito en el bolsillo. Vihaan había llevado el gatito en el bolsillo durante todo el día de colegio y sus profesores no se percataron.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, lo sacó y me lo puso en los brazos. Y nuestras manos se tocaron. Me miró con aquellos ojos castaños centelleantes como si fuéramos cómplices.

Tenía unos ojos inolvidables.

EN RESUMIDAS CUENTAS: ¿he dicho ya que me encantan los gatos?

Me paso el resto de la mañana apilando y ordenando platos de cerámica y velas aromáticas, y pensando en bodas. El día de hoy tiene algo de onírico, hasta nuestros clientes parecen emparejados de un modo inusual. Se agarran de la mano. Es como un arca de Noé con filtro Valencia.

Y es bonito.

Excepto que... a veces pienso que soy la última persona soltera. Como si no hubiera siete mil millones y medio de personas en el mundo. Tal vez haya siete mil millones más una.

Y esa una soy yo.

Aunque tengo una teoría. Una teoría un poco chungueta que me ronda la cabeza desde que Mina y Cassie se enrollaron. Si es que se enrollaron.

Va a sonar raro, pero creo que necesito que me rechacen.

Creo que lo necesito como la vacuna de la gripe. O como esos terapeutas que te obligan a sostener serpientes hasta que les pierdes el miedo.

Ni siquiera sé si tiene sentido.

Me paso mucho tiempo pensando en el amor, los besos, los novios y todas esas cosas que se supone que no importan a las feministas. Y yo soy feminista. Pero no sé. Tengo diecisiete años y quiero saber lo que se siente al besar a alguien.

No me considero incapaz de inspirar amor, pero no dejo de preguntarme: «¿dónde está el fallo?».

Mis madres se casan. Mi hermana podría estar liada en secreto con una chica. Abby se mudó a Georgia y al cabo de pocos meses se echó un novio guitarrista y guapo. Hasta Olivia y Evan Schulmeister lo han conseguido; de hecho, se conocieron en la enfermería del campamento porque ella tenía conjuntivitis. Incluso con conjuntivitis, me da doscientas vueltas.

Y todas las parejas que se pasean ahora mismo por la tienda: unos chicos que se agarran de la mano mientras hojean los libros de cocina, los abuelitos que le piden ayuda a Ari en la sección de bebé... No es gente guapa con abdominales marcados. Es gente normal.

Pero no consigo ponerme a su nivel.

Y no puedo quitarme un pensamiento de la cabeza: me han gustado veintiséis personas, veinticinco de las cuales no eran Lin-Manuel Miranda. Veintitrés eran viables, con una edad adecuada y pertenecientes a la vida real. Dieciocho estaban solteras e interesadas en las chicas por aquel entonces.

Y nunca lo he intentado. Ni siquiera con aquellas que me dirigían primero la palabra.

Así que quizá deba dejar que me rompan el corazón por una vez en mi vida para demostrar que soy capaz de superarlo. O, al menos, para dejar de ser tan cauta, maldita sea.

Me paso sin aliento todo el camino de vuelta a casa mientras pienso en ello.

«Operación ser menos cauta».

«Operación dejar de preocuparme por el rechazo».

«Operación esto es bueno para mí».

No sé si debería contarle a Cassie mi revelación. Tampoco es que vaya a cambiar nada; va a intentar juntarme con Will el *Hipster* igualmente. Y, como hasta ahora, no va a emplear ninguna sutileza, por más vergüenza que yo pase.

Supongo que la única diferencia posible es que yo no me oponga.

Oigo que Nadine y Cassie están trasteando por la cocina, murmurando entre risas y abriendo cajones. Supongo que Nadine se ha tomado bastante en serio lo de la cena familiar de esta noche. Por lo general cenamos todos juntos, pero de vez en cuando hacemos una Cena Familiar, lo que básicamente significa que ponemos servilletas de tela y que decidimos los platos. Es probable que la mayoría de la gente vaya a restaurantes en tales ocasiones, pero nosotros no solemos cenar fuera desde que Xavier nació.

Me acerco a echar una mano. Nadine está en la cocina vertiendo zumo sobre el pollo y Cassie está mezclando algo en un cuenco. Pongo la mesa, nos sentamos y Nadine levanta una copa de champán.

—Muy bien, un brindis. Por nosotros. Por el matrimonio. Por la superboda Peskin-Suso que tendrá lugar dentro de poco.

Brindamos todos con champán (nuestras madres son así de guais). Bueno, excepto Xavier (tampoco son tan guais como para eso); él brinda con leche.

—Para la boda, estamos pensando en la segunda quincena de julio.

—¿De este año? —pregunto.

—Sí. —Patty me sonrío. Está cortándole el pollo en trocitos a Xavier.

—No se puede organizar una boda tan rápido.

Están locas. Lo siento, pero es así. Hay que probar tartas, encargarse de vestidos, planear la decoración, y eso lleva tiempo. Lo digo en serio. Y después hay que hablar con los del *catering*, con los fotógrafos, con los floristas, con los modistos, con los DJ y con un millón de personas más.

Puede que sepa demasiado de este tema. Puede que esté algo más familiarizada con los blogs de bodas que la mayoría de chicas solteras de

diecisiete años.

—¿Por qué no? —pregunta Patty.

—Porque no. —Sacudo la cabeza—. No se puede. Hay que preparar un montón de cosas. Necesitáis por lo menos un año.

—Momo, creo que te estás imaginando una boda real.

—Que sepas que Will y Kate no lo anunciaron con tanta antelación.

—Estupendo. Eso es —dice Nadine—. Ese es el modelo que queremos seguir.

Empiezo a protestar, pero Patty me sonrío.

—Cielo, la nuestra va ser una boda en el jardín de casa. Con la familia y poco más.

—Bueno, vale.

—Pero podéis traer a algunos amigos si queréis.

—¿Y a nuestros ligues? —pregunta Cassie.

—Uuh... ¿Tienes algo que contarnos, Kitty Cat?

Nadine sonrío y Patty se lleva la mano al corazón. Por su cara parece que estuviéramos en la noche de nuestro pota-mitzvá, cuando Cassie bailó una canción lenta con Jenna Schencker.

—Oye, no pongáis esa cara. Sois tan petardas como Molly.

—Nosotras creamos a Molly —dice Nadine—. Y la hicimos petarda. —Se inclina hacia delante para apartarme el pelo de la cara.

—Háblanos de ella —le pide Patty.

Cassie contiene la sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Mina.

—¿Cómo es? —pregunta Nadine.

—Fabulosa.

—Sí, supongo. Pero a ver, corazón, si es tu primera novia, necesito detalles.

Cassie levanta las cejas y las arruga.

—No he dicho que sea mi novia.

—¿No lo es?

—Lo único que digo es que la he conocido.

Nadine sonrío.

—Y que es fabulosa.

—Además de graciosa, interesante, guapa y tirando a *hipster*, aunque sin pasarse —intervengo—. Y me gusta.

—Anda, así que Molly la ha conocido. —Nadine se gira hacia mí—. Espera.

Ahora sí que necesito detalles.

—Bueno, Cass no me ha contado nada —explico, y me queda borde. No tenía esa intención, pero me sale así.

De pronto me siento inestable, como si perdiera el control de las extremidades. Estoy una pizca cabreada porque parece que Cassie nos está tomando el pelo. Quiere que sepamos que ha pasado algo con Mina, pero no el qué. Es como esa gente que publica estados ambiguos en Facebook para acaparar atención.

«Buah, BRUTAL lo que ha pasado este finde. *LOL*».

«No me creo lo que has hecho. Ni Dios ni yo te lo perdonaremos jamás. Arderás en el infierno, ¡sin acritud!».

Cassie y yo somos fans de esos estados. Nunca pensé que mi hermana se convertiría en uno de ellos.

—Os gustaría —musita por fin Cassie—. Es estupenda y muy divertida, y sabe mucho de música. Le encantan los peces. No para comérselos, sino como animales. Es muy aficionada a los acuarios —añade—. Lleva un tatuaje de un pez ángel francés. ¿Sabíais que el pez ángel francés es monógamo? Ah, y le gustan los pingüinos. Le gustan todos los animales monógamos.

—Parece que es una romántica —comenta Patty.

—Supongo.

Cuando levanto la vista, Cassie me está mirando con una expresión que no logro interpretar.

Ahora no puedo dormir. Ni de lejos, a pesar de que es casi medianoche. Cassie está por ahí, en una fiesta con Mina.

Estoy inquieta, me siento muy rara, tengo calor y frío. Miro el móvil en la cama e intento ignorar esta sensación sofocante que me ahoga, aunque no lo consigo. De pronto me incorporo y me levanto. Esto es estúpido. Ridículo. Cojo el ordenador y me voy abajo.

Paso por delante de la habitación de Xav extrasigilosa, esforzándome para que no cruja el suelo. Me llevo al sofá una caja de pasas recubiertas de yogur que encuentro en la encimera de la cocina. No tengo ganas de ver la tele. No tengo ganas de hacer nada. Ni siquiera sé qué necesito en este momento. Sólo quiero sentirme normal.

Abro el portátil y entro en algunos blogs de bodas, la mayoría brumosos, centelleantes, evocadores y rústicos. Tengo que admitirlo: es relajante. Me gusta el sabor de las pasas con yogur y las fotos profesionales de pasteles colocados en

estanterías. Deberíamos poner pasteles en estanterías, sin duda, y uno de esos fondos de *photocall*. Tal vez algo simple, como un trozo de tela estampada y algunos marcos de madera viejos. Debería «pinear» todo esto.

—¿Momo? ¿Por qué sigues despierta?

Levanto la vista; es Nadine, que lleva un pantalón de pijama, una camiseta y una de esas batas de rayas encima. Está desaliñada y con cara de sueño; no deja de frotarse los ojos. Debo de haberla despertado.

—Lo siento.

—Cariño, ¿qué pasa? —Me hace un gesto para que le haga un hueco en el sofá y se sienta a mi lado—. ¿Qué...? ¿Estás mirando blogs de bodas?

—Puede.

—Hija, te lo has tomado en serio. —Estira el brazo para apartarme el flequillo de los ojos—. Oye, ¿estás bien?

—¿Eh? Sí...

—Mmmmmmm...

—Mamá, estoy bien.

Se queda callada un instante y luego se levanta.

—Vente. Vamos a dar un paseo en coche. Tú y yo.

—¿Cómo dices?

—Sí. Vamos, necesito un café.

—Es medianoche.

—Correcto.

—Estoy en pijama.

—Y yo. —Me sonrío—. Momo, vamos. Deja de poner Molly-caras. Confía en mí.

Me resulta completamente absurdo montarme en el coche con Nadine en pijama y zapatillas de deporte en mitad de la noche, como si nos fugáramos de casa. Hace buena temperatura a pesar de ser tan tarde, y se oye el chirrido de uno de esos insectos que Patty dice que son cigarras. Nadine abre el coche con el mando y me coloco en el asiento del copiloto. Da marcha atrás por el camino de entrada muy despacio, como si le preocupara que fuera a pasar algún peatón, sólo que la calle está completamente vacía.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás. —Mira hacia delante sin apartar la vista, con una mano en el volante y la otra en su taza de café, pero no deja de sonreír.

Me relajo en el asiento mientras me fijo en todo: las farolas, los columpios de los porches y el modo en que las casas de mis vecinos aparecen en la oscuridad

mientras avanzamos. El gato de los Applebaum nos observa desde la ventana de su salón como espiándonos. Luego echa a correr hacia otra de las ventanas para no perdernos de vista. Seguimos avanzando por Piney Branch hacia la calle 16. Aunque vamos calladas, resulta agradable. Ya casi hemos llegado a Adams Morgan cuando Nadine vuelve a hablar:

—Bueno, ¿y cómo estás, nena?

—Bien.

Sacude la cabeza.

—Eres una pequeña impostora.

—¿Qué?

—Es raro, ¿verdad? Que Cassie tenga novia.

—Técnicamente no es su novia.

Nadine sonrío.

—Dale una semana.

Eso me hace gracia, aunque tengo una especie de tensión triste en el pecho.

—Sí, es raro —contesto.

—Lo sé. Momo, chica, esto es duro. —Asiente sin apartar la vista de la carretera—. ¿Sabes?, cuando yo era jovencita, mi hermano era una sabandija de mucho cuidado, pero Karen y yo estábamos muy unidas. Y me acuerdo de que se echó novio y desapareció del mapa. Fue un rollo.

—Sí.

—Y te pilla por sorpresa. Nadie te dice lo duro que es porque, oye, ¡es amor! ¡Y hay que alegrarse por ella! Pero, claro, también tiene su parte chunga, ¿verdad? Aunque estás contenta, también implica perderla.

El corazón me da un vuelco. No puedo hablar.

—Pero, Mo, luego vuelven, ¿sabes? Te las apañarás. Al principio resulta extraño, pero luego vuelven. Ya lo verás.

Me agarro las rodillas y miro por la ventana. Ya casi estamos en Dupont, vamos hacia el centro. La calle está abarrotada. Se nota una energía palpable en el aire. Es la típica noche en la que la gente empieza a abrazarse y todo el mundo está borracho, alborotado y feliz simplemente por estar en medio de todo esto. Apuesto a que algunos recordarán esta noche incluso cuando sean viejos. Y apuesto a que yo también.

—Qué locura —dice Nadine.

—Sí —asiento. De pronto me entran ganas de llorar, pero no por algo malo. Es más la sensación que tienes cuando alguien te hace el regalo perfecto, algo que querías tener pero que no te atrevías a pedir. Cuando alguien te conoce del

modo en que necesitas que te conozcan.

—Eh —susurra—, mira.

Levanto la vista al frente y reconozco el sitio por los cinco millones de veces que lo he visto publicado en Facebook: es la Casa Blanca iluminada por un arcoíris de luces. Me quedo sin respiración, y eso que está lejos y que tenemos que adelantar a un millón de coches para acercarnos al edificio. Creo que ni siquiera es la fachada principal. Pero da igual.

—Mola, ¿eh? —dice. Hago un gesto afirmativo, muda por la emoción—. Quería verlo en persona.

—Estoy muy contenta. —De repente, siento que es importante decirlo—. Y estoy muy contenta por la boda.

—Sí, qué bien. Porque necesitamos a alguien dispuesto a entrar en blogs de bodas a medianoche.

—Ah, estoy en ello. —Sonrío—. En serio, me alegra mucho que esté pasando todo esto.

—A mí también —dice Nadine mientras gira a la izquierda por una calle de sentido único—. ¿Sabes lo que creo?

—Qué.

—Que va a ser un verano genial para nuestra familia.

—Yo también lo creo —digo, intentando creerlo.

Pero hay una parte que no puedo obviar.

Nadine dice que volverá. Que todo será normal de nuevo. Cassie y yo. Y lo entiendo. A ver, Abby regresó a la tierra después de Darrell. Y Nick no nos ha destrozado. El amor no acaba con la amistad, y mucho menos con la familia.

Aunque en cierto modo sí que lo hace, ¿no?

Porque casi nunca vemos a mi tía Karen. Ya no es la persona más importante para Nadine. Creo que antes lo era; ahora la persona más importante para ella es Patty.

Y no sé cuándo sucedió. Quizás así es como se empieza.

En cualquier caso, no sé cómo, pero Mina viene el miércoles a cenar a casa, pese a que ese mismo día llega mi abuela de Nueva York. La madre de Patty, también conocida como la abuela que atropella a tipos con el coche y luego los llama cabrones. De modo que estoy bastante convencida de que será una noche de mierda. Un desastre absoluto. Aunque Cassie se negó en rotundo hace una semana, hoy parece muy zen al respecto. Parece como si, al centrarse en la parte de Mina-viene-a-cenar, se hubiera olvidado de la parte la-abuela-también.

Lo que pasa con mi abuela es que no siempre tiene filtro. Así que la cosa puede ponerse interesante.

Yo me encargo del postre. Me paso todo el fin de semana con eso en la cabeza, buscando recetas y despertándome a las tres de la mañana con la duda de si Mina tendrá alergia al gluten o diabetes, aunque Cassie lo habría mencionado. Sé que no hay nada en el mundo sobre Mina que haya olvidado comentar.

Pero, vaya, estoy mal.

Porque el lunes recibo un texto de Abby con un millón de exclamaciones. Nada de palabras, nada de *emojis*: sólo emoción concentrada en signos de puntuación. Al principio, doy por hecho que es algún nuevo hito con Nick, lo cual me sumerge en un bucle; claro, una vez que ya ha habido sexo, ¿qué puede merecer un millón de exclamaciones? Si estuviera embarazada, me lo contaría de otro modo. Espero.

Sin embargo, lo averiguo rápido cuando Abby me vuelve a escribir:

Por q no me has contado lo de Cass?!

¿A qué te refieres?

Oh. Mira en Facebook. Ahora mismo.

Entro en la *app* y me voy directa a la página de Cassie. Ella nunca la actualiza. Jamás.

Pero la ha actualizado.

«Tiene una relación con Mina Choi».

Me quedo con el teléfono en la mano, mirándolo.

De verdad no te lo ha contado? —escribe Abby—. **WTF, q le pasa?**

Ni idea.

No me ha dicho nada. Cassie tiene una relación con Mina en la vida real y no me lo ha contado. Me he enterado por Facebook.

Soy la hermana melliza de Cassie y me he enterado por Facebook.

Tus madres lo saben?

Ni idea. Pero Mina viene a cenar el miércoles.

Vaya con Cassie! Se la va a presentar a tus viejas...

Y a mi abuela... —añado.

OMG. Tu abuela Betty?

Síp. —Añado el *emoji* de la sonrisa falsa.

LOL. Menuda noche.

Y me hace sonreír (un poquito).

Decido preparar masa comestible de galleta. Cuando se lo cuento a Reid, parece impresionado y a la vez confuso.

—Pero ¿la masa de galleta normal no es comestible? —pregunta.

Estamos en el almacén, desempaquetando el nuevo pedido.

—Bueno, es que lleva huevo crudo.

—Ah, vale. —Asiente, y al cabo de un momento frunce el ceño—. Y se supone que no debemos comer huevo crudo...

—¡Claro que no, Reid!

—Me refiero a que no debemos comerlo *crudo*, pero si está mezclado con otras cosas...

Le lanzo una mirada asesina.

—Aunque lo mezcles, sigue estando crudo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro, pero se neutraliza con los demás ingredientes.

—El huevo no funciona así. —Contengo la sonrisa—. Creo que vas a tener que probar la masa sin huevo. Está buenísima, te lo prometo.

Se estira hacia atrás con las manos en la nuca mientras lo considera durante unos instantes. Por fin, acepta:

—Vale, de acuerdo.

—Uf. —Me echo hacia delante para acercarme a la última caja. Nos hemos organizado bien, así que tendremos todo desempacutado al final de la jornada.

—¿Y cuándo dices que voy a probarla?

—¿Mañana? Luego, cuando salgamos, voy al CVS para hacer la compra.

—¿Al CVS? —Parece escandalizado—. No, tienes que ir al Giant que hay en Silver Spring. Es la mejor tienda de comestibles de la historia.

Levanto la vista.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Hace uno de sus gestos serios, pero le tiembla el hoyuelo.

—¿Se puede llegar en metro? —pregunto.

—Oh, no creo.

Me muerdo el labio.

—Ah, vaya. No tengo coche.

Reid se queda callado un momento y me siento algo incómoda. Tiene gracia: en realidad, siempre me ha dado igual no tener coche. Creo que a Cassie le molesta más que a mí. Pero ahora me da un poco de vergüenza, no tengo ni idea de por qué.

—¿Quieres que te lleve? —se ofrece.

—No te preocupes.

—No me importa. En serio, será divertido. Me gusta comprar en los supermercados.

—¿De verdad? —Le lanzo una Molly-cara.

Sonríe.

—Bueno, comprar no me gusta mucho, pero me encanta la masa de galleta. Y si te llevo al supermercado, es probable que me des un poco para probarla.

—Es probable —coincido. Ahora yo también sonrío. No puedo evitarlo.

Estoy en el coche de Reid para ir a la tienda de comestibles. Una tienda muy particular. Según parece, es la mejor, así que tendré que fiarme de él.

Una ventaja inmediata de ir en coche con Reid: ha colocado una bolsa abierta de huevitos de chocolate Cadbury entre nosotros, delante de la palanca de cambios.

—¿Sabes lo que me gusta de los huevitos de Cadbury? —Me reclino en el asiento—. Su simplicidad.

—¿Verdad? Nadie aprecia ese detalle.

—Yo estoy hasta las narices de los dulces sofisticados. Lo siento, pero a mí

eso de añadir infusión de cítricos, kumquats caramelizados, almendras con Cointreau y esas historias... ¿A quién le gusta eso?

Se ríe.

—A nadie.

—Se creen que gustan porque parecen elegantes.

—Pero no lo consiguen —añade Reid.

—Ni por asomo.

Entramos en el aparcamiento del Giant y Reid aparca junto al sitio de los carritos. Luego apaga el motor y me mira con expresión solemne.

—¿Estas lista para una experiencia irrepetible?

—Bueno, creo que ya he estado aquí antes.

—Pero no conmigo —dice con firmeza.

—No, contigo no. —De pronto, me da vergüenza.

Mientras cruzamos el aparcamiento, se me ocurre que es probable que la gente dé por hecho que somos pareja. Que tal vez seamos una pareja de universitarios que venimos a por comida para esta noche. Unos jóvenes tortolitos. Novios. Como cuando alguien se cree que el tío que va sentado a tu lado en el metro es tu padre.

Hay una fila de carritos cerca de la entrada. En cuanto saco uno, Reid tira de la parte delantera y me guía hacia un banco que hay fuera de la tienda. Aparta el carrito, se sienta y me mira con expectación. Me acomodo a su lado.

—Bueno, ahora tienes que sacar tu móvil.

—¿Por qué?

—Ya lo verás. —Se saca el suyo del bolsillo—. Métete en la aplicación de notas.

—Vale. —Sonrío.

Se ha puesto marimandón y, lo siento, me hace mucha gracia. Es como cuando el profesor se va de la clase un segundo y deja de encargado al Niño Bueno. Reid es el Niño Bueno dándose las de jefecillo, y es tan mono que tengo que seguirle la corriente.

—¿Ya? —Mira por encima de mi hombro—. Muy bien. Ahora escribe el título de tres canciones pop de la primera década del 2000.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque esas son las reglas.

—Entonces, ¿escribo... cualquier canción pop?

—Ajá, pero elígelas bien.

Me quedo pensando con el dedo en el teclado. Quiero elegir las peores, las

que han hecho un daño irreparable a la música, y me vienen rápido a la cabeza:

1. «Stacy's Mom».
2. «Sk8er Boi».
3. «I'm Not a Girl, Not Yet a Woman».

—Excelente —dice Reid.

—A ver las tuyas.

Me acerca el teléfono y suelto una carcajada. En otra vida, estoy casi segura de que Reid fue un padre hortera. Hasta se muestra orgulloso.

1. «Find me in da club».

2. La de la chica que toca el piano que dice algo así como «If I could fall into the sky».

3. Justin Timberlake.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Buena pregunta. Las reglas son las siguientes: si ponen alguna de tus canciones, ganas veinte puntos.

—¿Si las ponen en el supermercado?

—Sí.

—Entonces, entre todas las canciones del mundo, crees que en este supermercado pondrán una de las seis canciones aleatorias que se nos acaban de ocurrir.

—Exacto.

Me echo a reír.

—¿Por qué?

—Magia. —Se encoge de hombros—. Y porque en todas las tiendas de comestibles ponen música pop de la primera década del 2000. Es una ley federal.

Permanezco escéptica hasta que entramos en la tienda y suena «Stacy's Mom».

—Anda, mira. Veinte puntos para mí —digo.

Reid gruñe apoyado en la barra del carro.

—La suerte del principiante. —Empuja el carro hacia el pasillo de la repostería y no ha dado ni tres pasos cuando se distrae con unos botes de glaseado—. Oooh, mira. —Agarra uno de Duncan Hines de chocolate—. Dios. Podría comerme uno de estos a cucharadas como si fuera yogur. ¿Te parezco raro?

—¿Me lo preguntas en serio?

A ver, que yo me entere: ¿acaso alguien no se comería un bote de cobertura de chocolate como si fuera yogur?

De repente, me viene la inspiración.

—¿Puedo añadir una regla al juego?

—¡Por supuesto!

—Vale. —Sonrío—. Un reto rápido: diez puntos para quien encuentre el glaseado con el sabor más asqueroso. Tenemos un minuto. El tiempo comienza ya.

Pongo el cronómetro en el móvil y los dos nos quedamos callados. Me siento muy competitiva, no sé por qué, es como si no fuera yo. Quizá sea esto lo que se siente al ser Cassie. En los campamentos ganábamos todas las competiciones: las de comer perritos calientes, las de hablar en jergonza, las de escupir semillas de sandía y otras muchas que me importaban más bien poco.

Pero esta sí me importa. Quiero ganar los diez puntos, esos imprecisos diez puntos que no cuentan absolutamente para nada. Y es emocionante. Reviso las estanterías y casi todo es bastante común: chocolate de estilo casero, fideos de colores y crema de queso. Hay unos cuantos aspirantes, como la crema de coco con nueces pecanas o la cobertura de lima, pero al final me decanto por la edición limitada de pasta de beicon con jarabe de arce de Betty Crocker. Muy mal, Betty.

En el segundo cuarenta y cinco, Reid empieza a ponerse nervioso.

—¡Molly, ayuda! Todos parecen buenos.

—Estás de broma.

—¿Y si me gustan todos los glaseados?

Sacudo la cabeza con tristeza.

—No tengo palabras para responderte.

La alarma del cronómetro salta y le enseño la pasta de beicon con jarabe de arce.

—Vaya, me parto —dice.

—Ya. Tengo que hacerle una foto para mandársela a mi hermana.

Se echa a reír.

—¿Me la mandas a mí también?

—Ah, vale. Dame tu número. —Siento que las mejillas se me caldean. Espero que no crea que le estoy Pidiendo Su Número, porque yo no creo estar Pidiéndole Su Número.

—¡Sí, claro! —Me lo da, le envío la foto y lo añado a mis contactos.

Entonces saca su teléfono y me guarda también.

Qué curioso, casi me pregunto si pretendía que nos intercambiáramos los números, ya que podría haber sacado él la foto en lugar de pedirme que se la

enviara.

Me quedo muda por un segundo.

Pero me salva Avril Lavigne. Comienza a sonar «Sk8er Boi» a todo trapo y por fin respiro.

—Veinte puntos —suelto con una sonrisa.

—¿Qué? ¿Por qué se te da tan bien este juego?

Encojo los hombros y levanto las manos como el *emoji*.

—Soy vidente —contesto.

Dios, lo de los números de teléfono... No tiene importancia. Para nada. Pero no sé por qué de repente estoy sin respiración. Supongo que los pulmones son unos tremendos traidores. Como el estómago. Como el latido del corazón.

De camino a casa hay tráfico, pero todavía es de día, y entre nosotros se produce un silencio. En el supermercado todo eran bromas, burlas y juegos (en los que arrasé, por cierto, por cincuenta puntos a cero), pero en el coche siento una timidez repentina. Y creo que Reid también.

—Entonces, ¿tienes una hermana?

—Sí —afirmo—. Melliza.

—¿De verdad? —Parece sorprendido.

¿Nunca le he hablado de Cassie? Supongo que cuando estamos en el trabajo hablamos de cosas arbitrarias. De lo que nos gusta, no de lo que somos.

—No somos iguales —añado, porque es lo primero que la gente pregunta.

—¿Cómo es tu hermana?

—¿Cassie? —Hago una pausa—. No sé. No le tiene miedo a nada.

—No conozco a nadie que no le tenga miedo a nada —dice Reid, y enciende el intermitente a pesar de que estamos a una manzana de distancia de la calle donde hay que girar. Aunque el tráfico es denso, apenas avanzamos. Hace tic-tac como un metrónomo.

—Sí, puede que sí —digo, y sonrío. Porque recuerdo la cara de Cassie cuando me contó que Mina era pansexual. Cuando supo que tenía posibilidades, pero no estaba segura de cómo iría todo. Quizás entonces tuviera un poco de miedo, aunque supongo que no tenía motivos.

Entonces recuerdo la actualización de su estado de Facebook y empieza a parecerse más a una broma que a un puñetazo en el estómago. Es decir, tiene su gracia. Reid probablemente lo encontraría divertido. Y también yo debería decir algo gracioso ahora.

—¿Quieres que te cuente algo extraño? —pregunto.

—Claro, eso siempre.

—Pero no me refiero a extraño como Tolkien.

—¿Tolkien? Tolkien no es extraño. Puede que sea el autor de literatura fantástica más básico que podrías escoger.

Lo llamativo es que tengo muchísimas ganas de hablarle de Cassie. No sólo sobre Facebook y cosas graciosas, sino también sobre todo lo demás. Sobre este pequeño giro tan raro en nuestra relación. Tengo la sensación de que él me entenderá, a pesar de que no tengo razones para ello. A pesar de que hace dos minutos Reid no sabía que Cassie existía.

—Me refiero a que si quieres literatura de ese tipo, dímelo, porque...

—Uy, no —le corto con una leve sonrisa. Me siento tensa por dentro—. Resulta que Cassie ha empezado a salir con su primera novia. Y adivina cómo me he enterado.

—¿Cómo? —pregunta, y me encanta que no haya movido una pestaña al oír la palabra «novia». Tampoco esperaba otra cosa de un chico de Takoma Park, sobre todo viendo a Deborah y Ari, pero bueno.

—A través de su estado de Facebook.

Arruga las cejas.

—Oh.

—Sí.

Hace una pausa.

—¿Y cómo se suponía que tenía que contártelo? —pregunta por fin.

—Bueno, de otra manera que no fuera a través de Facebook.

De repente tengo la sensación de que me hundo. No sé cómo pretendía que reaccionara Reid. Tampoco sé por qué me importa su reacción. Pero algo no encaja. No estoy segura de por qué pensé que sería divertido o gracioso, porque es la mar de incómodo y triste. Me vuelvo rápido hacia la ventana.

—¿Molly? —dice después de un momento.

—Sí.

Nos detenemos ante un semáforo y noto que me observa mientras decide si dice algo o no. Yo contemplo las ristras brillantes de pulseras de la amistad que llevo en las muñecas. Le enseñé a Abby a hacerlas durante la primavera anterior a su partida y aún las llevamos, siempre. Pensar en Abby ahora me provoca cierta tristeza.

Porque está en Georgia. Y Cassie tiene novia. Todo y todos se mueven a mil kilómetros por hora.

—No deberías haberte enterado por Facebook —comenta al final. Me encojo de hombros—. A mí también me entristecería algo así.

Y, oh, tengo un nudo en la garganta. Esa es otra. Si alguien dice que estoy triste o me pregunta qué me pasa o me dice que no llore, es como si mi cuerpo entendiera: LLORA AHORA. Como una orden, aunque no esté triste en ese momento. Pero quizás es que siempre hay pedacitos de tristeza en mi interior que esperan ser reconocidos y nombrados. Tal vez eso le sucede a todo el mundo, no sé.

—Bueno, pero está bien —respondo rápido con una sonrisa forzada—. Como es lógico, estoy muy contenta por ella.

—Ah, vale. —Parece confuso.

Ojalá no hubiera dicho nada; ahora piensa que soy una hermana mezquina. Y una persona mezquina. Y una gilipollas de campeonato.

No sé por qué soy incapaz de quedarme callada con este chico.

11

El miércoles me despierto nerviosa antes del amanecer. Mi mente no se detiene, salta de pensamiento en pensamiento.

Por un lado está Reid. Y sus zapatillas blancas relucientes. Y su sorprendente poco gusto para los glaseados.

Y por el otro está Cassie. Y Mina. Y la actualización de Facebook. Y la masa de galleta. Y el hecho de que Mina venga cuando está aquí mi abuela. Un espectáculo lamentable e inevitable.

Trato de hipnotizarme a mí misma mirando el ventilador del techo y, como eso no funciona, busco inspiraciones de boda en el móvil, pero no logro concentrarme. Al final, me tomo la pastilla, bajo a la cocina y comienzo a sacar los ingredientes. Nunca te imaginas que vas a colocar masa de galleta sin huevo en botecitos de cristal a las cinco de la mañana hasta que lo haces.

Ya he metido los botes en la nevera cuando oigo a Xav balbucear. Me encanta ser yo quien levante a Xavier, así que subo a su habitación y, cuando me ve, se agarra a la barandilla de la cuna y comienza a bailar dando saltitos. *Twerving* para bebés.

—Hola, colegui. —Lo cojo en brazos y, sonriente, me pone una mano en la mejilla.

—Momomomomomo.

—¡Muy bien!

Hay que decir que Xavier es el bebé más adorable del universo. Tiene unos ojazos marrones y los mofletes blanditos, la piel de un tono marrón clarito y los dientes delanteros algo separados. Es perfecto. Siempre me encantó la idea de compartir ADN con él, aunque sea por parte del donante. Tal vez en estos instantes tengamos a un grupito de antepasados comunes bebiendo ambrosía y espiándonos.

—Hola, bebé —le susurro en el pliegue del cuello, y él se revuelve entre risas.

Me lo apoyo en la cadera y lo llevo abajo con la intención de ponerlo en su manta de juegos del salón para que mis madres sigan durmiendo.

Pero Nadine aparece unos minutos más tarde bostezando y sonriendo.

—Anda, mira qué dos.

—Ay, ¿ya te has levantado?

—Ouaaahh... Yo no, Momo. Pero las tetas sí.

Últimamente Nadine habla de sus tetas como si fueran seres independientes. Siempre la despiertan, le empapan los sujetadores de lactancia o reclaman que alguien las ordeñe, como si fuera una vaca lechera. Son tetas con agenda propia.

Le paso a Xavier, que le levanta un lateral de la camiseta del pijama y se abalanza hacia ella.

—Me ha llegado un rumor —dice Nadine mientras se acomoda contra el respaldo del sofá.

—¿Sobre Cassie?

Sonríe.

—¿Cómo te has enterado? —añado.

—La cadena de madres.

También conocida como madre de Olivia. Olivia le cuenta todo a su madre, y su madre se lo cuenta todo a la mía. Es un sistema infalible.

Me siento en el reposabrazos con uno de los juguetes de Xavier, uno de esos cacharros interactivos con botones que cantan canciones de animales con una voz masculina desconcertantemente alegre.

—Dios, habría que quemar ese trasto —protesta Nadine.

—Quemémoslo.

—Sí, pero aparecería otro engendro en su lugar. Eso es, Xavor Xav. —Xavier se ha apartado de la teta para lanzarle una sonrisa—. Oye, oye, que estamos haciendo el aspersor. Vuelve ahí ahora mismo.

—He preparado masa de galleta —le informo.

—¿Para esta noche?

Asiento.

—¿Para eso te has levantado?

Asiento de nuevo.

—Momo, ¿sabes que deberías dormir de vez en cuando?

—No podía.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Ooh, cielo...

—Estoy bien —aseguro enseguida.

—¿Hoy trabajas?

Sacudo la cabeza.

—Ah, bueno... Uy, ahora nos ponemos a vibrar. —Se aparta un poco y comienza a buscar por debajo de su trasero—. Creo que me he sentado encima

de tu móvil. —Lo encuentra y me lo pasa—. Te están llegando mensajes sin parar. Anda, mira la señorita Popular. ¿Quién te escribe tanto a las siete de la mañana?

—Mmm... Será Abby.

Pero, cuando miro el teléfono, siento un pequeño sobresalto en el pecho. Dos mensajes de Reid.

¿Necesitas ayuda con la masa de galleta?

Me refiero a alguien que la pruebe.

Xavier sigue en la teta, pero estira el brazo hacia atrás para intentar quitarme el móvil.

—Buen intento —le digo.

Nadine resopla.

—El niño quiere un iPhone.

Vale, pues me siento idiota; ahora quiero que Nadine y Xav se vayan para contestar a Reid. Tiene gracia, porque Cassie se escribe con chicas en la mesa, en el salón, en el coche y en todas partes. Para ser franca, creo que sería capaz de organizar una orgía delante de nuestras narices, sentada en medio del sofá entre Nadine y Patty. Mientras los demás no estén leyendo sus mensajes de forma descarada, le importa un carajo.

Yo no puedo escribir a un chico delante de mis madres. Es que no puedo. Ni siquiera a Reid.

—Bueno, pues esta noche tenemos aquí a Mina y a la abuela. —Nadine bosteza—. ¿Cómo diantres ha sucedido algo así?

Me echo a reír.

—No lo sé. Creo que fue idea de Mina.

—Es increíble que Kitty Cat haya aceptado.

—Puede que la abuela se comporte.

—Mmmmmm, bueno. —Nadine sonrío—. De todos modos, tengo ganas de conocer a esa chica.

—Sí, te va a gustar. Es... —El móvil vuelve a vibrar e intento ignorarlo. He perdido el hilo de lo que estaba diciendo. A veces empleo toda mi energía mental en no mirar al teléfono.

A lo mejor es Reid otra vez. Tampoco importa tanto.

Xavier termina por fin su teta, así que Nadine se recoloca la camiseta y se pone de pie.

—Muy bien, pues me llevo a este elemento al supermercado antes de la hora de los cuentos.

Nadine nunca se salta la hora de los cuentos en verano. Patty dice que, cuando Nadine hacía cosas de bebés conmigo y con Cassie, la gente daba por hecho que era nuestra niñera. Supongo que sienta fatal que te lo digan cuando en realidad eres una madre.

En cuanto se van, entro en los mensajes y noto que el corazón me da saltitos. Cuando no es por una cosa, es por otra, pero el cuerpo no me da tregua.

Están los dos mensajes de Reid sobre la masa de galleta.

Y el nuevo mensaje. De un número de Maryland que no tengo entre mis contactos. Sólo dice: «**Qué tal**». Sin signos de interrogación. Sólo esas dos palabras y el *emoji* de las conejitas bailarinas.

Qué intriga. Un mensaje de una persona misteriosa. Tiene que ser alguien que conozco. No creo que nadie le vaya a mandar las conejitas bailarinas a un desconocido.

Busco el número en Google, pero no aparece, y me resulta estúpido preguntar. Así que lo ignoro.

Bueno, intento ignorarlo.

De todos modos, necesito pensar en una respuesta para Reid. Tiene que ser algo gracioso, informal e ingenioso. Pero sin que se note que me he esforzado mucho.

Tecleo:

Demasiado tarde. La masa ya está preparada y a buen recaudo.

—*Emoji* de las gafas de sol.

Aunque puedo compartirla con alguien...

Por un módico precio.

En ese mismo instante, aparecen tres puntitos. Y un momento después:

Un módico precio, ¿eh?

De repente, me muero de la vergüenza. No sé. Acabo de caer en lo mal que suena. «Por un módico precio». Como algo sexual. Se puede interpretar como que estoy coqueteando con él.

Mierda.

Debo neutralizar esta situación incómoda cuanto antes.

Acepto el pago en huevitos de chocolate.

Trato hecho —escribe—. **¿Dónde estás?**

Otra vez el pinchazo en el estómago. En serio, vaya cuerpo. No hay descanso.

Estoy en casa —respondo.

Y pulso con cuidado el botón de enviar.

En realidad, no me importaría que viniera. No creo que sea raro. Es decir, es

mi compañero de trabajo. Hemos ido juntos a comprar al supermercado. Y me traje a casa el lunes, así que supongo que sabe dónde vivo.

No me contesta.

Quizás esté de camino. Me ha dicho «Trato hecho».

Debería dejar de mirar el teléfono. Debería relajarme. No debería imaginar a Reid en la puerta de mi casa con sus ridículas zapatillas y su bonito amago de hoyuelo.

No sé por qué mi mente se empecina en esa idea.

Trato de dejar la mente en blanco y pongo el teléfono en la otra punta de la mesa. Patty habla mucho sobre conciencia plena, sobre estar presente en el ahora, pero a mí me cuesta una barbaridad. Creo que mi mente es dispersa. Cuando soy capaz de controlarla, me siento bastante bien. Como cuando dejo de querer cosas durante un minuto. Ni siquiera soy consciente del tiempo que paso *queriendo cosas*. O deseando o teniendo flechazos o sufriendo. Como si tuviera la permanente sensación de que me falta algo.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta una y otra vez.

Parece ridículo, pero creo que me gustaría que apareciera.

Antes de conseguir frenarme, abro la conversación con Reid.

Espera, ¿vas a venir?

Tres puntos. Escribiendo.

¿Adónde?

Así que estaba de broma. Ahora desearía no haber dicho nada. Me siento torpe y estúpida. Intento arreglarlo.

A reclamar la masa de galleta que te había guardado,
pero que ya me he comido.

Contesta de inmediato con una serie de *emojis* llorones. En parte, me sorprende que utilice *emojis*.

Pero en fin, qué más da. No voy a preocuparme. Voy a ponerme cómoda y a ser muy consciente.

No me importa.

No quiero nada.

Horas después, Cassie está completamente atacada.

—Dios mío, ¿dónde están? —Tiene la cara aplastada contra el cristal, como el gato de los Applebaum. Fuera llueve tanto que parece que caen olas.

—Es probable que en un atasco —comenta Nadine—. Hora punta, aeropuerto y lluvia, Kitty Cat. Ya llegarán.

Cassie resopla y se desploma sobre el sofá del salón. Me siento a su lado.

—Todo va a ir bien, Cass.

—Sí, bueno, es que necesito que la abuela llegue antes que Mina.

—¿Por qué?

Cassie arquea las cejas.

—Porque seguro que suelta algo racista. Tengo que intervenir antes de que eso ocurra.

Me echo a reír.

—¿Intervenir cómo?

—No sé. Advirtiéndole que no diga nada racista.

—Lo va a decir de todas formas. La abuela es así.

—Ya. Joder. —Suspira—. ¿Qué hago?

—A ver, eso tampoco te va a hacer quedar mal a ti. Cuéntaselo a Mina, avísala.

Cassie se echa hacia atrás con una risa amarga.

—Claro. «Oye, Mina, es probable que mi abuela actúe como si no conocieras nuestra lengua o que te hable de la china que vive en su edificio o cualquier otra ocurrencia parecida». —Se tapa la cara—. Jodeeeeeer.

—Oye.

Se quita una mano de la cara y me mira de reojo.

Le paso el brazo por los hombros y la abrazo.

—Todo irá bien.

Suspira.

—Ya.

—Esto es positivo, ¿no? Tienes novia. Va a venir a cenar. —Trato de decirlo de forma despreocupada, pero la voz parece que se me quiebra.

Cassie vuelve la cabeza hacia mí.

—Estás cabreada porque no te lo conté.

—No.

—Mentira. —Sonríe.

—Me *sorprendió* que no me lo contaras.

—Y te jodió. Mira, lo reconozco. —Se apoya en mí—. Soy una estúpida.

—No lo eres.

—Pero es que esto es muy raro para mí, ¿sabes? Y hablarlo también es raro. Es una putada, porque me resulta facilísimo contarte cualquier lío, ¿qué más da? Y luego nos reímos y toda esa mierda.

—Sabes que nunca me reiría de ti y Mina, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero... —Cierra los ojos—. No sé cómo decir esto sin parecer una gilipollas, pero puede que sea una de esas cosas que no vas a entender hasta que tengas novio.

Por un momento, el tema se queda ahí.

—Ah.

—Vale, eso ha quedado muy mal, pero me has entendido.

—Sí —digo mientras me levanto de golpe.

O sea, está bastante claro. Cassie tiene novia desde hace dos días y ya es experta en las maravillas y misterios del amor verdadero, del cual yo no comprendo nada. Supongo que soy una especie de cría asexual que se chupa el dedo.

—Molly, venga. Lo siento, ¿vale? Ya te he dicho que ha quedado mal. —Suspira—. No me lo tengas en cuenta, anda. Sólo esta vez.

De repente, le suena el móvil en la mesa. Un mensaje. Lo coge.

—¡Ya está aquí!

—¿La abuela o Mina?

Pero ya ha saltado del sofá, ha atravesado la puerta y ha salido corriendo a la calle bajo la lluvia. Pese a que sólo hay unos cuantos metros entre nuestra puerta y el coche de Mina, Cassie se ha empapado, pero no parece importarle. Se mete en el coche por la puerta del copiloto y ambas se acercan por encima de la palanca de cambios.

Me sonrojo y me doy la vuelta.

Patty y la abuela llegan unos treinta minutos más tarde y nos colocamos alrededor de la mesa del comedor. Y lo primero que dice mi abuela es:

—Cassie, ¿no me habías contado que tu novia es oriental!

—¡Abuela! —bufa Cassie, y le lanza una mirada desesperada a Patty.

Patty se revuelve, incómoda.

—Mamá, no digas eso.

—¿Por qué?

Sacudo la cabeza.

—Abuela, Mina es coreano-americana, ¿vale? —explica Cassie—. No se dice oriental.

—A menos que estés hablando de alfombras —añado.

—Vaya, me siguen cambiando la terminología —dice, riendo—. Mina, preciosa, espero no haberte ofendido. Me alegro mucho de conocerte.

—Encantada.

Mina parece bastante agobiada.

Nadine trae un pavo enorme como los que se asan para Acción de Gracias. Es uno de esos que etiquetan como «pavo joven» y que me hace plantearme cómo de gigantescos serán entonces los pavos viejos. Mientras nos pasamos los platos, me siento cohibida. Creo que por empatía hacia Mina. O tal vez hacia Cassie. Dios. Pobre Mina.

—Entonces, ¿vives en Bethesda? —pregunta Nadine—. Es un sitio divertido. Mina sonríe levemente.

—No sé si yo lo llamaría divertido.

—Mamá, divertida es H Street, por ejemplo —comenta Cassie.

—No es verdad —responde Nadine—. La diversión existe donde uno la crea. ¿No tengo razón, Xavor Xav?

Xavier está aplastándose un trozo de melocotón en el pelo.

—Se parece mucho a ti —dice Mina mientras mira a ambos alternativamente.

—Ay... Gracias —contesta Nadine.

—Ya te lo dije —dice Cassie—. Es su miniyo.

La gente siempre lo recalca. Xavier se parece muchísimo a Nadine, y en las fotos antiguas, Patty es igual que Cassie. Yo soy el bicho raro. Siempre pienso que debo de parecerme al donante, aunque nunca he visto una foto suya. Claro que mi abuela siempre asegura que me parezco a ella; yo no termino de verlo, pero, bueno, a ella le encanta sacarlo a relucir.

Y como era de esperar:

—Ya sabéis que Molly es mi viva imagen a los diecisiete años, sólo que yo estaba delgadísima a su edad. —Eso también le encanta sacarlo a relucir—. Fui modelo de los grandes almacenes Macy's. ¿No es increíble?

—¡Oh, guau! —exclama Mina.

—Yo siempre le digo a Molly que es un poco redondita, pero tiene una cara preciosa. ¿A que es guapa?

—Guapísima —dice Mina, y asiente.

—Mamá, ya está bien —interviene Patty con tono de advertencia.

De modo que mi abuela se tapa la boca con mucho teatro y me guiña un ojo.

Ahora mismo me echaría a llorar, a llorar de verdad. No me puedo creer que esté aquí sentada fingiendo que las cosas son normales mientras mi abuela me llama gorda. En la cara. Sé lo que significa *redondita*. Ya me lo ha llamado otras veces. Pero decirlo delante de la estupenda novia nueva de Cassie es un millón de veces peor.

—¿Sabes?, la nieta de mi amiga Sylvia está en Columbia —me cuenta mi

abuela tranquilamente acercándose un poco—. Es una chica muy guapa. Se llama Esther.

—Qué bien.

Me apoya la mano en el codo.

—En Nueva York. Ya sabes, Columbia está en Manhattan, tesoro. Resulta que en Nueva York tienen una tabla de ejercicios buenísima. Creo que está en DVD. Esther se la pone y hace los ejercicios en su dormitorio.

—Qué bien.

—Y le encantan.

Asiento despacio. Creo que todas las células de mi cuerpo están petrificadas. Me doy cuenta de que Cassie y Mina están escuchando.

—Deberías pensártelo, *mamaleh*. —«Mamaleh» es la palabra yidis con la que me llama cariñosamente desde pequeña—. Ojalá alguien me lo hubiera advertido a mí; cada vez es más difícil perder peso.

Mi abuela se comporta así a veces. La mitad del tiempo es muy guay, pero la otra mitad hace que me den ganas de desaparecer.

—Cuando eres joven, es fácil —continúa—. Sólo hay que tener un poquitín de cuidado. Dejarte la mitad del plato. ¡Tendrías que hablar con Esther! Le encanta la tabla de ejercicios. ¿Sabes que ha perdido nueve kilos?

—Qué bien.

—Y ahora tiene novio.

Cassie engulle un trozo de pavo y deja caer el tenedor con estrépito.

—Mira, no. Ya está bien —suelta.

Me pongo como un tomate.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. —Levanta la voz—. Abuela, deja de meterte con Molly de esa forma. Me vas a perdonar, pero no puedes decirle esas cosas.

—Pero si a Molly no le importa, ¿a que no? —Y me da un golpecito en el brazo.

—No me importa.

—Sí que te importa —dice Cassie muy tranquila.

Y sí que me importa. Es una estupidez, pero sí que me importa. Lo que pasa es que, cada vez que mi abuela sale con una de las suyas, me quedo paralizada.

Nadine y Patty intervienen:

—Mamá, ya está. Ya hemos hablado de esto otras veces.

—Sólo quiero ayudar.

—Pues así no ayudas.

—Patricia, es un tema de salud. Tú lo sabes.

—Betty —dice Nadine, y suelta el tenedor. Mira a Patty.

Cassie me pisa el pie por debajo de la mesa, pero yo no puedo procesarlo. Siento calor y frío al mismo tiempo. Es difícil de explicar.

A ver, yo sé que estoy gorda. No es ningún secreto. Kyle Donner me susurraba a diario la palabra «gorda» durante las clases de español de octavo. Y una vez una chica, Danielle Aldred, me preguntó si no me preocupaba aplastar a los chicos durante las relaciones sexuales. En séptimo. Tal cual.

Así que debería estar acostumbrada. Aun así, siempre me desconcierta un poco que la gente hable de mi cuerpo. Supongo que quiero creer que nadie se da cuenta de que estoy gorda. O de que soy guapa y gorda a la vez, como una modelo de Torrid. Yo qué sé.

En fin, que Cassie sigue furiosa, Mina mira su plato con incomodidad y Patty se lleva a la abuela al salón. No oigo lo que dicen, sólo pequeños fragmentos de las respuestas de mi abuela. «Raciones pequeñas. Habría que pensarlo».

—Hagamos como si no hubiera pasado nada —sugiere Cassie mientras sacude la cabeza.

—¿Me ayudas a quitar la mesa, Momo? —pregunta Nadine.

Accedo y comienzo a recoger los platos. Nadine me da un achuchón con un solo brazo en cuanto entro en la cocina.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—Ha sido otra de las enormes cagadas de la abuela, pero no le hagas ni caso, ¿vale? —Sacude la cabeza—. No tiene que afectarte lo que ella diga.

Mina comienza a traer platos y fuentes a pesar de que Nadine le dice que se quede tranquila, pero ella insiste en echar una mano. El típico numerito. Como cuando yo era pequeña y Nadine y el tío Albert se peleaban por pagar la cuenta. Abby y yo pensábamos que era supergracioso. Le daban doscientas vueltas al tema, cada vez con más insistencia. DIOS SANTO, QUE SOIS YA MAYORCITOS. ES UNA INVITACIÓN A COMER, DEJADLO YA. Pero ahora lo entiendo, tal vez porque soy más adulta de lo que creía.

Cassie viene detrás de Mina con Xavier en brazos.

—Molly nos ha preparado botes con masa de galleta —dice. Abre la nevera para enseñárselo a Mina.

—¡Dios! ¿Los has preparado tú?

Sonrío con timidez.

—¿No son preciosos? —Deja a Xav en el suelo sin soltarle las manos para

que dé unos pasitos—. Si los hubiera hecho yo, habría puesto un pegote en una bolsita hermética y a tomar por saco.

—Si ha sido facilísimo.

—Es el mejor postre que he visto en mi vida —reconoce Mina con cara de sorpresa.

Terminamos de llevar los botes y un puñado de cucharas al salón y siento que me sonrojo al ver a mi abuela. Ahora se supone que tengo que comerme el postre delante de ella. Por una parte, tengo ganas de plantarme a su lado y que me vea. Que se atreva a decir algo.

Es guay ver lo entusiasmada que está Mina con la masa de galleta. Es tan fácil que casi me da vergüenza. Para ser sincera, el secreto para impresionar a la gente es servir raciones individuales en tarros de cristal. Incluso me acordé de dejar hueco suficiente para añadirle un poco de helado de vainilla encima.

Me espachurro contra el reposabrazos del sofá para que Cassie y Mina tengan sitio. Todo para nada, porque al cabo de cinco minutos Cassie dice que necesita subir a buscar un libro.

Lo gracioso es que la tarea requiere que vayan ambas.

Y más gracioso aún es que vuelvan media hora más tarde sin libro alguno.

Voy a dormir en el cuarto de Cassie durante unos días hasta que mi abuela regrese a su casa. Antes compartíamos esta misma habitación. Cassie no se ha deshecho de las literas, así que, cuando vienen invitados, yo duermo en la cama de abajo. Es como retroceder en el tiempo.

Pero, claro, hoy no puedo dormir. Otra vez. No dejo de darle vueltas a la cabeza. Ahueco la almohada y miro la parte de abajo de la cama de Cassie, que sigue adornada con pegatinas fluorescentes de animales y, probablemente, con mocos de hace una década. Yo no era una niña muy fina.

Me giro, la cama cruje y oigo a Cassie suspirar.

—Molly, duérmete.

—Eso intento.

—Pues inténtalo más.

Nos quedamos calladas durante un rato.

—Sé que sigues despierta —dice.

—Tú también.

—Pero yo tengo excusa. Estoy enamorada.

Me siento en la cama con las piernas cruzadas debajo de la colcha.

—¿Y cómo sabes que yo no estoy enamorada?

—Espera, ¿qué? —Saca el cuerpo por el lateral de la cama y me mira desde

arriba.

—Era broma.

—No, no era broma. Madre mía. Y te mandó mensajes, ¿a que sí?

—¿De quién estamos hablando? —pregunto, intentando sonar despreocupada, aunque el corazón me late a mil por hora.

No sé cómo sabe que Reid me envió mensajes. A menos que se refiera a lo de las conejitas bailarinas.

—Así que es eso.

Aunque está oscuro, percibo la curva de su sonrisa. Vuelve a apartar la cabeza de mi vista, pero, un momento después, veo que le cuelgan los pies. Se impulsa con las manos y cae con cuidado de cuclillas en el suelo.

Hay una escalera, pero nunca la usa.

Otra diferencia fundamental entre nosotras.

—Puede que Mina y yo le diéramos al Will el *Hipster* tu número.

—¿Qué?

—Vaya, chica, estaba convencida de que te escribiría. —Se acomoda en el fondo de la cama y se tira del pantalón corto hacia abajo—. Se ha rajado, ¿eh? Menudo capullo.

—No..., no te entiendo.

—Molly, esto es parte de la misión. Lo del novio. Ya te lo dije. Lo vamos a conseguir. —Sacude la cabeza—. No puedo creer que no te escribiera.

Me ruborizo.

—Uy, creo que sí lo hizo.

—¿QUÉ?

Me aparto el flequillo de la frente.

—No sé. Recibí un mensaje de un número desconocido, no sabía quién era.

—Joder. Menudo idiota. ¿No te dijo que era él?

Sacudo la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—No sé si era él o no. —Busco por el suelo el móvil y lo desconecto del cargador—. Aquí está.

Abro el mensaje y le paso el teléfono.

Se echa a reír.

—Sí, es Will. ¿Te ha mandado las conejitas bailarinas?

—Eso parece.

—Dios, me muero. Tengo que contárselo a Mina. —Se frota las mejillas—. Qué puta maravilla. Deberías contestarle.

—¿Y qué le digo?

—Lo que sea. En serio, ¿qué más da? Deja que fluya. —Se apoya en mi almohada y suspira—. Me encanta. Yo estoy saliendo con Mina y tú vas a salir con su mejor amigo.

—Uf, no creo que eso pase. —Siento calor. Debo de estar completamente roja en estos instantes.

—Mira, yo sólo te digo que es un buen ejemplar para nuestra misión del novio, ¿sabes? Me gusta mucho para ti. Es guay, tierno, creativo y tiene un excelente gusto musical. Y es mono, ¿a que sí?

—Sí —susurro.

—Y es el mejor amigo de Mina.

—Ya.

—Siempre hemos dicho que nos casaríamos con unos mejores amigos —dice Cassie.

—¿Mina y tú os vais a casar? Guau.

—Vete a la mierda. Ya sabes a qué me refiero. —Pero se ruboriza—. Lo único que digo es que es el amigo de Mina. Nos viene muy bien. Y creo que le gustas, Molly.

Sacudo la cabeza.

—No, no le gusto.

—Vale, ¿sabes cuál es la putada? —Me mira a los ojos—. Que ni siquiera te planteas que exista esa posibilidad.

Pues no.

Bueno, sí.

A ver, en realidad no lo sé.

Y ahora Cassie no para de hablar de eso. Del asunto de Will. Es un poquito plasta, la verdad. Estoy segura de que ya lo habrá consultado con Abby, Olivia y Mina, y me parece bastante embarazoso. Estaría bien ser una de esas personas que no necesitan todo un batallón de colaboradoras para ligar.

Siento que soy una chica defectuosa en varios aspectos.

Me he puesto el top negro de corte imperio cubierto de encaje que me compré hace un par de semanas. Ya me lo había puesto en otras ocasiones, aunque con una camiseta debajo y una rebeca encima. Pero Cassie me ha prohibido la camiseta y la rebeca, y me ha llevado a rastras al baño para aplicarme sombra de ojos oscura. Olivia me ha ondulado el pelo. Tanto interés por mi indumentaria me hace sentir rara, aunque no está mal.

—Estás guapísima —dice Cassie—. ¿No la ves guapísima?

Olivia se detiene un momento antes de darle la razón.

—Sí, sí que lo estás.

Al oír sus palabras, noto cierto brote de calidez y felicidad y, cuando me miro en la ventana del metro, pienso que tienen razón. Estoy bien. Estoy más que bien. Aunque resulte extraño, me siento renovada.

Nos bajamos en Woodley Park y cruzamos el puente hacia Adams Morgan. Mina y los chicos nos están esperando enfrente del bar. Will lleva un bolso masculino. Parece de mala leche, más que nunca.

—Vale. Os digo una cosa: esto es ridículo. —Se pasa una mano por el pelo y resopla—. ¿Desde cuándo hay una edad mínima para la música?

—Es un bar —dice Cassie.

—Pero no es por la bebida; es por la *música*.

—Vale, lo pillo.

—¿Y él por qué no lo entiende? —Will señala con brusquedad hacia el gorila de la puerta y suelta un gruñido.

—Qué más da. Que le den. De todos modos, la música se oye desde aquí.

—Pero no es lo mismo.

—Toma, bebe. —Cassie se mete la mano en el bolso, saca un termo y se lo pasa.

—¿Qué es?

—Limonada —responde.

Will da un sorbo y se lo devuelve con una sonrisa.

—Con licor de melocotón —añade ella.

—Yo quiero. —Mina agarra el termo—. Y me apetece un trozo de pizza Jumbo Slice —añade con una sonrisa supercontagiosa.

Veinte minutos más tarde, estoy apretujada en un banco junto a Cassie, Mina y Olivia con un trozo gigantesco de pizza en la mano y una Coca-Cola. Los chicos están rondando por encima de nosotras. A varios metros de distancia, hay una pareja que se mira con mucha intensidad y Max hace como si narrara sus pensamientos. Cassie y Mina se agarran de la mano con aparente desinterés, aunque la expresión de sus caras es como el sol filtrándose por una persiana. Estoy contenta. Aunque me siento un poco sola. Pero ellas son tan monas... Y es bonito. No puedo explicarlo. Supongo que es una sensación como de que todo está bien. Como de que estoy diciendo las cosas correctas y me encuentro en el sitio correcto. Que soy la persona correcta.

Me pregunto si algo de eso tiene sentido.

Me acerco a Olivia para susurrarle lo que pienso cuando noto un golpe en la punta de la bailarina.

—Oye —dice Will—. No contestaste mi mensaje.

—Ah. No...

Se echa a reír.

—Es broma. No pasa nada.

—No sabía que eras tú —le explico.

Cassie se ríe disimuladamente y me doy cuenta de que ella y Mina están escuchando.

—Bueno, ya lo sabes. —Sus ojos azules se cruzan con los míos y noto que me sonrojo.

Carraspeo.

—¿No queda licor de melocotón?

Resulta que Will tiene en el bolso cincuenta mil botellitas de distintas bebidas alcohólicas. No queda licor de melocotón, pero me vierte una botellita entera de ron en la Coca-Cola.

—Hum, bueno...

Cassie se acerca a mí para dar un sorbo.

—Uff, qué fuerte está.

Para ser sincera, no tengo con qué compararlo, ya que nunca he tomado más de un sorbo de alcohol. Se supone que no debo, por las pastillas. Pero esta noche

necesito algo. Necesito no sentirme yo misma durante un rato.

Soy la Molly del pelo ondulado. La Molly sin rebeca. La Molly del ron con Coca-Cola.

—Creo que la calle se tambalea —anuncia de pronto Cassie—. ¿No lo veis?

—Oh —dice Mina—. Tú no estás sobria.

—No. —Deja caer la cabeza sobre el hombro de Mina.

Tengo la cabeza un poco aturdida y el pecho acalorado, pero es una sensación agradable. Me gusta. Cuando levanto la vista, veo que Will nos mira y sonrío. Dios. Podría pasarme mil horas analizando los ángulos de su sonrisa.

—¿Estáis todas borrachas? —pregunta.

—Puede —contesto.

Por el rabillo del ojo veo a Olivia, que de pronto parece una niña pequeña a la que han llevado a rastras a un cóctel. Pasea los pies por el borde del banco y juguetea con una servilleta de papel.

Me giro hacia ella para decir algo, pero Cassie me echa el brazo por encima.

—Molly la Borracha. Pensé que nunca vería este día.

—Me gusta Molly la Borracha. Mola —comenta Will.

—¿A que sí? —dice Mina.

—¿Te pongo más? —pregunta Will.

Y Cassie me lanza una mirada como si hiciera referencia al Zoloft.

La ignoro.

—Sí, vale —acepto, y Will inclina la cabeza y me sonrío.

Tiene una sonrisa luminosa. Me gusta el modo en que me está mirando. No puedo creer que este chico *hipster* de pelo revuelto y vaqueros estrechos me esté mirando de ese modo. Noto un pequeño subidón de adrenalina o de atracción o de alcohol o de yo qué sé. Me pone nerviosa.

—¿Por qué pones cara de zombi? —inquire.

—¿Qué?

—¡Relájate!

—Los zombis son relajados.

Se echa a reír.

—Joder, qué graciosa eres.

Tengo la impresión de que esta conversación va demasiado deprisa, pero quizás eso sea bueno. Cuando miro a Will de nuevo, su sonrisa es más pequeña pero mejor. Más íntima. Y me estoy poniendo tan colorada que creo que me arde la cara.

En fin, puede que Cassie tuviera razón con lo de la rebeca y que es así como

se liga. Tal vez esté ligando en este preciso instante. Pero tampoco termino de entenderlo, porque Will es tan mono y tan guay... y yo soy sólo yo. Y me siento perdida. Es como probarse un vestido que no es de tu talla.

—Te digo yo que esto marcha —susurra Cassie.

Sólo que no es un susurro, porque... Oh, Dios. Cassie borracha. Lo ha dicho a voz en grito, joder. Estoy cien por cien segura de que Will la ha oído, de que Max la ha oído y de que toda la calle 18 la ha oído; es probable que en la Antártida también la hayan oído, si es que vive gente en la Antártida. ¿Vive gente en la Antártida? Puede que haya un pequeño asentamiento de exploradores. Seguro que Reid lo sabe. No tengo ni idea de por qué estoy pensando esto. No tengo ni idea de por qué estoy pensando en Reid. Sobre todo porque ahora estoy posada en el brillo de la sonrisa de Will Haley, que es como un pequeño rayo de sol.

—Me gusta mucho —añade Cassie en un tono no demasiado bajo—. Es el mejor de los que te han gustado hasta ahora. Tienes mi visto bueno. Muy fan de Will.

—Cass. Para. —La fulmino con la mirada. Qué vergüenza. Me siento como si estuviera desnuda en un gran escenario circular con público por todas partes hasta el infinito. Es un poco insoportable. Más que un poco—. Sí, creo que me voy a ir yendo —digo.

—¿Qué? ¡No! —exclama Cassie—. No te vayas. Yo no estoy lista.

—Pues quédate. No pasa nada.

—¿Y te vas a casa sola en el metro? —pregunta ella—. Molly, estás borracha.

—Y tú también.

Me mira desafiante.

—Yo la acompaño —se ofrece Olivia al cabo de un momento.

Cassie nos pone mala cara a las dos, pero sé que no va a oponerse. Quiere quedarse a toda costa.

—Pues escíbeme cuando llegues a casa —dice, y me aprieta la mano.

—Claro —contesto, conteniendo la risa. El papel de hermana protectora está muy guay, pero estoy casi segura de que Cassie no se va a quedar aquí sentada mucho rato esperando mi mensaje. Supongo que es difícil estar pendiente del móvil cuando la cara de Mina te succiona.

—Volveremos pronto, ¿vale? Nos vemos en casa.

Eso tampoco sé si creérmelo.

Cuanto más nos alejamos de Adams Morgan, más se relaja Olivia.

—Perdona, esta noche estoy algo rayada —dice cuando nos acercamos al puente—. Creo que necesito llegar a casa, ponerme el pijama y pasar una noche viendo Netflix acurrucada con *Titania*.

Titania es su perra.

Me llevo la mano a la boca.

—Olivia, no puedes pasar una noche viendo Netflix acurrucada con *Titania*. Eso no significa lo que crees.

—No te entiendo.

—Creo que te refieres a pasar una noche viendo Netflix acurrucada con Evan —musito, y dejo que mis cejas expliquen el resto.

—Oh.

—Sí.

—A ver, yo lo único que quiero es ver Netflix. —Parece algo traumatizada.

—Lo sé. Uff. Yo también.

Y es verdad. Con sólo oír la palabra «Netflix» ya me relajo. Netflix significa no tener que meter barriga ni pensar en nada ingenioso o agradable que decir. Significa pasarte la noche entera sin preguntarte qué estará pensando de ti la gente. Sin alcohol, sin coqueteos, sin confusión, con todos tus órganos calmados y en paz.

Perfecto.

Justo lo que quiero.

Aunque una pequeña parte de mí querría regresar corriendo a la calle 18 para oír a Will Haley decir que soy muy graciosa. Pese a que esa sea la manera más rápida de desestabilizar mis órganos. Y pese a que sea lo opuesto a Netflix. Pero así soy yo, siempre quiero cosas opuestas.

—Eh..., ¿Molly? —dice Olivia—. Vas dando tumbos.

—Oh. Ups.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy perfectamente.

—Vale... —Se muerde el labio—. Oye, ¿te importa si llamo a Evan un momento? Quiero pillarlo antes de que se acueste.

Aquí van unos datos sobre Evan Schulmeister: se duerme a las diez y media, con tapones en los oídos y un retenedor dental en la boca, y se levanta a las cinco de la mañana para correr cinco kilómetros. Todos los días.

—Claro, claro, no me importa. —Creo que estoy repitiendo mucho «claro». Claro que digo mucho claro. Debe de ser uno de los rasgos de Molly la

Borracha: es como la Molly normal, pero con un ciento cincuenta por ciento más de «claros».

Olivia saca el teléfono y se adelanta unos cuantos pasos, así que yo saco también el mío. Tengo la cabeza rara, la siento ligera, me da vueltas, se tambalea, pero el cerebro me funciona lo bastante bien como para escribir mensajes.

Abby, q haccsss? Tengo ganas de fuerte!!

Jaja, de verte, no de fuerte —añado.

Voy caminando por el puente mientras Olivia habla con Evan, a pesar de que lo va a ver el domingo; dentro de dos días se va en coche a Pensilvania para visitarlo y, aun así, está enganchada al móvil como si cada segundo fuera tiempo perdido.

Menudo personaje, Evan Schulmeister.

Camino despacio tras ella y compruebo la pantalla cada pocos segundos para ver si Abby me contesta. Pero no. Vuelvo a escribirle:

ABBY, CIELO, DÓNDE ESTÁS?

Entonces casi me choco contra una persona, y por fin oigo que suena el teléfono. ¡Es Abby! Aunque en realidad no lo es, porque el mensaje dice:

Hola, perdona, soy Simon. Abby está dormida. ¿Quieres que la despierte?

Ah, hola, Simon. No pasa nada.

Soy su prima Molly, por cierto.

Reviso varias veces que esté bien escrito. No quiero ser Molly la Borracha y la Incoherente durante mi primera conversación con Simon. Simon tiene nombre de teléfono. El mejor amigo de Abby. Mi sustituto. JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA.

Ja.

Vale. No tiene gracia.

¡Hola, prima Molly! —escribe Simon.

No puedo creer que ya esté dormida —digo.

¡LO SÉ! Se ha quedado dormida viendo Harry Potter. —*Emoji*
mirando de reojo.

¿QUÉ? Eso es lo peor. Ella es la peor —escribo a toda velocidad.

Es una una squib.

Me saca una sonrisa que me dura todo el trayecto hasta Woodley Park.

Olivia no cuelga hasta que llegamos a la escalera mecánica, y se queda callada un rato. Siempre hace lo mismo después de hablar con Evan. Creo que le cuesta unos minutos regresar al mundo normal. Tal vez porque él es un dios del

sexo. «APÁRTATE, EVAN SCHULMEISTER, QUE ESTÁS DEMASIADO BUENO». Por el bien de Olivia. Por el bien del mundo entero.

Nos montamos en el metro casi al momento e incluso conseguimos sentarnos juntas. Es un milagro. Como el vecino de la serie *Kimmy Schmidt* cuando dice «es un milagro». Pues así. Lo único es que yo necesito vomitar y lo más seguro es que esté prohibido aquí, en el metro. Encima de Olivia. Respiro hondo hasta que se me pasan las náuseas.

Sólo unas cuantas paradas más.

Sigo repasando la noche mentalmente y tratando de darle sentido mientras me toco el esternón. Toda esa piel. Patty lo llama «escote», que suena más sexy, aunque no suelo asociar conmigo la palabra «sexy». Y así es como me he sentido esta noche, más o menos. De hecho, creo que Will el *Hipster* estaba coqueteando conmigo.

El metro cruza por Rhode Island Avenue y Olivia levanta las rodillas y apoya la mejilla en ellas, lo cual es una postura sorprendente en el metro, sobre todo cuando mides un metro ochenta y pico. Vuelve la cabeza hacia mí y sonrío.

—Entonces, ¿Will te escribió?

—Hum. Más o menos.

—¿Cómo se escribe más o menos a alguien?

Cierro los ojos y me reclino hacia atrás.

—No sé. Bueno, creo que Cass y Mina le obligaron.

Olivia suelta una risita.

—No, en serio —continúo—. Estoy casi convencida de que Cassie y Mina le acosaron hasta que me escribió.

—O sea, que Cassie obligó a Mina a que obligara a Will para que te escribiera.

—Eso es.

Sonrisita de Olivia.

—Bueno, puede que lo estés exagerando.

Hay una cosa que Olivia no pilla: no intento exagerar las cosas; lo que intento es ser menos cauta, pero cada uno tiene que protegerse como puede.

Y si me van a rechazar, quiero verlo venir.

Me despierto con el sonido del móvil: cuatro mensajes de Abby.

Estabas borracha cuando escribiste a Simon a mi móvil anoche?!

Y yo no soy una squib!

(Q es una squib?)

En serio bebiste?

No puedo moverme. Me quedo observando la lámpara. Nunca me había fijado, tiene una fina capa de polvo. Y una de las bombillas está fundida. Tendría que arreglarla un día de estos. Mejor cuando esté menos catatónica.

Debería salir de la cama. Hoy es Cuatro de Julio, y en nuestro barrio siempre es un día grandioso: organizan una cabalgata con cabezas de animales de cartón, payasos y carrozas enteras dedicadas al compostaje. Eso se da mucho aquí: plataformas móviles para honrar la materia en descomposición.

Cassie se mueve en la litera de arriba.

—Oye... —dice por fin con voz de dormida—. ¿Estás despierta?

—Más o menos.

Se ríe.

—Yo también. Uff. Anoche fue... ¡Buah!

Temo saber a qué se refiere con «¡buah!». Quizá pasara algo cuando Olivia y yo nos marchamos. Quizá Cassie la Borracha evolucionó a Cassie la Ciega Como Un Piojo o incluso a Cassie la No Me Tengo En Pie.

No quiero ni imaginar lo que Cassie la No Me Tengo En Pie puede haberle contado a Will sobre mí. Cassie la No Me Tengo En Pie no se caracteriza por su prudencia.

Aprieto los ojos e intento pensar en algo neutral. Lo que sea. En mi atuendo para el Cuatro de Julio: un vestido camisero de tela vaquera clara sobre unas mallas azul marino con estrellas blancas. Y me da igual que la gente me mire por llevar mallas en julio, no tengo ganas de rozarme los muslos. Además, son muy patrióticas.

Entonces Cassie cambia de postura, la cama cruje y vuelvo a ponerme nerviosa. Me siento como los dos polos de un imán. Como si hubiera partes de mí que no pueden unirse. Si Cassie le dijo algo a Will, quiero saberlo. Pero, por otra parte, no quiero saberlo *jamás*.

—Oye, he invitado a Mina a la cabalgata y a los fuegos artificiales y todo eso —dice Cassie de pronto.

—Ah, vale.

—¿Te parece bien?

Me incorporo despacio.

—Claro, ¿por qué no?

—Porque..., yo qué sé. —La oigo bostezar—. Sé que suele ser un plan nuestro, tuyo y mío.

Es cierto: por lo general, vemos juntas la cabalgata. Y sí, en circunstancias normales, la idea de Mina pegada como una lapa me molesta un poquito. Pero ahora mismo estoy tan preocupada con el drama de este chico que lo otro apenas lo registro.

Se me ocurre que esta puede ser la razón por la que Cassie tenía tantas ganas desde el principio de que me echara novio.

Después se desliza desde su litera y se pone a mi lado bajo la colcha.

—Por cierto, qué monos tú y Will ayer.

—Uy. Bueno. —Encojo las rodillas.

—De verdad. Estaba tonteando contigo a muerte. Cuando te fuiste, Mina estuvo metiéndose con él un buen rato.

—¿Qué le dijo? —suelto sin pensar. Mi hermana sonrío y siento una oleada de pánico sordo—. ¡Cassie! ¡Dime!

—Dios... Deja de preocuparte.

—¿Por qué sonrías?

—Porque te gusta mucho ese chico y eso está muy guay. El flechazo veintisiete, ¿no?

—No es un flechazo.

Ella se ríe.

—Vale.

—Espera. ¿Le dijiste que me gustaba?

—Molly. No. Deja de acojonarte.

—De acuerdo.

Y guarda silencio.

—Pero oye, ya en serio —dice por fin—. Lo del novio. ¿Tienes ganas de echarte novio?

—No sé. Supongo.

Pone los ojos en blanco.

—Eso es un sí. Y es estupendo, ¿vale? Estás en tu derecho de tener ganas.

Me muerdo el labio.

—Pero en algún momento tendrás que arriesgarte, ¿sabes?

Muy bien. Sé que tiene razón. O sea, mi cerebro lo sabe. Pero parece que el resto de mí no lo asume. Es como intentar contener la respiración. Hay un sistema protector en mi interior que me abre la boca y me destapona la nariz.

—Ya lo sé —confirmo.

—A ver, pongamos que Will supiera que estás interesada, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que te rechazara? ¿Y qué más da? Pasas al flechazo veintiocho y adiós muy buenas.

«Y adiós muy buenas. Qué más da».

Pero está ese mal rollo de cuando un chico cree que te gusta. Es como si él fuese vestido impecable y tú estuvieras enfrente desnuda. Como si tu corazón viviera de pronto fuera de tu cuerpo y en cualquier momento él pudiera alargar el brazo y estrujarlo.

A menos que a él le gustes tú también.

Como no quiero ser la carabina de Cassie y Mina, acabo yendo con mis madres a una fiesta para ver la cabalgata cerca de la academia Dance Exchange. Con Xav. Y con mi abuela. A tope. La fiesta la organiza la gente del grupo de crianza al que asiste Nadine, así que hay un montón de bebés.

Tengo diecisiete años y esta es mi vida social.

En cuanto llegamos, Xav comienza a subirse a la sillita de otro bebé mientras mis madres y mi abuela beben limonada en los escalones de la entrada. Todos los adultos están relajadísimos. Se ven tetas por todas partes y niños medio desnudos con churros de natación y pañales de tela. Reconozco a unos cuantos adultos que parecen saber que soy una de las hermanas de Xavier, pero no saben cuál. No creo que les importe mucho. Lo que más les interesa es saber a qué universidad quiero ir.

Vaya, que a lo mejor debería repartir folletos con la lista de mis universidades favoritas por orden de preferencia. O quizás —sólo quizás— estos adultos desconocidos podrían reflexionar acerca de por qué les importa tanto esa estupidez.

—Oye —dice Nadine para llamar mi atención—. ¿Estás bien?

—¿Qué?

—Pareces... de mal humor.

—Estoy de mal humor.

—Bueno, ahora estás sonriendo —añade—. Lo has estropeado.

—¡Ah! —Me río—. Te guardé un poco.

—¿En serio? —Se le iluminan los ojos detrás de las gafas.

—¡Claro! Salió buena. —Por fin, por fin, algo desbloquea mi cerebro y vuelvo a ser yo—. Creo que sabe mejor que la masa de galleta normal. La consistencia es ligeramente distinta, pero para mejor. Te va a gustar.

—Estoy seguro.

—Podemos acercarnos a por ella si quieres. Está en mi casa.

Es decir, a dos manzanas de distancia. Vivo a dos manzanas de Reid.

Tengo que admitir que hay algo sigilosamente emocionante en todo esto. Voy a llevar a un chico a casa. Por razones relacionadas con una masa de galleta. Ultraplatónico todo. Vaya. Un chico. A casa.

—¿Sabes?, no había caído —comenta Reid, que viene tras de mí por la puerta de atrás—, pero a veces paseo con mi gato por aquí.

Le sonrío.

—¿Con tu gato? ¿Lo llevas con correa?

—Sí, con un pequeño arnés. El gato gris. *Elefante*. —Se encoge de hombros—. Los otros pasan.

—Es increíble que nunca te haya visto paseando a tu gato por delante de mi casa.

—Quizá tenga que dejar de ponerme la capa de invisibilidad.

Me echo a reír y voy hacia la cocina.

—Oye, la masa está en la nevera. ¿La quieres con helado de vainilla por encima?

Ladea la cabeza.

—¿La quiero con helado de vainilla?

—Yo creo que sí. —Abro la nevera y la saco de detrás de la amplia colección de yogures griegos de Patty.

Cuando la ve, esboza una sonrisa radiante.

—¿Le has puesto mi nombre?

Sí. Para lo cual, por supuesto, necesité una pequeña incursión en Facebook. No para cotillear. Sólo para confirmar que se escribe «Reid», y no «Reed». Porque sí, Reid Wertheim tiene perfil de Facebook. Y en efecto, Reid Wertheim está soltero. No es que me importe, simplemente me fijé.

—Ah..., necesitas helado —me apresuro a decir.

—A partir de ahora ningún postre volverá a ser lo mismo, Molly.

Y estoy a punto de hacer un comentario jocosos sobre los huevitos de chocolate cuando se oye una carcajada repentina procedente de la planta de

arriba. Me sorprende tanto que casi doy un salto. Pensaba que estábamos solos en casa.

Pero entonces oigo la voz de Cassie y la risa ronca y ahogada de Mina, y oh. OH.

Lo único que pienso es: «DIOS MÍO. POR FAVOR, QUE NO SEA SEXO». ¿Existe tal cosa? ¿Sexo diurno el Cuatro de Julio? Porque estoy casi segura de que no aguantaría oírlas en presencia de Reid el de la Tierra Media.

Lo miro. Me mira. Y en ese momento oigo el clásico crujido de los pasos de Cassie en las escaleras. Mina y ella aparecen por la puerta de la cocina un instante después.

Completamente vestidas. Cogidas de la mano.

—¡Anda! No sabía que estabas en casa —dice Cassie.

—Acabamos de llegar.

—Vaya, Molly, estás muy mona y muy patriótica —comenta Mina, y luego mira a Reid—. ¡Ay, hola!

Él parece sorprendido.

—Hola, Mina.

Miro a ambos.

—Un momento, ¿os conocéis?

Reid asiente.

—Vamos juntos a clase.

Cassie lo mira con atención.

—Pero yo no te conozco.

—Ay, este es Reid —le presento, intentando parecer natural, cosa que no debería ser tan difícil, dado que esta es una situación la mar de natural—. Y esta es mi hermana Cassie.

—Aaaaah, tú eres el chico del trabajo.

Se produce una pausa en el ambiente en la que Reid asiente y yo me sonrojo, Mina mira a Cassie y el congelador comienza a pitar. Lo cierro con rapidez y le paso el helado a Reid.

Supernatural todo.

Sólo que ahora Reid sabe que le he hablado de él a Cassie. Genial. Ya sólo queda añadirlo a la lista de chicos que creen que me tienen obsesionada.

—Bueno, Olivia ha quedado con nosotras en el sitio de las tartas —anuncia Cassie—. Veníos.

—¿Ahora?

Ella hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pon ahí un poco de helado de vainilla y vámonos.

Reid tiene que volver al trabajo, pero nos acompaña por Tulip Avenue con el bote de masa de galleta en el pecho. Él y Mina acaban hablando de su profesor y me sigue descolocando el hecho de que se conozcan. No es que me importe, aunque me choca.

Y supongo que también me parece un asco que parezca olvidarse de mi existencia. A ver, que igual el profesor del que hablan es alguien interesantísimo, pero, para ser sincera, ninguno de mis profesores lo es tanto.

Cuando llegamos a la confitería, Reid se vuelve de pronto hacia mí.

—Bueno, oye. —Y extiende la mano, como si la fuera a apoyar en mi hombro. O como si fuera a abrazarme.

Quién sabe.

No cabe duda de que estaría muy guay que me siguiera funcionando el cerebro en este mismo instante.

Pero debe de haber un escudo magnético a mi alrededor, porque retira la mano y la coloca alrededor del bote de masa como si fuera un bate de béisbol.

—Bueno, pues nada. Supongo que te veré en el trabajo —concluye, haciendo un breve saludo con la mano. Luego agarra el bote de cristal, con más fuerza si cabe, y emprende el camino hacia el centro.

—Es increíble que trabajes con Reid Wertheim —dice Mina mientras empuja la puerta de la confitería y la sostiene para que entremos Cassie y yo—. Lo conozco desde primero. Es encantador.

—Anda, como alguien que yo me sé —suelta Cassie con una sonrisa, y me da un codazo. Porque esa es la palabra que más me dedican. *Encantadora*. De hecho soy famosa por ello. Todos mis anuarios están llenos de «eres un encanto» y de «sigue siendo tan encantadora».

—Es mono —añade Cassie—. ¿Y de qué va?

—¿Reid? —pregunta Mina.

—Si, en plan, ¿tiene pareja? —pregunta Cassie, y el cuerpo entero se me pone alerta.

Claro, en su Facebook aparece que es soltero. Soltero, con S mayúscula. Quizá sea uno de esos que nunca actualizan el perfil. Tampoco es que me importe.

—Dios, ¡cómo mola este sitio! —exclama Mina al ver la escalera que hay en la parte frontal de la confitería.

—¿A que sí? —Cassie sube los escalones de dos en dos. Mina y yo la seguimos.

—Esto sí que es una confitería —dice Mina entre risas—. ¿Cómo es que no la conocía?

—Supongo que tendrás que venir más por aquí o algo.

—Creo que tienes razón. —Sonríe. Y Cassie enlaza los dedos con los suyos durante un instante. Es probable que yo sea la única que se da cuenta de ese detalle.

Aparto la mirada con rapidez hacia las vitrinas. «¿QUÉ TAL, TARTAS DE QUESO? VOY A MIRAROS PARA SIEMPRE». Siempre que se produce un momento cariñoso entre dos personas, me convierto en un niño de once años. Es mi don más acusado.

Creo que nunca me había alegrado tanto de ver a Olivia llegar.

Pedimos varios trozos de tarta y los llevamos a la mesa.

—Bueno, volviendo a Reid. —Cassie se acerca a Mina—. Necesitamos que nos informes.

Podría abrazarla.

No porque me importe. Es sólo curiosidad, pero bueno.

—Claro que sí. Pues no, no tiene pareja. Dios, cómo explicarlo... —Inclina la cabeza hacia un lado—. Es uno de esos chicos que van a los festivales medievales con abono de temporada y disfraz completo.

Olivia sonríe.

—Ooh, me encantan los chicos de los festivales medievales.

—Sí. No sé. Yo diría que es el tipo de chico con el que te casas, pero no con el que sales. O con el que te acuestas. —Mina arruga la nariz.

Lo cual me toca las narices. ¿En serio hay gente que no es apta para acostarse con ella? A ver, ya sé que hay gente asexual, eso es otro cantar.

Supongo que mi pregunta es: ¿puede una persona ser sexualmente repulsiva? Porque tal vez Reid no sea guapísimo ni tenga unos músculos muy sexuales y, si me gusta, ¿qué dice eso de mí? ¿Es porque me asusta gustarle a alguien que esté más bueno?

Tampoco digo que me guste. Si me *gustara*. En el hipotético caso.

Vamos a ver, que Abby sale con empollones. Pero, claro, cuando eres tan guapa, puedes salir con quien quieras y la gente sabe que has elegido al empollón aposta. Que podrías haber elegido al tío bueno, pero no quisiste. Cuando eres una gorda rara a quien le gusta otro gordo raro, todo el mundo da por hecho que lo haces porque no tienes otra opción.

Me siento algo asqueada. No sé cómo explicarlo.

—De todos modos, Will estaba ligando contigo anoche —suelta Mina.

—Ya. Bueno.

Noto que me arde la cara. No sé. Me cuesta procesar la idea de que alguien como Will estuviera coqueteando conmigo.

—Y es perfecto; si no sale lo del novio, al menos podrías enrollarte con él. Eso se le da genial. Te juro que al día siguiente estaría tan normal contigo.

La miro. Sinceramente, me pregunto cómo sabe eso último.

—Mmm, pero Molly no estaría tan normal —puntualiza Cassie, y por debajo de la mesa aprieta el pie contra el mío.

—Sí que lo estaría —contradigo.

—No lo estarías —niega también Olivia.

Tienen razón. No estaría nada normal. Me quedaría callada y sentiría una vergüenza terrible, y es probable que me pasara el resto de la vida imaginando qué pensaría Will de mi habilidad para besar. O de mi torpeza.

De pronto me siento muy inquieta y necesito hacer algo con las manos. Saco el teléfono. Tengo dos notificaciones de Reid. Tomo un trozo de tarta de chocolate y leo los mensajes.

Bueno, pues mi veredicto oficial sobre la masa de galleta es:

Emoji del gato con ojos de corazones. Emoji del pulgar hacia arriba. Emoji del trofeo. Emoji del brazo musculoso. Emoji feliz y sonriente con los ojos cerrados.

Y vuelvo a sentir ese suave pinchazo en el abdomen.

Se le dan muy bien los *emojis*.

Olivia se marcha porque ha quedado con su madre, y Cassie, Mina y yo nos pasamos la tarde deambulando por las calles adyacentes. Las tres. Me siento un poco extraña, tal vez esté cortándoles el rollo. Pero, cada vez que intento dejarlas a solas, vienen detrás de mí.

Tengo que admitirlo, es agradable. Supongo que de verdad quieren pasar el día conmigo, aunque eso implique menos oportunidades para enrollarse. Quizá mi compañía sea incluso mejor que enrollarse, lo cual es mi gran objetivo como ser humano, para qué negarlo.

Después de cenar, caminamos hasta el instituto para ver los fuegos artificiales. El césped trasero está ya repleto de gente sentada en sillas plegables o sobre mantas comiendo aperitivos orgánicos de kale y meciendo bebés. Extendemos la gran manta de nuestras madres con el emblema deportivo de la universidad de Maryland, «Fear the Turtles», nos sentamos encima de ella y Mina hace un *selfie* de grupo. Luego, me echo con la cabeza apoyada en las

manos y los ojos cerrados para escuchar el batiburrillo de sonidos: risas, gritos de niños y el latido de mi corazón al ritmo de la banda de música municipal. Me siento casi eléctrica.

—Oye. —Noto un golpecito en el brazo. Abro los ojos—. Mira esto. —Mina estira el brazo por encima de Cassie para pasarme su teléfono.

—¿Qué quieres que mire?

—Léelo —me dice con una sonrisa.

Es un mensaje de Will. Supongo que le ha mandado el *selfie* y él ha contestado:

Vuelvo enseguida, me voy un rato a llorar.

—¿Por qué se va a llorar? —pregunto, y noto que se me encienden las mejillas.

—Pues porque aquí hay una chica muy mona y él está encerrado en su casa cuidando niños.

Me cuesta creer que la idea de no estar aquí conmigo haga llorar a Will el *Hipster*. Y si fuera verdad, no sé si sería emocionante o aterrador.

Tiene gracia. Hace pocas horas yo estaba obsesionada con Reid.

Puede que «obsesionada» no sea la palabra. Pero encontrármelo me alteró el ritmo cardíaco. Y cuando pensé que a lo mejor me abrazaba, casi me vuelvo loca. Como si pensara en él como un chico que me gusta y no como un compañero de trabajo.

Y, de pronto, aparece Will.

Ahora qué hago yo con esto; es difícil. Siempre he sido una enamoradiza monógama.

Tengo la cabeza hecha un lío. Cuando cierro los ojos, es fácil imaginar a Will a mi lado, con sus ojos azules y su pelo rojo revuelto iluminados por la puesta de sol. Salir con Will sería como encajar el cinturón del coche en su sitio. Todo estaría donde tiene que estar. Mina y Cassie. Will y yo.

Lo curioso es que mi mente sigue dándole vueltas a unos ojos castaños y unas absurdas zapatillas blancas.

Cassie me da un codazo.

—Oye, que empieza.

Abro los ojos.

Lo primero que percibo no es la ráfaga crepitante del primer fuego artificial.

Es la pierna de Mina sobre la de Cassie. Sus manos enlazadas, apoyadas con suavidad sobre la barriga de Mina.

Al amanecer, abro los ojos y me siento algo desorientada; sigue sorprendiéndome despertar en la litera de abajo. Arriba, Cassie respira con suavidad. Sin roncar. Esos sonidos que Cassie emite al dormir desde que éramos pequeñas.

Es gracioso ver cómo hay cosas que cambian y cosas que no.

Bajo en pijama y me encuentro a Nadine en la cocina tomando café.

—¿Xav sigue dormido? —pregunto.

—Qué va —contesta con tono burlón—. Está en salón con la abuela.

—Se va hoy, ¿no?

—No, mañana por la mañana —responde—. ¿Qué tal los fuegos?

—Literalmente, los mejores de la historia.

Se echa a reír.

Sonrío.

—¿Qué pasa?

—No pueden ser los mejores de la historia sin más. Tienen que serlo «literalmente».

De repente, se oye un gemido desde el salón.

—Ay, ay... Ya vamos —dice Nadine mientras deja la taza. La sigo hacia el salón, donde está Xavier sollozando en brazos de la abuela Betty—. ¿Qué te pasa, chico? ¿Qué es tan terrible?

—Que hay una paloma espantosa —explica mi abuela, que sostiene un libro de dibujos.

—Oye —dice Nadine, levantando un dedo—, no te metas con esa tal Paloma. Mi abuela se echa a reír y yo me acomodo a su lado en el sofá.

—¿Qué tal, *mamaleh*? —Me acaricia el pelo.

—Muy bien.

—Hoy no trabajas, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Bien. Trabajáis mucho, chicas. Deberíais tomaros el día para descansar.

—Bueno, tengo que ponerme con los centros de mesa de la boda.

—¿Vas a hacer tú los centros de mesa? —pregunta mi abuela. Asiento—. Bueno, eso es entretenido. ¿En qué te ayudo?

Como parece estar muy por la labor de ayudar, dejo que cubra la mesa del comedor con papel de periódico mientras bajo al sótano a por los botes de cristal y la pintura.

Le paso un pincel.

—Esto lo he visto en un tutorial de YouTube.

—Ah, ¿como el grupo de música?

—¿Qué?

Nadine se lleva la mano a la cabeza desde la puerta y sonrío.

—Se refiere a U2, «You too».

—¡Aaah! No. Esto es otra cosa. YouTube es una especie de... —Me quedo sin voz. Quiero decir, ¿cómo le explicas a tu abuela de setenta años qué es YouTube?

Lo dejo y comienzo a ordenar las pinturas, unas superchulas de Martha Stewart de colores pastel que se pueden utilizar en todas partes, incluso en tela; a veces dibujo pequeñas flores en el cuello de mis rebecas. Mi teoría es que resulta imposible planificar una boda sin las pinturas de Martha Stewart, y supongo que habrá estudios que la corroboren.

—Qué preciosidad —comenta mi abuela.

Le enseño dónde pintar y qué cantidad de pintura utilizar antes de sumirnos en un apacible ritmo de trabajo.

—Te has vuelto muy creativa.

Tardo un momento en darme cuenta de por qué me estoy sonrojando. Luego caigo: ya he tenido antes esta conversación.

Con Will. Y con Cassie, con la sutileza tan brutal que la caracteriza.

—Ya sabes que mi madre era artista. Tu bisa. Era una magnífica costurera. —Se inclina hacia atrás—. Tenía una máquina de coser Singer 201 y nos cosía toda la ropa. Eran prendas preciosas. Las chicas del colegio siempre me preguntaban dónde me compraban los vestidos. —Asiento con la sensación de que debería decir algo—. Estaría muy orgullosa de ti, *mamaleh*.

De pronto visualizo la imagen de mi bisabuela chocando la mano con mis otros antepasados en la versión celestial televisiva de Cassie.

—Oye, ¿y tú no tienes máquina de coser?

Sacudo la cabeza.

—No, coso a mano.

—Ah, vaya, pues eso tienes que arreglarlo, Molly. Te cambiará la vida.

—De acuerdo. —Sonrío.

Oigo los pasos de Cassie por la escalera.

—¡Hola! ¡Me largo! —grita.

—Espera. —Nadine entra en el salón con Xav en la cadera—. ¿Dónde vas?

—A casa de Mina.

—Vale, pero quiero que estés aquí para la cena. Hoy es la última noche de la abuela.

—Uf. Vale. Íbamos...

—No. A las seis en punto quiero ver tu culo pegado a esta silla, ¿te enteras?

Cassie comienza a escribir en el móvil sin responder.

Nadine sacude la cabeza.

—Tú. Deja el teléfono. Así no se participa en una conversación.

—Estoy escribiendo a Mina...

—Sí, ya. Eso ya lo sé.

Los ojos de Cassie sueltan un destello.

—Le estaba escribiendo para decirle que tengo que estar en casa a las seis, cosa que sabrías si no me hubieras interrumpido.

—Uy —dice Nadine—. A mí no me hables así. Ya no vas a ningún sitio.

—¿Qué?

—Acabas de ganarte un día en casa con tu familia. —Se encoge de hombros.

—¿Estás de coña? ¿Por enviar un mensaje? Joder, esto es ridículo.

—Pues sí. ¿Y tu lenguaje? Me parece fatal.

Cassie sube los brazos.

—¿Desde cuándo te importa mi lenguaje?

—Te voy a decir una cosa... —comienza Nadine, pero Cassie la interrumpe:

—Menuda gilipollez. ¿Dónde está Patty?

—Está atendiendo un parto —intervengo.

Cassie resopla y se deja caer en una silla.

—¿Quieres ayudarnos a pintar botes? —pregunto después de un momento.

Cassie se ríe con amargura.

—Pues no.

—Guau... —digo.

—Hostia. Molly, para ya.

—No he hecho nada.

—Uff... Me miras como... A ver, no quiero ofenderte, pero no me apetece nada ponerme a pintar los malditos botes contigo y con la abuela, pudiendo estar con mi novia por ahí.

Se produce un silencio horrible y punzante. El pecho se me tensa y se me forma un nudo en la garganta, pero no voy a llorar. Ahora no.

Aunque me empiezan a picar los ojos. Miro al suelo.

—Pues yo tengo que decir que me encantan esos teléfonos de la manzana — anuncia mi abuela de pronto—. ¿Y sabéis qué es lo que me chifla? Siri. ¿Le habéis preguntado alguna vez cuánto es cero dividido entre cero? ¡Es para partirse!

Vale, prefiero no saber por qué sabe eso la abuela Betty.

Pero me doy cuenta de lo que está haciendo, y funciona. Creo que el aire de la sala se ha vuelto un 50% más respirable.

—Yo tengo un iPhone —continúa mi abuela— y un iPod y un iMac y un AirMac...

—¿Un AirMac? —pregunto, y ella me contesta con uno de sus guiños exagerados.

—Betty, tú lo que tienes es mucho rollo —dice Nadine, lo cual me provoca una carcajada que, a pesar de todo, no logro reprimir.

Mi abuela levanta el dedo.

—Me gusta mi rollo.

—Increíble —refunfuña Cassie. Se frota las sienes, como si fuera el ser humano más abnegado y sufridor del planeta. Luego, se da media vuelta y sale corriendo escaleras arriba.

Como era de esperar, Cassie aparece para cenar como si no hubiera pasado nada, como si el altercado con Nadine nunca hubiera tenido lugar. Como si no hubiera montado un numerito por la posibilidad de desperdiciar el domingo conmigo. Y casi me dan ganas de no dirigirle la palabra, aunque a ella le traería sin cuidado. En esos casos, suele dedicarme una mirada de desprecio doblemente silenciosa y al final soy yo quien acaba disculpándose. Es obvio que sería mejor que lo olvidara y ya está.

Ojalá se me diera mejor olvidar.

Nos sentamos alrededor de la mesa y Cassie coloca a Xav en su trona. Mi abuela y mis madres están tan metidas en su conversación que es como si no nos vieran.

—No sé —dice Nadine con un encogimiento de hombros leve y tenso—. Ella me dijo que no podía. —Se sirve un vaso de vino y se lo bebe como si fuera limonada.

Uy, Nadine, madre mía.

—Bueno, a lo mejor es por el dinero... —comenta Patty.

—O porque es una gilipollas homófoba.

—¿Quién es una gilipollas homófoba? —pregunto.

Las tres se quedan mirándome sobresaltadas.

—Ay, cielo, perdona —se disculpa Patty, y le lanza una mirada rápida a Nadine—. No deberíamos hablar de esto durante la cena.

—¿Necesitáis que le dé una paliza a alguien? —inquiero.

Cassie hace una mueca.

—Habláis de la tía Karen, ¿verdad?

—Sí —asiente Nadine.

—Claro, no me sorprende. —Cassie pone los ojos en blanco.

—¿No viene a la boda? —pregunto.

Patty aprieta los labios.

—Bueno, es que está... En fin, Karen es así.

Es curioso: Nadine y mi tía Karen estaban muy unidas de pequeñas, mucho más que Nadine y mi tío Albert, el padre de Abby. Karen nunca se ha casado y no tiene hijos humanos, así que cuida de cuatro perros de acogida. Pero, a pesar

de que Nadine y Karen hablan todas las semanas y de que vive en Annapolis, Cassie y yo sólo la hemos visto en persona unas pocas veces. Siempre que ha venido, Patty estaba trabajando. En cierto modo, es como si Patty no existiera para ella.

En otras palabras: una gilipollas homófoba.

—Ay, Dios mío. Qué pena me da todo esto —se lamenta mi abuela. Coge el tenedor y lo agita en el aire—. Love is love!

Cassie resopla.

—Gracias, abu.

—Os lo digo de verdad: la vida es muy corta para tanta tontería.

—Brindo por ello —dice Nadine, y se ventila otro vaso.

Horas después, sigo intranquila. Me espero hasta que todo el mundo se ha acostado para levantarme de la litera con todo el sigilo del mundo.

—¿Qué haces? —pregunta Cassie.

—Voy a hacer pis.

—Mentira.

No tengo ni idea de cómo lo sabe. A veces Cassie sabe exactamente lo que estoy pensando y no se me ocurre otra explicación que la telepatía entre mellizas.

—Voy a pegar la oreja a ver si me entero de algo —admito.

—Uuh... Voy contigo. —Baja las piernas y aterriza en el suelo detrás de mí con un ruido sordo.

Nos deslizamos hacia el baño y cerramos la puerta con cuidado. Hace varios años, Cassie y yo averiguamos que la rejilla de ventilación del cuarto de baño de arriba es un portal directo que conecta con la habitación de nuestras madres. Antes nos llevábamos incluso cosas para picar y almohadas para acomodarnos en la bañera y que el cotilleo fuera de calidad. Luego se nos ocurrió que corríamos el grave riesgo de oírlas en pleno acto sexual.

Así que abortamos la operación bastante pronto.

Esta noche, Cassie baja la tapa del váter y se sienta encima mientras yo me acomodo en la bañera con una almohada, y todo es igual que antes. Las oigo de inmediato.

—No voy a llamarla —dice Nadine.

—Es tu hermana.

—Es una gilipollas.

—Yo creo que deberíamos oír su versión.

—No tiene ninguna versión. —La voz de Nadine se quiebra—. No va a venir a nuestra boda.

Patty suspira.

—Ya lo sé.

Nadine dice algo más, pero tan bajito que no se distingue.

—Ya lo sé, Deenie —repite Patty—. Ya lo sé.

—Qué mierda todo.

—Pero Albert y Wanda vienen con los niños.

—Sí, ellos sí vienen. —Nadine suspira—. Nunca pensé que Karen pondría pegas, ¿sabes? Sin embargo, Al siempre ha sido el hermano distante. ¿En qué universo vivimos?

—Nadine parece muy dolida —susurro.

—Ya, sí. Y vaya, hasta la abuela piensa que la cosa está jodida. —Cassie se encoge de hombros—. Es una clara señal de que se va a montar una buena.

—Sí.

Y de pronto tengo la sensación de que podría echarme a reír o a llorar. Sería capaz de cualquiera de las dos cosas.

Supongo que eso es algo que hay reconocerle a mi abuela: tiene sus movidas con el peso, puede que sea algo racista, pero jamás ha tenido ningún problema con que Patty sea bisexual. Cuando Patty salió del armario, lo primero que hizo la abuela fue intentar liarla con la hija del cantor de la sinagoga, que por cierto era una chica hetero; lo que pasa es que mi abuela se desorienta cuando las mujeres tienen el pelo corto.

En cualquier caso, lo intenta. Y nunca se perdería la boda. Ni siquiera el tío Al se la perdería. No concibo cómo puede alguien perderse la boda de su hermana. Si Cassie se casara, tendrían que matarme para conseguir que no acudiera. Y aun así, aparecería como zombi. Sería la Zombi de Honor. Me tambalearía de camino al altar con la cara supurante y los ojos desorbitados hasta el punto de caerse sobre el ramo de flores. Pero nunca jamás me la perdería. Así que esto de la tía Karen es incomprensible.

Cassie debe de estar pensando lo mismo que yo, porque susurra:

—Tú nunca harías algo así.

—Jamás.

—Porque te mataría —dice con una sonrisa.

—Y con razón.

«¡Aun así aparecería!».

—Y yo juro no escaquearme de tu boda heterodina.

—¿Heterodina? —pregunto.

—Heterodina suena guay. O hetsie.

—Hetsie mola más.

—Claro. Como Etsy, la tienda de artesanía.

Sonrío.

—¡Estaba pensando lo mismo!

—Sí, lo sabía. Eres muy previsible. Vamos. —Se levanta—. Ya está bien de tanta cháchara en el baño.

—Gracias a la cháchara en el baño ahora tienes novia.

—También es verdad.

Me siento en una burbuja de felicidad. En realidad no es nada más que un momento, pero es el momento más normal que Cassie y yo hemos compartido en todo el día. Y ha llegado así como así. En el baño. De manera natural.

Después de todo, tal vez estemos bien.

Me levanto antes que Cassie y, como aún me quedan varias horas antes de entrar a trabajar, me llevo un montón de tela al salón. Estoy haciendo una guirnalda que he visto en Pinterest: retales de diversos colores atados a una cinta.

Sin embargo, me cuesta concentrarme. Sigo dándole vueltas a lo que Cassie dijo ayer. «No quiero ofenderte, pero no me apetece nada ponerme a pintar los malditos botes contigo y con la abuela, pudiendo estar con mi novia por ahí».

Es una tontería que dijo en caliente; ahora ya estamos bien. Es obvio que debería olvidarlo.

Pero me metió en el mismo saco que a mi abuela, en el mismo grupo de gente despreciable. Como si yo fuera la hermana pequeña y coñazo que le aguó la fiesta. Se supone que las hermanas mellizas no funcionan así.

Trato de concentrarme en el agradable crujido de las tijeras al cortar la tela. Trato de no preocuparme. Pero mi cerebro es tal torbellino que apenas puedo percibir nada. Ni siquiera oigo los pasos de Patty hasta que la tengo a mi lado.

—¡Oh, vaya! ¿Qué es todo eso?

Casi doy un bote.

—Hola.

Empuja hacia un lado uno de los cojines y se sienta en el borde del sofá.

—¿Puedo verlo?

—Claro. Es para la boda. —Le enseño una foto en el teléfono.

—Es preciosa.

—Es muy fácil de hacer. Seguro que la termino esta semana.

—Perfecto. —Suelta un sonido que está a medio camino entre la risa y el suspiro—. Menos de tres semanas, ¿eh?

—¿Estás nerviosa?

—¿Por casarnos? Nah. Pero por el follón de la boda sí, la verdad sea dicha.

Me acerco a ella y encojo las piernas.

—Y por el disgusto con la tía Karen.

—Eeh..., sí. Siento haber sacado el tema delante de vosotras.

—No tienes que disculparte. Nos habríamos enterado de todas maneras.

—¿Cómo?

—Escuchándoos a escondidas —confieso.

—¿En serio? —Se echa a reír. Luego apoya las manos en los muslos y se inclina hacia delante con un suspiro—. Sí. Así son las cosas. Tu madre está muy triste.

—¿Ha hablado con Karen?

—Creo que no.

—Yo no podría casarme si Cassie no viniera.

—Oh, cielo. —Me aparta el pelo hacia un lado y me frota la nuca—. Sí, es una mierda. Pero las cosas vienen así. Y cuando te haces mayor, todo es más...

—Se queda callada, pensando.

—¿Todo es más mierdoso?

Esboza una sonrisa.

—Es bastante mierdoso, sí. Esta historia es bastante dura. —Inclina la cabeza—. Y, sin embargo, no es tan dramático. ¿Sabes?, a los diecisiete años todo parece el fin del mundo. O el principio del mundo. Y eso es formidable.

Asiento.

—Pero las cosas entre Dennie y Karen son complicadas desde hace tiempo —continúa—. Obviamente, a ella nunca le ha parecido bien que Nadine sea lesbiana. Y ya no están tan unidas como antes.

—Oh.

—Y a veces eso es lo que pasa: que la gente se distancia.

Sus palabras terminan ahí, pero me dejan un dolor hueco en las entrañas.

«Ya no están tan unidas como antes».

«La gente se distancia».

Y me hacen pensar en Cassie.

A pesar de que Cassie y yo nunca haríamos lo que está haciendo la tía Karen. Nosotras nunca nos distanciaríamos tanto. Aunque nos alejaremos; los hermanos siempre lo hacen. Se casan con otras personas, tienen sus propias familias y olvidan lo que se susurraban en las literas. Es tan inevitable como el aterrizaje de un avión.

Pero luego está esa ecografía de ambas en la que se nos ve apiñadas contra nuestros pequeños sacos amnióticos para estar lo más cerca posible la una de la otra. Según dicen, no podíamos dormir en cunas separadas. Nos cogíamos de la mano en las sillitas del coche. Empezamos a caminar el mismo día: primero Cassie y luego yo.

Ahora da la impresión de que todo lo que hacemos es un pasito más que nos separa.

Los flechazos.

Las novias.

Tampoco querría que fuésemos como las hermanas Delany con cien años. Siempre nos imaginaba casadas, cada una en su casa, con su pareja y con un montón de niños increíbles. Nunca he pensado en la etapa intermedia. En la parte en que pasamos del *nosotras* al *ella y yo*.

Ahora bien, la idea de Cassie de salir con los mejores amigos es ridícula. Aunque quizá tenga algo de razón. Porque Cassie se ha ido, su tren ya ha salido de la estación. Lo único que puedo hacer es tratar de coger el siguiente en la misma dirección.

O no. Y distanciarnos.

—Odio esa palabra —digo—. «Distanciarnos». Me recuerda a los planetas.

Patty se echa a reír.

—¿Y qué tienes en contra de los planetas?

—No sé, no me gusta la idea.

—Ya.

Me rodea los hombros con un abrazo y suspira.

Cuando llego al trabajo, Reid se encuentra en la parte delantera de la tienda desmontando el expositor del Cuatro de Julio o, al menos, tratando de que no sea todo tan rojo, blanco y azul. Deja el mantel de yute y las cajas *vintage* de Coca-Cola, eso sí, pero quita de en medio los botes con la bandera de Estados Unidos. Es interesante ver trabajar a Reid. Se gira hiperconcentrado y metódico, como si estuviera metidísimo en lo que hace. Ni siquiera me ve hasta que estoy justo delante de él.

—Ay, ¡aquí estás! —Coloca el último bote encima de un colchón de papel de burbujas y aparta la caja de cartón con la pierna—. Tengo que decirte algo: tu masa de galleta es lo mejor que he probado en toda mi vida.

—¿De verdad?

—No pienso en otra cosa.

Me río.

—Oh, vaya.

—Molly, no estoy de broma. No sabía que existiera en el mundo algo tan maravilloso.

—Sabes que todavía queda un poco, ¿verdad?

—¿Cómo? —Se lleva la mano al corazón.

—Deberías pasarte por mi casa después del trabajo.

Me arrepiento al instante.

Y no porque esté siendo excesivamente despreocupada. Eso es bueno. La despreocupación es el objetivo.

Pero se supone que con quien debo ser despreocupada es con Will, porque él me acerca un paso a Cassie. Mientras que Reid me separa todavía más de ella.

No obstante, el corazón me late muy deprisa. Abro la boca para añadir algo más, pero las palabras se disipan. El cerebro entero se me vacía en un pispás, como cuando conduces por un túnel en plena tormenta.

Y ahora debería decir algo, pero eso implica usar palabras, ¿Y QUÉ DEMONIOS SON LAS PALABRAS EN ESTE MOMENTO? Encima él me está mirando con esos ojos tan avellana y esa boca tan suave y sonriente.

No puedo.

Pero me salvan. Deborah, sonriente, nos aborda. Dios, hasta se parece a Reid. Creo que tienen la boca muy parecida. Cómo no me había dado cuenta antes.

—Hola. Siento interrumpir —dice—, pero necesito un par de porteadores. Una señora ha comprado ese tocador. ¿Podéis ayudarme?

No sé por qué me pongo tan nerviosa.

—Claro. ¿El blanco? —inquire Reid.

—Sí. La mujer le está dando la vuelta al coche.

Reid y yo nos dirigimos hacia el fondo de la tienda, donde hay un tocador de madera pintado de blanco añejo con un gran espejo rectangular. Es uno de los objetos que más me gustan de la tienda.

—¿Lista? —pregunta Reid mientras lo agarra por un lado para calibrar su peso.

—Lista.

Lo levantamos a la de tres y avanzamos varios pasos antes de soltarlo con cuidado. A continuación, volvemos a levantarlo, caminamos y nos detenemos. Levantamos, caminamos, nos detenemos. Y resulta que a Reid y a mí se nos da bastante bien transportar cosas pesadas juntos, a pesar de que él me saca media cabeza y de que yo soy la persona menos atlética del planeta. Creo que también influye que nos lo tomamos con calma.

Lo soltamos de nuevo y se queda mirándome.

—Entonces, ¿tu hermana está saliendo con Mina Choi?

—Sí. Ahora son inseparables.

—Ah, qué bien.

Agarramos de nuevo el tocador y avanzamos unos cuantos pasos más.

—¿Qué tal es? —pregunto cuando lo soltamos.

—¿Quien? ¿Mina?

—Sí. Es decir, ¿debería una hermana protectora estar preocupada?

—Ah, no creo. Es muy guay. Supongo que se da aires de artista, aunque tampoco la conozco tanto. —Se encoge de hombros.

Levantamos de nuevo el tocador y conseguimos llegar casi hasta la puerta. Con un par más de «levanta-camina-para», alcanzamos el coche de la señora; es un gran todoterreno con los asientos abatidos, dentro del que logramos meter el tocador entre los tres.

Cuando la mujer se marcha, Reid se restriega las manos en los vaqueros.

—Bueno, pues hemos estado impresionantes, ¿no crees? Ha sido todo un alarde de fuerza.

—Sí, un alarde de fuerza —afirma con una sonrisa, y me da la sensación de que le ha gustado mi frase. Hace una pausa—. Oye, una pregunta.

—Dime.

Ladea la cabeza.

—¿Hablabas en serio con eso de la masa de galleta?

—¿Te refieres a eso de la existencia de más masa de galleta en mi casa?

Su hoyuelo aparece por un segundo.

—Sí.

—Hablabas en serio. Por supuesto que hablabas en serio.

—Pues me alegro mucho.

—Y también habrá helado de vainilla si me ayudas con los centros de mesa de la boda de mis madres.

—Ya veo. —Sonríe—. De acuerdo, pero no soy muy manitas.

—Te explicaré qué hay que hacer —digo, y noto ese pequeño tirón mudo debajo del estómago.

Cuando acaba nuestro turno, vamos a mi casa por las calles adyacentes y Reid me habla de la fiesta a la que acudió para ver los fuegos, que tuvo lugar en el bloque de apartamentos de unos amigos de sus padres, en concreto en la azotea. Porque, claro, Deborah y Ari van a fiestas en azoteas del centro.

—Y estuvo bien —me cuenta—, pero básicamente consistió en un puñado de adultos que bebían cerveza artesanal y que me preguntaban a qué universidad quería ir.

—Dios, ¿por qué están los adultos tan obsesionados con eso?

—Ya. —Se encoge de hombros—. De todos modos, mi amigo Douglas vive cerca de Capitol Hill, así que mi hermano y yo nos piramos de la fiesta para jugar al *World of Warcraft*.

—¿Y te perdiste los fuegos?

Parece avergonzado.

—Sí...

—Qué poco patriota, Reid.

—Lo sé.

—Sin embargo, hoy vas vestido de rojo, blanco y azul.

—Ah, ¿sí? —Mira hacia abajo. No recuerda qué se ha puesto. Me encanta—.

Anda, pues es cierto. Pero ¿y el blanco?

—¿Qué?

—En mi ropa. Llevo los vaqueros azules, una camiseta roja...

Le sonrío.

—Las zapatillas.

—Aaaah.

Cruzamos por el paso de cebra.

—Son muy blancas —le digo.

—Sí, y tiene gracia —añade—, porque una de las pocas conversaciones que he tenido con Mina Choi fue precisamente sobre eso.

—¿Sobre tus zapatillas?

—Exacto.

—¿En serio? ¿Y qué te dijo?

—Bueno... —Se sonroja—. Tampoco era nada importante.

De acuerdo. Ahora sí que tengo curiosidad. ¿Qué demonios diría Mina sobre las zapatillas de Reid?

—Esta es tu casa, ¿no?

—¡Ajá! ¿Preparado para pintar centros de mesa?

Parece algo preocupado.

—Creo que sí. —Asiente con aire serio. Luego se sube las gafas—. Sí.

—Muy bien. Si te doy unos periódicos, ¿podrías cubrir el porche con ellos? Mientras, yo iré a buscar el material.

—Claro que puedo.

—Y te traeré tu masa de galleta —añado.

Pone cara de satisfacción.

—Genial.

Lo llevo junto al cubo de reciclaje y, cuando vuelvo con los botes y la pintura, veo que ya ha empapelado todo el porche con periódicos.

—Estupendo. Este espacio es perfecto para trabajar. Coloco encima la primera remesa de botes.

—¿Ya has pintado esos? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí. Y después los llenaré de flores. Quedarán muy bonitos y muy sencillos a la vez.

—Bueno, no quiero fastidiarte el invento ni nada —dice—, pero te habrás dado cuenta de que esos ya están pintados, ¿verdad?

—Sí. —Hago una mueca—. Necesitan una segunda mano.

Se sienta con las piernas cruzadas sobre el periódico con su masa de galleta mientras yo cojo el pincel y, en cierto modo, se produce un momento de leve perfección. Está nublado y corre una ligera brisa. Alineo los pinceles y comienzo a verter pintura de distintos colores en una huevera. Lo gracioso es que sé que Reid no me está mirando, pero a la vez siento como si me observara. No cuadra.

Debería decir algo antes de que el silencio cobre su propia fuerza vital. A veces el silencio hace cosas como esa.

—¿Entonces no me vas a contar lo que Mina te dijo?

—¿Lo que dijo de qué?

—De tus zapatillas.

Se echa a reír.

—En realidad no fue nada.

—Quiero saberlo.

Se encoge de hombros.

—De acuerdo. No sé. Fue durante el baile de fin de curso, así que puede que estuviera algo borracha. El caso es que, en un momento dado, acabamos los dos fuera. Ella se acercó y se sentó a mi lado, cosa que me sorprendió un poco, porque nunca... En fin, me rodeó con el brazo, puso una cara muy seria y me dijo: «Reid, te voy a dar un consejo importantísimo, ¿vale?». Y yo respondí: «Vale». Entonces ella continuó: «Esas zapatillas son un obstáculo».

—¿Un obstáculo? —repito.

Asiente y toma un bocadito de masa de galleta.

—Sí. En plan, con las chicas. —Se sonroja—. Para ligar. Mis zapatillas eran un impedimento.

—Dios. —Me llevo las manos a las mejillas—. Mina.

—Sí, fue un poco raro.

Oh, en un rincón secreto de mi interior lo sé: Mina tiene razón. Más o menos. Es difícil de explicar, pero sus zapatillas son horrendas. Son demasiado blancas, demasiado cantosas, descaradamente pasadas de moda.

No es que importe. De hecho, da igual.

Pero... venga ya: ¿se puso esas zapatillas para el baile?

—Sin embargo, las sigues llevando. —Rozo la zapatilla con la punta de mi

bailarina.

—Sí. —Sonríe—. No sé. Es que me da bastante igual.

—¿Te da igual impresionar a las chicas?

Vuelve a sonrojarse.

—No. Más bien... Yo soy como soy, ¿sabes? Nunca voy a ser guay. —Se encoge de hombros—. Pero no me molesta.

—Yo creo que eres guay.

Se echa a reír.

—Gracias.

—Por si no lo sabías.

Le doy la vuelta a un bote mientras trato de no sonreír.

Tengo que admitirlo: eso de pasar olímpicamente de lo que la gente piense de ti es una pasada. Mucha gente dice que pasa o hace como que pasa, pero creo que a la mayoría sí que les importa, y mucho. Yo sé que a mí me importa.

A ver, si alguna persona me dijera que una de las prendas que llevo son un obstáculo..., sinceramente, es probable que la quemara. Pero Reid lleva las zapatillas todos los santos días.

Y eso es interesante. Desconcertante, aunque en el buen sentido. Como cuando un desconocido te mira a los ojos.

De pronto me pongo nerviosa.

—Tengo que meterlos en el horno —anuncio mientras me levanto con brusquedad—. La pintura debe fijarse.

Siento un sobresalto en el pecho. Mi corazón parece jugar con un palo saltarín.

Cuando regreso, Reid sugiere que vayamos a dar un paseo si me apetece.

Y sí, me apetece.

Así que nos vamos. Acompasamos la marcha de forma automática. En la calle, el día está cada vez más gris, con nubes pesadas que se ciernen como pañales mojados. Así es como Nadine las describe.

—¿Y tienes otros proyectos para la boda? —pregunta Reid mientras llegamos a Laurel Avenue. Aprieta el botón para cruzar.

—Estoy haciendo una guirnalda de tela para el lugar de la ceremonia.

—Una guirnalda de tela. —Se le resalta el hoyuelo—. ¿Seguro que existe tal cosa?

—Segurísimo.

—Eso tengo que verlo.

Saco el teléfono. Y le envío el enlace de Let Me Google That For You.

Se detiene para ver mi mensaje. En realidad no sé si es capaz de escribir y caminar al mismo tiempo.

—Psshhhh... Muy graciosa. —Sonríe. Y entonces me abraza. Es una especie de achuchón lateral con un solo brazo que termina antes de que yo pueda procesarlo, pero mi interior ahora mismo es una gran botella de Coca-Cola agitada—. Pues yo... —comienza a decir, pero en ese momento el cielo se oscurece tan rápido que parece que alguien ha apagado el interruptor. Las primeras gotas caen despacio.

Luego el cielo se nos derrumba encima.

—¿No deberíamos salir corriendo?

—Yo creo que sí. —Lo miro. Tiene el pelo pegado a la frente y la lluvia le chorrea por la nariz, por las mejillas y por los cristales de las gafas—. ¿Ves bien?

Se ríe.

—¿Y tú? —Entonces, con cuidado, me aparta el flequillo de la cara. Se me corta la respiración.

—Bueno, pues corramos —me apresuro a decir.

Me agarra de la mano y siento esa tensión palpitando debajo del estómago. Salimos corriendo hasta el porche de mi casa, con la ropa empapada y las manos aún entrelazadas. Llueve con fuerza, las gotas rebotan en la acera. Huele a lluvia. Y el sonido es parecido al que se produce en la ducha.

Se ríe.

—Bueno, ha sido...

«No te preocupes».

Pero entonces se abre la puerta. Nuestras manos se separan.

Es Cassie. Y sus cejas alcanzan una altura sin precedentes.

—¿Esto qué es? ¿Un concurso de camisetas mojadas?

—Sí. —Sonríe. El corazón aún me late con fuerza.

—Pues vais a perder los dos —dice, y me mira de manera inquisitiva.

Le leo el pensamiento con tanta claridad como si me lo dijera en voz alta.

Y ahora no puedo dejar de pensar en eso. En la tormenta. En todo. Mi cerebro ha convertido toda esta historia en un rollo de película mal iluminado con filtro Valencia y banda sonora de Bon Iver. Sigo recordando la imagen de nuestras manos entrelazadas. La piel de gallina de mis brazos. Los dedos de Reid en mi frente, apartándome el flequillo.

Es una locura, pero casi creo que podría haberme besado. O que yo podría haberlo besado y él me hubiera correspondido.

De modo que en esto consiste despreocuparse.

Siento una ligera náusea, una especie de gastroenteritis extrañamente agradable que me tiene a medio camino entre vomitar y convertirme en un *emoji* sensible con ojos de corazón.

Dicho lo cual, creo que ya es hora de afirmarlo: flechazo número veintisiete. Reid el de las Zapatillas. Reid el Obseso de la Masa de Galleta. Reid el de los Huevitos de Chocolate Perennes. Ni siquiera sé cómo definirlo.

Es demasiado pronto. Estoy demasiado involucrada ahora mismo.

Quiero que me escriba, aunque sé que está en el trabajo. Es posible que en este preciso instante esté desembalando marcos de fotos, pero no puedo dejar de mirar el móvil.

Nada. Nada de nada.

Intento abstraerme con la guirnalda, haciendo cortes en el extremo de la tela. Lo guay del algodón es que no hace falta cortar toda la franja, sino que se rasga en línea recta si das un tirón en la dirección correcta. Necesito aproximadamente cincuenta millones de bandas de tela para esta guirnalda. Y está bien, porque mis manos necesitan cincuenta millones de distracciones. Mientras siga desgarrando trozos de tela, no le enviaré mensajes sinceros y vergonzosos a Reid.

Reid, yo no pienso que tus zapatillas sean un obstáculo.

Reid, deberías haberme besado bajo la tormenta.

Tal vez debería haberte besado yo.

Lo más extraño es la urgencia que siento por contarlo. Tengo ganas de gritarlo en los túneles del metro y publicarlo en mi estado de Facebook. Tengo ganas de mirarlo a la cara y decirle «Reid, me gustas, ¿vale?».

Creo que yo también puedo gustarle a él.

Aunque tal vez lo esté malinterpretando. O tal vez yo le guste, pero ¿qué pasa después? Nos besaríamos. De acuerdo. Nos acostaríamos. No lo sé. A pesar de que le guste, no estoy segura de que le gustase desnuda.

Odio estar pensando en todo esto. Odio odiar mi cuerpo. De hecho, no es que lo odie, es que temo que lo odien los demás.

Porque las chicas regordetas no tienen novio y no se acuestan con nadie. Al menos en las películas, a no ser que se trate de un chiste. Y yo no quiero ser un chiste.

Como el miércoles no trabajo, me acoplo para ir a casa de Mina con Cassie. Y es un poco raro, porque sus padres están allí. No es que sus padres sean raros en sí, en realidad son muy majos. Su madre es psiquiatra y su padre es psicólogo, aunque son de esos a quienes no les gusta que les llamen «doctores». Sobre todo a su padre, que tiene pinta de hippie, algo bastante inesperado para un tipo de Bethesda llamado Eugene.

Acabamos charlando con ellos en la cocina. La madre de Mina está pinchando algo que tiene en el fuego mientras su padre revisa una pila de cartas sobre la encimera.

—Oye, me han dicho que vivís en Takoma Park —comenta—. Hice el posdoctorado muy cerca de allí.

—Ahora tienen una consulta juntos —explica Mina—. ¿No es adorable? —Pone los ojos en blanco.

Cassie asiente con entusiasmo:

—¡Sí que lo es!

Dios santo. Les está haciendo la pelota a base de bien.

—¿Tenéis alguna especialidad? —pregunta Cassie.

—Más o menos —contesta la madre de Mina—. La mayoría de los pacientes vienen derivados por el seguro médico, así que tratamos de todo un poco, aunque trabajamos mucho con la ansiedad.

—Qué bien. —Cassie me lanza una sonrisa de satisfacción como diciendo: «MIRA, MOLLY, AHÍ LO TIENES». Menuda coincidencia tan genial y tan poco incómoda.

—Los chicos ya están abajo —dice la madre de Mina—. ¿Queréis algo de comer? Los huevos con ramen están casi listos.

—Estamos bien —responde enseguida Mina.

—¿Y no queréis bajaros algo para beber?

Por un segundo, pienso que se refiere a algo con alcohol. Tal vez sean hippies

de verdad. Entonces abre la nevera y le pasa a Mina varias botellas de agua.

—Encantada de conocerte, Molly —dice—. Me alegra mucho que Mina tenga más amigas.

Ah, vale. No creo que estuviera usando la palabra «amiga» en el sentido de *la persona que se enrolla con mi hija*. A menos que crea que Mina se enrolla con las dos. Ahora me pregunto si saben que Cassie es algo más que una amiga. Daba por hecho que Mina habría salido del armario, pero ahora tengo mis dudas. Y me parece raro preguntarlo.

—¿Qué estaba preparando tu madre? —pregunta Cassie mientras bajamos las escaleras detrás de Mina.

—Huevos con ramen, ¿no sabéis lo que es?

—Uy, no. Pero suena bien.

—Sí, está rico. —Mina se para en el último escalón, mira hacia atrás y le sonrío a Cassie—. Algún día lo cocinaré para ti.

En el sótano, los chicos están absortos en un antiguo juego de Nintendo. Will se encuentra en el sofá de dos plazas con un mando en la mano.

—¿Es Mario? —pregunto.

—Sí. —Los ojos de Will no se despegan del juego.

«Despreocúpate. *Y no pienses en Reid*».

Me acomodo entre los cojines a su lado.

—Se le da de miedo este juego —me comenta Mina.

En la pantalla, el Mario de Will está comiendo una especie de hoja que le convierte en un mapache. Cabe imaginar que a veces los antiguos creadores de videojuegos estaban fumados.

Me quedo embobada mirando a Mario, que salta por encima de los precipicios y se mete por las tuberías. Qué bien sienta quedarse embobada. Necesito salir de mí misma durante un rato, tengo tanto bullicio en la cabeza... Me parece imposible quitarme de encima esta perpetua conciencia de ser Molly.

A veces resulta desconcertante ser como soy.

Me suena el aviso de un mensaje. Abby.

Ya tenemos los billetes de avión para la boda!

Y llevo a alguien más.

¿Viene Nick? —escribo.

Sí!!! Y LLEVARÁ TRAJE.

¡Dios! No hace falta, va a ser el único.

Me da igual. Quiero verlo trajeado. ¿Tú irás con alguien? —Emoji guiñando.

Emoji mandando un beso.

Hombre, claro —escribo—. Si por «alguien» entiendes un total de 84 botes y un trillón de magdalenas con crema.

Y una guirnalda de tela hecha a mano, añadido.

Molly, joder, eres de lo más Pinterest.

Sonrío mientras miro la pantalla.

Vaya, gracias.

Pero deberías llevar pareja. Podrías preguntárselo a Will el Hípster.

Dios. No sé cómo ha llegado a esa conclusión. Sobre todo porque últimamente he pasado mucho tiempo pensando en Reid.

Las gafas de Reid empapadas de lluvia. Reid retirándome el flequillo de los ojos.

—¿A quién escribes? —pregunta Cassie desde el otro sofá. Está tumbada con la cabeza en el reposabrazos y los pies en el regazo de Mina, mientras ella hace de Luigi sin demasiado entusiasmo.

—Joder, Mina —suelta Will—. Has perdido una vida extra.

Cassie se sienta de pronto.

—¿Estás escribiendo a Reid?

—Espera, ¿al Reid que yo conozco? —interrumpe Max, levantando la vista de su teléfono—. ¿Reid el de los pantalones de talla grande?

Siento que me arde el cuerpo entero.

—¡Estoy escribiendo a Abby!

Cassie entorna los ojos.

—¿Por qué te pones colorada?

—Cállate ya.

Me vuelve a sonar el móvil, así que lo miro.

Veo que te quedas callada y misteriosa. También veo que no pones pegas a la idea de Will —dice Abby.

SÍ PONGO PEGAS —escribo a toda prisa.

Levanto la vista; la expresión de Cassie es indescifrable.

«Indescifrable». Incluso para mí.

Reid me escribe el viernes.

Oye, mi amigo Douglas y yo vamos al Medieval Madness.

Qué guay —contesto.

¿Quieres venir? —*Emoji* sonriente.

Oh.

Me da un vuelco el corazón.

¡Lo siento mucho, no puedo!

No pasa nada —escribe.

Voy a una fiesta con Cassie y Mina!

Puntos suspensivos.

Ah, vale.

Lo siento.

¿Por qué lo sientes?

¡No sé!

Pero lo siento. Y es una estupidez, porque sabe Dios qué será eso del Medieval Madness. Algo donde se bebe en jarras enormes, quizá. Y donde se lleva túnica. Algo muy Reid. Debería darme igual.

Sólo que no me da igual. Me ronda la cabeza durante toda la noche.

Después de cenar, vamos en metro hasta Bethesda y Mina nos recoge en la estación. Cassie y ella se besan en el coche. Un beso rápido, como el de los padres. Y de pronto se me ocurre que por eso llaman a esta zona de aparcamiento «intercambiador», porque la gente se intercambia besos.

—Entonces, ¿los padres de Max no están en casa? —inquire Cassie.

—No. Viajan un montón.

—¿No va a haber adultos? —pregunto. Me siento como de la edad de Xavier.

—Bueno, su hermana tiene dieciocho años —explica Mina, que me mira a través del espejo retrovisor—. Así que a ojos de la ley...

Cassie se da la vuelta para sonreírme.

—Deja de poner la Molly-cara.

—No estoy poniendo ninguna Molly-cara —digo, pero me arden las mejillas. No debería estar asustada por la idea de una fiesta casera. No se trata de una orgía. No creo que sea como una orgía.

Mina aparca en la calle al final de una larga fila de coches. Es increíble la cantidad de vehículos que hay. Tengo que admitir que no pensaba que las fiestas caseras fueran nada del otro mundo. Cruzo los brazos sobre el pecho e intento actuar con indiferencia.

Pero hay algo raro en esta noche. Todo parece un poco absurdo. Para empezar, hace un frío inusual; de hecho, llevo chaqueta en pleno julio.

—Molly, estás muy guapa —observa Mina, y me echa el brazo sobre los hombros.

Eso hace que me sonroje.

—Yo también estoy guapa —dice Cassie.

Mina le sonrío.

—Y tú te vas a congelar.

—Lo que pasa es que eres una debilucha. —Cassie sonrío.

Llevo una camiseta de tirantes y unos pantalones amarillos muy cortos. Es de esas personas que se pongan lo que se pongan están estupendas. Sin embargo, yo voy camuflada de pies a cabeza con una serie de capas colocadas con meditación. Debajo de la chaqueta, llevo un vestido verde con cinturón y estampado de pajaritos, una camisola y botas.

Hemos calculado la hora de llegada con mucha precisión. Es lo bastante tarde como para no ser los primeros, pero no tanto como para que todos estén ya como cubas.

—¿No deberíamos escribir a Will? —pregunta Mina.

Cassie se encoge de hombros.

—¿Ya está aquí?

—Debería.

Para entrar en el sótano de Max hay que atravesar un jardín en el que hay una de esas estructuras con columpios y un rocódromo en perfecto estado, y eso que no tiene hermanos pequeños. A veces los padres son así de graciosos.

El interior no es como lo esperaba. Tampoco es que esperase nada concreto, pero supongo que me imaginé algo más parecido a las películas, con una mesa de *beer-pong*, un barril de cerveza en una esquina y tíos con gorras de béisbol raídas. Y sí, esto está lleno de tíos con gorras de béisbol raídas, pero, por lo demás, es un sótano como otro cualquiera. Hay dos futones estilo Ikea y varias sillas, un futbolín, una mesa de hockey y una batería gigante. Las luces son tenues y hay mucha gente con vasos rojos de plástico.

—¡Mina! —grita alguien. Es una chica que nunca había visto, tan adorable que roza el absurdo: alta, con la piel ligeramente oscura, las caderas anchas y un

vestido azul estampado muy cursi. Aparta con el pie una sudadera que está en el suelo y se acerca a nosotras—. ¡Hola! Tú debes de ser Cassie.

Me está hablando a mí.

—Oh, yo...

—Yo soy Cassie —apunta mi hermana.

—Esta es Samar —la presenta Mina.

—Ah, tú eres Samar —enfatisa Cassie.

Y ahora me pregunto en qué planeta habré estado viviendo yo, porque juraría que nunca he oído hablar de Samar. Pero Cassie la saluda como si fuera famosa. Lo odio. Odio sentirme tan poco informada siempre.

—Ah, bueno, hola. No te conozco —me dice ella.

—Esta es Molly —declara Cassie sin más referencias. Sólo Molly. Como si fuera una chica al azar.

—¿Están los chicos? —pregunta Mina.

Samar asiente.

—Sí, Max está ligando con alguien y Will... Acabo de verlo. Está... —Estira el cuello—. Bueno, en la mesa de la bebida, como era de esperar.

Al fondo hay una mesa repleta de botellitas de cristal y de botellas de medio litro de Coca-Cola y zumo de naranja. Y allí está Will, vertiendo Sprite en un vaso rojo, con su pelo también rojo perfectamente desaliñado. Se le iluminan los ojos cuando ve que nos acercamos.

—¡Chicas, por fin! —Me agarra la mano—. Molly, deja que te prepare algo de beber. ¿Qué quieres?

—Humm...

—Hay vodka, Jack Daniel's, ron y ginebra, creo.

Dudo.

—¿Ron?

Me pone un ron con Coca-Cola y me lo pasa. Entonces me sobresalto al darme cuenta de que Mina y Cassie se han ido. Han desaparecido entre la gente. Alguien espera para servirse bebida, así que Will y yo nos apartamos hacia un lado, delante de un futón. Las piernas me pesan por culpa de los nervios y me apetece sentarme, aunque la gente permanece de pie. Supongo que no está bien visto.

Vale, me resulta complicado quedarme a solas con Will. Tal vez sea porque tengo a Abby en la cabeza, pero noto esa sensación punzante de que tengo posibilidades. Parece como si algo pudiera pasar entre nosotros, algo más aparte de sonrojarme todo el rato mientras bebo ron con Coca-Cola con una lentitud

imbatible.

—No soporto esta música —dice Will.

—¿Quiénes son?

—No sé. Maroon 5. El tal Adam no sé qué.

—Ah, sí, Adam no sé qué.

Will me sonrío. Esa es la otra cosa de Will: te hace sentir que eres la única persona a la que presta atención. Como si todos los demás sólo fueran ruido de fondo. Estoy segura de que no es algo personal, es probable que todas las chicas que entran en su órbita se sientan así, al menos durante un momento. Es más, me doy cuenta de cómo la gente se deja llevar por él.

Cuesta creer que esta sea mi realidad en estos instantes. Estoy en una fiesta en Bethesda, mi hermana se ha esfumado y me he quedado sola con un chico monísimo. Bueno, sola tampoco. Casi. Creo que nuestras pantorrillas se están rozando. Me pregunto si la gente pensará que es mi pareja. Resulta alucinante.

Aunque no puedo quitarme de la cabeza que ahora mismo podría estar en el Medieval Madness con Reid. Como si hubiera un universo alternativo en el que Molly bebe de una jarra... De una jarra con forma de garra. Y sí, me dan muchas ganas de escribir a Reid para contarle que ambas palabras riman, pero seguramente no debería estando con Will.

—Debes de estar ardiendo —dice Will, y me pilla desprevenida.

Se refiere a la chaqueta, pero me pongo colorada igualmente.

—No sé si habrá algún sitio donde pueda dejar la chaqueta.

—Yo te la cojo. —Deposita su bebida en una mesita.

—No hace falta.

—No, dame. Buscaré un lugar donde dejarla.

Me la desbrocho y tengo la extraña sensación de que estoy en una película. Desnudándome.

—Me gusta tu vestido —comenta cuando le paso la chaqueta—. Me encanta.

—Gracias. —No puedo mirarlo a la cara.

—Bueno, vuelvo enseguida.

Asiento. En cuanto se marcha, me noto cien veces más cohibida. Me bebo la copa a toda prisa y con el otro brazo me cubro el cuerpo. Se me ocurre que Will podría echar un ojo a la etiqueta de mi chaqueta y ver mi talla, lo cual hace que se me ponga el corazón en la boca y que me den ganas de salir corriendo tras él.

Pero de pronto noto que hay alguien a mi lado. Un chico que no conozco.

—Hola, ¿te cuento una locura? —me pregunta el chico, como si nos conociéramos de toda la vida. No lo he visto jamás. Es bastante guapo, de

aspecto atlético, con el pelo castaño muy corto.

—Vale —respondo.

—A ver, estamos en un pequeño pueblo —empieza—. En Inglaterra. Y hay un muro enorme de piedra junto a la calle, un muro grande de cojones. Estamos ciegos como piojos, ya sabes, y mi colega Jones tiene que mear.

No sé quién es Jones ni por qué deberían importarme sus procesos fisiológicos. Pero así es como van estas fiestas. Puede que sea algún tipo de protocolo alcohólico que no conozco.

—Así que se pone a mear en el muro, pero... —Da un sorbo y continúa—: Mierda.

—¿Qué pasa?

—Tengo que rellenarme la copa. ¿Quieres algo?

No sé cómo va esto, pero estoy casi segura de que no debo dejar que un desconocido me rellene la copa.

—¿No, gracias? —Me sale como si fuera una pregunta. Odio eso.

—No te preocupes. Bueno, pues ahora viene lo mejor. Había unos putos...

—Hola.

Levanto la vista. Will ha vuelto.

—Hola, tío —saluda el chico.

Will le mira con mala cara.

—Ah, estáis en plan... ¿juntos?

—Sí —dice Will con rapidez.

El corazón casi se me cae al suelo.

—Ah, vale, guay. Genial. Pues pasadlo bien. —Se bebe de un trago lo que le queda y comienza a marcharse, pero a medio camino se da la vuelta y me dice —: Vale, tengo que soltarlo. —Me agarra del brazo—. Eres la hostia de guapa para ser una chica grande.

Me quedo helada.

—¡Te lo digo de buen rollo!

Lo miro.

—Que te den por culo.

Nunca le había dicho eso a nadie. Al menos en voz alta. Y parece alucinante. El corazón me late con furia.

—Buah. Está bien. No quería... Da igual. —Levanta las manos con actitud defensiva y, mientras se pierde entre la gente, oigo que murmura—: Puta gorda.

Will me mira.

—Vale, este ha sido el mejor momento «que te den por culo» de mi vida.

—Ah, gracias.

—¿Conocías de algo a ese tío?

—De nada.

—Oh, un gilipollas espontáneo.

—Supongo.

No puedo razonar. No puedo pensar en nada que no sea que Will ha dicho que estamos *juntos*. Ya sé que estaba intentando deshacerse del espontáneo, pero aun así.

Se sienta en el futón y da una palmadita en el cojín que hay a su lado. Me siento y me tiro de la falda para que no se me vean tanto las piernas.

El corazón no va a dejar de palpitarme con fuerza. Doy un pequeño sorbo a la bebida.

Se echa hacia atrás, me mira y abre la boca como si fuera a hablar, pero le corto con una pregunta. Y casi no me doy cuenta de que la estoy formulando hasta que sale de mi boca:

—¿Por qué le has dicho que estábamos juntos?

—Oh, mierda. —Se le arquean las cejas—. Perdona. ¿Intentabas...?

—¡Qué va! No. Era un tío chungo.

—Sí, parecías incómoda.

—¿Ah, sí?

Will se ríe.

—Sí, tu lenguaje corporal era así como... —Se sienta muy tieso con los brazos cruzados y pone cara de espanto.

—¡Yo no estaba así!

—A ver, yo creía que ibas a potar. Es muy propio de ti eso de vomitar en público, ¿no? —Sonríe.

—Eso no te lo niego. —Le devuelvo la sonrisa.

Dios. Qué guapo es. Tiene los ojos de un azul supernatural, es divertido, agradable, listo y todo lo que debe ser. Por no mencionar que es el mejor amigo de la novia de mi hermana. Tendría mucha lógica que me enamorara de él.

Mucho más sentido que enamorarme de Reid, por ejemplo.

Me apoyo contra los cojines de atrás y cierro los ojos con fuerza. Cuando los abro, vislumbro unos pantalones cortos amarillos y dos pares de piernas entrecruzadas sobre un sillón en la otra punta del sótano.

Cassie y Mina.

Lo gracioso es que Cassie siempre ha descrito sus líos con pelos y señales, pero nunca he sido testigo de ninguno. En realidad, nunca la había visto

enrollándose con nadie.

Me resulta raro.

Y en parte tierno.

Pero, sobre todo, raro.

Están completamente enmarañadas. Eso es lo que más me llama la atención, no que estén besándose sin cesar, sino que no quede espacio alguno entre sus cuerpos. Veo que Cassie le retira un mechón de pelo a Mina y se lo coloca detrás de la oreja, y los labios de Mina esbozan una sonrisa. Luego Cassie dice algo, Mina se ríe y vuelven a besarse mientras Cassie coloca las manos en las mejillas de ella.

Está claro que no debería estar observando esto. Aunque supongo que no soy la única. Hay al menos tres tíos con los ojos puestos con descaro sobre Cassie y Mina como si estuvieran en la Super Bowl.

El futón cruje y de pronto recuerdo que Will está sentado a mi lado. Ha doblado una pierna para atarse los cordones. Y para mirar hacia el sillón del fondo.

—¿No te parece chocante? —pregunto, y mi voz suena suave.

Me mira con sorpresa.

—¿Lo de Mina y Cassie?

—No sé. —Esbozo una sonrisa—. ¿Verdad?

Se reclina hacia atrás y mira al techo.

—Creo que están bien juntas.

—Oh, sí, claro. Me refiero al hecho de que se estén enrollando ahí delante. Es como ver a tus padres liándose, ¿no te parece?

Se ríe.

—Sí, parecido.

Las vuelvo a mirar de pasada. Parecen tan distantes, como si fueran un trozo de madera flotando a la deriva. Y, de pronto, me siento muy sola.

Quizá tendría que cogerle la mano a Will o acercarme más a él o decir algo atrevido. Podría hacerlo, creo.

Pero en ese momento me suena el teléfono.

No debería mirarlo. Ahora no. Es sólo un mensaje. Probablemente de Abby. O de Olivia, que sigue en Pensilvania con Evan Schulmeister.

Evan Schulmeister no va a cortarme el rollo con un chico.

Vuelve a sonar y pierdo el hilo de lo que estaba pensando.

—En fin, debería ir a buscar a Max —dice Will, y me da unos toquecitos rápidos en el brazo antes de levantarse—. Te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, perfectamente —asiento.

Tiene gracia. Me siento menos decepcionada de lo que suponía.

En cuanto Will se aleja, echo un vistazo al teléfono.

Es Reid.

Creo que lo presentía.

Estoy aquí sentado con Douglas, fuera del Medieval Madness.

Y esto es una orgía.

Espera, Douglas quiere que aclare que en realidad el Medieval

Madness no es una orgía. Todo King Street es una orgía.

Me echo hacia atrás en el sofá y me río en silencio.

Tiene gracia —escribo—, porque esto también es una orgía.

Responde al momento:

¿En serio?

Pero es una orgía fina. La mayoría está besándose y metiéndose mano.

Y escribiendo mensajes... —puntualiza.

Eso hace que me sonroje, no sé muy bien por qué.

Y escribiendo mensajes.

Me encanta escribir mensajes.

A mí también.

Puntos suspensivos. Está escribiendo. Levanto la vista y es gracioso, porque me siento como si fuera invisible. A mi alrededor se desarrolla una fiesta y, sin embargo, estoy apartada por completo. Soy un cubito de hielo. Pero en el buen sentido.

¿Sabes qué sería lo peor de vivir en la Edad Media? —escribe por fin.

¿La peste bubónica? —contesto.

Sí. Y aparte de eso, no poder escribir mensajes con el móvil.

Puntos suspensivos. Está escribiendo algo más.

Pero imagina que sí se hubiera podido.

Sonrío.

Ah, veo que te lo has tomado en serio.

Sí.

Bueno, ¿y qué mensajes se mandarían en la Edad Media?

Puntos suspensivos.

Citas de Chaucer. Selfis de braguetas.

Toma ya. Este chico es muy gracioso por mensajes.

Te veo mandándole un selfie de tu bragueta a la reina Isabel —escribo.

Te equivocas de época, pero claro que lo haría, un selfie como

D-os manda.

Y ESCRIBE EL NOMBRE DE DIOS COMO LOS JUDÍOS. JODER.

Qué mono.

Dale, Molly.

Isabel, ¿eres virgen? TQ, Reid —escribo.

Contesta de inmediato:

Nop. —*Emoji* guiñando.

Ah, pero ¿la reina no era virgen?

Si yo hubiera vivido en esa época, no —contesta.

Perdón, pero ¿este chico quién es? Porque juraría que está coqueteando. Y no me había dado cuenta de que Reid Wertheim supiera coquetear.

Reprimo una sonrisa.

Y estoy a punto de escribir algo *muy* atrevido cuando Cassie se desploma junto a mí en el sillón.

—¡Aquí estás! Oye, adivina. —Apoya la cabeza en mi hombro y me sonrío—. Molly Adele, esta noche vas a conducir el Lexus.

Me quedo mirándola.

—¿Por qué pones la Molly-cara, Molly-cara? —Suelta una risita nerviosa.

—Oye, ¿cuánto has bebido?

—Sólo un poquito. —Suspira—. Molly. —Me arrima la nariz al cuello—. Siempre hueles a flores.

Me echo a reír.

—Es nuestro champú. El mismo que usas tú. Del mismo bote.

—Sí, pero en mí no lo huelo. Da igual. —Me da un golpecito en el brazo—. ¿No estás nerviosa? Vas a conducir el Lexus de Mina.

—No voy a conducir el Lexus de Mina.

—Bueno, mira... —Empiezo a replicar, pero me tapa la boca—. No, escúchame. Ya sé que Mina no iba a beber, pero hemos acabado jugando al juego de los reyes y ahora no es que esté borracha, pero un poquito contenta sí que va, así que no nos vamos a arriesgar: nos quedamos aquí a dormir. Por eso, si quieres, puedes irte con el coche a casa sin problemas. Pero necesitamos que nos recojas mañana por la mañana.

—Oye, pero eso no...

—Y aparca en la calle para que Nadine y Patty no se asusten, ¿vale?

La miro.

—Cass, no puedo. Me he tomado una copa.

—Bueno. —Inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Sólo una?

—Cassie, no voy a conducir.

—Sólo era una pregunta.

—¿En serio? —Me siento derecha y me separo de ella—. ¿Me estás preguntando si voy a poner en riesgo mi vida conduciendo hasta casa después de haber bebido alcohol por segunda vez, cosa que se supone que no debo hacer, por cierto, porque tomo Zoloft?

—Vale. —Se ríe, pero de una forma desagradable—. Y entonces, ¿por qué lo has hecho?

—¿Que por qué he bebido?

—Si se supone que no debes beber con la medicación, ¿por qué lo haces, Molly?

—¿Estás de coña? —Siento una tirantez en el pecho y un dolor en la mejilla, y me doy cuenta de que me estoy mordiendo por dentro—. Que te den.

La frase de la noche.

Cassie levanta las cejas.

—Guau.

—¿Ahora me vas a juzgar por beber? ¿De verdad? Se supone que vosotras me llevabais en coche. ¿Y ahora tu plan es deshacerte de mí para pasar la noche enrollándote con tu novia y que yo haga de chófer después? —Algo parece quebrarse en su expresión, y se me hace un nudo en la garganta—. Y ni siquiera te preocupa que llegue bien a casa, siempre y cuando te salgas con la tuya y pases una noche increíble con Mina.

—¿Me estás vacilando? —pregunta—. ¿En serio me vas a soltar el sermón?

—Olvídalo —espeto.

Ojalá no hubiera dicho nada. No quiero tener esta conversación. Aquí no. Jamás.

—A ver, ¿quieres que lo hablemos? —propone Cassie mientras se acerca más a mí.

—¿Podemos dejarlo? —Cojo mi vaso con fuerza.

—Molly.

La miro y veo que le brillan los ojos. Vale, eso me desconcierta. Cassie nunca llora. A Cassie ni siquiera se le saltan las lágrimas.

—¿Crees que te estoy dejando plantada por Mina?

—¿Tú qué crees? —Es algo que nunca habría dicho, pero supongo que es lo que pasa cuando bebes alcohol.

—Oye, sabes que es mi novia, ¿no?

Me miro las rodillas. Sigo viendo los labios de Cassie contra la oreja de

Mina. No dejo de pensar en eso.

—Molly, ¿por qué montas este pollo?

—¿Crees que estoy montando un pollo? —Se me tensa la mandíbula. Típico de Cassie: le da la vuelta a la tortilla y hace como si fuera yo quien la ha atacado sin venir a cuento. Como si no llevara varias semanas completamente absorta en los mundos de Mina.

—Dios. Basta ya —dice—. Joder, eres tan...

—Susceptible. Ya lo sé.

Levanta las manos.

Y siento una oleada de calma. Sé que es raro, pero, aunque detesto que me llame susceptible, me gusta saber que eso es lo que iba a decir ella. Conozco a Cassie mejor que a mí misma. Y no creo que Mina llegue jamás a conocerla tan bien como yo.

—Me voy.

Se echa hacia atrás, riéndose, con las manos en los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y vas ir a pie hasta el metro a estas horas?

Y en ese instante reparo en que la gente nos observa. No de un modo descarado, pero sí con sutileza. A la gente le encantan los numeritos.

Me encojo de hombros.

—Molly, venga.

—Pero ¿en qué pensabas? —Ahora estoy aguantando las lágrimas—. ¿Decidiste emborracharte y diste por hecho que sería capaz de irme sola en coche a casa?

No puedo llorar. No puedo echarme ahora a llorar.

—Vale, ¿quieres que sea sincera? Pensaba que esta noche te irías con Will, de modo que...

—Sí, él también está borracho.

Cassie suspira.

—O que te quedarías aquí a dormir con él. Molly, por favor, no hagas como que no entiendes lo que digo.

—Es que no te entiendo. —Resoplo y me froto la frente—. No me he enrollado con Will.

—Sí, ya lo he visto. Y por eso creí que querrías el puto Lexus. A ver, ¿quieres dejar aquí el coche? Genial. Así nos ahorramos el lío de mañana por la mañana. Pensé que no querrías ir en metro esta noche, pensé que estaba siendo amable contigo, pero como quieras.

Hay una pausa. Levanto la vista y la luz parece algo más tenue, y todo el

mundo está un poco más borroso. Diviso a Max en la otra punta, que está hablando con una chica a la que no reconozco mientras se ríe. Lleva el flequillo sujeto con una horquilla de plástico.

—¿Y qué pasa con Reid? —dice Cassie, y por poco doy un respingo.

—¿Reid?

Pone los ojos en blanco.

—No sé. Es que el otro día noté algo en el porche.

—Somos amigos.

—Mira, yo sólo quiero que seas feliz, ¿vale? —Agarra mi bebida y le da un sorbo—. Y pensé que querías... Uf, esto está caliente y sabe fatal. —Toma otro sorbo—. Me refiero a que parecía que las cosas iban muy bien con Will, pero de repente me giro hacia acá y ha desaparecido, y es como: vale, no sé qué pasa. Pero luego parece que hay algo entre tú y Reid, que me parece genial, estupendo, como tú quieras...

Trago saliva.

—Ya, bueno. Según parece, Reid no es del tipo de tíos con los que salir. O con los que acostarse.

—¿De qué estás hablando?

—Eso es lo que dijo Mina. Dijo que Reid es uno de esos tíos con los que casarse...

Se echa a reír.

—Dios, Molly. Debería importarte una mierda lo que Mina diga. Mira qué mal gusto tiene ella. —Se golpea el pecho y sonrío—. Venga ya, es todo muy subjetivo. Por ejemplo, esa chica, la del vestido morado. —La señala con la cabeza—. ¿Te atrae sexualmente?

Sacudo la cabeza.

—Vale, pues ¿sabes qué? Yo creo que es alucinante y me acostaría con ella sin dudarlo.

—Seguro que a Mina le encantaría.

—Joder, es sólo un ejemplo. A cada uno le gusta quien le gusta. ¿Qué más da si alguien no lo entiende? Así hay menos competencia.

—No sé si yo...

—Mira, si te niegas a que te guste Reid por culpa de tu ego, te doy un tortazo. Mi ego. Yo no tengo *ego*. Si lo tuviera, ¿por qué lo pasaría tan mal pensando en si de verdad le gusto a Reid?

Sólo que, si soy totalmente sincera, sí que lo pienso. Le gusto. Y me gusta gustarle. Pero no estoy acostumbrada a este juego. Es un modo totalmente nuevo

de verme a mí misma, como si fuera una de esas chicas perfectas y desvaídas de las películas. Nunca he sido ese tipo de chica.

Aunque me encantaría serlo. Así que a lo mejor sí que soy una egocéntrica.

Hay algo terrible en admitir que le gustas a alguien. En cierto modo, es más fácil cuando no hay ninguna posibilidad de que pase nada. Pero luego está ese umbral donde, de pronto, las cosas se vuelven posibles. Entonces tus cartas están sobre la mesa. Y ahí estás tú, *deseando* a pecho descubierto.

Y eso implica muchas cosas. Que todos sepan que te atrae un chico que lleva zapatillas de color blanco eléctrico. La pequeña punzada de vergüenza que sientes cuando alguien piensa que no es guapo. A pesar de que lo es. De hecho, es adorable, joder. Y me gusta mucho; todo lo demás debería dar igual.

Quiero regresar a la normalidad.

Me siento perdida. Es como insertar cuentas en un hilo y percartarte de que olvidaste hacer el nudo. No me siento yo. No soy del tipo de chica que manda a la mierda a un chico y finge estar saliendo con otro mientras no deja de pensar en un tercero.

Nunca había discutido tan a menudo con Cassie.

Entre nosotras hay una especie de tirantez durante todo el día. Al final, ella durmió con Mina en la habitación de invitados de Max, y Samar, la amiga de Mina, me llevó en coche hasta el metro. Desde entonces no hemos vuelto a hablar nada: ni de Reid, ni de mi gigantesco ego, ni mucho menos de lo otro. De lo de dejarme plantada por Mina.

—Hola. —Cassie aparece en la puerta de mi cuarto mientras estoy guardando la guirnalda—. Mina está aquí y Olivia está trabajando, así que vamos a pintar cerámica con ella para hacerle compañía.

—Estupendo.

—Pensé que querrías venir.

—Vale. —Enrollo la guirnalda con cuidado alrededor de mi pulgar y mi codo, vuelta tras vuelta—. Pero no quiero invadir vuestra cita.

Se ríe sin ganas.

—No es una cita. Madre mía. Olivia va a estar allí todo el rato, literal.

No contesto.

—Oye, entiendo que sientes muchísima pena por ti misma, pero creo que te gustaría venir. ¿Has hablado con Olivia últimamente?

—No...

—¿Y no sabes lo nuevo de Evan?

Levanto la vista.

—¿Qué pasa con Evan?

—Bueno, esperaba que tú lo supieras. Abby tampoco lo sabe, pero algo pasa. Ella acaba de volver de Filadelfia. —Se encoge de hombros—. En cualquier caso, nos vamos ya, así que, si te apuntas, date prisa. —Dudo—. Bueno, mira. No vengas. No pasa nada. No quiero oír el rollo de que te dejé plantada por Mina.

—Voy —digo con rapidez.

Es como si Cassie y yo fuéramos compañeras en el baile más complicado del mundo. Todo parece extremadamente frágil. Si doy un paso en falso, ambas podríamos salir despedidas.

Cassie se pone en el asiento delantero del Lexus y yo me acomodo detrás. Nos pasamos todo el camino hasta Silver Spring sin dirigirnos la palabra, lo que provoca una especie de verborrea incontenible en Mina. Recuerdo que dijo que, cuando se ponía nerviosa, hablaba mucho.

—¿Habéis hecho esto antes, chicas? Tienen platos, tazas y de todo, ya modelado y cocido, listo para pintar. Qué divertido. Se me da fatal pintar, pero bueno. Molly, creo que te va a gustar.

—Sí, bueno, como Olivia trabaja allí...

—Ah, claro —sigue Mina—. Obvio. Ya lo conocéis. —Se detiene delante de una señal de *stop*.

—Pero hace mucho que no vamos —añado.

Se coloca un mechón de pelo morado oscuro detrás de la oreja.

—Ya, yo creo que voy a hacer algún dibujo de pingüinos. ¿Unos pingüinos enamorados o algo así? Quiero llevarle algo a vuestras madres por su boda. Aunque sólo si me sale bien.

—Les encantará de todas maneras —dice Cassie—. Te adoran.

—Ah, ¿sí?

—Sí, creo que agradecen que no me dejaras después de la cena con mi abuela.

Mina se ríe por lo bajo y Cassie se vuelve para sonreírle. Es muy raro presenciar todo esto desde el asiento de atrás. No es que estén siendo empalagosas o vulgares, pero me siento como si ellas fueran las adultas y yo, una niña pequeña. Debería ir en una silla infantil con un vasito en la mano.

Por fin aparcamos en la calle a una manzana o dos de la alfarería. Camino medio paso por detrás de Mina y Cassie. No estoy muy habladora. Supongo que me siento algo cohibida. Así que, como es lógico, el acto de hablar se convierte en algo imposible. A veces me pasa: entro en un círculo vicioso de silencio. Es como si cada vez que se me ocurriera algo que decir, lo ensayara tantas veces en mi cabeza que al final se me acabara olvidando si lo he dicho o no. Y sobra decir que los chistes son mucho menos graciosos si los repites sin querer. Mejor no arriesgarse.

—La verdad es que no sé qué nos vamos a encontrar ahora —dice Cassie mientras camina hacia atrás como si fuera nuestra guía turística.

—¿Te refieres a lo de Evan?

—Sí. Ignoro los detalles. No sé nada. Abby sólo dijo que pasaba algo. —Se encoge de hombros y empuja la puerta.

La alfarería está tranquila para ser sábado, y enseguida veo a Olivia. Está sentada junto a una de las mesas pintando un plato. Hay dos niñas pequeñas decorando huchas de cerámica con forma de cerdito con su madre. Aparte de eso, tenemos el local para nosotras solas.

—Ay, hola —nos saluda Olivia sin levantarse. Nos acercamos a ella y parece normal. Es decir, lleva una camiseta muy chula con el dibujo de un gnomo y no parece que haya llorado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Mina mientras echa un vistazo a su trabajo.

—Ah, una chorrada. Es un adorno para colgarlo.

Pero no, no es ninguna chorrada. Me quedo mirando el plato de Olivia con una sensación estúpida de celos. Dios, siempre se me olvida lo creativa que es. Como si de vez en cuando me engañara a mí misma pensando que yo también lo soy, pero no, no tanto como ella.

El plato de Olivia es alucinante. Ha pintado el fondo de color verde claro y ha decorado el borde con una línea dorada. En el centro, hay un dragón a medio pintar, dibujado con una exquisita minuciosidad, con unas escamas perfectamente definidas.

Reid fliparía con esto. Es una pasada.

—¿Puedo hacerle una foto? —pregunto.

Olivia parece confundida.

—Al dragón —añado—. Es precioso.

—Ah, gracias.

—En serio.

—Bueno, no está acabado, pero claro.

Saco una foto con el móvil. Cuando nos sentamos alrededor de la mesa, Olivia nos trae platos, pintura y pinceles. Primero se supone que debemos pasarles una esponja mojada. Luego, Olivia nos recuerda que apliquemos tres capas de pintura para el fondo.

—Mírala, qué dura —dice Cassie—. Pobre de quien se salte una de las capas. Olivia se pondrá furiosa.

Olivia asiente.

—Pobre de quien se la salte.

Casi diría que está normal, si no fuera porque sé que pasa algo con Evan. De

modo que no puedo evitar percibir tristeza y dolor en cada pincelada. Me dan ganas de preguntarle. Me resulta increíble que Cassie no lo haya hecho ya.

Sin embargo, trabajamos en un silencio casi total. Cubro toda la superficie de mi plato con tres capas de pintura blanca, lo que parece un poco absurdo. Cuando se seca, dejo en blanco una mitad entera, aunque lleno el borde de florecitas de colores. Enfrente, Mina está con sus pingüinos, apoyada en un codo. Y Cassie intenta copiar el dragón de Olivia, aunque no le sale muy bien.

—Parece que lo ha pintado un feto —gruñe.

Mina apoya la mejilla en el hombro de Cassie.

—A mí me gusta.

Cassie sonrío.

—Lo suponía.

—Bueno, chicas, ¿estuvisteis entonces anoche en una fiesta? —pregunta Olivia.

—Sí, estuvo bien. Y tú acabas de volver de Filadelfia, ¿no? —dice Mina.

Choca esos cinco, Mina. Qué rápido ha encauzado la conversación para hablar de Filadelfia. Se nota que es hija de psicólogos.

—Sí, volví anoche —explica Olivia, y suspira.

Cassie salta:

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—Bueno. —Olivia se encoge de hombros—. Sí, en fin, Evan ha cortado conmigo.

—Oh, Livvy...

—Ya... —Me lanza una sonrisa vacilante.

—Dios. ¿Qué ha pasado?

Sacude la cabeza despacio.

—La verdad es que no lo sé. —Vuelve a encogerse de hombros. Entonces, rompe a llorar.

—El muy cabrón... —suelta Cassie.

Al final, Olivia nos lo cuenta todo:

—Iba a quedarme hasta el miércoles. Y luego, no sé. —Se sorbe la nariz—. Todo estaba normal, más o menos. Bueno, supongo que él estaba algo distante, pero no me di cuenta, ¿sabéis? Me doy cuenta ahora.

—¿Fue en casa de sus padres? —pregunta Cassie.

—Sí. —Respira hondo—. Sí, en su casa. Como estaban sus padres y su hermana, tampoco se formó mucho drama.

Los padres de Evan Schulmeister. Siento curiosidad por cómo son. Seré una

cotilla, pero me encantaría saber cómo funciona una historia como esta. ¿Qué pasa cuando vas a ver a tu novio, que vive lejos, a casa de sus padres? ¿No te acuestas con él? ¿O te arriesgas con la esperanza de que no te pillen? Porque algo me dice que la familia de Evan Schulmeister es muy, muy entrometida, aunque se trata sólo una especulación. Tampoco es que sea relevante ahora mismo.

Volviendo al tema:

—¿Os acostasteis? —suelta Cassie sin rodeos.

Olivia se sonroja.

—A ver, sí.

—Vamos, que se acostó contigo y luego te dejó.

—Eso parece.

—Joder, yo a este tío me lo cargo —dice Cassie. Mina asiente con solemnidad.

—Pero no lo entiendo —repongo.

Olivia juguetea con el pincel.

—Yo tampoco. Todo estaba bien, ¿sabéis? Me pidió que me quedara hasta el viernes, así que tuve que reorganizar mi calendario laboral...

Cassie refunfuña.

—Menuda mierda.

—Supongo que tenía planeado cortar conmigo, pero todavía no había reunido el valor. Que necesitaba una especie de prórroga.

—¿ESTÁS DE COÑA?

En la otra punta de la tienda, las dos niñas y su madre levantan la vista de sus cerditos.

—Mierda. Perdón. —Cassie baja la voz hasta el susurro.

—No pasa nada —dice Olivia—. No, no estoy de coña. Ayer por la mañana llega a la habitación de invitados y me trae el desayuno: té, pan y todo eso. Yo pienso que es un detalle. Nunca me había traído el desayuno a la cama, ¿sabéis? Y espera a que tenga la boca llena para decirme: «Quiero hablar contigo». Y yo me quedo: «Ah, vale». Y él me suelta: «Creo que no estoy preparado para una relación exclusiva».

—Hostia puta —dice Cassie—. Total, sólo lleváis saliendo desde octavo, joder.

—Ya. —Olivia se encoge de hombros.

—¿Y entonces?

—Pues a ver, tampoco voy a ponerme a discutir con él.

—Coño, no me lo puedo creer.

—Pero ahí no queda la cosa —añade Olivia—. Como me quedo callada, él no para de repetir que está muy preocupado porque no reacciono.

—Menudo mentiroso —interrumpe Mina.

—¿A que sí? Así que al final me dice que me deja sola para que lo *procese*.

—Uff —resopla Cassie.

—Y justo antes de irse, se vuelve muy serio y me suelta: «Quiero que sepas que podemos seguir acostándonos».

Me atraganto.

—NO puede ser.

—Pues sí.

—Puto Schulmeister —dice Cassie—. Yo sí que lo voy a acostar a él, pero de la hostia que le voy a dar. El muy despreciable hijo de puta.

Dios, se me había olvidado lo aterradora que es Cassie cuando se enfada de verdad. Creo que no la veía así desde secundaria, desde que aquellos chicos me dijeron lo de la erección: «ploooof». Supongo que ella es así: tiene cero tolerancia hacia este tipo de crueldad. Aplastaría a esa clase de chicos sin pensárselo dos veces.

Es algo heroico. Me encanta que sea así.

Y es en este momento cuando me pilla mirándola, puede que por casualidad, y siento que esbozo una ligera sonrisa. No puedo evitarlo.

Ella también me sonrío. Sólo un poco.

Y siento una oleada de alivio.

Cuando me levanto el domingo, Cassie ya se ha ido, pero mis madres me convencen para que me pase por el mercado de productores, así que me voy para allá dando un paseo. Hoy es uno de esos días en que la gente es agobiante, así que, cuando veo que hay un hueco en el extremo de un banco, me siento allí con las piernas cruzadas mientras juego con mis pulseras de la amistad.

Los niños deambulan por todas partes entre los puestos de verdura y los de flores. Este tipo de cosas me suelen provocar mucha nostalgia.

Hoy estoy, más que nada, cansada.

Así que ahora soy, de manera oficial, la persona que se sienta en un banco un día de clima perfecto, rodeada de vecinos y ensimismada con su iPhone.

Escribo a Abby.

¿Sabes algo de Schulmeister? —*Emoji* enfadado.

Luego busco la foto del plato de Olivia y se la envío a Reid antes de que me

dé tiempo a arrepentirme.

Mira, mi amiga Olivia ha pintado este plato. ¿A que te has enamorado de él?

Vale, escribir el verbo «enamorarse» en un mensaje dirigido a un chico tiene algo de aterrador. Incluso en este contexto, totalmente neutro, del dragón. Ahora no puedo dejar de mirarlo, como si lo hubiera escrito en negrita con un corazón en la primera «a».

Oh, me he enamorado totalmente —contesta. Y al momento—: **¿Qué tal el mercado de productores?**

Vale, espera.

Me vuelve a escribir:

Psss, ¡levanta la vista!

Y es él. Está aquí mismo.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí?

—¿Comprar verdura? —me dice, elevando la voz como si hiciera una pregunta. Me enseña una bolsa de la compra reutilizable.

—Claro. —Sonrío.

Dios, es tan él. Lleva unos pantalones cortos marrones y una camiseta de *Juego de tronos*, pero es un modelo diferente al del otro día, lo que significa que tiene varias. Y sus zapatillas. Que son tan, tan blancas. Siento como si mi estómago fuera una cinta que se retuerce.

—Oye, adivina qué —digo con rapidez.

Por supuesto, trata de adivinarlo.

—Has encontrado un pollito en un huevito de chocolate.

Me echo a reír.

—No.

—Qué pena. —Se sienta a mi lado en el banco—. ¿Entonces qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué tengo que adivinar?

—¡Ah! Ahora va a sonar decepcionante. El otro día me di cuenta de una cosa que me recordó a ti.

—¿Qué fue?

—¿Sabes que jarra rima con garra?

—Hmm. Sí —afirma, y sonrío.

—Supongo que el viernes me pareció gracioso —me justifico—. Ya te dije que sería decepcionante.

—¡A mí me parece gratificante!

«Gratificante». Menuda palabra. Dios. Cómo es posible que me ponga tan

colorada. No puedo seguir comportándome así con él.

—Oye, tengo una pregunta —suelta de pronto. Carraspea—. ¿Tienes ganas de trabajar hoy?

—Ah, claro. ¿Necesitas que te haga el turno? —Me meto el pelo detrás de la oreja.

—No, sólo quiero compañía.

—¿En serio?

—En serio. Y te pagaré con huevitos de chocolate.

—Ya sabes que haría cualquier cosa a cambio de eso.

—Sí.

Le sonrío. No sé cómo explicar mis sentimientos. Es terror y alegría en partes iguales, cosa que carece de sentido. Lo sé.

—Deja que escriba a mis madres para decírselo.

—Qué responsable.

Bajamos por Carroll Avenue y Reid me habla de la nueva mercancía que ha llegado a Bissel, aunque me cuesta prestarle atención. Para ser sincera, estoy un poco obsesionada con mi mano. Y su mano. Y el espacio que hay entre ellas. No sé si debería balancear el brazo, juntar las manos o dejarlas colgando. Todos los movimientos parecen deliberados. Es algo ridículo. Si me convirtiera en un gráfico con forma de tarta, la parte de mí obsesionada con las manos equivaldría a Pac-Man.

—Así que nos hemos quedado con la mayor cantidad de plástico de burbujas que jamás ha existido en un solo lugar —concluye.

—¿Y qué hay de la fábrica de plástico de burbujas?

—Hemos superado incluso a la fábrica de plástico de burbujas.

Hago como si explotara una burbuja entre los dedos. Pop.

—Pop —dice Reid. Lo miro y está sonriendo.

Pasamos por delante de Cassie, pero no me doy cuenta hasta que me llama. Está en un banco con Mina y Olivia, y sostienen unas tarrinas de helado con cucharillas de plástico. Cassie tiene las piernas encogidas y cruzadas.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis?

—He engañado a Molly para que me ayude en el trabajo —reconoce Reid.

—No, yo lo he engañado a él para que crea que me ha engañado.

Mina se ríe y Cassie pone los ojos en blanco, pero sin maldad.

—¿Os conocéis? Olivia, Reid.

—Hola. —Reid sonrío a Olivia y ella le devuelve el gesto.

Me siento algo inquieta. Puede que sea por la forma en que él está sonriendo

o por lo rojas que se le ponen a ella las mejillas.

—Guau. Me encanta tu camiseta —comenta Olivia.

Reid parece encantado.

—Espera, ¿te gusta Juego de tronos?

—¿Que si me gusta *Juego de tronos*? —pregunta incrédula—. ¿Soy un ser humano con un corazón que late?

—¡Sí! —Reid sacude el puño en el aire.

Y mi acceso de temor se convierte en una oleada de pánico, porque ya he vivido esto antes. En el 9:30 Club, con Cassie, Mina y la camiseta de Georgie James de Mina.

Y por primera vez en cuatro años, Olivia está soltera.

No. No. No.

Nunca he sido de las que tienen ganas de pegar a la gente. No me imagino dándole un bofetón a Olivia.

Mi dulce amiga Olivia, enamorada de las hadas, océano de calma, a quien le acaba de partir el corazón Evan Schulmeister. Creo que me estoy volviendo loca.

Porque se trata de *Olivia*.

Es decir, no puedo ser tan mezquina.

—Deberíamos irnos —apunto enseguida, y Reid asiente.

—Bueno, oye —dice Cassie—. Estábamos pensando en hacer mañana una fiesta de pijamas. Nosotras, Will y Max. ¿Os apuntáis?

No me hace falta mirar a Cassie para saber que está guiñando un ojo de forma embarazosa. Lo noto en su voz.

Miro a Reid y se encoge de hombros.

—Vale, sí. —Sonríe.

Y Olivia también sonrío.

No sé si la sacudida que siento en el estómago es entusiasmo o pavor.

Patty y Nadine se muestran de acuerdo con la fiesta de pijamas. Creo que se inquietarían un poco si la única que se quedara a dormir fuera Mina, pero supongo que son conscientes de lo cortarrollos que somos los demás.

No creo que les preocupe siquiera que yo esté con chicos, lo que no deja de ser un poco triste.

En cualquier caso, Nadine saca unos sacos de dormir viejos del armario de la ropa blanca como muestra de aprobación. Mina levanta las cejas.

—Vuestras madres son lo más.

—¡Tus padres también! —exclama Cassie.

—Los míos son guais, pero no tanto como las vuestras. ¿Os dejan beber?

Cassie y yo nos miramos.

—En teoría, no —responde mi hermana.

Mina se muerde el labio.

—¿Debería decirle a los chicos que no traigan vodka?

—Seremos discretos. —Cassie sonrío y se me acelera el corazón. Nunca me había sentido tan diecisieteañera.

Cubrimos el suelo de la habitación de Cassie con los sacos de dormir. Antes, toda la planta de arriba era un desván, así que las habitaciones no son muy grandes que digamos. La de Cassie no es la mayor, pero lo parece porque es la única con el techo lo bastante alto como para que quepan las literas.

Mina se queda a cenar. Para causar buena impresión, Nadine ha comprado en Bonchon unas alitas de pollo coreano con doble rebozado, aunque, para ser sincera, no sé si se trata de un detalle agradable o si nos adentramos en territorio de la abuela Betty. En cualquier caso, Mina se lo toma a risa.

—Es estupendo —afirma.

—Es que pensamos que tú eres estupenda —contesta Nadine.

Pero todo el mundo está raro. Salvo Xavier, que hace solos de tambor en la bandeja de su trona con una cuchara de plástico. Pero el resto..., no sé cómo explicarlo.

—Entonces, ¿quién viene esta noche? —pregunta Patty—. ¿Olivia...?

—Y Will, Max y Reid —añade Cassie.

—Qué cantidad de gente —dice Nadine.

Nos quedamos calladas un momento.

—Sí —admite por fin Cassie.

—Bueno, chicas, ¿ya estáis listas para la boda? —inquire Mina.

—Creo que sí. —Nadine se encoge de hombros—. Va a ser muy sencilla. Vienen unas treinta y cinco personas, así que lo único importante es dar de comer a todo el mundo.

—Y tendremos comida kosher, sin gluten, vegana... De todo —añade Patty.

Se produce otro silencio arbitrario, tampoco sé por qué. Quizá no hemos encontrado aún el ritmo con Mina.

—Y nuestro sobrino se está ocupando del alquiler de las mesas y las sillas —continúa Patty.

—¿Isaac? —pregunto. Es el hermano de Abby; me cuesta imaginármelo al teléfono con la empresa de alquileres para bodas. Es un chico listísimo, lo bastante como para conseguir una beca completa en Howard. Pero le encanta salir de fiesta, y no precisamente a sitios donde se alquilan sillas modelo Chiavari.

—Tiene cualidades ocultas —explica Nadine.

—Tal vez deberíamos tener un plan B.

—Claro, ¿cuál es el plan si llueve? —inquire Mina—. Mi madre me lo preguntó el otro día. —Le da un bocado a la alita de pollo y la deja para alcanzar la servilleta.

—El plan es negar la posibilidad de lluvia —dice Nadine. Y Xavier da un golpe sonoro en la bandeja como para añadir un signo de exclamación.

Todos llegan después de cenar, y no logro que mi mente se calme. Vamos a pasar la noche en el cuarto de Cassie juntos. Con Reid. No estoy muy segura de cómo manejar la situación. Soy una versión de mí misma cuando estoy con Reid, y otra versión diferente cuando estoy con los amigos de Mina. No se me dan bien las colisiones de mundos. Me siento nerviosa e inquieta.

—Qué barrio más guay —empieza Will—. Me da envidia que podáis ir andando hasta el metro.

—Es muy práctico, la verdad. —Cassie se sienta junto a Mina en el suelo y apoyan la espalda contra la cama. Todo el mundo está apoyado en algo: Will y Max en los cajones del escritorio, Olivia en la puerta y Reid y yo en la pared, de manera que formamos un rectángulo que ocupa todo el suelo de la habitación. Si estiráramos las piernas, creo que nos tocaríamos con los pies.

Will abre la cremallera de su famoso bolso y saca una sofisticada botella de

vodka, de esas de cristal esmerilado con el tapón azul. No tengo ni idea de dónde saca toda esta bebida. A lo mejor tiene un carné de identidad falso. A lo mejor todos lo tienen, menos yo. Me siento como si estuviera en una película.

Cassie ha traído un cartón de zumo de naranja del supermercado y lo primero que hace es servir un poco en un gran vaso de plástico. Ese es el truco favorito de Cassie. Si haces hueco, se puede mezclar el vodka directamente en el cartón.

—Yo me bebo eso —digo enseguida—. Me quedo con el vaso de zumo.

—¿Lo compartimos? —me pregunta Reid, y le sonrío. Tenía el presentimiento de que él no iba a beber.

Pero todos los demás beben, incluso Olivia. Y es gracioso. Nunca me imaginé yendo a una fiesta de pijamas con alcohol. Ni a una fiesta en una casa con alcohol. Y mucho menos, a una de cada en la misma semana. Supongo que es lo que tiene haber cumplido diecisiete años: no sabes lo que vas a hacer hasta que lo haces.

—Adivinad lo que he leído hoy —empieza Cassie—. ¿Sabíais que los orgasmos fortalecen el cinturón abdominal?

—Qué maravilla. —Max agita el puño en el aire.

Olivia se muerde el labio.

—Yo nunca he tenido un orgasmo.

Y tiene gracia, porque siento un ramalazo de envidia al oírla. No por el hecho de que nunca haya tenido un orgasmo (quién lo diría, Evan Schulmeister). Parece obvio que yo tampoco lo he tenido. Y la carencia de orgasmos no es algo envidiable. Sin embargo, me gustaría ser capaz de admitirlo en voz alta, como ella.

—Olivia —empieza Cassie—, no sabes lo que te pierdes.

¿De verdad tenía que decirlo?

—He oído que es como un estornudo —añade Olivia.

—¿El orgasmo? —Cassie se ríe—. ¿Quién dice eso?

—Pues Internet.

—¿Por eso te dio durante una época por esnifar comino en polvo? —pregunta Cassie.

—Investigación científica.

—Olivia, que graciosa eres. —Mina se ríe por lo bajo.

—¿Sabes a qué se parece? —pregunta Cassie de pronto. Se reclina hacia atrás y extiende el brazo a lo largo del marco de la cama—. Se parece a Super Mario Bros. Es como cuando Mario se come la hoja y corre tanto que echa a volar. —Corta el aire con la mano.

Will y Max empiezan a reírse tanto que creo que les va a dar algo. Pero Olivia se queda pensativa.

—Qué bonito, ¿no?

—Olivia, no es así. Los orgasmos no son como los videojuegos —explica Max.

—Ah, vale, que tú eres el experto. Estoy segura de que eres la única persona del mundo que ha tenido uno. —Cassie pone los ojos en blanco.

Estoy flipando un poco. Esta conversación me está destrozando. A veces pienso que soy la última virgen que queda en el universo. El resto de la población hace el amor sin parar. Todo el mundo se desnuda, se toca, se besa. Salvo yo. Sé que no es cierto, pero así es como me siento.

Will se bebe su vaso de un trago y lo rellena de inmediato.

—No se te ocurra emborracharte —le advierte Cassie.

—No estoy borracho.

Ella le lanza una mirada inquisitiva.

—Mira —dice Will mientras se pone de pie—. ¿Quieres que camine en línea recta? —Camina en línea recta directamente hacia mí—. ¿Ves? Sobrio total. —Y se desliza por la pared para sentarse junto a mí: su costado está pegado al mío. Y Reid está a mi otro lado. Para ser sincera, esto es emocionante: soy un sándwich entre dos chicos. A pesar de que Will no me gusta. Al menos, no tanto como Reid.

Will le pregunta a Cassie si puede poner música y se acerca un poco más para preguntarme qué quiero oír. Parece una prueba.

—Florence and the Machine —digo poco convencida.

—Ah. —Will asiente. Es imposible descifrar su expresión.

La situación es un poco abrumadora. Cassie pone el disco de Florence and the Machine y todo el mundo sigue hablando de sexo.

—Oye. Tengo una teoría —me susurra Reid, acercándose un poco.

—Una teoría.

—Sí. —Hace una pausa y baja la voz—. Creo que todo el mundo es virgen. Que son todos unos fantasmas.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa.

—¿De verdad?

Asiente con ímpetu.

—Es una enorme conspiración. Creo que todos insinúan que tienen relaciones sexuales, pero que en realidad están en casa navegando en Internet.

—Contándoles a sus amigos de Internet la cantidad de veces que se acuestan

con alguien —añado.

—Eso es. —Sonríe.

—Vale. Pero ¿cómo se explican entonces los embarazos?

—Inmaculadas concepciones.

—Oye. —Will me da un codazo—. ¿De qué cuchicheáis? —Y en ese momento me agarra la muñeca y la coloca en la palma de su mano. De pronto parece estar muy intrigado por la textura de mis pulseras de la amistad, ya que pasa el dedo por ellas. Siento que me falta el aire—. ¿De quién son? —pregunta.

—De mi prima. —Trago saliva—. Abby. Es mi mejor amiga.

—A ver si lo adivino: ella lleva unas iguales.

—A lo mejor. Claro.

Siento que Reid me observa, que observa a Will, y se me pasa por la cabeza que quizás esté celoso. Es decir, podría imaginarlo. Pero es sólo una sensación. Y no es una mala.

No cabe duda: soy una persona mezquina.

Más tarde, cuando nos metemos en los sacos de dormir, vuelvo a estar entre Reid y Will. Este último se pega a mí como una lapa, tanto que no sé cómo me voy a levantar para ir al baño sin empujarle. El hecho de pensarlo me provoca ganas de hacer pis, muchas ganas, y no quiero moverme.

Estoy tumbada junto a Will el *Hipster*.

Y junto a Reid.

Creo que el corazón se me va a salir del pecho.

Me despierto con el sonido de la tela del saco. Will se ha dado la vuelta, aunque sigue sopa y ronca ligeramente con la boca entreabierta. Max está hecho un ovillo a su lado. Cassie y Mina están envueltas en mantas en la litera de arriba.

Pero la de abajo está muy estirada. Supongo que Olivia ya se ha levantado. Y el saco de dormir de Reid también está vacío.

De repente siento una sacudida de terror e intento contenerla.

Salgo del saco y hago una parada en el baño. Luego, camino muy despacio por delante del dormitorio de Xavier y bajo las escaleras. El salón está iluminado, pero de un modo tenue. Cuando miro desde la puerta, veo dos cabezas despeinadas por encima del respaldo del sofá. Muy cerca una de la otra.

—Hola. —Entro en el salón. El cerebro me zumba.

—Ah, hola —saluda Reid. Y puede que sean imaginaciones mías, pero juraría que parece sobresaltado. Puede que incluso se sienta culpable.

Olivia me sonrío. Y está prácticamente acurrucada contra él.

Me quedo paralizada.

—¿Lleváis mucho tiempo despiertos, chicos? —pregunto despacio. Me siento sobre el reposabrazos del sillón.

—¿Una hora o así? —dice Reid—. Estábamos pasando el rato.

Intento no mirarlos. Lo intento. Pero tengo que hacer inventario. Olivia está debajo de la manta y no le veo las manos. Tampoco veo las manos de Reid.

Paralizada. O todo lo contrario.

Se están dando la mano debajo de la manta. Estoy casi segura. Lo cual es una solemne idiotez. Qué más me da quién le guste a Reid. Debería importarme un bledo. Me resbala.

Sólo que en ese momento Olivia se estira y veo que tiene las manos entrelazadas, así que suspiro aliviada.

No se están dando la mano.

Eso es bueno.

Necesito recuperar el aliento.

—Le estaba explicando a Reid los diferentes tipos de objetivos que hay —dice Olivia.

—Sí. Según parece, los objetivos existen. Y se pueden quitar de la cámara.

—Según parece, las cámaras existen más allá del iPhone. —Olivia sonríe.

El hoyuelo de Reid hace aparición.

—Porque tú lo digas.

No puedo estar aquí. No puedo presenciar esto.

—Debería vestirme —digo.

Imaginemos ahora que uno tarda en vestirse cinco horas, porque ese es el tiempo que paso en mi habitación. Y si pudiera quedarme allí para siempre, lo haría.

Al final aparece Patty junto a mi puerta.

—¿Tienes un minuto?

Estoy en la cama. Y no tengo un minuto. El programa de hoy está dedicado por completo a Facebook —*Reid Wertheim y Olivia Lambert ahora son amigos*— y a revisar el teléfono en busca de mensajes. Que son inexistentes. Por supuesto, joder.

Pero me encojo de hombros. Cuando Patty abre del todo la puerta, veo que detrás están Nadine y Cassie.

—Reunión familiar —anuncia Nadine—. ¿Te importa que nos sentemos?

Sacudo la cabeza.

—¿Dónde está Xav?

—Lo está cuidando Mina. —Se aproxima a los pies de mi cama mientras Patty coge la silla. Cassie se pone a mi lado y se aprieta la almohada contra el pecho—. Bueno —comienza—. Sin rodeos, chicas: ¿anoche hubo alcohol?

Noto que Cassie se pone tensa. Yo no abro la boca.

Nadine aprieta los labios.

—Empecemos por el principio. ¿Alguien quiere explicarme por qué Will estaba vomitando en el baño a las cuatro de la mañana?

—¿Vomitó? —pregunta Cassie.

—Sí, señora, vomitó.

Cassie me lanza una mirada.

«¿Tú lo sabías?».

«Yo no».

Una conversación telepática perfecta.

—No tenía ni idea —responde Cassie.

—No estoy preguntando si lo sabíais. Os estoy preguntando el porqué.

Cassie aprieta más la almohada y asiente. Yo debería negarlo, debería recalcar que sólo tomé zumo de naranja. Al menos esta vez.

—Creo que no hace falta que os diga que es inadmisibile. —Patty sacude la cabeza—. Os damos mucha libertad.

—Confiábamos en vosotras —interrumpe Nadine.

—Lo siento —susurra Cassie—. Es culpa mía.

Y puede que no sea justo, pero no la contradigo. Porque es verdad. Es culpa suya. Ella fue quien los invitó a todos. Por su culpa es posible que estén a punto de castigarnos para siempre. Y también por su culpa Olivia y Reid estarán coqueteando en este preciso instante por Facebook. Probablemente. Sin duda.

Voy a llorar.

—Molly, necesitamos oírte —me apremia Patty.

—¿Qué queréis que diga? —Siento que me escuecen los ojos y sacudo la cabeza—. Si vais a castigarnos, castigadnos.

—¿Perdona? —dice Nadine.

—Decidme qué queréis que haga. ¿Queréis mi teléfono? Aquí está. —Se me quiebra la voz—. Me da igual.

—¿Sabes qué? Que no. Que esto no funciona así. ¿Queréis beber como adultas? Bien. Entonces vais a tener que hablar de ello como adultas.

—Claro, estoy hablando. —Cruzo los brazos.

—Molly —susurra Cassie.

Me doy la vuelta de golpe.

Patty acerca la silla.

—Molly, ¿qué pasa? Cuéntanoslo.

Mis pensamientos vuelan y no logro alcanzarlos.

—Creo que, joder, no es para tanto. —Se me traba un poco la lengua al pronunciar «joder»—. Dentro de un año estaremos en la universidad. Cumplimos dieciocho años dentro de cinco meses.

—¿Y eso implica que ya podéis beber a escondidas? —La voz de Nadine es suave y, sin embargo, retumba—. Creo que no.

—¿Qué más da? —replico—. ¿Por qué es tan importante todo esto?

Es como si un yunque cayera del cielo. Todo el mundo se queda inmóvil. Todo el mundo me mira.

—Oye, oye, ¿y a ti qué mosca te ha picado? —Nadine se pone de pie.

He llegado demasiado lejos para detenerme ahora.

—¿A mí? Ninguna. No me ha picado ninguna mosca. No me pasa nada. Quizá deberías hablar con Cassie. Quizá deberíais preguntarle a ella cómo es un orgasmo.

Cassie me mira boquiabierta.

—¿Estás de broma?

—Molly, eso no está bien... —comienza Nadine, pero la corto en seco:

—No me importa. Estoy harta. —Me levanto de golpe, paso por su lado, cruzo la puerta y bajo las escaleras.

Mina sale de la cocina sujetando a Xavier de las manos mientras él camina.

—Ay, hola.

Apenas le devuelvo el saludo. Ni siquiera me detengo para darle un abrazo a Xav. Salgo a la calle, me da igual que esté lloviznando, me da igual ir en pijama. Me siento en los escalones y saco el teléfono. Llamo a Abby.

Contesta a la primera señal.

—Qué gracia, ¡justo ahora estaba hablando de ti!

Me da un vuelco el corazón. Si estaba hablando de mí, es que no está sola, lo que significa que estoy a punto de sacar a la luz todos mis problemas delante de Nick o de Simon o de cualquiera de los millones de nuevos amigos de Abby. Perfecto.

—¿Molly?

—Hola —suelto como un resorte.

—¿Estás bien? Molly, ¿qué pasa? Espera, no cuelgues. Un segundo... —Me la imagino haciéndole un gesto a Nick, tal vez sonriendo como si pidiera

disculpas—. Vale, voy a la planta de arriba. ¿Qué ha pasado?

Tengo ganas de contarle que a Reid le gusta Olivia, pero no puedo. Menuda ridiculez. A ver, es Abby. No se va a reír de mí. Aunque podría. No lo sé. A lo mejor Cassie le ha hablado de Reid. A lo mejor le ha contado lo que dijo Mina de que el sexo con Reid era impensable. Lo que significa que conmigo también será impensable, seguramente. Porque el sexo entre la gente rara es como una broma. Gordo contra gordo. Empollón contra empollón. Ploof. Y nadie parece ver lo mono que es Reid, salvo yo.

Y salvo la cabrona de Olivia.

Reid contra Olivia.

En serio, quiero gritar.

—Molly, dime algo. ¿Estás bien? —insiste.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. ¿Qué pasa?

Necesito respirar. Necesito que mis pulmones se coordinen.

—Es que... —Respiro hondo—. Cassie está muy cabreada conmigo, y mis madres también.

—Bueno. —Hay una sonrisa en su voz—. ¿Eso es todo?

—No tiene gracia.

—Oh..., no, Molly. No me estoy riendo de ti. Pero es que... ¿sabes cuántas veces se enfada Isaac conmigo? ¿Y mis padres? Te lo juro, mi padre se cabrea conmigo todos los días. Los padres son así.

—Mis madres no.

—Porque nunca la cagas.

—¿Estás de coña?

Se ríe.

—Venga, ¿qué ha ocurrido?

Se lo cuento y, a decir verdad, me siento más calmada. Supongo que la situación tiene cierta gracia. Acabo de dejar a Cassie ahí arriba con el marrón de explicar cómo es un orgasmo. A nuestras madres, me refiero.

—Así que Will el *Hipster* la ha pifiado, ¿eh?

—Pifiado es poco.

Abby se ríe.

—Ya no es digno de enrollarse con Molly.

—Jamás.

Como si enrollarse con Molly fuera un lujo. Como si los tíos hicieran cola en mi puerta. Odio esa expresión. Mi abuela la usa a veces. Como si ese fuera el

objetivo: tener frente a ti una fila de tíos desesperados por salir o acostarse contigo o por lo que sea. Como si quisiera coleccionar chicos como pokémon.

No quiero eso. No quiero romper corazones. Sólo quiero a Reid.

Me da miedo incluso pensarlo.

Quiero a Reid. Y puede que esté loca, pero estaba segura de que yo también le gustaba a él. Por cómo me miró bajo la tormenta. Por cómo se acercaba a mí últimamente. Por cómo me miraba mientras hablaba con Will.

Estaba convencida.

Dejé de ser tan comedida.

Y ahora ya sé lo que es que te rechacen. Una mierda absoluta.

21

—¡Anda! ¡No estás castigada! —exclama Reid cuando llego al trabajo.

—Todavía. No lo sé. —Me agacho junto a él en la sección de bebé. Hay zapatitos por todas partes—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Disturbios infantiles.

—Cielos.

—Esto ahora mismo es anticonceptivo —comenta.

Sonríó levemente mientras comienzo a amontonar cajas de zapatos.

—Ahora en serio —dice al cabo de un momento—. ¿Va todo bien? Mina le dijo a Olivia que parecías enfadada.

—¿Has hablado con Olivia?

—Me escribió.

Me da un vuelco el estómago.

—Muy bien.

Hay alrededor de cincuenta millones de cosas que le preguntaría ahora mismo, como: «¿Cuándo os disteis los teléfonos Olivia y tú?». Y sobre todo: «¿Te gusta más que yo?».

—Hola, chicos. —Alzo la vista y veo a Deborah—. ¿Está disponible mi equipo de cachas? Acabamos de vender la librería de madera rústica. —Levanta el brazo con el puño cerrado.

—Vamos allá. —Reid se pone en pie de un salto y me extiende la mano. Se la cojo.

Me la aprieta con suavidad antes de soltarla. Y Olivia deja de existir en ese instante.

Hasta que la veo junto a la caja con su pelo de mechaz azules perfectamente desaliñado. Lleva una camiseta, vaqueros y lo que parece la funda de una cámara.

—¿Has comprado una librería? —le pregunto.

Se echa a reír.

—Uy, no. Estoy buscando un marco de fotos y así, de paso, os saludo.

—Hola —dice Reid con una sonrisa.

—La mujer acaba de darle la vuelta al coche. —Deborah apoya la mano en el hombro de su hijo.

Llevamos la librería en silencio y noto que Reid me mira desconcertado. No quiero hablar. Ahora mismo no confío en mi voz. No me puedo creer que Olivia esté aquí. Está aquí. Y no creo que sea por mí.

—¿Has encontrado el marco? —pregunta él cuando regresamos dentro.

—¡Claro! ¿Qué te creías?

Como era de suponer, ha escogido el marco que más me gusta de toda la tienda. Porque, claro, así es Olivia. De madera azul clara con ramos de flores diminutas pintadas a mano.

—Es para tus madres —dice—. ¿Te han dicho que voy a encargarme de las fotos de la boda? De hecho, ahora voy hacia allá para hacer algunas pruebas. Llevo mi Canon. —Le da un golpecito a la funda que lleva colgada.

—¿Tu cañón? —pregunta Reid imitando una explosión.

—Mi cámara Canon.

—Ah, ya. Oye, estaba pensando que mi amigo Douglas es muy tecnológico y desde hace poco le interesan las cámaras y la fotografía. A lo mejor podrías hablar con él.

«JODER, QUÉ PASA, ¿QUE A TODO EL MUNDO LE INTERESA AHORA LA FOTOGRAFÍA?».

—Claro —dice Olivia.

—Además, Will también hace fotos y Mina está aprendiendo. —Sonrío con tirantez—. Así que Douglas tiene donde elegir.

—Ah, guay —contesta Reid—. Pero si te apetece, Olivia, quizá podríamos quedar los cuatro o algo así. —Me mira—. Creo que Molly sospecha que Douglas no existe.

—Eso es cierto. —No puedo reprimir una ligera sonrisa.

—Bueno, pues sí que me apetece.

—¡Estupendo! Voy a escribirle. —Mira a Olivia—. Mi turno termina dentro de poco. ¿Quieres que te acompañe a casa de Molly?

—Oh, estaría muy bien.

Joder. Así que es verdad. Está pasando aquí, delante de mis ojos.

En fin, así son las cosas. Para Olivia está tirado. Puede que para la mayoría de las chicas.

Debería sonreír. Debería hacer como si nada. Debería derretirme y desaparecer.

Saco el teléfono en cuanto se van. Nunca llegué a contestar a las conejitas bailarinas de Will. Ni siquiera consideré la posibilidad de escribirle. Pero literalmente —bueno, no literalmente, pero casi— voy a explotar si tengo que

quedarme toda la noche imaginándome a Reid con Olivia.

Besándose. Agarrados de la mano. Liándose. Descubriendo orgasmos.

¿Qué haces? —escribo, pero lo borro de inmediato.

No sé cómo actuar. No sé cómo hacer para que no parezca una llamada a un follamigo.

Juro que no se trata de una llamada a un follamigo.

¡Hola, Will! Soy Molly. —Pulso «enviar».

Esto es lo que sé: no debería esperar su respuesta. Debería cerrar la *app*, bloquear el móvil, guardarlo en el bolsillo con cremallera del bolso y olvidarme de él para siempre. Creo que los mensajes de los chicos son como Santa Claus o Buzz Lightyear. Te quedas mirando, pero no sucede nada. Aunque no puedo evitarlo. Tengo una mirada láser tan perfecta que parece que voy a desintegrar la pantalla.

Al cabo de un rato, aparece un mensaje nuevo. Un pequeño milagro mientras compruebo la bandeja de entrada.

Oh, hola. Qué tal?

Un millón de mensajes contradictorios. Ha contestado. Al momento. Y ha preguntado qué tal. Como preguntándose qué hago. Pero no como si fuera una llamada a un follamigo. O tal vez sí. Quizá lo de los follamigos funciona justo así.

Trabajando, pero —inspiro hondo— me preguntaba qué haces más tarde.

Puntos suspensivos.

Y entonces desaparecen. Creo que está ignorando mi pregunta.

Dios.

Bueno. No pasa nada. Es un suplicio, pero no pasa nada. Respiro. Estoy bien.

Jo, es probable que esté con Max. Seguro. Y Max estará leyendo el mensaje por encima del hombro de Will, muerto de risa, mientras se mete con él diciéndole que me tiene obsesionada. Estoy segura al cien por cien de que Will cree que estoy obsesionada con él. Y ahora está tan rayado que no sabe qué contestar.

Bueno.

Puntos suspensivos.

Nada particular. Quieres que quedemos? Cuándo sales?

Oh.

Mierda.

Se me nubla el cerebro.

¡Claro! A las 4:30.

Vale —escribe—. **Nos vemos en la estación de Takoma? Tengo una idea...** —
Y me pone el *emoji* sonriente ese grande y horterera.

Guau.

¿Qué idea? —escribo.

Mejor que no lo sepas. Nos vemos luego!

Will lleva pajarita. Sé que es absurdo. Aunque más absurdo aún es que está monísimo con pajarita.

—Tienes el don de la oportunidad —dice mientras me da un abrazo—. Estaba aburrido de cojones en casa y Mina ya no me contesta los mensajes...

De modo que Mina no está disponible. Por eso ha quedado conmigo. No sé cómo debería sentirme al respecto.

—Estará con Cass.

Will sonrío y se encoge de hombros.

Entramos en la estación y, por segunda vez en mi vida, estoy en la escalera mecánica con Will Haley. En cuanto llegamos al andén, aparece un tren.

Está petado. Supongo que es casi hora punta. Acabo espachurrada entre un cochecito de bebé doble y una mujer que lee el móvil. Los dedos de Will están a un par de centímetros de los míos en la barra de sujeción. Lo cual debería preocuparme.

Un chico monísimo a dos centímetros de que me dé la mano.

Es obvio que en este momento no debería pensar en zapatillas blancas.

Nos bajamos en Silver Spring y, al salir a la calle, no sé cómo no me he dado cuenta antes de este calor tan bochornoso. Lo más seguro es que me sobre la rebeca, pero aun así la llevo como armadura. Will camina por Georgia Avenue y me sonrío de perfil hasta que se detiene frente a una tienda.

—Joe's Record Paradise —leo en voz alta. El Paraíso de los Discos de Joe.

—Sí. —Empuja la puerta y, cuando entramos, suena una campanilla—. Un auténtico... paraíso —añade. Mira hacia atrás y sus ojos se encuentran con los míos—. Ya lo verás.

Hay vinilos por todas partes ordenados en expositores y estanterías que forman pasillos estrechos. Al fondo, las paredes son —sorpresa— de color rosa chicle. Están llenas de carteles de grupos y portadas de discos.

—Impresionante. —Ojeo uno de los expositores sin fijarme bien en ninguno de los álbumes—. ¿Tienes tocadiscos?

—Claro que tengo tocadiscos. —Will se acerca más.

No nos miramos, ni siquiera un poco. Pero entre nosotros no queda espacio. Trato de respirar normal. Tengo que admitirlo: posee una habilidad especial para

hacer que me olvide de Reid durante al menos cinco minutos. Los he contado. Sin embargo, no pensar en alguien a propósito puede resultar lo opuesto a olvidarlo.

—Vaya —exclamo rápido mientras saco un álbum de la parte delantera de un expositor. En la cubierta hay una pareja totalmente desnuda. Vello púbico incluido.

—Son John y Yoko —me explica Will. Lo coge y le da la vuelta para mostrármelo. En la parte de atrás se les ve el culo—. Provocador, ¿eh?

Me lo pasa y vuelvo a girarlo. El disco se llama *Unfinished Music No. 1: Two Virgins*.

Sinceramente, no creo que parezcan vírgenes.

Y otra cosa más: supongo que esto significa que John Lennon es, de manera oficial, el primer chico que veo desnudo en mi vida. Intento no mirarle el pene. Me pregunto si todos los penes serán así.

—¡Te has puesto roja!

—¡Qué va!

—¡Que sí!

La mente me va a mil. Creo que podría vomitar. No puedo evitarlo: estoy pensando en sexo. En sexo con Will Haley. En sexo en general. Lo curioso es que no logro encontrarlo sexy.

¿No es ridículo? Es sexo. Debería ser sexy por naturaleza.

Pero no para mí. En las películas de luz tenue, cuando la chica se quita la camiseta, deja de ser yo. La chica de luz tenue nunca soy yo. Ella tiene un estómago dorado y plano y unas tetas pequeñas y bonitas, y el chico está colado por ella. Se le nota en la cara.

Debajo de mi camiseta no hay estómago plano, no hay tetas pequeñas y bonitas y no hay luz tenue. Sólo estoy yo. Toda yo.

Lo mejor de Will es que, aunque tengas un colapso interno delante de él, no se percata de nada. En el metro, está hablador y va haciendo el bobo. Se ofrece para acompañarme a casa, y eso que ni siquiera vive en Takoma Park. Ni cerca. Luego tendrá que recorrer el camino de vuelta al metro y regresar a Bethesda.

No sé muy bien qué significa todo esto. Abby diría que seguro que le gusto, pero quizá sólo intente ser amable. Tal vez le guste caminar.

Le digo que no se preocupe.

—En serio, Molly-Mola. Quiero acompañarte —insiste—. Ya mismo se hará de noche.

Así que le dejo. Caminamos por Carroll Avenue, por delante del parque, y mis pensamientos son confusos. «Will me está acompañando a casa; ha insistido. Y puede que sea una buena señal. Quizás así es como se liga. A lo mejor nos besamos. Y sería la manera de dejar de preocuparme por Reid. Debería dejarme llevar. No sé.

Dejar de ser tan prudente».

Me detengo y Will lo hace un momento después.

—¿Estás bien? —inquire.

Asiento, aturdida. Respiro hondo. Estamos justo al lado de un cenador. Podría ser una señal.

—Espera. —Cierro los ojos con fuerza y vuelvo a abrirlos. Will me mira con cara de asombro.

—¿Molly? —Da un paso hacia mí—. ¿Qué pasa?

—¿Quieres que vayamos allí?

—¿Adónde? ¿Al cenador?

Asiento.

Se encoge de hombros.

—Claro.

Dios, mi corazón. Lo *oigo* latir.

Will me sigue dentro y, cuando me giro hacia él, veo que se está mordiendo el labio. No dice nada. No sé si es bueno. Pero me acerco. No sé cómo va esto. No sé si debo levantar la cabeza, poner los labios hacia fuera o hacer algo con las manos. ¿Dónde pongo las manos?

Bueno.

«No le des más vueltas.

No seas prudente. No seas prudente. No seas...».

Avanzo otro paso.

—Oye, quería hablar contigo —dice en un tono bastante alto. Demasiado alto. Da un paso atrás.

Y oh.

Ahí está. Como una patada en la barriga.

Lo primero que siento es pánico. No decepción. Ni siquiera humillación. Sólo náuseas, el latido del corazón y una incapacidad total para recuperar el aliento.

Tampoco quiero salir corriendo, lo que quiero es evaporarme.

—¿Estás bien? —susurra.

«Respira».

—Estoy bien. —«Haz como si estuvieras contenta. Como si estuvieras

normal»—. Muy bien.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! —Joder—. No, no, para nada.

Arrastra los pies por el suelo.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes? No lo sientas. Yo sólo... —Sacudo la cabeza con rapidez—. Es decir, no quería...

—Ah. Bueno —asiente—. Bien.

Y entonces se produce un silencio que parece durar horas.

—En fin, ¿qué ibas a decir? —pregunto por fin. «Antes de que intentara besarte. Antes de que me rechazaras de un modo absolutamente inequívoco».

—¿A qué te refieres?

—Me has dicho que querías hablar conmigo de algo.

—Oh. —Se rasca la cabeza—. Bueno, no era importante. Podemos hablar otro día.

—No, dime —suelto quizá con demasiada contundencia. «Borremos los últimos cinco minutos. Rebobinemos y ya está».

Aprieta los labios.

—Vale. Hmm... —empieza—. Es sobre Mina.

—Ajá.

—Lo que pasa es que... —Veo que toma aire—. Conozco a Mina desde la guardería. Joder, y la quiero con toda mi alma.

—Oh. —Estoy alucinando—. Entonces..., tú y Mina...

—No —suelta enseguida—. No, nunca. Jamás.

—Pero te gusta —añado. Me sale como una exhalación.

Se encoge de hombros.

—Eso da igual. —Se sonroja—. Pero es que... a ella le encanta tu hermana. Por eso Cassie debe tener cuidado, ¿de acuerdo? No puede romperle el corazón.

—Vale, pero Mina tampoco puede romperle el corazón a Cassie.

—Lo digo en serio. —Da un paso hacia atrás y se sienta en el banco del cenador—. Por si acaso. Mina es muy... sensible. —Baja la voz—: La cuestión es que Mina nunca ha salido con nadie, nunca había besado a nadie. No sé si Cassie lo sabe. Eso es todo. Dile que se porte bien.

—¿Qué? —Pongo cara de asombro.

—No puedes decirle a nadie que te lo he contado.

Asiento.

—De acuerdo.

—De verdad. Si lo haces, te encerraré en un cuarto y te haré escuchar Maroon 5 durante veinticuatro horas seguidas.

Me echo a reír.

—No sé si odio a Maroon 5 tanto como tú —musito, aunque mi mente sigue dando vueltas. No puedo quitármelo de la cabeza.

De modo que a Will le gusta Mina.

Pues claro que le gusta.

Pero ¿y eso de que Mina nunca haya besado a nadie antes? Mina, que parece haber nacido para enamorarse. La he visto hablar de sexo un millón de veces sin inmutarse. Aunque puede que por dentro estuviera tan aterrada como yo.

O no. A lo mejor no tiene el más mínimo problema.

Y pensar que durante todo este tiempo creí que yo era la única virgen del universo.

—No tenemos de qué preocuparnos. ¿Te acuerdas de ellas en el sillón? —digo.

—Sí. —Se sonroja.

—Oh. Mierda. Perdona.

—No, no pasa nada. —Esboza una sonrisa—. Sólo quiero que sea feliz.

—Sí.

Se detiene y me mira.

—Molly, lo siento mucho. Me siento como un gilipollas. Entiendo que pensaras que...

—Dios. No te preocupes. Está bien.

—Pero me siento mal. Sé que tiendo a..., a coquetear, supongo, y que eso puede dar lugar a malentendidos. —Me miro los pies. Continúa—: Lo siento. Me gustas mucho, Molly-Mola. Y quiero ser tu amigo.

—Sí. Claro.

Me suena el móvil en el bolsillo. Un mensaje. Trato de ignorarlo.

—¿Nos damos un abrazo para zanjar el asunto? ¿Te parece?

Trago saliva.

—Me parece bien.

Sonríe y me rodea con los brazos. Y me abraza durante tanto tiempo que casi creo que significa algo. Salvo que sé que no significa nada, claro.

—Deberías irte a casa —digo—. De verdad, estoy bien.

—¿Seguro?

Vuelve a abrazarme, esta vez deprisa, antes de regresar al metro. Y durante un rato me quedo allí, en el centro del cenador.

Ahora sí que sí. No cabe duda. He sido rechazada oficialmente.

Y, por sorprendente que parezca..., está bien. Es incomodísimo, por supuesto, pero no se hunde el mundo.

Ojalá pudiera contárselo a Cassie.

Saco el teléfono del bolsillo y recuerdo que tenía un mensaje.

Me pregunto si será de Reid.

Pero resulta que es Abby, que me manda de pronto el *emoji* de la lupa hacia la izquierda. Solemos mandarnos los *emojis* infrutilizados para ayudarles a cumplir su propósito en la vida.

Respondo de inmediato mientras camino hacia casa: *emoji* del teleférico.

Emoji del disquete.

Emoji de la hoja flotando en el viento.

Creo que estoy bien.

Pero, al cruzar la puerta, lo primero que oigo es la voz de Cassie. Y la voz de Mina. Y la voz de Olivia. Resulta que están junto a la mesa del comedor, que se encuentra cubierta de periódicos. Xavier sigue despierto y está en el regazo de Olivia con un pincel en la mano.

En cuanto entro, Cassie vuelve la cabeza. Por supuesto, lleva evitándome desde ayer.

—Ay, hola —me saluda Mina—. Me han dicho que estabas con Will. ¿Cómo ha ido?

—Bien, muy bien.

Dios. Lo más probable es que Will se lo haya contado todo. El cenador, el intento de darle un beso, la negativa.

—Bueno, me parece estupendo. —Sonríe—. ¿Quieres ver una cosa alucinante?

Agarra algo de la mesa y me lo pasa.

—¿Un elefante? —pregunto.

Ah, qué bien. Un maldito elefante en una cacharrería.

Mina sonrío contenta.

—Estamos pintando figuritas de animales para los centros de mesa. Olivia ha encontrado un blog estupendo.

—Ah.

—Sí. Los estamos pintando de blanco, pero luego los decoraremos con estampados —explica Olivia—. En realidad, me he inspirado en el plato que pintaste. Y Xavier nos está ayudando, ¿verdad que sí, amiguito?

Me quedo mirándola. Siento una palpitación en el pecho.

—Pensé que odiabas las manualidades —le digo a Cassie.

—Ah, claro —suelta Cassie—, olvidaba que tú eres la experta en mí.

—Cassie.

—¿Deberíamos traer a Nadine y Patty para que les expliques cuáles son mis sentimientos hacia las manualidades?

Mina y Olivia se miran. Siento que me arden las mejillas.

—Cass, lo siento, ¿vale?

—¿Queréis que os dejemos un minuto? —pregunta Mina en voz baja.

Cassie esboza una sonrisa forzada.

—No, ya hemos acabado.

Trago saliva.

—Me subo. ¿Quieres que me lleve a Xavier?

—Oh, no te preocupes. Me lo quedo yo. —Olivia sonrío—. Xavor Xav.

La sonrisa de Olivia. De repente, siento un arrebato de rabia en el pecho. En parte sé que no es justo echarle toda la culpa a ella, porque también estoy cabreada con Cassie por echarme la bronca. Y con Will por hacerme creer que yo le gustaba. Y con Reid, aunque no sé muy bien por qué.

Por hacer que me enamore de él. Por no enamorarse de mí.

Pero ahora mismo en lo único que pienso es en Olivia. En su descaro al llamar a Xav con el mote familiar, tenerlo en brazos y pintar con él. Se supone que ese es mi trabajo. Y en el hecho de que esté aquí haciendo centros de mesa para la boda de mis madres. Sin preguntarme siquiera si me parece bien. Sin preocuparse de que yo tuviera otra idea para el diseño de la decoración.

Lo peor es que en realidad me encantan las figuritas de animales pintadas y sé que quedarán perfectas junto a los botes. Aun así, me dan ganas de tirarle a la estúpida de Olivia uno de los elefantitos pintados. Y me da igual que acabe de pasar por una ruptura. Me da igual ser una persona mezquina.

En cuanto subo, escribo a Reid:

¿Qué tal tu paseo con Olivia?

¡Muy bien!

Estupendo. —Con punto. A pesar de que sé que en este contexto el punto significa, básicamente, QUE TE JODAN PARA SIEMPRE.

Puntos suspensivos. Está dudando.

¿Va todo bien? —pregunta.

Claro.

Vale, bueno, estupendo.

Siento un nudo en la garganta. Me quedo contemplando la pantalla.

Puntos suspensivos. Desaparecen. Puntos suspensivos de nuevo, como si se debatiera entre decir o no algo más.

Luego, otro mensaje:

¿Qué tal la tarde?

Genial. —Y es obvio que soy una gilipollas, una idiota o las dos cosas a la vez, porque añado—: Quedé con Will.

Sí, me lo ha comentado Olivia.

Me da un vuelco el corazón. Supongo que se han estado escribiendo.

Parece que las cosas van bien entre Olivia y tú —escribo.

Miro el mensaje un segundo antes de mandarlo.

Por un momento, el tiempo se detiene.

Y de repente, me llama.

—Hola. —Me siento en el borde de la cama con sensación de inquietud. Ni siquiera me quito los zapatos.

—¿Molly?

—Sí.

—¿Podemos hablar? —pregunta muy bajito.

Trago saliva.

—De acuerdo. —Se me tensa el pecho. No sé por qué, es una sensación muy parecida al miedo.

—¿Estás enfadada porque he acompañado a Olivia a tu casa?

—No —responde tajante—. ¿Por qué iba a estar enfadada?

—No lo sé.

Nos quedamos callados.

—Es que lo parece —declara por fin.

—Bueno, pues no lo estoy. —Cierro los ojos con fuerza—. Entonces, ¿os habéis enrollado o qué? —Trato de no parecer preocupada.

—No. Ella se fue a tu casa y yo me vine a la mía a jugar al *World of Warcraft*.

—Pero te gusta.

—¿Y a ti te gusta Will? —espetta.

—Entonces es que sí. —Se me hiela el cuerpo.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco lo has negado.

Hace una pausa.

—Ni tú.

Nos quedamos callados. Noto esa presión en la garganta. Tengo náuseas; incluso creo que podría vomitar.

—Me parece muy injusto —añade.

Necesito respirar.

—¿Qué es injusto?

—Que tú quedes con Will y te enfades conmigo por quedar con Olivia. No lo entiendo. —Se le quiebra la voz.

—No estoy enfadada.

—Vale. Entonces, ¿por qué estamos teniendo esta conversación?

Antes de poder evitarlo, me echo a llorar, pero en silencio. Ni siquiera me molesto en limpiarme las lágrimas de la cara, simplemente dejo que caigan. Estoy hecha un puto lío.

—¿Molly?

Vuelvo a respirar hondo.

—Es que no entiendo a qué viene todo esto. La has conocido esta semana.

Se queda callado.

—¿Estás llorando? —Se le quiebra la voz.

—No.

Hace un ligero sonido como si se sorbiera la nariz y el corazón me late con fuerza.

—No estoy saliendo con ella. No ha pasado nada. —Oigo que traga saliva—. Y no entiendo por qué te preocupas.

—No me preocupo.

—Vale. —Se queda callado.

—Quiero decir, sí me preocupo.

—Vale.

—Es sólo...

—Voy a colgar.

—Reid.

Cuelga. Y es como si una presa explotara dentro de mí. Me dejo caer hacia atrás en la cama y comienzo a sollozar. Llora hasta que casi no puedo respirar.

Me levanto con un montón de mensajes sin leer. De Olivia, de todo el mundo. Y son normales y corrientes, amistosos y sinceros. Casi me siento culpable.

Oye, una pregunta.

Cass cree que deberíamos pintar varios animales de dorado, pero quería consultarte antes de comprar la pintura.

Como queráis —escribo.

Dios. Qué asco, menuda mierda es todo esto. Las cosas nunca habían sido tan complicadas con Olivia. Pero quizá se lo deba a la presencia anuladora y con retenedor dental del tal Evan Schulmeister.

Odio al maldito Evan Schulmeister.

¡Guay! Pues compraré un poco, a ver cómo queda. Hurra!

Me aterra tanto ir al trabajo que casi no puedo levantarme de la cama. Me toca otro turno con Reid, y no sé qué le voy a decir cuando lo vea. Quizás haya un protocolo para esto. Es el tipo de cosas que las demás chicas siempre parecen saber. ¿Qué se le dice a un chico después de llamarlo y montarle un pollo entre lágrimas porque le gusta otra chica?

Me debería importar un bledo quién le guste.

Cuando abro la puerta, suena la campanilla y Ari me saluda desde la caja. Aunque aún es pronto, ya hay varias madres con bebés en bandolera curioseando por la tienda. Al principio no veo a Reid, cosa que me provoca tanto alivio que casi se me saltan las lágrimas.

Pero entonces se abre de golpe la puerta del almacén, lo suficiente como para que quepa una mesa de centro gigante de madera reciclada. Y Reid detrás empujándola.

—Hola —saludo.

—Hola.

Nos quedamos unos instantes ahí de pie sin mirarnos. Le asoma un mechón de pelo por encima de la oreja. Me veo obligada a cerrar los ojos. Se me van a salir el corazón y el cerebro.

—¿Podemos...?

—Molly, no pasa nada.

—Vale. Sí.

—Lo siento. —Traga saliva y advierto que le sobresale la nuez. Cruzo los brazos. Me mira fijamente y, por fin, añade—: No quiero hablar de esto aquí.

—Vale —repito. No consigo recuperar el aliento.

Luego Ari lo llama desde la caja y no volvemos a hablar durante el resto de la jornada.

No salimos a la vez. Aunque nuestros turnos terminan a la misma hora, en el último momento desaparece por el almacén.

De camino a casa, tomo las calles adyacentes con desgana y sensación de aturdimiento. Me suena el teléfono, pero tardo un rato en percatarme. Siento como si flotara. Apenas soy consciente del tiempo que hace, de mi cuerpo y de mis andares rígidos y pesados.

Es un mensaje de Abby.

Estás? Hacemos un Skype?

15 min —tecleo—. Llegando a casa.

En cuanto llego, subo directa a mi habitación y me siento en la cama con el portátil. Entro en Skype y llamo a Abby.

—¡Hola! —saluda con la cara muy pegada a la cámara. Y cuando se aparta un poco, veo que no está sola—. ¡Molly, este es Simon!

El famoso Simon. Es igual que en las fotos: pelo rubio y revuelto, ojos vivos detrás de unas gafas *hipster*.

—Hola. —Sonríe.

—Hola —respondo con timidez.

—Bueno. No tengo ni idea de qué va todo esto —dice Abby mirando hacia arriba—, pero tiene que preguntarte algo muy importante. Importantísimo.

—Sí, es muy importante —añade con aire solemne—. Necesito una segunda opinión. Si tuvieras que colocar a Abby en una de las casas de Hogwarts, ¿dónde la mandarías?

—Está claro que a Gryffindor.

—Sí. Dios santo. Gracias.

Abby sacude la cabeza.

—Ya, resulta que este y su novio se han pasado dos horas discutiendo sobre si yo iría a Gryffindor o a Hufflelump.

—¿Has dicho Hufflelump? —Simon se tapa la cara—. Es que no puedo. Madre mía, Abby, estás quedando fatal. En fin —dice, apartándose las manos de la cara y levantando los pulgares en señal de aprobación—. Molly, eres estupenda.

—Sí, es estupenda. Y tú también. Ahora ve a regocijarte con tu novio —lo ahuyenta Abby.

En cuanto se va, le cambia la expresión.

—Oye, ¿estás bien? —Frunce el ceño.

Asiento despacio. No sé cómo lo hace. O es muy perceptiva o yo soy un libro abierto y no me doy cuenta. Nunca he sido capaz de averiguarlo.

—Pues no me parece la cara de alguien que esté bien. —Me guiña—. ¿Qué pasa? ¿Has hablado con tus madres?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo del alcohol.

—Ah, no. Es que... —Hago una pausa. El silencio se alarga. Es lo que tiene Skype, que vives los silencios incómodos en tiempo real. Ahí está la cara de Abby, con el ceño fruncido y los labios apretados. Y en un pequeño rectángulo de la esquina, yo mirando hacia abajo. Porque me estoy fijando en mí misma en vez de mirar a la cámara. Estoy segura que eso encierra una metáfora oculta.

—¿Molly?

—¿Mmm?

—Estás desconectando.

Parpadeo.

—¿Sí? Sí, perdona. —Me froto la nariz.

—¿Es por Cassie?

—¿Qué?

—¿Sigue cabreada por el asunto del orgasmo? —Abby se estira hacia atrás y atisbo las paredes de su habitación de color rosa claro cubiertas de *collages* de Taylor Swift, Bajo la misma estrella y otros de sus temas favoritos. Es igual que la habitación que tenía en Takoma Park, pero más grande: el mundo de Abby expandido—. Porque sería absurdo. ¿Quieres que le cante las cuarenta de tu parte?

Me río sin ganas.

—Gracias.

—En serio, ¿habéis hablado del tema?

—No. —Me echo hacia atrás para apoyarme contra la pared.

—Pues tenéis que hacerlo.

—Lo sé, pero la boda es dentro de diez días y, bueno..., no quiero complicarlo todo.

—¿Que no quieres complicarlo todo? Creo que ya es demasiado tarde. —Alza las cejas—. En serio, habla con ella. Te sentirás mejor.

—Lo sé.

—Bien.

Nos quedamos calladas. Noto que toma aire con nerviosismo.

—Oye —dice por fin—. No quiero atosigarte, pero en fin... —Me mira a los ojos—. ¿Podemos hablar de ese chico, Reid?

Suspiro sin querer.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, Olivia me llamó.

Siento una ola de pánico. Me toco las mejillas y están ardiendo.

—¿Cómo?

—Sí. —Levanta los hombros—. ¿Quién es? ¿Qué está pasando?

—¿Te ha dicho Olivia que pasa algo?

—Son suposiciones.

—¿Entre ella y Reid?

—Molly. —Abby se frota los párpados—. No. Eso no es lo que me dijo Olivia.

El corazón me late con fuerza.

—¿Qué te dijo?

—Empecemos por el principio. ¿Te gusta? —Tuerce la boca. Es la versión de Abby de la Molly-cara. Es la cara patentada de Abby Suso de «no me vengas con chorradas».

—Ya hemos hablado mucho de mí. ¿Qué tal tú? ¿Cómo está Nick?

—Ah, muy bien. Nuestra relación es genial. ¿Y sabes qué nos ayudó mucho? —Me mira—. Que yo admitiera que me gustaba.

Ella lo sabe, y yo sé que lo sabe, y ella sabe que yo sé que lo sabe, y así hasta el infinito. Pero no puedo decirlo. Veintisiete flechazos y, para una vez que de verdad cuenta, no logro ponerle palabras. Para ser sincera, debo de traer algo mal de fábrica, porque se supone que las chicas se lo cuentan todo. Es la ley fundamental de la amistad.

«Me gusta Reid. Me gusta de verdad. Quiero enrollarme con él. Estoy medio enamorada de él. Más que medio enamorada. Mucho más».

—Mira, me has engañado —dice Abby, y levanta un dedo—. Pensaba que te gustaba Will el *Hipster*.

—No me gusta.

—Pero quedaste con él.

—¿Te lo ha contado Olivia?

Asiente.

—Pero Will no te interesa.

Me muerdo el labio.

—No. —«Ni a él tampoco le intereso yo».

—Entonces, ¿por qué quedaste con él?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. —Sonríe levemente—. Vamos. Creo que necesitas decirlo.

Reconocerlo. Es normal.

—Sí —asiento—. Estoy...

Una pausa.

—Vaya. No puedes. Eres incapaz de admitirlo.

Me tapo la cara.

—Es triste y adorable al mismo tiempo —añade.

—Parece que tengo doce años, lo sé.

—Sí que lo parece. —Se ríe—. ¡Y eso está bien! Pero vas a tener que cumplir los trece ya.

Me encojo de hombros.

—Muy bien. Te lo voy a sacar. Primera pregunta: si pasas de Will, ¿por qué quedaste con él?

—Bueno, yo no...

—Contesta la pregunta.

Tomo aire.

—Porque Reid había quedado con Olivia.

—Sí, y puede que *quizá* lo malinterpretaras. —Sonríe—. Pero sigamos. De modo que Reid había quedado con Olivia y tú llamaste a Will...

—No, le escribí.

—Da igual. Contactaste con él porque querías... —Su voz se desvanece.

—Quería que Reid se pusiera celoso.

—Porque te gusta.

—Me gusta.

—Ahí lo tienes.

—Sí. —Estoy roja como un tomate. Es estúpido; no estoy en el colegio. No tengo doce años. No soy tan desastre.

—¡Te gusta! —exclama Abby.

—Pero no ha pasado nada. Ni siquiera nos hemos besado.

—Todavía. —Está radiante.

—No seas tan engreída.

—Engreída yo. Verás cuando lo beses. Ya me contarás.

—No te contaré nada.

Suelta una carcajada.

—Sí, vale. ¿Sabes lo que acabas de reconocer sin darte cuenta?

Me sonrojo de pies a cabeza. Porque sé que lo sabe y es probable que el mundo entero también lo sepa.

No he dicho que no quiera besarlo.

En realidad, puede que lo bese.

Hola. Sé que no debería escribirte tan tarde.
Pero necesito contarte una cosa y no quiero rajarme. Pues eso.
Antes que nada, lo siento mucho.
Reid, lo siento muchísimo. Me he portado como una estúpida y es probable que
ahora no quieras dirigirme la palabra.
Y lo entiendo.
No es justo que me mosquee porque quedaras con Olivia.
Sobre todo, porque yo había quedado con Will.
Fue una cagada. Lo siento.
Pero lo más importante...
Bueno, hay varias cosas.
Hay temas de los que nunca hemos hablado y de los que deberíamos hablar.
Como que Will no me interesa lo más mínimo. Ni yo a él.
Y que ahora mismo las aguas están un poco revueltas, por ejemplo con Cassie y
Mina.
¡Y eso no tiene nada que ver con Olivia!
Es obvio que no son razones para que no te enrolles con ella.
Pero...
Por favor, no te enrolles con Olivia.
Porque esa es la otra cosa importante.
Creo que no deberías.
Porque...
No puedo creer que esté a punto de decirte esto.

PUNTOS SUSPENSIVOS.

Está escribiendo algo.

Me tiemblan tanto las manos que apenas logro sostener el móvil.

Me duele el estómago, la zona de debajo del estómago y la zona de debajo de debajo del estómago. Una sucesión de punzadas libidinosas.

Hey. Estoy aquí —escribe.

Hey. Hola.

Puntos suspensivos.

¡Hola! Vale, supongo que tendríamos que hablar.

Sí.

Pero quizá fuera mejor en persona.

El corazón empieza a latirme extrarrápido.

Vale. ¿Dónde estás?

En casa. ¿Y tú?

¡En casa!

Estoy allí en 5 min —añade.

Hay una cosa acerca del tiempo que no nos cuentan: entre los segundos hay espacios. Y en realidad sesenta segundos es una cifra bastante alta. Trescientos segundos pueden llegar a ser una sucesión infinita de segundos.

Salgo al porche para esperarlo en el columpio.

Y aquí está.

Lleva zapatillas nuevas. Es en lo primero que me fijo. Son entre grises y marrones, con cordones blancos, de un estilo ligeramente *vintage*.

—Hola.

—Hola. —Sonrío—. ¿Quieres sentarte?

—Sí. Vale. —Asiente con firmeza. Su aspecto es tan dulce e intenso que se me escapa una risita. Se sienta a mi lado, tan cerca que nuestras piernas se tocan. Soy muy consciente de que se están tocando. Creo que mi cerebro está concebido para este tipo de conciencia.

—Me gustan tus zapatos —comento.

—Ah, gracias. —Se pasa la mano por el pelo. Parece nervioso e intranquilo—. Fue idea de Olivia.

—Claro.

Se vuelve para mirarme.

—Hablemos de Olivia.

Necesito respirar. Necesito estar simpática. Si Reid me dice que se han besado, tengo que alegrarme por él. Por ellos.

Asiento y se queda callado. Se columpia con suavidad.

—¿Estáis juntos? —pregunto por fin.

—¿Qué? No, ya te dije que no.

—Pero te gusta.

—¡No! No de ese modo. Quiero presentársela a Douglas. —Hace una pausa y veo que traga saliva—. He estado hablando con ella de ti.

De pronto me mira y recorre con los dedos el reposabrazos del columpio. Apenas puedo contener la respiración.

Es medianoche.

Estoy en el columpio del porche.

Junto a Reid.

Reid, con un detalladísimo mapa de la Tierra Media en la camiseta. Reid, con sus ojos color avellana, sus gafas metálicas y el brillo de las estrellas en el pelo y en su suavísima boca. No es que lo sepa. Pero guardo la ligera sospecha de que tiene la boca suave.

Me miro las rodillas.

—¿Quieres hablar del asunto? —pregunta después de un momento.

—¿El asunto?

—Del asunto que me ibas a contar.

—Ah, sí. El asunto. —Esbozo una sonrisa.

—Ese asunto de «No debería enrollarme con Olivia».

—Sí. Es un buen asunto.

—Y hay una razón para ello.

—Sí.

—Más allá del hecho de que ella no es la persona de la que estoy enamorado.

—¿Enamorado?

—No sé. —Sonríe. Y entonces me agarra la mano y enlaza los dedos con los míos.

Oh.

Tengo el corazón en la boca.

—Voy a besarte —digo, y oigo que me tiembla la voz.

—Me parece una buena idea.

Me rodea con los brazos y el columpio emite un leve crujido. Creo que se me

ha desintegrado el cerebro. Me acerco a él. Por alguna razón, mi cuerpo sabe cómo actuar.

Y actúo.

Su boca es aún más suave de lo que pensaba.

Lo cuelo en mi habitación. Estoy colando a un chico en mi habitación. Por un momento, nos quedamos ahí los dos de pie, mirándonos.

¿He mencionado ya que Reid está en mi habitación?

Se acerca más.

—Bueno, pues voy a... —Y antes de que me dé tempo a procesarlo, sus labios están sobre los míos.

Por una vez, no pienso. Ni tampoco soy nada prudente. Cierro los ojos, deslizo las manos sobre sus hombros y lo beso. Lo beso como si la idea partiera de mí. No sé qué estoy haciendo, pero a lo mejor no importa, porque nos estamos besando. De nuevo. Por fin. Por fin. Sus manos encuentran mi cintura y me acerca aún más a él. Tan cerca que siento el latido de su corazón. Y noto que sonrío contra mis labios, de modo que abro los ojos.

—¿Qué? —Esbozo una sonrisa.

—No, es que... —Me abraza con fuerza—. Está pasando de verdad.

—Sí. —Sonrío.

—Bueno. —Me besa de nuevo con suavidad—. Estoy tan...

—Lo sé. —Hundo la cabeza en su hombro y suspiro.

Nos quedamos callados. Entonces empezamos los dos a hablar a la vez:

—Estoy muy contento de...

—¿Quieres...?

Se echa a reír.

—Tú primero.

Trago saliva.

—¿Quieres que vayamos allí? —Y me sonrojo. Dios. Ahora no sé cómo actuar. No sé cómo decir esto al estilo de las películas.

«Hola, mira, ahí está mi cama».

«Hola, podríamos intentarlo en posición horizontal».

En cualquier caso, lo pilla. Se quita los zapatos, se mete en mi cama y extiende los brazos para que me acerque. Le cojo la mano y tira de mí.

—No quiero aplastarte.

—No me vas a aplastar. —Le brillan los ojos bajo las gafas.

—Vale, pero...

—Ven. —Tira de mí con suavidad y me abraza—. ¿Estás bien?

—Sí. —Cada parte de mi cuerpo está en contacto con el suyo—. ¿Seguro que no...?

—No me estás aplastando. —Sonríe.

—Y tengo el pelo en tu cara.

—Me gusta, ¿pasa algo?

—No sé. —Me río, y el sonido se desvanece en cuanto se encuentran nuestros labios.

Y así, tumbados, es distinto. No sé cómo explicarlo. Siento un cosquilleo bajo el abdomen que me provoca aún más ganas de besarlo. De besarlo por todas partes. Aparto la cara y aprieto los labios contra su mandíbula. Contra su cuello. Me deslizo hacia abajo y lo beso con dulzura en la clavícula.

—Oh —suelta, más como un suspiro que como un sonido. Y noto una leve presión contra los vaqueros. Creo que está empalmado.

Dios.

Mi corazón está a punto de estallar.

—Yo... —comienza. Hundo los dedos en su pelo y lo beso con más ímpetu. Vuelve a cerrar los ojos. Y creo que lo entiendo. Más o menos. Creo que sé por qué esto es tan importante para algunas personas.

Para mí.

Pero él se detiene con la respiración entrecortada.

—Molly, no quiero...

—Oh. Dios. Lo siento, no era mi intención... —Me aparto con torpeza.

—No, no. A ver, sí que quiero. Pero no... —Exhala—. Todavía no.

—Yo tampoco. Lo siento.

Se sienta, extiende las piernas por fuera de la cama y me agarra la mano.

—En serio —insiste—, tengo ganas.

—Vale.

—En plan... muchas. —Lo miro de reojo y le aparece el hoyuelo.

Joder. No puedo dejar de contemplar nuestras manos. Reid enlaza sus dedos con los míos y traza despacio la línea de mi índice con su pulgar. Algo debajo de mi estómago se tensa. Quizá sea posible explotar de alegría. Quizás exista tal cosa.

—Bueno, ¿y has revisado tu buzón? —pregunta de buenas a primeras.

—¿Cómo?

Se reclina hacia atrás y, aún jadeante, me sonrío.

—¿Me has mandado algo o qué?

—No. —Sonríe.

—No me entero. —Me reclino yo también para ponerme a su lado y dobla la cabeza hacia mí.

—Yo no te he mandado nada —explica—. Pero a lo mejor alguien sí.

—Está bien saberlo —contesto, y hundo la cara en su pecho.

Tiene gracia. No sabía que en un momento así podría llegar a sentirme yo misma.

Pero sí. Me siento absolutamente yo.

Y guau. Nadie te advierte de lo sensible que se te queda la boca después de enrollarte con alguien.

Enrollarse con alguien. Y estoy hablando de mí.

Me toco los labios con la punta de los dedos y, de inmediato, abro la cámara del móvil para examinarlos. Están tan hinchados que parece como si me hubiera picado una abeja. Parezco una Molly distinta. Ahora me pregunto cómo se besa la gente sin que se entere todo el mundo. A lo mejor es como con el hilo dental. A lo mejor si lo haces a menudo se te acostumbran los labios. Creo que podría convertir los besos en un hábito.

Mensajes de Reid enviados a las cuatro y cuarto de la mañana:

Ya es oficial.

Ha sido lo mejor que me ha pasado en la boca.

Incluyendo los huevitos Cadbury.

Y la masa de galleta sin huevo (sin ánimo de ofender, ¿eh?).

Me río mientras encojo las piernas.

¡No me ofende!

Me contesta de inmediato:

¡Ufff! —Puntos suspensivos—. **Hola, a todo esto.**

Hola.—*Emoji* sonriente.

Estoy llena de mariposas.

Lo de anoche sucedió de verdad, ¿no?

CREO que sí.

Espero que sí.

Y yo.

Es raro —continúa—, pero para bien.

Para muy bien. —Sonrío mientras tecleo—. Nunca pensé que me enrollaría con un chico que llevara una camiseta con el mapa detallado de la Tierra Media.

Puntos suspensivos.

Muy bien, Molly. Tenemos que hablar.

Me siento en la cama, nerviosa de repente. Está escribiendo algo más.

A ver, no es que estés equivocada del todo, pero deberías saber

que ese mapa de la Tierra Media no es nada detallado. —*Emoji*
sonriente con una gota de sudor.

De esto es de lo que quiere hablar Reid la mañana después de nuestro primer beso. Sonrío mientras escribo:

Oye, eres adorable.

Ah. Tú también.

Alguien llama con suavidad a mi puerta.

Un sex. Viene alguien.

MADRE MÍA, QUE IPHONE MÁS SÁTIRO. Sec. No sex —añado.
¡DEMASIADO TARDE! —escribe él. Puntos suspensivos—. **¿Cuenta eso como mensaje erótico?**

Yo diría que sí.

Vuelven a llamar, se entreabre la puerta y veo que es Patty.

—Cariño, ¿estás despierta?

Dios.

—Estoy despierta.

—Ah, estupendo. —Entra y cierra la puerta. Mi mente va a mil. Supo lo del alcohol. Ahora sabe lo de Reid. Se le ve en la cara. ¿Cómo hacen las madres para saberlo todo siempre?

Intento actuar con normalidad. Me echo hacia un lado para dejarle sitio en la cama.

—Siéntate.

Se sienta y se apoya en la pared. Entonces me doy cuenta de que lleva un sobre en la mano.

—Esto estaba en el buzón. Es para ti.

Me lo pasa y no puedo evitar sonrojarme. Es del tamaño de una tarjeta de cumpleaños y viene sin dirección. Lo único que pone es «Molly» en la parte delantera.

De modo que lo han dejado en persona.

A lo mejor *por eso* Reid acompañó a Olivia hasta mi casa.

Y ahora me muero por abrirlo. O sea, que Patty tiene que irse. Le lanzo una mirada de «mami, todo estupendo, gracias por venir».

Pero nunca funciona.

—Cielo, tenemos que hablar de lo que pasó el lunes.

Oh. Qué marrón.

Apoya la cabeza en la mano.

—Me alegra mucho que tú y tu hermana hayáis hecho nuevos amigos. Sé que

ha sido difícil que Abby se fuera.

Asiento.

—Y parecen todos encantadores —continúa.

—Siento lo de Will y el alcohol —musito—. Somos unas idiotas. Si quieres, castígame. En serio.

—Cielo, no sois idiotas. No digas eso, por favor.

—Perdón.

—Y no estás castigada. Es obvio que no toleramos que bebáis alcohol. — Hace una pausa y esboza una ligera sonrisa—. Pero por lo que he entendido, tú no bebiste nada.

—¿Cassie te lo ha contado? —Me quedo boquiabierta.

—¿Acaso no fue así?

—Sí, es cierto... —Sólo que yo me comporté como una auténtica gilipollas con ella y, aun así, me ha echado un cable—. ¿Cassie está castigada?

—No; esto ha sido un aviso. En fin... —Patty se abraza las rodillas—. Quería repasar algunas cosas contigo.

—Vale.

—Sé que ya hemos hablado algo de los anticonceptivos...

La cara me arde.

—Oh, no quiero hablar de eso.

—Ya. —Sonríe—. Pero es importante. Sobre todo porque parece que podrían estar sucediendo cosas...

Dios.

—Cosas —repito.

—Bueno, sé que tu amigo Reid estuvo aquí anoche.

Lo que yo decía. SIEMPRE se enteran de todo.

—No nos hemos acostado —digo a toda prisa.

—Ya lo sé, cielo. Pero podríais. —Se acerca más a mí—. Deberíamos empezar a pensar en la píldora. A veces se me olvida que tienes diecisiete años, ¿sabes?

Cierro los ojos con fuerza. Esta conversación. Es que no puedo. Hablar de sexo de forma hipotética: sin problema. Que Patty me interrogue sobre mi vida sexual: ni de coña.

Se echa a reír.

—No pongas esa cara de trauma.

—No tengo relaciones sexuales.

—Muy bien. Oye, que yo no tengo ninguna prisa en que las tengas, créeme.

Lo que digo es que deberíamos admitir que existe la posibilidad.

—Entonces..., crees que debería tomar la píldora.

—Creo que merece la pena pensarlo —responde Patty—. Sabes, yo empecé a tomarla en el instituto, durante el último año y después en la universidad, hasta que conocí a tu madre.

Cuesta imaginar la época en que mis madres no estaban juntas. Supongo que saldrían con otras personas. Patty incluso pudo salir con chicos. Para ser sincera, nunca se lo he preguntado.

Respecto a los ex... Yo nunca he tenido un *exnada*. La simple idea me parece intolerable. Desenamorararse. Convertirse en desconocidos. Me dan ganas de llorar sólo de pensar que algo así pueda sucederme con Reid. Y eso que ni siquiera estoy enamorada de él todavía. Creo que no.

No lo sé.

Tiene gracia, porque si obviamos los besos, eso es básicamente lo que les pasó a Nadine y la tía Karen. Su intimidad se echó a perder. Su vínculo se rompió.

Exhermanas. Que suena parecido a «exhumanas». Y tiene sentido, porque sólo hace falta ser humano para que pueda suceder algo así. No se requiere nada más que ser dos seres independientes. Me duele pensarlo, así que trato de apartar esa idea de mi cabeza.

Patty está sonriendo.

—Bueno, ¿y vas a hablarme de él?

Me tapo la cara.

—No.

—Pero ¿es oficial? ¿Es tu novio? Di sí o no.

—Mamá.

—Vale. ¿Y estás contenta?

Asiento con una sonrisa que se intuye por debajo de mis dedos.

Me agarra de los hombros.

—Qué bien, tu hermana y tú viviendo esta experiencia justo a la vez. Sois preciosas.

—Pfff.

—¿Cassie lo sabe?

—¿Lo de Reid?

Me da corte hasta pronunciar su nombre. Me retiro las manos de la cara, aunque el corazón me late con fuerza.

—Creo que no. —Me muerdo el labio—. No lo sé. ¿Hicimos mucho ruido

anoche o qué?

Patty pone cara de asombro.

—¡No! Ay, no lo decía por eso. —Me tapo la sonrisa con el brazo—. Sentí ruido en las escaleras. Pasos. Nada más. Pero ya me callo. —Me da un golpecito en el hombro.

—Buena idea.

En cuanto se marcha, abro el sobre: es la tarjeta favorita de Reid. La tarjeta de felicitación que más mola con la cara de «no me toques los huevos» de la reina Isabel más alucinante. «Observo y permanezco callada».

Dentro ha escrito lo siguiente: «Estoy observando todos tus movimientos y prefiero no decir nada... de momento». Y lo firma: «Con cariño, Isabel».

Dios mío. Qué bobo es. Menudo friki. No puedo dejar de sonreír.

Y tal vez me esté asustando un poco.

Porque esta tarde nos toca turno juntos y, en resumidas cuentas, la última vez que lo vi me estaba enrollando con él.

Que es algo bueno. Más que bueno. Lo mejor.

Y ahora no sé qué ponerme. Tengo el pelo hecho un desastre. No puedo parar de dar vueltas por la habitación, arriba y abajo, del armario al espejo. A ver, quiero llevar algo normal, pero que sea bonito. Quiero que Reid piense que voy bien. Guapa. Maravillosa. No quiero que crea que lo de ayer fue un error. No es que lo vaya a pensar, pero necesito ir bien.

Por desgracia, nada —nada de nada— de lo que tengo en mi armario me sienta bien hoy.

Tengo que recomponerme, tomarme el Zoloft y calmarme de una puñetera vez.

Creo que me pondré una falda. Tengo una color mostaza, un poco más corta de lo que suelo llevar, aunque no pasa nada, llevaré pantis debajo. La combino con una blusa de volantes azul marino con florecitas. Como me queda ridícula, me la quito y pruebo con otra cosa. Y con otra. Y con seis más. Al final me vuelvo a poner la blusa azul marino. Total, voy a llevar una rebeca encima.

Un conjunto de otoño perfecto. En julio. Pues va a tener que quedarse así, maldita sea.

Salgo a la calle, y es uno de esos días de verano en los que el sol te acaricia la piel. La brisa es suave. Como voy con tiempo, tomo el camino más largo para ir al centro, por delante de la casa morada y de las tiendas. Durante las mañanas entre semana, el barrio está muy tranquilo. Todo es ligero y apacible, salvo el

nudo que tengo en el estómago, que se convierte en un amasijo de fuegos artificiales, bandas de música y bombas atómicas nada más llegar a la puerta de Bissel.

Por Reid.

Patty me habló de que el estómago te funciona a veces como un segundo cerebro. Lo llaman sistema nervioso entérico y reside en las tripas; cuando crees que hay un enemigo cerca, te provoca un subidón de hormonas. Una especie de respuesta de «lucha o huye». Supongo que es aplicable también a los chicos que te gustan. O a los novios.

Y no es que Reid sea mi *novio*.

Sólo que mi estómago piensa que Reid es un enemigo. Es la prueba científica de que he entrado en terreno peligroso. Porque enamorarse es aterrador.

No es que me esté enamorando. A lo mejor estoy demasiado colada por él.

Al verlo, sonrío. No puedo evitarlo. Está en la caja, solo detrás del mostrador, que se extiende entre nosotros como la Gran Muralla china.

Aparece Deborah.

—Ah, ya estás aquí —dice—. Acabamos de recibir una nueva remesa de tazas. ¿Quieres desembalarlas y ponerles los precios?

—Claro —respondo, y miro a Reid.

—Puedo ayudar —interviene él.

Su madre parece sorprendida.

—Creía que te encantaba estar en caja.

—Pero las tazas me gustan todavía más.

—Tomo nota —contesta ella, y nos manda al almacén.

Cuando entramos, cierro la puerta y, por un momento, nos quedamos mirándonos. No estoy segura de poder hablar.

Lleva una camiseta distinta a las de siempre, blanca con las mangas azules de béisbol. Tiene el pelo algo revuelto y sus ojos parecen casi dorados.

Soy un manojo de nervios.

—No sé muy bien cómo va esto —digo por fin.

Se echa a reír.

—Yo tampoco.

Me siento en el suelo contra la pared y me recoloco la falda sobre las piernas. Él se desliza por la pared para sentarse a mi lado.

—He recibido tu tarjeta —anuncio.

—¿*Mi* tarjeta? —Alza las cejas.

—Ah, perdona. La tarjeta *de Isabel*.

Asiente con solemnidad.

—Qué detalle por su parte.

—Sí. Aunque es un poquito... ¿amenazadora?

—Mmm... —Se le marca el hoyuelo—. A lo mejor está celosa.

—Puede.

Y se produce un breve silencio.

Me muerdo el labio.

—No sé si deberíamos hablar...

—O podríamos no hablar —sugiere él.

—No hablar está bien —susurro.

Me coge la mano y nuestros dedos se entrelazan.

—Me encantaría que esa puerta tuviera pestillo —añado.

—Y a mí que mi madre no estuviera al otro lado. —Me aprieta la mano—.

Quiero besarte.

Lo dice con tanta delicadeza que es casi un suspiro.

Me río.

—Me alivia oír eso.

—¿En serio?

Asiento y escondo la cara en su hombro. Respiro hondo.

—Hueles bien.

—¿Como a desodorante? —sugiere.

Sonrío.

—Como a ti.

—Creo que es mi desodorante.

—Bueno, pues me alegro de que lleves desodorante.

Me da un beso en la cabeza.

—Regresemos a tu alivio al saber que quiero besarte. ¿Acaso no lo dejé claro anoche?

Me encojo de hombros.

—¿O esta mañana? —prosigue. Saca el teléfono y busca entre sus mensajes—. Veamos. Aquí pone que besarte fue lo mejor que le había pasado a mi boca. Aquí, que eras mejor que los huevitos de chocolate. Mejor que los *huevitos de chocolate*, Molly.

—Ya.

—¿Cómo pasas de ser mejor que los huevitos de chocolate a creer que no quiero volver a besarte?

—No lo sé. —Sonrío—. Es que no quería dar nada por hecho...

—Vale.

Mira rápido hacia la puerta, como si esperara la aparición de su madre. Luego, toma aire y me coloca las manos suavemente sobre las mejillas.

Y me besa.

—Oh.

—Conmigo puedes dar por hecho lo que quieras. Lo que quieras.

—¿Quieres decir que...? —comienzo a preguntar.

Pero me corta:

—Sí.

Me río.

—Ni siquiera sabes lo que iba a preguntarte.

—Da igual. —Me besa de nuevo—. ¿Que si quiero besarte? Sí. ¿Que si quiero algo más que besarte? Sí. ¿Que si estoy dispuesto a ir poco a poco? Sí. ¿Y que si quiero ser tu novio? —Su voz se quiebra ligeramente, aunque su respuesta es rotunda—: Sí.

—Vale.

—¿Vale qué? —Ahora parece nervioso.

—Vale a todo. —Se me va a salir el corazón del pecho—. Menos a lo de ir despacio. No quiero ir despacio.

—Pues no iremos despacio. —Se ríe.

—Bien.

Creo que entonces esto significa que tengo novio. Soy Molly con novio. Reid Jerome Wertheim es mi novio.

No sé si mi cerebro es capaz de procesar esas dos palabras como una única frase. «Mi» y «novio».

Como en: «Mi novio besa muy bien». «Mi novio tiene cinco gatos». «Mi novio se quedó en mi casa hasta las cuatro de la mañana». «Mi novio es la razón por la que hoy estoy tan cansada».

Pero es un cansancio bueno, un cansancio moteado por la luz del sol, un cansancio esponjoso. Es el sueño cinematográfico más luminoso de toda mi carrera como soñadora. Me gustaría ponerlo en pausa. Me gustaría aferrarme a este momento. Me gustaría existir sólo dentro de él.

Y ahora me siento un poco mal por Isabel, porque le he birlado el novio. Lo siento en el alma; ya sé que es una reina, pero el caso es que está muerta. Y yo estoy viva.

Me siento muy, muy viva.

Así que ahora mi cerebro es un gráfico dividido en dos colores: en una parte, Reid; en la otra, la locura de la boda. NO me refiero a nuestra boda, he decidido no imaginarme vestida de blanco. No pienso considerar la posibilidad de cubrir la tarta nupcial con huevitos de Cadbury. Todas mis fantasías están centradas en la boda que tendrá lugar en el jardín de mi casa dentro de una semana.

Juro que es como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Todo estaba más o menos en calma, hasta que de repente dejó de estarlo. Estoy casi convencida de que en algún lugar hay una palanca de ansiedad y que alguien ha tirado de ella para ponerla en modo PÁNICO ABSOLUTO.

Ese alguien es Patty.

Patty, que tiene el portátil en la mesa del desayuno, abre la página de previsión meteorológica.

—Dicen que habrá chubascos dispersos. Deberíamos poner una carpa, ¿verdad? Por si acaso. ¿Creéis que necesitamos una de esas que se cierran completamente? Puede ser una opción, aunque en ese caso necesitaremos alquilar también ventiladores.

Nadine le da a Xavier un toquecito en la nariz y le pasa un vasito de bebé.

—¿Y no prefieres que nos traslademos dentro de la casa si se pone a llover?

—¿Tú crees que podemos meter a treinta y cinco personas aquí?

Cassie y yo nos comemos nuestros cereales en silencio. Parece un *reality*. Casi me imagino a Patty en primer plano con un velo de novia dibujado y efectos de sonido.

—Y, Cass, tienes que buscarte un vestido o un pantalón largo. No puedes venir en pantalón corto.

—¿Y quién ha dicho que vaya a llevar pantalón corto? —Cassie parece confusa.

Nadine sacude la cabeza y le dirige una leve sonrisa a Cassie.

—Muy bien. No los lleses. —Patty exhala—. Estupendo. Tengo que llamar a la empresa de las carpas. ¿Hablas tú con los del *catering*, Deenie?

—Sí. Ya hemos quedado el jueves.

—Vale. Tenemos a Olivia para las fotos y, por cierto, me gustaría pagarle por su trabajo.

Cassie se encoge de hombros.

—Sí, pero ella no va a acceder.

—Una cosa —dice Nadine con voz de pito—: no dejéis que venga con el tal Schulmeister. Siguen peleados, ¿verdad? No me apetece nada que el niño ese venga aquí a mancillar el día de mi boda. Ni pensarlo. —Cassie se tapa la boca muerta de risa—. En fin, habla con ella sobre lo del pago si no te importa. Y, Molly, tienes controlada la decoración, ¿verdad?

—Sí.

Se frota la sien.

—Sé que me olvido de algo. —Mira a Nadine—. ¿Qué se me olvida? —En ese momento, decide sentarse en un sitio donde no hay silla.

—*Mama* —dice Xav—. ¡Uuoooo!

Cassie y yo intercambiamos una expresión ojiplática de «hostia puta».

—Vale. Te tomo el relevo —interrumpe Nadine—. Tú. —Señala a Cassie—. Habla con Olivia. Y tú. —Se vuelve hacia mí—. Los centros de mesa. Y una de las dos tendrá que estar disponible para controlar a la abuela. No quiero que Betty se pase el día soltando impertinencias.

—Dios —dice Cassie—. Nadine, eres una auténtica novia-God-zilla fría como un témpano.

—Sí, señora.

—Ah —interviene Patty—. Molly, ¿vas a traer a ese chico?

—¿Cómo? ¿Qué? —pregunta Cassie. Se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

—Mmm.

—Tráelo si quieres —sugiere mientras se frota la frente—. No hay ningún problema. Pero necesito saberlo antes del viernes.

Cassie me da un codazo.

—¿Ese *chico*?

Reprimo una sonrisa.

—¿Molly? ¿Qué coño...?

—Me encantan estos momentos familiares tan conmovedores —suelta Nadine—. En fin. —Se gira hacia Patty—. Ya está todo listo. Ve a echarte una siesta.

Patty asiente medio aturdida y se dirige hacia la escalera.

Nadine y Xavier se van a su hora de los cuentos, así que Cassie y yo nos quedamos solas en el salón. Guardamos silencio durante un rato.

Entonces Cassie me mira.

—¿Hay un chico? —pregunta. Noto algo en su voz. Puede que sea sorpresa, o tal vez enfado. No lo sé.

Me encojo de hombros y siento que me sonrojo.

—¿Cómo no me lo has contado?

—No lo sé.

—*No lo sabes*. Joder. Soy tu maldita melliza.

Por fin nos miramos a los ojos.

—Bueno, no sabía que ya nos hablábamos.

—No, no nos hablamos.

Me río con nerviosismo.

—Ajá.

—Pero ya se me ha pasado, ¿vale? Nos hablamos otra vez. Cuéntame lo de ese chico. —Abre más los codos sobre la mesa y apoya la barbilla en las manos.

—Pues... ¿Qué quieres saber?

Cassie sonrío y pone cara de hartazgo.

—A ver, empecemos por quién es.

Me sonrojo.

—Reid.

Se echa a reír.

—¿Qué? —pregunto.

—Desde luego, no es la noticia más sorprendente del año.

—Oh.

—Bueno, cuenta. ¿Y os habéis besado? ¿Es tu novio? Di.

—Sí. —Sonrío por debajo de la manga.

—¿Qué? —Me da un golpe en el brazo—. Sí ¿qué?

—Las dos cosas.

Se queda boquiabierta.

Ahora soy yo quien le da un golpe a ella.

—Deja de poner esa cara de sorpresa.

—No pongo cara de sorpresa, es que estoy nerviosa. ¡Qué noticia, Mo! —Se acerca y me echa un brazo por encima—. Dios. Tienes novio.

—Y tú tienes novia.

—Ya. Es raro. —Apoya la cabeza en mi hombro y suspira.

Y nos quedamos así durante un rato.

—Jo, siento que tenemos mucho de lo que hablar. —Aprieto los ojos.

—Sin duda —responde ella.

Entonces levanta la cabeza. Cuando abro los ojos, veo que está mirando la mesa con los labios apretados.

—Tengo que contarte una cosa —confiesa después de un momento. Retira el brazo de mis hombros y se retuerce las manos—. No sé cómo decirte esto sin molestarte ni herirte, pero necesito que me escuches, así que te lo voy a soltar tal cual, ¿vale?

Se me tensan los músculos de los hombros y noto que me pongo a la defensiva, pero intento relajarme.

—Vale.

Se muerde el labio y asiente.

—Bueno, pues es que siento que las cosas se han puesto feas entre nosotras desde que empecé con Mina.

Asiento.

—¿Es así —continúa— o me lo estoy inventando?

Trago saliva.

—Es así.

—Y tengo que admitir que al principio me jodió bastante, porque no entendía que no te alegraras por mí.

—¡Sí que me alegro!

—Ya, pero da la impresión de que crees que Mina te está reemplazando.

—No, no es eso... —La miro—. No pienso eso.

—Pero lo dijiste —insiste Cassie—. En la fiesta. Dijiste que te dejaba plantada por Mina.

—Sí. —Suspiro—. Lo siento.

Sacude la cabeza.

—No pretendo que te disculpes, pero creo que deberíamos hablarlo. No creo que sea algo pasajero, ¿sabes? Quizá todo vaya mejor con la aparición de Reid, pero aun así...

Cierro los ojos.

—No lo sé.

—Si te soy sincera, ha llegado un punto en el que me preocupa cómo te vas a tomar cada cosa que hago. No quiero ser el tipo de persona que comienza una relación y se olvida de todos los demás. Nosotras odiamos a esa gente.

—Tú no...

—Y me estoy esforzando, ¿sabes? Pero siento que no te fías. Te invito a todo. A la fiesta de pijamas, a la fiesta del sótano, al puto taller de cerámica. A todo.

Me siento asqueada, no sé por qué.

—No tienes por qué hacerlo.

—¡Lo sé! —Levanta las manos—. Sé que no tengo por qué. Pero quiero hacerlo.

—No quiero ser la típica tía susceptible.

—No, Molly, no lo eres. —Sacude la cabeza—. No lo eres. Pero me cuesta encontrar el equilibrio. No estoy acostumbrada a que haya otra persona que me importe tanto. —Mientras se mira las rodillas, empiezan a saltársele las lágrimas—. Y no quiero perderte, ¿sabes?

Siento que a mí también me escuecen los ojos. Todo está borroso. Es como si no pudiera enfocar. Me aprieto el mentón con el puño.

—Temo que sea inevitable —digo por fin.

—¿A qué te refieres?

—A que nos separemos. Piensa en Nadine y en la tía Karen.

—¿No te parece que hay una pequeña diferencia? La tía Karen es homófoba.

—Ya lo sé, pero aun así. —Trago saliva—. ¿Cuántas hermanas conoces que estén tan unidas de adultas como lo estaban de pequeñas?

—Bueno, no conozco a muchas hermanas adultas... —dice Cassie con una ligera sonrisa.

—Ya sabes a lo que me refiero. Antes nos lo contábamos todo. Quién nos gustaba, con quién nos enrollábamos, lo que fuera. Pero algo ha cambiado. Es como si nuestras prioridades hacia las personas hubieran cambiado y nuestras relaciones externas se hubieran convertido en lo más importante.

—Bueno, nuestras prioridades no han cambiado...

—Pero cambiarán. —Respiro hondo—. Aunque no sea con Mina y Reid. Al final lo harán, es lo normal. Porque no te casas con tus hermanos.

—Ya, sería un poco incestuoso —comenta ella.

—Sólo un poco.

Se echa a reír y luego inspira.

—A ver, es obvio que tienes razón —dice Cassie por fin—. Y supongo que por eso quería que pasara lo de Will. Si nuestras parejas fueran amigos, no tendríamos que separarnos.

—Claro.

—Pero lo de Will es un fiasco, ¿no?

Sacudo la cabeza sonriendo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta.

—No lo sé.

Vuelve a inspirar. La miro y veo que las lágrimas le recorren las mejillas.

—Cállate. Qué triste —murmulla con una sonrisa húmeda.

—Ya...

—Los cambios son difícilísimos, joder. Una puta tragedia.

—A tomar por culo los cambios —sentencio, y me gusta cómo suena de mi boca. *A tomar por culo.*

Mi frase pilló a Cassie desprevenida, y se ríe tan fuerte que apenas puede respirar.

De pronto no puedo evitar preguntarme si nuestros antepasados estarán observándonos en este momento. ¿Lo entenderán?

Seguro que sí.

Es lo que tiene el cambio. Es doloroso y a la vez normal. Es la tragedia más básica. Las hermanas del Paleolítico posiblemente también se sintieron mal con esta movida.

Y lo raro es que, aunque soy consciente de ello, sigue siendo igual de doloroso.

Reid viene a casa el miércoles para ayudarme a probar la receta de la tarta.

Y supongo que ya no puedo aplazarlo más: tengo que preguntarle si quiere ser mi pareja el domingo. Debo hacerlo sin ningún tipo de presión, ya que no tiene por qué ser algo determinante. Consiste sólo en acompañarme a una boda. Donde las novias son mis madres. ¿DE ACUERDO? NO ES PARA TANTO.

—Bueno, son las diez y media. —Se apoya en la nevera—. Y se supone que tengo que estar en el trabajo a las doce. Así que no dejes que... Uf.

Lo beso con tanto ímpetu que la máquina de hielo se pone a funcionar.

—¡Uy! —exclamo, y él se echa a reír mientras me agarra por la cintura.

Sigue siendo muy extraño, tanto el hecho de estar así con él como el de haber sobrevivido sin estarlo. Si no sé cómo se puede aguantar cinco minutos sin besarse, qué decir entonces de treinta y dos mil minutos.

Me gusta cómo besa Reid con las gafas puestas. Me gusta el modo en que se me nubla el cerebro. Seguramente no deberíamos besarnos en la cocina, sobre todo porque Cassie está en casa y puede aparecer en cualquier instante. Y sería horrible. De pronto entiendo por qué Cassie se ponía tan misteriosa con Mina. No sé explicarlo, pero lo entiendo.

Vuelvo a besar a Reid. Tal vez si seguimos besándonos no tendré que preguntarle si quiere venir a la boda, sino que se enterará sin más. De todas maneras, puede que incluso lo esté esperando. O puede que no. Puede que piense: «vaya, me enrollé con esta chica la semana pasada y ahora quiere que vaya a la boda de sus madres».

UNA COSITA, VIDA: DEJA YA DE SER TAN COMPLICADA.

Reid se detiene.

—¿Qué ha sido ese sonido?

—¡Oh! El horno ha terminado de precalentarse. —Recupero la respiración y doy un paso atrás.

Estoy preparando una pequeña tarta y unos cuantos *cupcakes*, así que debería ir pensando en mezclar los ingredientes. En algún momento. Sin prisas.

Me besa de nuevo, ahora con suavidad.

—¿Molly?

Oh.

Es Olivia; está en la entrada con los ojos como platos.

Me doy la vuelta con entusiasmo.

—¡Hola! —Sin querer, echo la mano hacia atrás y se cae al suelo con estrépito una colección entera de tacitas medidoras.

Con mucho estrépito.

Porque había mucho silencio.

—¡Uy! —dice—. No quería interrumpir.

—¡No interrumpes! —Sonrío de oreja a oreja. Si sonrío con mucha fuerza, es probable que parezca poco preocupada, y sabrá que sucede algo sospechoso. En realidad, no ha visto nada. Se lo habrá imaginado, eso sí, porque ME ESTOY HACIENDO LA DESPREOCUPADA COMO SI NO PASARA NADA.

Ella mira al suelo.

—Ah, vale. Cass y yo vamos a revisar vuestras fotos familiares para colocar algunas en las mesas de la boda. Te lo digo por si... Bueno, aunque supongo que estás ocupada.

—Pues sí. Estamos cocinando.

—Ya veo.

Me arde toda la cara. No sabía que Olivia estuviera aquí, y mucho menos en la puerta.

—Bueno, chicos. Si queréis ayudar con las fotos, estaremos en el comedor —añade.

—Vale, estupendo —contesto acto seguido.

Fija la mirada en Reid y luego me observa de nuevo.

—Muy bien, bueno...

Se va antes de que me despida.

Me siento incomodísima. Me dirijo al comedor en cuanto Reid se marcha, pero allí no encuentro más que un puñado de fotografías. Cassie y Olivia no están por ningún lado.

No quiero que se me vaya mucho la olla con esto, pero los hechos son que, aunque Reid pase de Olivia, no tengo ni idea de cuáles son los sentimientos de Olivia hacia él. Digamos que de pronto me provoca ternura, a pesar de que hace una semana soñaba con arrojarle cosas a la cara.

La Molly de hace una semana era una mezquina.

Ahora tengo que arreglarlo. Tomo aire y le escribo un mensaje.

¿Sigues por aquí?

Nada. Nada.

Al cabo de un poco, puntos suspensivos.

¡Hola! En la habitación de Xav con C. Deberíais venir, chicos.

Dios, se cree que Reid está conmigo. Que soy capaz de hacer algo así. De restregárselo por las narices en plan: «Yuujuu, Olivia, adivina. ES MÍO, ES MÍO, ES MÍO».

Me estremezco sólo de pensarlo. No me considero una de esas chicas de «ES MÍO».

Subo las escaleras despacio con el corazón en la garganta.

La habitación de Xavier es del tamaño de una alacena. En serio, mis madres le compraron una de esas alfombritas con carreteras y vías de tren que venden en Ikea, y ocupa todo el suelo. Cuando abro la puerta, Olivia y Xavier están construyendo una torre de piezas. Bueno, no exactamente: Olivia es quien la construye y Xavier la destroza.

—Hola —saludo mientras me pongo a Xav en el regazo, aunque él se zafa de mí al instante—. Siento mucho no haber ayudado con las fotos.

—No pasa nada. Parece que estabas ocupada. —Cassie arquea las cejas y Olivia suelta una risita. Son lo peor. Las dos.

Oculto una sonrisa con la mano y me siento junto a Cassie con la espalda apoyada en la cuna.

Ella se inclina hacia mí.

—Entonces, Reid viene a la boda, ¿no?

—Uf. Espero. Todavía no se lo he preguntado.

Miro a Olivia, que parece tan serena como siempre.

—Joder, pues pregúntaselo ya —espetea Cassie—. Y dile que tengo que hablar con él.

Entorno los ojos.

—¿Sobre qué?

—Sobre la castración a la que lo someteré si te rompe el corazón. Las típicas cosas de hermana protectora. —Se levanta y se estira—. Ahora sigo. Tengo que mear.

Al salir, cierra la puerta. Olivia me sonrío.

—Molly, tienes novio.

No puedo sonreír. No es momento para sonrisas. Es momento de ser lo menos despreciable posible. A esta chica la acaba de dejar tirada el inigualable Evan Schulmeister y es posible que el chico que le guste sea mi novio. Asiento despacio, mirándome las rodillas.

—Yo lo predije.

—¿En serio? —La miro con vacilación—. ¿No estás molesta?

—¿Molesta por qué?

—Dios. Creía que te gustaba.

De pronto, Xavier vuelca la torre y todas las piezas se estrellan contra el suelo. Me mira, luego mira a Olivia y de nuevo a mí, con el labio tembloroso.

—Pequeño, lo has tirado tú —le recuerdo. A veces se le puede distraer para que no tenga una rabieta, pero en esta ocasión se lanza a los brazos de Olivia.

—Oh, no, no me gusta —asegura ella—. A ver, me gusta como amigo, claro, y me parece mono. Es muy mono, en realidad.

—Sí que lo es. —Reprimo la sonrisa.

—Sin duda, mucho más mono que Will, en mi opinión. —Se sonroja.

Dios. Le gusta.

—Lo siento, de verdad —musito.

—¡No deberías sentirlo! Por favor, no lo sientas. En cualquier caso, yo ya sabía que estaba enamorado de ti.

—¿Qué? —Me paro en seco.

—Cada vez que estaba con él, lo único que hacía era hablarme de ti.

Oculto la sonrisa bajo la manga de mi rebeca.

—Oh.

—Sí. —Sonríe—. En serio, no quiero interponerme. —Aprieta el pie de Xavier—. Quiero que te vaya bien, Molly.

Creo que el cerebro se me ha apagado. No puedo pensar en nada que responder. Sólo sé que Olivia es sin duda mejor persona que yo.

—Sí, pero yo quiero que tú también seas feliz —añado al fin.

Se encoge de hombros.

—Lo soy.

—Pero quiero que estés enamorada. De alguien mejor que Evan.

—Cualquiera es mejor que Evan —contesta.

—También es verdad.

Y ahora estoy como una loca haciendo de casamentera mentalmente. Como es lógico, Will está descartado, ya que ella no lo encuentra mono. Y Max es un idiota. Pero Douglas me provoca curiosidad. Reid jura que existe. Olivia y el enigmático Douglas. Sé que Reid apoya la idea.

—Oye, ¿tú has...? —comienzo, pero Olivia me corta:

—Sé lo que estás pensando. —Olivia apoya la barbilla en la cabeza de Xavier—. Pero no quiero tener novio en este momento.

—¿De verdad?

—Ni de coña. —Sonríe.

Me pongo a darle vueltas. No sé si es triste o gracioso, pero he pasado tanto tiempo queriendo un novio que no me imagino no queriéndolo. Me imagino *diciendo* que no lo quiero, eso sí, pero no sería verdad.

Aunque puede que sea yo, que me he quedado un poco tocada después de veintiséis amores no correspondidos. Tal vez sea un efecto secundario.

Viernes por la noche. Inspiración profunda.

Llevo un par de días queriendo preguntarte algo, pero no consigo que me salgan las palabras.

Así que prefiero escribirte, soy lo peor.

¿Existe la posibilidad de que estés libre el domingo? O sea, pasado mañana.

Porque resulta que voy a una boda y necesito un acompañante...

Sábado, tempraculo. El novio responde:

Oye, he tenido una idea.

Una idea de boda, quiero decir.

¿Conoces esas banderolas que parecen dientes de tiburón?

¡La gente hace decoraciones para tartas con esa forma!

Las sostienen con palillos chinos. No me lo estoy inventando, ¿eh?, que lo he visto en Pinterest.

¿POR QUÉ ESTOY MIRANDO PINTEREST, MOLLY? ¿Qué es esta locura?

Creo que te echo de menos.

O quizá Pinterest sea en realidad una enfermedad adorable que se transmite sólo a través de tu saliva.

De tu *adorable* saliva.

La adorable saliva de Molly Peskin-Suso.

¡Ese debería ser el título de tu autobiografía!

En cualquier caso, ya sé que estás en el sitio de los retoques.

(Espero que no te retoquen mucho).

(Me gustas entera).

Para que lo sepas.

Además, creo que deberías hacer esa decoración para la tarta.

(Por si no ha quedado claro, esto es un sí. Me apunto a la boda y a todo lo que quieras invitarme, sobre todo si hay tarta).

¿Entera? —escribo—. ¿Como una gata sin castrar?

¡No! Bueno, Sí. No dejes que te castren, por favor.

Tengo un novio que me manda mensajes pidiéndome que no me deje castrar. Creo que nunca me cansaré de Reid y de su mente disparatada. Jamás.

¡Lo intentaré! —contesto—. Me alegro de que vengas a la boda.

En realidad, no me están retocando, ni a mí ni a mi vestido. Estamos aquí por mis madres, en el departamento de arreglos de trajes de novia. Cassie y yo esperamos en un sofá de terciopelo que hay delante de los probadores, rodeadas de espejos. Intento no mirarme en ellos.

Patty sale del probador y suspira.

—Dios. Ahora no estoy segura de querer ir sin tirantes.

Cassie levanta las cejas.

—¿No es un pelín tarde para eso?

—Estás fantástica —dice Nadine con una sonrisa.

—¿No parezco una madurita sin tetas más blanca que la leche?

—Sí que lo pareces. —Nadine le da un beso—. Y me encanta.

Cassie se hunde entre los cojines del sofá y se tapa los ojos.

—¡Parad yaaaaaaa! ¿Por qué no os vais a un hotel?

—Vete acostumbrando, Kitty Cat —replica Nadine. Se mira en el espejo, sonrío y se desabrocha el botón de arriba—. ¿Qué os parece?

—Perfecto —respondo.

Y es que están las dos perfectas. Nadine lleva unos pantalones gris claro y una camisa blanca del departamento de novios. Oí que le decía al dependiente que su prioridad era «poder sacarse la teta». Las tetas de Patty, en cambio, está envueltas en una cantidad ingente de encaje francés. Están las dos guapísimas. Sé que resulta raro pensar eso de tus propias madres, pero es la verdad. Es increíble que vayan a casarse mañana.

De repente, Nadine se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

—Bueno, Molly, ¿al final traes a Reid a la boda?

Cassie me mira con una sonrisa de satisfacción.

—A tu novio —puntualiza—. Por si no lo recuerdas.

Novio. Sigo sin acostumbrarme. Sonrío con disimulo.

Veo en el espejo que Patty y Nadine nos observan. Están especialmente

radiantes y parece que Patty se dispone a decir algo. Se le ve en la cara. Pero el dependiente de la sección de novias la interrumpe para un retoque de última hora.

Jo, estaría muy bien que se pudiera contratar un servicio así: alguien que interceptara a tu madre en el preciso instante en que está a punto de soltar alguna ocurrencia de las suyas.

Por desgracia, Nadine decide tomar el testigo:

—Me gustaría saber más sobre ese chico-novio tan guay.

Cassie suelta una risita.

Yo pongo cara de resignación.

—Pues sí, es guay.

—No sabía yo que esto se estaba fraguando —añade—. Momo, no nos habías dicho nada. Ni siquiera sabía que te gustara alguien.

—Yo sí lo sabía —dice Cassie con aire de superioridad.

Me está entrando calor.

—¿Tenemos que hablarlo ahora?

—Ayy, cariño. Me alegro mucho por ti. —Se espachurra entre nosotras en el sofá y nos rodea con un brazo a cada una.

—Tenía ganas de tener novio desde hace mucho. Muchísimo —apunta Cassie.

Arrugo la nariz.

—Buf, visto así, soy bastante penosa.

—¿Qué? ¡No!

—Ay, Momo, ¿por qué dices eso?

Porque sí. No quiero ser así. Me gustaría ser otro tipo de chica. Como Olivia. Que no le importa lo más mínimo estar soltera. Ni siquiera le interesa tener una relación ahora.

—Porque no quiero ser una de esas chicas que necesitan tener novio —contesto.

—Hombre, por supuesto que no lo necesitas —dice Nadine—. Pero no pasa nada por querer tenerlo.

Me encojo de hombros.

—Momo, en serio —continúa—. Puedes querer lo que te dé la gana. —Me tira del pelo—. Y te digo una cosa: el amor lo merece.

—Estoy contigo. —Cassie sonrío.

—Es que pensaba que nunca sucedería. —Me sonrojo—. Supongo que soy una flor tardía.

Nadine suelta una carcajada y noto que me contagio de su alegría.

—¿Qué has dicho? ¿Flor tardía? Mo, si tienes diecisiete años.

—Por eso.

—¿En qué universo eres una flor tardía con diecisiete años? —Me aprieta el hombro—. Estas cosas no tienen calendario. Yo no tuve novia hasta el último año de instituto. Y tu madre, hasta más tarde.

—¿De verdad?

—De verdad.

Me quedo callada.

—No sé. Bueno, pues yo sentía que me pasaría la vida esperando.

—Lo sé, cielo. No pretendía descreditar tus sentimientos. —Se da una palmada en el regazo—. Sí, esperar es un asco. Sobre todo cuando empiezas a creer que no va a suceder nunca.

—Eso es.

Sonríe.

—¿Os he hablado alguna vez de cuando intentaba quedarme embarazada?

—Creo que no —responde Cassie.

Sacudo la cabeza.

—Fue un proceso largo. Estuvimos intentándolo durante diez años con todo tipo de médicos. Nadie sabía qué pasaba.

—¿En serio? —pregunta Cassie.

Estoy anonadada. A lo mejor no debería estarlo, no sé. Supongo que tiene sentido que mis madres no decidieran de repente tener un bebé dieciséis años después de haber tenido mellizas. Pero no sabía que Nadine lo había intentado durante todo ese tiempo. Diez años. No puedo dejar de darle vueltas.

—Y al final funcionó, ¿lo veis? Y yo tenía cuarenta y dos años. Nadie daba un duro por ello, y fíjate.

—¡Vaya! No tenía ni idea —digo.

Nadine sonrío.

—Ya. Resulta raro hablar de este tema, porque no quiero que sintáis que sois menos que vuestro hermano. Sabéis que no es así, ¿verdad?

—Claro —me apresuro a responder.

—Pero vuestra madre y yo siempre quisimos tener tres hijos. Nuestra idea era esa. Y cuando os tuvimos a vosotras dos de golpe, pensamos que habíamos avanzado deprisa. No sabíamos lo que nos quedaba...

—Xav se ha hecho esperar —dice Cassie.

—Pues sí. Pero también tiene su lado positivo, porque cuando pasas tanto

tiempo deseando algo y por fin lo consigues, es mágico.

De pronto me dan ganas de llorar, pero llorar de alegría. Porque sé muy bien a qué se refiere. A las mariposas, la nebulosa y los ojos con corazones, aunque también, en lo más profundo, a esa sensación de «no me lo creo». «No me creo que esta sea yo».

Apenas puedo expresar la ternura de esa sensación.

Es como averiguar que la puerta que no dejabas de aporrear está abierta. A lo mejor llevaba abierta todo el tiempo.

No hay prueba de menú. No hay prueba de nada. La gente que viene de fuera comienza a llegar el sábado por la noche y todo se torna real.

La abuela Betty está en el hotel Marriott y los abuelos Suso se alojan en un hostel cercano. Creo que los amigos de mis madres de la universidad llegan mañana por la mañana.

Pero Abby viene esta noche. Con Nick. Y se queda en nuestra casa.

Coloco el colchón inflable en mi cuarto y Cassie trae sus cosas. Me da exactamente igual que tengamos que dormir apelotonadas, es la primera fiesta de pijamas de las Suso desde hace más de un año.

El timbre suena justo cuando estamos retirando los platos de la cena y salgo pitando hacia el vestíbulo. Corro tanto que me resbalo con la madera del suelo.

—¡Madre mía! —Abby da saltos en la entrada.

—¡Ya estás aquí!

—¡Ya estoy aquí. ¡Y tú también! —respira hondo—. ¡Aah! ¡Hueles a Molly!

—Un momento, eso es...

—¡Es un piropo!

Eso me hace pensar en Reid. Y en su desodorante. No debería sonrojarme.

—No me puedo creer que ya estés aquí.

—Ya estoy aquí. ¡Y mira a quién he traído! —Pone cara de satisfacción y da un paso atrás—. Molly, este es Nick. Nick, Molly.

Tiene gracia cuánto se parecen algunas personas a sus fotos. Como Simon. Pero Nick en persona es aún más guapo. Mucho más. Tiene unos ojos marrones magnéticos que no se reflejan bien en las imágenes.

—Hola. —Se queda de pie en el vestíbulo con aire tímido y una gran bolsa de viaje en la mano—. Gracias por invitarme.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡De nada!

Desde la calle llega el sonido del coche que se cierra. Un momento después, aparece Isaac con dos maletas.

—Hola, Mo —saluda, y casi tiene que ponerse de rodillas para abrazarme. Isaac mide un metro noventa y tres. En serio, hasta Reid parece bajito a su lado.

Se me ocurre que tiene una altura muy buena para Olivia.

Pero no. Ni pensarlo. Ella no quiere. Me lo quito de la cabeza.

Nick e Isaac ocupan las literas de la habitación de Cassie. Es divertido que Abby e Isaac estén aquí sin sus padres. El tío Albert y la tía Wanda se quedan en el estudio que tiene Isaac en U Street, que a decir verdad dista poco de ser una hermandad universitaria.

—¿Qué va a pensar tu madre de la mesa de *beer-pong*? —le pregunta Cassie. Isaac sonríe.

—Le he puesto un mantel y un jarrón con flores.

—Eres un genio.

En cuanto Abby cierra la puerta de mi habitación, Cassie suelta la noticia:

—Molly tiene (atención, redoble de tambores)... novio.

—¿Qué? —exclama Abby—. ¡Dios mío! Y os habéis besado. ¿De verdad? ¡Dios!

—PUES SÍ —dice Cassie—. Y no me contó nada. —Se deja caer en el colchón inflable.

—No se lo conté a nadie —corrijo.

—A nuestras madres sí.

—¡No se lo conté! Ellas lo averiguaron.

—Uy, me encantaría conocer esa historia —dice Abby.

—En realidad no pasó nada. Patty nos oyó.

Abby y Cassie sueltan una carcajada.

—¿Qué pasa? —pregunto. Me doy cuenta de que estoy sonriendo.

—Os oyó haciendo qué —inquire Abby.

OTRA VEZ CON LO MISMO.

—Eso no. Joder. Hablando. Sólo estábamos hablando.

—Claro.

—A lo mejor os dabais besos.

—Anda ya —se burla Cassie. Agarra una almohada, me la lanza, falla, me la vuelve a lanzar y me da en la cara.

—¡Guerra de almohadas! —grita Abby con todas sus fuerzas—. Es como una fantasía, ¿no? A lo mejor debería avisar a Nick.

Cassie asiente.

—Dile que nos estamos poniendo miel en las tetas.

Abby se echa a reír y saca el teléfono.

—Un segundo, ¿le estás escribiendo? —Cassie se encarama a Abby, que se zafa de ella con suavidad—. Déjame ver.

—No, no... —Sonríe Abby—. Es confidencial.

—Tan confidencial como mi culo.

—Esperemos que sí.

Tiene gracia verlas discutir. Es como retroceder en el tiempo. Estoy tan encantada que ni siquiera tengo ganas de hablar. Simplemente disfruto de estar aquí.

Escribo a Reid:

Creo que vas a tener que bailar conmigo mañana.

Puntos suspensivos.

Ohhhh, no. Yo no bailo.

ESO DA IGUAL.

No tienes NI IDEA de lo patoso que soy, Molly.

Me echo a reír. «Ya me hago una idea...».

Me he cargado a algunas personas mientras bailaba.

—Mira esta, se ríe sola con el móvil —dice Abby.

Levanto la vista con una sonrisa culpable y veo mi reflejo en el espejo que hay en la pared de enfrente.

Es todo muy raro. Tengo el pelo revuelto. Llevo una camiseta parecida a las de lactancia que usa Nadine y un pantalón de pijama. Y tengo pasta de dientes en la comisura de los labios.

Pero creo que, por primera vez en mi vida, me siento guapa de verdad.

Estoy demasiado nerviosa para dormir. No dejo de pensar en la boda, en Reid, en los centros de mesa y en mi ropa.

Estoy enamorada de mi vestido. El diseño es muy simple: delicado, de color verde azulado, de manga corta y con una capa de tul por debajo de la falda. Eso es todo. Y me queda perfecto. No me hace más delgada. Creo que me hace gorda, pero a propósito.

No puedo dejar de sentir el tacto de la tela. Qué ganas tengo de ponérmelo.

Hay algo en el ambiente, como un murmullo de expectación. Por la ventana, veo a mis madres colocando dos mesas largas con sus sillas. Al final no hay carpa. Puede que Nadine se lo quitara a Patty de la cabeza. Hace sol y calor. Casi se me escapa un suspiro de alivio.

Me dedico toda la mañana a decorar. Creo que al final lo hemos clavado: cajas *vintage* de Coca-Cola para elevar, botes de cristal pintados a diferentes niveles y flores, sobre todo las llamadas «velo de novia», aunque también hay hortensias. Distribuyo las figuritas de animales de Olivia por todas partes, junto con algunas fotos familiares en marcos de madera pintada. Luego cuelgo la guirnalda de tela sobre el lugar de la ceremonia como si fuera una jupá desaliñada, mientras Isaac se ofrece a ayudarme para colgar lucecitas de los árboles.

Y de pronto se me ocurre que debería cortar en trozos mi ristra de cuentas de papel, porque me obsesiona la idea de elaborar servilleteros con ella.

En serio, podría ganarme la vida con esto. Quizás algún día lo consiga.

Sin embargo, estas novias Godzilla frías y calculadoras pueden llegar a ser desafiantes. Recibo mensajes de mis madres cada cinco minutos.

Cariño, ¿podrías recordarle a Isaac que le tiene que dar una propina a los del alquiler de las mesas?

Momo, necesito que me busques el cargador del portátil.

¡Déjalo! YA LO HE ENCONTRADO.

Acaban de llegar los del catering. ¿Les acompañas a la cocina para que coloquen las cosas? ¡¡Gracias!!

A ver, que yo sigo con el pantalón del pijama, pero bueno, supongo que puede pasar por uno normal. Bajo las escaleras a toda prisa y casi me estampo

contra uno de los del *catering*.

—Uy, vaya. Perdona. —Levanto la vista y me pongo roja como un tomate—. ¿Julian?

—¡Anda! Tú eres la amiga de Elena, ¿no? Molly, ¿verdad?

Mi flechazo número once. Julian Portillo el de los Desayunos Experimentales. Y ahora trabaja en un *catering*. Lo que son las cosas.

—Así que tus madres se casan —comenta.

—Pues sí. —Esto es rarísimo—. Bueno, ¿y tú cómo estás? ¿Qué tal Elena?

—Aah, ella está bien. Yo también. Estoy en Georgetown, acabo de terminar segundo y este verano estoy trabajando aquí. Me encanta.

—Qué bien.

Sonríe y..., anda, los hoyuelos. Creo que me pasa algo con los hoyuelos.

—Ay, os presento. Este es Carter Addison —dice Julian mientras me roza el brazo.

En ese preciso instante, un chico blanco larguirucho con el pelo rizado deja en el suelo una cacerola cubierta con papel de aluminio y se acerca despacio.

—Hola. —Sonríe. También es mono. Tiene una sonrisa de oreja a oreja encantadora—. Soy el ayudante del chef.

—Y mi novio —añade Julian, también sonriente—. Carter, esta es Molly. Es hija de las novias.

Novio. Pues esto sí que no lo había visto venir.

—Encantada de conocerte —respondo.

—Lo mismo digo. ¡Y *mazel tov!*

Los acompaño a la cocina y les enseño los electrodomésticos, mis *cupcakes* y todo lo que se me pasa por la cabeza.

—No sé si os sirve de ayuda.

—Sin duda —contesta Julian—. Es estupendo.

—Muy bien. —Asiento. Nos quedamos los tres ahí de pie con cara de bobos durante un minuto. Nunca se me ha dado bien articular palabras delante de Julian Portillo.

—Oye, no quiero meterte prisa ni nada —sentencia por fin Julian—, pero a lo mejor deberías ir vistiéndote. No creas, me encantan los pantalones de cuadros, pero...

—¡Mierda! —exclamo.

—¡Mira, se pone colorada! —Me abraza. Julian Portillo me está abrazando—. Eres un encanto. —Veo que le guiña el ojo a Carter—. ¿Sabes? Si alguna vez me gustaran las chicas, te elegiría a ti, Molly.

Creo que no hay palabras para expresar lo que siento.

Bueno, sí. ¿Conoces el *emoji* que se ríe y llora al mismo tiempo?

Pues eso. Esa soy yo.

Me visto a toda prisa y corro escaleras abajo justo cuando aparecen Mina y Olivia. Han llegado bastante temprano, creo que incluso han compartido el coche para venir. Olivia me abraza en cuanto me ve.

—¡Enhorabuena!

Cassie se acerca.

—Bueno, acabo de tener una superconversación con la abuela.

—¿Y eso?

Hace una mueca y a mí me da la risa.

—Acaba de informarme de que, cuando una mujer bisexual se casa con otra mujer, se convierte en lesbiana.

—Oh, no —dice Olivia.

—Me he quedado...: a ver, abuela, no. No. Y la he fulminado con la mirada.

Mina se echa a reír.

—Bueno, la pobre tiene buena intención.

—Y eso que todavía no está borracha —observa Cassie. Mira hacia un lado y, sonriente, me da un codazo—. Mira, ahí está tu novio.

Me ruborizo. Es extraño. Quizá sea porque todo el mundo ya lo sabe. Pero vaya, que es una sensación que no termina nunca. Parece que no me voy a acostumbrar jamás.

Reid espera junto a los escalones de la entrada y lleva puesta una camisa. Ahora ya lo sé: está demasiado guapo con camisa. Me sonrío y le devuelvo la sonrisa, y es como si durante un segundo alguien pausara el mundo.

Creo que me gusta no poder controlarlo.

Parece que nunca serán las seis de la tarde, pero al final llega la hora y, de repente, todos estamos alineados bajo la jupá de guirnalda: Cassie, Abby y yo, además de Isaac, que tiene en brazos a Xavier, el cual lleva un traje gris minúsculo.

Está ideal.

—Bienvenidos —saluda mi tía Liz.

Técnicamente no es mi tía, ni tampoco es rabina; se sacó un certificado por Internet.

—Patty y Nadine me han pedido que sea breve y que mi discurso sea apto para menores, aunque..., bueno, esto último ya se verá.

Todos se ríen.

—En fin, me llamo Liz y fui compañera de habitación de Nadine en Maryland hace más o menos un millón de años. —Nadine resopla—. Lo que voy a contar es verídico. Estamos en primero, nos dan los horarios de clase y Dennie se enfada porque tiene Biología 1, y ella ya había estudiado esa asignatura en el instituto, «una verdadera mierda, tía».

Se oye una carcajada general en las mesas; todos se imaginan a Nadine diciendo esa frase. Lanzo una mirada a los padres de Abby: el tío Albert parece consternado, la tía Wanda sonrío alegremente con los ojos muy abiertos. Abby me mira de reojo y también sonrío.

—El caso es que se va a clase hecha una fiera soltando sapos y culebras por la boca. Cuando vuelve a la hora de comer, le pregunto: «Bueno, ¿qué?, ¿te dejan cambiarte? ¿Te convalidan los créditos?». Y Nadine me suelta: «Bueeeeno, sí. Aunque ahora me gusta la asignatura».

Nadine se tapa la cara muerta de risa.

—Y yo me quedo: «¿Cómo?» —continúa Liz con los ojos chispeantes—. «A ver, esta mañana estabas dispuesta a encadenarte a la puerta del despacho del decano y ahora me dices que te va esa asignatura. Me tienes desconcertada». —Liz hace una pausa para añadir dramatismo—. Hasta que, varias semanas después, Nadine me presenta a Patty Peskin. Su profesora.

En las mesas todos estallan en aplausos y vítores, mientras que Nadine y Patty se miran riéndose. Es raro ver a tus madres tan cariñosas entre ellas delante de la gente. No digo que esté mal, ¿eh?, pero es raro.

Por enésima vez en el día, mis ojos se cruzan con los de Reid.

Sonrío.

Y yo también.

—Nadine, ¿aceptas a esta mujer, Patty, como esposa, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí —responde Nadine. Nunca la había visto tan sonriente.

—Y tú, Patty, ¿aceptas a esta mujer, Nadine, como esposa, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

Patty se sorbe la nariz.

—Sí.

Noto unos dedos cálidos entre los míos. Abby. Le aprieto la mano con fuerza.

—¿Qué tal si nos ponemos los anillos? —pregunta Liz.

Me río. Todo el mundo lo hace. Patty está sollozando, algo nada sorprendente; hasta a Nadine se le saltan las lágrimas. Eso no es habitual. Sólo la he visto llorar una vez, y estaba dando a luz al mismo tiempo.

—Por el poder que me otorga el estado de Maryland, os declaro legal y maravillosamente casadas.

Entonces rompen la copa, todos los asistentes ríen y gritan *mazel tov*, y unos cuantos silban.

Y luego... Bueno.

Hay un momento en la vida de los padres en el que tienen que enrollarse delante de los hijos. Este es ese momento. Es inevitable.

Y yo no lo evitaría aunque pudiera.

Reid viene a buscarme enseguida y me da un abrazo.

—Ha estado genial.

—¡Gracias! —Me apoyo en su pecho e inspiro su desodorante—. ¿Has llorado?

—JAMÁS. —Se le marca el hoyuelo—. Vale, un poquito.

—Ooh. —Le sonrío. Me agarra de las manos.

Y, por un instante, nos quedamos los dos así, mirándonos sin más.

Él sacude la cabeza.

—Molly, me matas.

—¿Qué?

Se queda callado. Tiene las mejillas sonrosadas.

—Estás guapísima.

Su voz es suave. Siento que se me corta la respiración. Durante todos estos años como espectadora de películas, he visto esa mirada en la cara de muchos chicos, pero nunca nadie me había mirado a mí así.

—Tú también —respondo al instante.

Se ríe.

—Vaya, gracias.

Julian y Carter han colocado toda la comida en una mesa de pícnic: carne asada, pan y rollitos de maíz y verdura a la parilla. Hay comida kosher, vegana y sin gluten etiquetada con esmero. También montones de platos de plástico que imitan a los de porcelana. Es una boda de autoservicio.

Aunque todavía hay luz, varias personas ya están bailando junto a los columpios de Xavier. Suena una canción lenta cuyo intérprete no identifico. Es un tío famoso, británico... Tal vez Sam Smith.

—¿Tienes hambre? —Reid me tira de la mano.

—Sí, ¿no?

—¿O prefieres que vayamos con Abby?

—Ah, pues también.

—Hoy todo te viene bien, ¿eh? —Me sonrío.

—¡Ya te digo!

Me siento terriblemente feliz. Es una felicidad rebosante. Ahora mismo podría hacer cualquier cosa y nada cambiaría. Es una alegría invencible. No puedo echarla a perder ni mutilarla.

Nos sentamos al final de una de las mesas junto a Abby y Nick.

—Mira qué lindas están tus madres ahora mismo —dice Abby.

Están sentadas en los escalones de la entrada y hablan cogidas de la mano totalmente ajenas al resto de la gente. Veo que Olivia se acerca de manera furtiva con la cámara, enfoca y les hace una foto como si fuera una periodista del corazón; ellas no se dan ni cuenta.

Entonces se acerca a Cassie y Mina, que están en el césped y sonrían cuando les enseña la foto que acaba de hacer.

Cassie está radiante.

—Mirad, la que dice ser una cínica de campeonato —murmuro.

—Ya ves. Cassie es, de hecho, la más buenaza de todos nosotros. Su rudeza es de mantequilla y azúcar. —Abby se echa a reír—. Ay, antes de que se me olvide, mirad quién está aquí.

Levanta un poco la barbilla hacia un lugar por detrás de mí.

Vuelvo la cabeza y me quedo con la boca abierta.

—Dios mío.

Abby sonrío.

—¡Lo sabía!

—¿Sabías que vendría?

Sacude la cabeza.

—¿Deberíamos acercarnos a saludarla? Chicos, ¿os dejamos solos un momento?

Nick y Reid se miran.

—Sí, claro.

Nuestros novios.

Me levanto y me aliso el vestido. Abby me coge de la mano mientras atravesamos la extensión de césped.

La tía Karen está sola en una mesa con las manos cruzadas sobre el pecho. Parece tensa e incómoda y, a decir verdad, un poco desdichada.

Pero está aquí.

Dios.

Al vernos, se le ilumina la cara.

—¡Hola, nenas! —exclama—. ¡Madre mía! ¡Pero si estáis preciosas! Y enormes... —Nos abraza y nos sentamos cada una a un lado de ella—. El jardín está distinto, ¿lo han rediseñado?

—Eh, sí, hace unos dos años o así —respondo.

Ella asiente.

—Bueno, ¿y cómo están los perros? —continúo.

La cara se le ilumina ligeramente.

—Ah, bien, están muy bien. Los he dejado con mi amiga Madge, y su marido les va a preparar carne a la plancha esta noche. Solomillo neoyorquino.

—Mmm... ¿Para los perros? —pregunta Abby.

—Ajá... Les encanta la carne.

—No es muy habitual —dice Abby mientras me lanza una mirada.

La tía Karen sonrío.

—Son unos perros poco comunes. Abby, le he estado hablando a tu madre de *Daisy*, mi perra, que es cruce de pastor, y me ha dicho...

—Tía Karen, pensaba que no ibas a venir —suelto de pronto.

Se produce un golpe de silencio.

Por fin, responde:

—Bueno, supongo que no podía faltar.

—¿Sabe Nadine que estás aquí?

Ella aprieta los labios.

—Doy por hecho que sí.

—¿Quieres... que te acompañe a verla?

—Uy, no —contesta enseguida—. Sólo voy a estar... Ya sabes, esta es su noche. Y la noche de Patty —añade con incomodidad.

Mientras dice eso, caigo en la cuenta de que nunca había mencionado a Patty por su nombre. Jamás.

—No he venido para complicar las cosas. Dennie y yo tenemos mucho de lo que hablar, es obvio, y le debo... —Se le apaga la voz y sacude la cabeza—. Pero no esta noche. Esta noche sólo quería estar presente.

—Bueno. Entonces, gracias por venir.

—¿Eres tú, *mamaleh*?

Me doy la vuelta y veo que mi abuela Betty tiene en la mano una de las fotos de los centros de mesa. Se sienta a mi lado y pone la foto bocabajo.

Cielos. Sobrecarga familiar.

—Hola, abuela.

Me doy cuenta de que estoy metiendo barriga. Supongo que a veces siento

vergüenza cuando ella está cerca. Por una milésima de segundo, desearía llevar faja.

—¿Conoces a mi tía Karen? —me apresuro a decir—. Sé que a Abby sí...

—Claro. Encantada de veros otra vez.

Toco el borde del marco que ha traído mi abuela.

—¿Qué foto es?

—Una mía en la que salgo fatal. Me gustaría saber quién la ha escogido como centro de mesa. —Sacude la cabeza y sonrío—. Voy a emitir una queja formal.

Me sorprende; no sabía que a la gente mayor le siguieran dando reparo ese tipo de cosas. Ahora me muero por ver la foto, claro, y Abby debe de estar pensando lo mismo que yo.

—¡Betty, enséñanosla! No se lo diremos a nadie.

—Si nos la enseñas, la escondo —añado.

Mi abuela pone mala cara, pero le da la vuelta al marco.

Abby suelta un gritito:

—¡Si es una foto alucinante!

Y lo es. Joder. Menuda foto. En blanco y negro, Patty aparece de bebé, así que debió tomarse a finales de los sesenta. Pero de quien no puedo apartar la vista es de mi abuela. Tiene veintitantos años y sonrío con dulzura mientras sujeta a Patty sobre una cadera y mira fijamente a la cámara.

Es clavada a mí, aunque está arreglada como las antiguas y es guapa.

Y gorda.

Cuando levanto la vista, me está mirando con una expresión que no logro descifrar.

—Soy dura contigo, ¿verdad?

Me sonrojo.

—No sé...

—Odiaba tener kilos de más. Engordé treinta kilos durante el embarazo. Me sentía como si viviera en el cuerpo de otra persona.

Me quedo callada. Inhalo.

—Entiendo. —Exhalo—. Pero yo no me siento así, ¿sabes?

—Lo sé, y eso es bueno. Lo siento, *mamaleh*. No debería volcar mis problemas en ti. —Me agarra la mano y la aprieta—. Eres muy guapa.

Noto que me arden las mejillas. Pasa una cosa: estoy acostumbrada a que me digan que tengo la cara bonita, o el pelo bonito, o los ojos bonitos. Pero no es lo mismo que te digan que eres *guapa*. Sólo guapa, sin condiciones. Y por alguna razón resulta más extraño oírsele decir a mi abuela que a Reid.

Hace que me escuezan los ojos.

Ella carraspea.

—En fin, ¿no ha sido una ceremonia preciosa?

—Sí que lo ha sido —interviene Abby.

La tía Karen se encoge de hombros.

—Ha estado bien —susurra.

Ese gesto al encogerse de hombros de la tía Karen. Como si en él se alojaran cuarenta años de secretos, peleas, viajes por carretera y noches en literas.

El caso es que Nadine se encoge de hombros de la misma manera.

Y de pronto, me viene la imagen de Cassie y yo dentro de veinte años. Casadas. Con Mina. Con Reid. O no. Tal vez nos casemos con gente que aún no conocemos. Tal vez no nos casemos nunca. Nos veremos a diario o sólo una vez al año. Habrá altibajos según las épocas. Quizá nunca lleguemos a controlarlo.

Cada relación está formada por un millón de relaciones.

No sé si eso es malo.

Cuando el sol se pone, todo mejora. Creo que es por las luces parpadeantes, que tienen algo mágico sobre las ramas de los árboles. Algunos ya se han ido a casa, pero la mayoría de la gente está bailando, con Abby y Nick en el centro. Todavía no he convencido a Reid para que baile. Ahora mismo está concentrado en vanagloriarse por la decoración de la tarta en forma de banderolas colgantes.

Que fue, debo admitir, idea suya.

Y que ha quedado, he de decir, preciosa.

Ahora que hemos vuelto a la mesa, Reid me agarra de la mano mientras hablamos con Olivia. Xavier está como un tronco en brazos de Cassie. Mina se come un *cupcake* y se limpia la boca con una servilleta entre bocado y bocado. A pesar de todo el movimiento que nos rodea, se palpa cierta quietud en el aire.

—Nunca podría ser fotógrafa de bodas —comenta Olivia.

—¿Por qué no?

—Hay demasiados momentos perfectos. No doy abasto.

De repente me quedo sin palabras.

—Sí...

Reid me aprieta la mano.

La música cambia y comienza una canción más rápida y estridente, y advierto que Isaac está en la pista improvisada haciendo girar a una de las amigas de mis madres. Creo que lleva un puñado de mis servilleteros de cuentas de papel en la muñeca como si fueran pulseras. La tía Liz está en el columpio de Xav, que es

un neumático, haciendo gestos muy efusivos, mientras mi madre se parten de risa. Los padres de Abby, a pesar del cambio de música, bailan agarrados, desafiantes. Es muy bonito.

—Creo que voy a sacar unas cuantas fotos más —dice Olivia.

—De acuerdo —contestamos Cassie y yo al unísono, justo con la misma entonación.

Olivia entorna los ojos y nos señala con ambas manos.

—Jolín, ni que fuerais mellizas.

Mientras se aleja, gesticula como si le explotara la cabeza. ¡Bum!

Mina se ríe e intercambia con Cassie una de esas miradas sonrientes y dulces. Aparto la vista hacia otro lado, pero no porque yo sea un niño de once años, sino.... Bueno, ya sabes. Para que tengan su momento de intimidad.

Y empiezo a dejarme llevar. Poco a poco. Son pequeños pasos que nos separan a la una de la otra, que dejan huellas no tan idénticas en direcciones no tan opuestas.

Es el fin y el principio del mundo, y tenemos diecisiete años.

Es formidable.

Agradecimientos

¡Hola, lector! Mi libro está en tus manos. He esperado este instante tanto como Molly su primer beso. Ha habido momentos en los que estaba segura de que esta historia nunca tomaría forma.

Sin embargo, aquí está. Y es que tengo compañeros y gente increíble que han hecho posible este libro.

Mis agradecimientos más calurosos a:

Brooks Sherman, un tipo genial y el mejor de los agentes. Eres listo, raro y maravilloso, y tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

Donna Bray, que hizo que este libro cobrara vida. Creíste en Molly antes que yo y me ayudaste a encontrar el corazón de esta novela. Todas mis conejitas bailarinas son para ti.

Mis extraordinarios equipos de Harper, Bent Agency y New Leaf. Le estoy muy agradecida a Alessandra Balzer, Viana Siniscalchi, Caroline Sun, Nellie Kurtzman, Patty Rosati, Molly Motch, Bess Braswell, Eric Svenson, Margot Wood, Kate Morgan Jackson, Suman Seewat, Veronica Ambrose, Bethany Reis, Chris Bilheimer, Sarah Creech, Alison Donalty, Barbara Fitzsimmons, Suzanne Murphy, Molly Ker Hawn, Victoria Lowes, Charlee Hoffman, Jenny Bent, Pouya Shahbazian, Chris McEwan y tantos otros que, entre bambalinas, parten la pana.

Mis fabulosos equipos editoriales en el extranjero, incluyendo a Penguin/Puffin en el Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda; Blossom Books en los Países Bajos; Hachette Romans en Francia; e Intrinseca en Brasil. Huevitos de chocolate extra para Anthea Townsend, Ben Horslen, Clare Kelly, Vicky Photiou, Myrthe Spiteri, Lotte Dijkstra y Mathilde Tamae Bouhon.

Kimberly Ito, mi hermana agente y comercial, que me ha mantenido cuerda durante años. Molly y Cassie no podrían haber elegido a nadie mejor con quien compartir su cumpleaños.

Beckminavidera, que ya es como un matrimonio. Adam Silvera, estoy casi convencida de que la mitad de mi cerebro es tuya. David Arnold, me inspiras para escribir de un modo sincero y para hablar de la Tierra Media como a Tolkien le gusta. Jasmine Warga, eres la Balzer de mi Bray. (Sin olvidar al miembro honorífico más *hetsie* de Beckminavidera, Luis Rivera).

El equipo Double Stuf: Nic Stone, Angela Thomas y Stefani Sloma. Vuestros textos son mágicos, pero sois aún más increíbles en persona. Me siento muy afortunada por haberos conocido.

Equipo Erratica: Emily Carpenter, Manda Pullen, Chris Negron y George Weinstein. ¡Nos vemos en Rojo!

El Equipo B (mis bellas agentes mellizas), con abrazos extra para Heidi Schulz (inserte aquí un *emoji* infrutilizado), Kimberly Ito, Angela Thomas, Adam Silvera, Lianne Oelke, Sarah Cannon, Mercy Brown, Jessica Cluess y Rita Meade.

Mis extraordinarios lectores sensibles, que dieron vida a la comunidad de Molly: Angela Thomas, Nic Stone, Wesaun Palmer, Alex Davison, Dahlia Adler, Tehlor Kinney, Tristina Wright, Nita Tyndall, Ashley Herring Blake, Brian Gould y Ellen Oh. Vuestros comentarios, apoyo y generosidad lo han sido todo para mí.

Los innumerables amigos que en esta comunidad me han dado la mano y me han ayudado a continuar. Jamás seré capaz de nombraros a todos, pero aquí va un avance: Jen Gaska, Aisha Saeed, I. W. Gregorio, Katherine Locke, Marieke Nijkamp, James Sie, Jeff Zentner, Kayla Whaley, Corinne Duyvis, Alex London, Tim Federle, Nicola Yoon, Marcy Beller Paul, Diane Capriola, Lance Rubin, Jennifer Niven, Greg Changnon, Denisa Patron, Julie Murphy, Rachel Simon, Michael Waters, Camryn Garrett, Emma Trevayne, Rockstar Kevin Savoie, Gaby Salpeter, Cody Roecker, J. C. Lillis, Summer Heacock, Eline Berkhout, Johanna Mehner, Tom-Erik Fure, Shelumiel Delos Santos, Laura Silverman, Bieke Paesen, Rachel Strolle, Maddie Wolf, Wulfie, Jasmine Pearl Raymundo, el Not So YA Book Club, Little Shop of Stories, Foxtale Book Shoppe y tantos otros. Os quiero.

Los amigos que me salvaron, que me hicieron reír y que me volvieron un poco más atrevida: Diane Blumenfeld, Jaime Hensel, Jaime Semensohn, Lauren Starks, Amy Rothman, Emily Townsend, Mike Goodman, Rachael Zilboorg, Jenny Mariaschin, Josh Siegel, Betsy Ballard, David Binswanger, Molly Mercer, Evan Diamond (¡mucho más guay que Evan Schulmeister!), Sarah Beth Brown, Raquel Dominguez y muchísimos otros. Por otro lado, al grupo de Takoma Mamas, no sabéis cuánto os echo de menos.

Los bibliotecarios, libreros, bloggers y profesionales de la edición que han hecho que sucedan milagros por mis libros.

A los chicos y chicas gordos: sois guapísimos.

Caroline Goldstein: este libro es, obviamente, una canción de amor para ti;

Sam Goldstein, mi Xavor Xav particular; Jim Goldstein, el rey de todos los padres; Eileen Thomas, que conoce mi mente.

Mi familia: Adele, Gini, Curt, Jim, Cyris, Lulu, Steve, Gael, Dan, Allison, Peter, Jeff, Janet, Larry, Jenny, Joe, Josh, Sarah, Jay, Eliza, Zachary, Milton, Pat, Leigh, Adam, Gayatri, Candy, William, Cameron, Gail, Kevin, Linda, Bill y toda la banda de Overholts. Sois maravillosos, colegas.

Owen y Henry, las luces de mi vida.

Brian, mi Reid (pero con zapatos más chulos). Te quiero.

Y a mi abuela Molly. Nunca pensé que se pudiera echar de menos tanto a alguien. Te perdí mientras esbozaba este libro. Pensé en ti cada vez que escribí tu nombre. ¿Sabes lo que daría por oírte una vez más llamándome *mamaleh*?